

MAMEN SÁNCHEZ

Gafas de sol
para días
de lluvia



LA PRIMERA NOVELA DE LA AUTORA DE AGUA DE LIMONERO



Dos mujeres, dos vidas opuestas y un mismo sueño de supervivencia y libertad: el del amor que ha de salvarlas.

Lina es una humilde joven peruana que se ha visto obligada a huir de su país, dejando atrás a su marido y a su hija, por estar implicada sin ella saberlo en un asunto de contrabando de joyas. Ahora trabaja en el

servicio de limpieza del hotel Ritz de Madrid y le gusta fantasear con el lujo y las vidas ajenas que pueden vivirse probándose la ropa de la mujer que ocupa la habitación 112. Dicha mujer es Carol, también joven, rica y famosa. Su vida está marcada por la muerte de Luisa, su madre, a la que se ve obligada a suplantar desde niña para mitigar el dolor que siente su padre,

un multimillonario. Atada a sus obligaciones con la alta sociedad, Carol debe renunciar a su libertad, a sus sueños y sobre todo al amor de Hugo, un artista de vida bohemia que ha conocido en París. Su tristeza y su protesta interior salen en forma de una anorexia que la deja postrada en su habitación del hotel. Será entre el médico de la familia, el doctor Diego, antiguo amante de su madre, y la

misma Lina, quienes consigan curarla. Pero la aparición en escena del marido de Lina, que viene a reclamarla, y de un mafioso peruano que secuestra a su hija para que le devuelva un brillante desaparecido, hará que Lina se vea obligada a traicionar a su amiga, robándole todas sus joyas y huyendo con el nombre de Carol a una nueva vida lejos de todo. Carol se reconcilia con su

padre y decidirá también convertirse en una mujer nueva para ir al encuentro de Hugo, el gran amor de su vida.



Mamen Sánchez

**Gafas de sol
para días de
lluvia**

ePub r1.0

Mezki 02.06.13

Título original: *Gafas de sol para días de lluvia*

Mamen Sánchez, 2007

Editor digital: Mezki

ePub base r1.0



Para Álvaro, todo,
siempre

1

I

DONDE estuviera una buena crema y esa bolita de algodón tan suave, que unas veces salía azul y otras blanca, y otras amarilla, del frasco de cristal, y que Lina sacaba con los ojos cerrados, pensando en voz alta un

color, al azar, a ver si acertaba, a ver si hoy tocaba tener buena suerte, que se quitaran todas las toallitas húmedas del mundo. Esas, okey para unas prisas, para un viaje o para después de una noche loca; pero una cosa es limpiarse la cara y otra, muy distinta, desmaquillarse, aunque sólo fuera por respeto a Helena Rubinstein y a Estée Lauder.

Ésta olía a coco y a piña, a piña colada. Los poros se preparaban para recibirla, se

abrían, se dilataban. Quedaba la piel suave, al contacto con las yemas de los dedos que dibujaban espirales de abajo arriba, de arriba abajo. Luego, el algodón deslizándose por todas partes, despojándole las mejillas de luz, los labios de brillo, destapándole el cansancio, devolviéndole el gesto. Permanecían los ojos un minuto más contemplándose en el espejo del tocador, con las pestañas largas y gruesas; los

párpados, como una acuarela, como un abanico que se abre y se cierra para insinuar, en esa milésima de segundo en que suben y bajan, que aún existen colores desconocidos en el Universo. Y otra vez el algodón, ahora empapado de tónico, estirando el negro delineador hacia las sienes, borrándole el rímel de la mirada, robándole las sombras.

Lina volvía a ser Lina cada vez que se quitaba la

ropa y no podía evitar sentir un poco de frío recorriéndole el cuerpo, cuando se veía así, en cueros, reflejada en los cristales de las ventanas por los que a veces se colaba el sol y otras la lluvia, y otras solamente el aire de la calle que se empeñaba en bailar con los visillos, sin reparar en su desnudez.

A quien le preguntara, Lina siempre le respondía lo mismo: «Trabajo en el

Ritz». Y lo afirmaba con tanta rotundidad, con tal mezcla de orgullo y vanidad, que cualquiera podría pensar que el hotel era suyo.

Y suyo era. Lo poseía con la misma legitimidad con la que el diablo posee el alma de los pecadores. Ahora bien, aunque Lina era la dueña del Ritz en un plano puramente espiritual, del mundo físico, en cambio, sólo le pertenecían tres cosas: la escoba de barrer, la bata de faena y un sueldo

más o menos razonable al final de cada mes.

Por las mañanas se recogía la melena en una trenza tan larga como el camino que había tenido que recorrer hasta llegar adonde estaba, y se abrochaba a duras penas los seis botones de su estrecha vestimenta sobre sus caderas anchas, el misterio de sus pechos desorbitados y sus treinta años. Mientras que las otras chicas se movían por el hotel con una lentitud pasmosa,

arrastrando los pies junto al carrito de la limpieza, ella en cambio lo empujaba enérgicamente, haciendo temblar los botes de champú y colonia, perdiendo de vez en cuando por el pasillo las cajitas de jabón, los gorros de baño y las limas de uñas, bamboleando su cuerpo moreno al ritmo de alguna canción de moda que ella misma canturreaba para sus adentros y que, al terminar, premiaba con una ovación imaginaria o un saludo de

estrella de los escenarios.

Muchas veces imaginaba su vida vista desde fuera y entonces se convertía en la protagonista de una telenovela que comenzaba en un barrio pobre de la ciudad de Cajamarca, a los pies de la colina de Santa Apolonia, donde aún residían su esposo, Edgar, y su hijita, Luz Elena, y cuya trama se iba tejiendo a base de enredos amorosos, deudas de juego y noches de borrachera hasta que un

capricho del azar la catapultaba a Madrid, con un billete sólo de ida que todavía no había terminado de pagar.

Una historia que no había hecho más que empezar, pero que, sin duda, tenía destinado un final feliz. Como el de sus canciones, con aplauso y vuelta al ruedo, con salida en hombros por la puerta grande. Con carteles anunciando su fama por todas las paredes de la

capital.

Esta capacidad de ver lo negro blanco, de obviar lo evidente y de llevar gafas de sol en los días de lluvia, era lo que la impulsaba a salir del piso de Leganés saltando por encima del reuma de su tía Elvina y pasar doce horas al día empujando el carrito de la limpieza por el pasillo enmoquetado del hotel Ritz con una sonrisa boba cruzándole la cara.

Esto y sobre todo la posibilidad de transformarse,

aunque en secreto y por un corto espacio de tiempo, en la mujer que se le antojara en cada momento.

Valiéndose del contenido del ropero y del neceser de las dieras, Lina podía llegar a ser, en una misma mañana, desde una empresaria en viaje de negocios, hasta una prostituta de lujo, una actriz de éxito o la fiel amante de algún marido infiel al que invariablemente esperaba en cueros sobre la cama, dentro de un maravilloso abrigo de

piel.

Sus fantasías comenzaron el primer día en que puso un pie sobre el suelo enmoquetado del Ritz y encontró encima de la cama deshecha de la suite real un abrigo largo de visón blanco. Echó el pestillo, dio dos vueltas a la llave, tomó la prenda entre sus manos y sintió una suavidad tan imposible, como imposible fue contener el deseo de probárselo inmediatamente.

Primero se lo puso sobre

la bata de faena, después sobre la ropa interior gastada y desteñida. Por último dejó que acariciara dulcemente su piel desnuda.

Ni siquiera se miró en el espejo. Volvió a vestirse con urgencia; colgó el abrigo en una percha de terciopelo, hizo la habitación a toda prisa y cuando salió al pasillo notó que aún tiritaba como una hoja en otoño y que le galopaba el corazón por debajo del uniforme.

Y esa sensación de

adulterio, que le dejó cierto remordimiento de conciencia, la persiguió durante todo el día y toda la noche hasta que a la mañana siguiente, frente a la puerta cerrada de la misma suite, se encontró otra vez temblando, ahogada en deseo, rogándole al dios de las cosas tontas que le dejara sentir de nuevo la caricia de la piel sobre la piel.

Aquella fantasía primera no fue más que el inicio de un gran enredo que a estas

alturas, después de seis meses de habitaciones cerradas con llave, se había convertido ya en una costumbre inevitable.

Lina era metódica y rigurosa. Antes de nada, se quitaba la ropa y la colgaba del palo de la escoba. Luego entraba en el cuarto de baño con los pies descalzos sobre el mármol húmedo y se sumergía en una bañera llena de espuma de la que salía aturdida por el intenso aroma de las sales. Buscaba

el tarro de la crema de día y la extendía delicadamente sobre su rostro y cuello, dibujando pequeños círculos concéntricos. Después se masajeaba el cuerpo entero con alguna loción hidratante perfumada y, por fin, se envolvía en el albornoz. Se sentaba entonces a desayunar los restos de pastelitos y cruasanes que quedaban en el cesto de la bollería y se servía de la jarra-termo un café bien caliente con dos terrones de

azúcar blanca.

Dejaba reposar el desayuno tumbada en la cama mientras decidía quién iba a ser durante los próximos minutos y finalmente abría la puerta del vestidor para contemplar extasiada aquellas prendas que parecían flotar en el aire.

Unas veces se vestía de largo, con sandalias altas de tacón, o escogía algo más informal, como un traje de chaqueta de espiga y un

pañuelo de seda, y otras, cuando en lugar de café encontraba champán en el carrito del desayuno, cerraba las cortinas para recorrer la habitación con un salto de cama de encaje sobre su descoco.

La ilusión se prolongaba aún un rato más y se llenaba de diálogos mudos que sólo escuchaba ella. Le gustaban, sobre todo, las peleas de amantes y las confesiones íntimas. Y para hablar, cerraba los ojos.

El resto era siempre, siempre igual. Volvía a ponerse la bata blanca, el delantal y la cofia. Hacía la cama ahuecando bien los almohadones, recogía la ropa esparcida por las butacas y la dejaba bien doblada sobre el sofá. Arrojava al saco de basura las bolsas vacías, los periódicos, los pañuelos de papel y los envoltorios de los bombones de licor. Pasaba la aspiradora y el plumero. Limpiaba con un

pañó el espejo de la chimenea. Colocaba las toallas limpias y retiraba las usadas. Fregaba el suelo del cuarto de baño, desinfectaba los sanitarios, sacaba brillo a los grifos y a los pomos de las puertas. Cambiaba los botes de gel vacíos por otros nuevos. Ordenaba los frasquitos de perfume, las cajitas de algodón y los tarros de crema, y al final, antes de marcharse del cuarto, firmaba con su nombre en un tarjetón de

papel en el que se leía: «Su habitación ha sido atendida por Lina».

Todo aquello le llevaba bastante tiempo. Muchas veces, al salir de espaldas al pasillo arrastrando el carrito, se encontraba con la mirada acusadora de la gobernanta; una mujer madura y amargada, gallega de origen y andaluza de destino, que, como no sabía cuál de las dos tierras tiraba más de ella, había decidido terminar sus días a medio camino

entre ambas. Cruzaba los brazos por debajo de dos pechos enormes y hablaba con una mezcla absurda de acentos. Le decía: «Son todas iguales; las de esos países. ¡Lentas, lentas, lentas! ¡Flojas, flojas! Vienen a quitarnos el trabajo a las españolas, a robar, a mendigar, a quedarse con nuestros hombres y con nuestras casas». Y lo decía de veras; con odio auténtico porque todos los ojos negros, todas las pieles

tostadas le parecían la misma piel, los mismos ojos que los de la mulata con la que se largó su marido, dejándola sola con los chicos. Y por su culpa se tuvo que poner a trabajar, ella que jamás se había manchado las manos de mierda.

En cambio, Lina sabía desde siempre lo que era estar de mierda hasta el cuello. De hecho, su último empleo por poco le cuesta la vida. Y hubiera sido la suya

una muerte bastante sorprendente, incluso para ella misma que andaba en la inopia, según costumbre, alardeando de sus progresos en el «mundo de la moda» y sin preguntarse por qué el comercio textil resultaba tan lucrativo.

Creía firmemente, lo hubiera jurado ante un Tribunal de haber sido necesario, que su tarea consistía en introducir en el país (de manera clandestina, eso sí) vestidos de noche,

bolsos y pañuelos de seda procedentes de Estados Unidos. Que su único cometido era trasladar la mercancía dentro de una maleta de lona negra, la cual le entregaba un ecuatoriano corpulento, con nombre de santo, botas de guerrillero y sombrero de Panamá y que le confiaba con tanto cariño que parecía estarle cediendo a su propio hijo en adopción.

Al llegar a Cajamarca, después de un viaje de mil demonios, Lina dejaba la

maleta en una casucha del barrio antiguo y religiosamente recibía en mano un sobre lleno de soles. Jamás sospechó que en alguna esquina de dicha transacción le acechara un siniestro gato encerrado. Todo marchaba estupendamente hasta que una mañana de verano el autobús en el que Lina cruzaba la frontera tuvo que frenar en seco para no estrellarse contra una barricada hecha de palos

ardiendo.

Los hombres que les asaltaron en aquel camino de arena eran menudos como muchachos; campesinos armados con machetes y escopetas. Les hicieron bajar del autobús con las manos sobre la cabeza y les obligaron a arrodillarse mientras registraban sus equipajes.

—¿Qué es esto mami?
—le preguntó un indio viejo mostrándole su maleta abierta—. ¿Qué cosa es

esto?

Entre la ropa revuelta, esparcida por el suelo, había aparecido un pequeño paquete envuelto en celofán. Lo abrió lentamente, delante de los ojos de Lina. Tres esmeraldas del tamaño de un frijol brillaron sobre sus dedos negros de mugre.

—Usted se viene conmigo, mami. Y se la llevó a trompicones hasta una aldea olvidada, donde la retuvo unos días sin darle explicaciones.

Una noche volvió, la besó en los labios, le soltó las ataduras y le dijo que se fuera, que no quería volver a verla jamás.

Lina anduvo perdida hasta el amanecer; hasta que una camioneta destartalada la recogió a punto de desmayarse a la orilla de un torrente y la llevó de vuelta a Cajamarca.

Edgar la recibió con los puños apretados. Luz Elena se fue a dormir con su abuela. Cuando un par de

meses después se presentó en el barrio el dueño de la mercancía haciendo preguntas, Lina ya había volado. Ya se había colado por algún resquicio de la ley de inmigración. Ya se había procurado un colchón viejo y un rincón en el suelo del piso de Leganés de la tía Elvina. Ya se había inventado un nuevo punto de partida, un nuevo comienzo para su telenovela. Ahora era la dueña del alma del Ritz y cualquier asunto

relacionado con su hotel era tratado en primera persona del plural.

Llevaba seis meses en Madrid y todavía no sabía cómo arañaba el frío. Los primeros días de septiembre fueron tan calurosos ese año que hasta bien entrado el otoño no hubo que cambiar la cobertura de verano por la de invierno. Esa era una de las cosas tontas que ponían a Lina de buen humor. Y el agua fresca de colonia, las faldas de vuelo y el sabor de

la sandía.

En este estado de ánimo glorioso entró a primera hora de aquella mañana en la 112, y nada más abrir la puerta tuvo la certeza de que algo extraordinario estaba a punto de ocurrir allí. A primera vista todo seguía igual que el día anterior: las cortinas abiertas, la colcha estirada, los almohadones de terciopelo rojo sobre el sofá..., y sin embargo, una sensación inexplicable le mostraba aquella habitación

con la luz de un escenario en el que sólo faltaba ella.

Lina avanzó a pasitos hacia el interior y se asomó al gran espejo de la chimenea. Entonces, al verse reflejada sobre un fondo blanco oscuro, se fijó en el bouquet de rosas, la tarjeta y el pendiente.

El ramo no era muy distinto de los que de vez en cuando encontraba sedientos de agua sobre las mesas de noche; llevaba grabado en el recipiente de cristal el

nombre de la floristería que abastecía al hotel.

La tarjeta se escondía dentro de un sobre cerrado.

El pendiente descansaba en el fondo de un pequeño estuche azul con las iniciales de un conocido joyero escritas en letras doradas sobre la tapa.

Lina lo sacó con cuidado y lo contempló durante unos momentos. De dos diamantes redondos colgaba un tercero, mucho mayor y con forma de pera, del que

nacían los rayos del sol. Pensó que sus manos eran las nubes y su cuerpo la tormenta. Como se acercaba un trueno, volvió a encerrar el pendiente en su caja, justo a tiempo de evitar que la gobernanta la encontrara allí donde no debía haber entrado jamás.

—A ver, niña —le habría escupido a la cara—. ¿No sabes que las puertas cerradas con llave no hay que abrirlas? ¿No viste el cartel de no moleste? —Y

luego, lo de siempre, ya en tercera persona—: Son todas iguales: flojas y lentas y muy mala gente.

Y esas palabras eran la lluvia que a veces le calaba en el ánimo, pero otras veces le escurría sobre la piel sin llegar a mojarla y se secaba antes de caer al suelo. Sobre todo los días como éste, en los que, de alguna manera, había podido sostener el sol entre las manos.

En cuanto le pagaron el sueldo del mes, aquella

misma tarde, Lina se compró a plazos una televisión de plasma con sistema dolby y sonido digital que costaba dos mil quinientos euros en unos grandes almacenes. Se la llevó a casa en el maletero de un taxi cuyo conductor la ayudó a subirla al piso sin pedirle nada a cambio. Sólo le dijo que algún día él también se compraría una como ésa para ver los partidos de la Champions como Dios manda.

Una vez a solas, la tía

Elvina abrió el cajón de la mesa de noche, sacó un montón de papeles atados con una goma y se los tiró con fuerza a Lina a la cabeza mientras le gritaba que era una irresponsable, una manirrota y una calamidad. La factura de la luz, el teléfono, el gas y el alquiler, junto a la carta del sinvergüenza que le apañó un contrato falso, al que debía todavía unos cuatro mil por el negocio, salieron volando por los aires y se

estamparon en la pared, justo en el lugar que escogió la otra para colocar sus cuarenta pulgadas de pantalla plana; a los pies de su colchón, formando ángulo recto con la cama de su tía para dejarla a oscuras.

Si estaban a buenas, le hacía sitio a su lado para ver la novela. Si estaban a malas, ocupaba ella el colchón entero. Pero jamás accedió a colgar la televisión en la pared del fondo.

Y fue la noche de aquel

día después de las noticias, y no antes, cuando Lina se despertó de un susto al recordar que, por la mañana, sobre la chimenea de la 112, dentro de un estuche azul con las iniciales de un conocido joyero escritas en oro sobre la tapa, había encontrado un pendiente de diamantes. Uno.

II

A Carol a veces se le hacía

de día y ella seguía sentada inmóvil, a los pies de la cama que todavía no había deshecho, con las manos en el regazo, la mirada empañada, hasta que un rayo de luz se reflejaba en algún brillante, o en un zafiro, y así, azul, blanco o amarillo, se proyectaba en el techo de la habitación. Entonces movía los dedos para contemplar el calidoscopio sobre su cabeza, y volvía a ser aquella niña que tenía miedo de los cohetes de

colores con los que su padre se empeñaba en festejarle los cumpleaños. El mismo susto sentía siempre que amanecía antes de que se desnudase, como si fuera a caerle el día encima, o peor aún, como si se le hubiera escapado la noche de la jaula de su cuarto y ya nunca más pudiera escucharla cantar de nuevo.

En esas ocasiones se quitaba la ropa deprisa y sin ceremonias. Primero un tirante, luego el otro, antes

de sentir el peso del vestido
derramarse por su piel con la
suavidad de una caricia; el
instante de pausa en las
caderas, para desprenderse
de golpe y caer al suelo
formando un círculo de seda
alrededor de los pies
descalzos.

Después se despojaba de
las medias de cristal y
espuma con las que arropaba
sus piernas flacas desde los
muslos a los talones y que,
una vez arrugadas y
desterradas al rincón, le

hacían pensar en la muda de piel de una serpiente.

Solía desatarse el pelo de un tirón y lo dejaba caer en cascada sobre la espalda para sentir el oleaje de sus ondas cubrirla de mar. Lo último siempre eran las cadenas de oro que le rodeaban el cuello. «De oro, sí —pensaba—, pero cadenas al fin y al cabo».

Luego se recostaba sobre los almohadones de pluma de oca y trataba de acompasar su respiración a

la del hombre que, detrás de la pared, hacía horas que dormía un sueño inquieto y desapacible en el que los recuerdos se mezclaban con las pesadillas y del que despertaba siempre llamándola a gritos: «¡Carol! ¡Carol!», como si algo terrible le hubiera ocurrido a ella, en ese lugar al que su padre viajaba todas las noches desde que Luisa, su madre, dejó de respirar.

No era la primera vez

que Carol visitaba Madrid, pero nunca antes había llegado directamente desde Nueva York. O pasaba primero por París, donde tenía algunos amigos, o, aprovechando las primeras nevadas, iba a saludar a su abuela Greta, que vivía en Zurich y que se había hecho construir una cabaña de mil metros cuadrados a los pies de la Jüingfrau, cerca de Interlaken.

Pero ahora, con los rascacielos de Manhattan

aún en la retina, pensó que Madrid era una aldea levantada sobre un jardín de árboles y flores, con sus calles caóticas cedidas a mil terrazas en verano y sus edificios antiguos de alegres balcones abiertos al ruido del amanecer. Con el griterío de mil niños y el revoloteo de mil palomas alrededor de la fuente donde los turistas se mojaban los pies, la ciudad le pareció más humana que nunca, y también más humilde, más

cercana. Se la imaginó desde lo alto del Empire State y la vio de una sola vez, allá abajo, en medio del campo.

El aire estaba limpio; olía a hierba recién cortada, a petunias despidiéndose del verano, a tierra sedienta.

El hotel la recibió un poco dormido todavía. En el comedor empezaba a servirse el desayuno y se mezclaban los cansancios de quienes iban y venían, ascensor arriba, ascensor abajo, vuelta y media a la

puerta giratoria, despedidas y bienvenidas: «Check in, check out», esa vida de hotel que Carol añoraba cuando pasaba en casa más de dos meses seguidos.

Eso, y la posibilidad de ser nadie. De desaparecer en un pasillo enmoquetado detrás del número de una puerta y tal vez no volver a salir en mucho tiempo. O al contrario, salir veinte veces al día sin dar explicaciones. Dormir vestida y sola, comerse todas las

almendritas del minibar, pasar la noche despierta, descolgar el teléfono y pensar: «No estoy».

Pero lo cierto es que para Carol resultaba difícil pasar inadvertida. Una burla del tiempo la había convertido en una mujer temprana, de esas que provocan en quien las mira una dependencia inmoral; una especie de instinto de protección mezclado con deseo, una sensación absurda de ser padre y amante a la vez.

Tenía los ojos del color del mar cuando se marcha el sol, la misma profundidad, la misma negrura, olas en el pelo, sal en la boca. Daba ganas de beber.

Un hombre salió de detrás del mostrador de recepción y la siguió camino del ascensor como un perrillo faldero encadenado a una correa invisible.

Le abrió la puerta de la 112 y al hacerlo imaginó que la cerraba detrás de él para, inmediatamente después y

sin poder evitarlo, perder la cabeza, la dignidad y el empleo. Pero ella fue quien le dejó fuera, sin permitirle siquiera atisbar su sonrisa.

Había dos ventanas al fondo cuyos visillos bailaban con el aire de la mañana. A la derecha estaba el cuarto de baño recubierto de mármol; a la izquierda, el vestidor donde ya la esperaban sus dos baúles de Vuitton; a un lado, la cama; a sus pies, una alfombra de la Real Fábrica de Tapices

que contenía todos los tonos del rojo, desde la guinda al vino tinto, y se deslizaba bajo el sofá blanco y las dos butacas cubiertas de almohadones de terciopelo hasta la chimenea. Encima, un espejo enmarcado. Sobre la repisa de mármol, un bouquet de rosas, un sobre blanco y una cajita azul con las iniciales de un conocido joyero escritas en oro sobre la tapa.

Carol no lo abrió. Se quitó las sandalias sin

desabrochar las hebillas, se sacó el vestido por encima de la cabeza, lo dejó arrugarse en el suelo, tiró de la colcha y se acurrucó debajo. Así, sin ropa, su cuerpo menudo y frágil podría haber sido el de cualquiera.

Eran más de las siete cuando destapó uno de los baúles, sacó una falda larga azul celeste, una camisilla blanca y unas alpargatas de cuña alta; se desenredó el pelo, lo dejó suelto sobre su

espalda y salió del hotel por la puerta de atrás.

En un Jaguar verde oscuro la esperaba Francesca Ventura desde hacía un buen rato. De hecho, empezaba a ponerse nerviosa. No estaba acostumbrada a esperar. Ella solía ser la última en llegar a todas partes y nunca había considerado la posibilidad de disculparse ante nadie, más bien al contrario. Francesca era de esas personas que piensan que el mundo gira a su alrededor.

La diferencia con Carol era que mientras Francesca calculaba con ensayada precisión hasta el más mínimo detalle de su aparición en escena (vestuario, maquillaje, iluminación y banda sonora incluidos), Carol se presentaba siempre tarde por la sencilla razón de no haber mirado el reloj. Por eso su impuntualidad resultaba tan genuina como el resto de su persona; de ahí que a nadie se le ocurriera jamás echarle

en cara su falta de corrección. Hubiera sido como pretender cambiar su paso largo, sus erres arrastradas o la manera en que se apartaba, de vez en cuando, los mechones de la cara. O como mostrarle, despiadadamente, el mundo real a un hada de cuento.

Un chófer de traje oscuro le abrió la puerta del coche.

—¡Carolina, cielo, cada día te pareces más a tu madre! —le gritó Francesca

desde dentro, sentada sobre el cuero beige, con la espalda apoyada contra la ventana tintada.

Bajo los volantes de su falda de seda asomaban como por casualidad unos Manolos de tacón de aguja, y de no haber sido por algún pliegue delator a la altura del cuello, cualquiera hubiera creído que aquella mujer no pasaba de los cuarenta. Unas enormes gafas de sol cubrían la mayor parte de su rostro protagonizado por unos

gruesos labios de mentira.

Le plantó dos sonoros besos con olor a perfume caro y le dio instrucciones al chófer, al que tuteaba.

—Estás delgadísima, niña. No engordes ni un gramo. Los fritos, ni probarlos, que son malísimos para la piel, y protégete del sol. Esto es España, cielo; ten cuidado o te quedarás para siempre.

Hacía veinte años que Francesca había abandonado a su gato en lo alto del

tejado del edificio donde vivió desde su llegada a Nueva York, procedente de Milán, para encontrar una nueva vida en Madrid como enlace de confianza entre la gente de aquí y la de allá en una de las empresas del padre de Carol. De su relación estrictamente sentimental pasaron en unos meses a mantener una íntima relación profesional, eso sí, a más de diez mil kilómetros de distancia.

A veces, Francesca

soñaba con ser madre. Mirándose en el espejo retrovisor del coche era capaz de dibujar la niña que no llegó a tener: los mismos ojos de Carol, las mismas olas en el pelo, la misma voz pero con otro acento, los dedos largos de sus propias manos y un lunar igual que el suyo en la base del cuello.

Estar allí sentada a su lado, sobre el asiento de piel del Jaguar, hacía que se sintiera con derecho a opinar, aconsejar, proteger y

exigir; creía que ése era el papel que le tocaba representar. Lástima que Carol protagonizara otra película totalmente distinta a la suya, en la que Francesca no era más que un personaje secundario, necesario, eso sí, pero secundario al fin y al cabo. Por eso, en silencio, escuchaba el parloteo de la otra, que pasaba de un tema al siguiente sin tomar aire para respirar.

—Te he traído los papeles de Sotheby's. No te

imaginas la cara que pusieron cuando les hablé de tu intención de apuntarte al curso. Hasta salió el director a saludarme. Yo me hice la tonta, ya sabes, no fuera a invitarme a una de esas reuniones en las que, al final, ni se habla, ni se come, ni se bebe, sólo se envejece de puro aburrimiento, y la verdad, niña, yo prefiero que las arrugas me salgan por algún motivo más chic que por bostezar. Dijo que te harían un hueco, cómo no,

aunque ya había pasado el plazo de matrícula. Por cierto, le comenté lo del cuadro y se quedó de piedra. Dice que lo vio el invierno pasado en casa del propietario. Que es una pieza de museo, que no comprende cómo alguien en su sano juicio estaría dispuesto a desprenderse de una obra semejante, pero que no dudes en comprarlo si tienes oportunidad. Le pregunté qué le parecía el precio y cree que es

razonable. Desde luego, como inversión es fantástica y además te va a encantar, ya verás. Si tuvieras una casa donde colgarlo... A lo mejor piensas que me meto donde no me llaman, Carolina, pero ya deberías empezar a pensar en tu futuro. A tu padre le preocupa que andes de un lado a otro del mundo tú sola. Me ha pedido que cuide de ti, que te presente a la gente apropiada, que me asegure de que todo te va

bien... Para él siempre serás una niña. Dice que te ha comprado un Mercedes coupé y que tú no has querido ir a verlo. ¡Cielo, vuelve a Nueva York, no le hagas sufrir más!

Semejante dramatismo obligó a Carol a hablar por fin:

—¿Tienes un chicle sin azúcar?

Francesca rebuscó en su shopping bag.

—Tampoco le vendría mal a él tenerte a ti a su

lado. Cuando los hombres llegan a cierta edad se vuelven vulnerables; dejan de desconfiar de las mujeres. Un día conocen a cualquier arpía sin escrúpulos y a los cinco minutos la meten en casa y ponen la mitad de su fortuna a su nombre. Y van por ahí haciendo el ridículo, colgados del brazo de una niña que podría ser su nieta; envuelta en visón, eso sí, y tienen hijos a los sesenta. Si no te andas con ojo, acabarás teniendo un

hermanito y una mamá más joven que tú viviendo en tu casa, gastándose tu dinero, conduciendo tu coche y navegando en tu barco.

A medida que Francesca hablaba, Carol sentía crecer la angustia en algún lugar del centro del pecho.

A veces amanecía en Nueva York con esta misma presión oprimiéndole los pulmones; con la respiración agitada, el miedo devorándole el cuerpo, los pensamientos agolpándose

en su cabeza. Entonces se calzaba los patines y cruzaba la avenida, para recorrer Central Park como una estrella fugaz. Otras veces se quedaba quieta en la cama, aterrorizada ante el solo pensamiento de atravesar el umbral de la puerta de su dormitorio y enfrentarse al mundo. Y otras, por fin, escapaba de nuevo, con sus dos baúles de Vuitton como dos mastines fieles cubriéndole la retirada; uno a cada lado de su inestable

fragilidad, camino de algún lugar donde convertirse en nadie, descolgar el teléfono y pensar: «No estoy».

Sólo al otro lado del océano Atlántico conseguía, a ratos, alejarse de todo aquello que pesaba tanto: la sensación de ser alguien muy diferente a la persona que la contemplaba desde el espejo y el tener un padre a punto de llegar a esa edad en la que los hombres se vuelven vulnerables.

Francesca continuó con

su monólogo hasta que, por fin, el coche se detuvo frente a un elegante portal de la calle O'Donnell.

Horas más tarde, antes de despedirse en el cocktail-bar del hotel, a aquella mujer se le ahogó la compostura en un par de martinis mientras le confesaba a Carol cómo su padre le había roto el corazón veinte años atrás, el día en que empezó a mirar a su madre de frente y a ella de lado, el día en que, ante el

asombro de todos, fue nombrada consejera de la compañía en Europa y enviada a Madrid con un sueldo que triplicaba el de cualquiera de sus compañeros de plantilla. Cómo desde entonces ocupaba un solo lado de su enorme cama, en su enorme apartamento, esperando despierta, noche tras noche, por si sonaba el teléfono, calculando qué hora era al otro lado del mundo.

—Pero, niña, sólo me

llamó una vez, hace ya quince años, y fue para decirme que quería morir para estar con ella. Creo que estaba tan borracho como lo estoy yo a partir de las nueve. Dile, Carolina —la agarró por los hombros—, dile que no me llame si no quiere, pero que alguna vez, cuando le digan que estoy al teléfono, antes de pasarme con el jefe del departamento de internacional, se acuerde, por un momento, de mí.

Subieron en el ascensor

hasta la última planta del edificio de la calle O'Donnell donde un mozo de uniforme les abrió la puerta y las acompañó al salón. Una señora de mediana edad se levantó de una butaca de piel.

—Francesca, guapa, cómo me alegro de verte. Tú debes de ser Carolina, ¿verdad? ¿Os apetece tomar algo fresquito? Manuel, haga el favor de traernos unos zumos de naranja, ya sabe, con un buen chorro de

champán. Y una Coca-Cola para la niña. Y jamón. Y unas tostaditas con foie.

Las dos mujeres hilvanaron una conversación banal sobre una tercera, amiga de ambas, la pobre, que se vio mezclada en un asunto muy feo por culpa del marido, que al final resultó ser un granuja, como todo el mundo imaginaba...

Carol paseó la vista por aquel enorme salón vestido de tapices desvaídos de color, cuyos flecos

acariciaban el suelo de madera noble cubierto de alfombras persas. Las cortinas caían pesadas sobre los visillos de organza y el sol atardecía ya por detrás de ellos. Por una rendija de la puerta apenas entornada, por la que acababa de salir el mayordomo, Carol atisbo la sombra de alguien que se deslizaba por el pasillo, alguien que, escondido, había estado observándolas desde que llegaron. Alguien que ahora desaparecía

sigiloso en la oscuridad de aquella casa que, quizá por la pesadez de sus cortinas, había sembrado de nuevo la inquietud en el centro del pecho de Carol.

—¡Carolina! ¿En qué piensas, niña? Te pregunta María Fernanda si quieres ver el cuadro.

Unas puertas correderas se abrieron a una biblioteca de madera lacada en blanco. Cien libros, de todos los tamaños, formas y colores, se apilaban sobre una

enorme mesa de madera, como presos fugados de la boiserie acristalada.

—Perdonad el desorden —dijo María Fernanda un poco apurada—. Este lugar pertenece a Diego. Aquí sólo entra él. Y ese es el cuadro.

Colgado en la pared del fondo, arropado por un marco gris oscuro, vio Carol por primera vez a la niña. Y fue como mirarse en un espejo mágico capaz de reflejar la vida. Se preguntó si todos lo veían como ella o

para cada persona que lo contemplaba, el cuadro se mostraba con una cara diferente.

Sentada de espaldas sobre una roca, el mar retrocediendo después de romper sobre la playa, bajo sus pies descalzos, una niña de unos cinco años, desnuda, la piel azul con los reflejos del agua, las trenzas mojadas, casi deshechas, pequeña, frágil como una porcelana a punto de ser engullida por las olas; en el

instante antes de romperse, de ahogarse, de desaparecer para siempre; vista y no vista, «check in, check out», por el pasillo enmoquetado de un hotel que es como el océano Atlántico; el único lugar del mundo donde, a ratos, las cosas pesan menos, flotan, se disuelven, se van.

Podría haberse pasado la vida frente a aquella pintura sin nombre, atribuida a la escuela de Sorolla, sin firma ni fecha, que era como una ventana en el cielo; como un

agujero en la pared para ver sin ser visto, para detener el tiempo en el momento exacto del final de la infancia y no volver a apartar los ojos de su irrealidad.

Se lo llevó envuelto en un plástico con burbujas, en el maletero del Jaguar verde oscuro. El chófer al que Francesca tuteaba le ayudó a subirlo al ascensor. Él mismo lo colgó encima del cabecero y encerró la lámina del Madrid de los Austrias

en lo alto de un armario.

Ahora la habitación tenía tres ventanas. Dos cuyos visillos bailaban con el aire de la mañana y una que se asomaba al balcón de la inocencia, por la que se colaba la brisa salada del mar.

Y fue esa noche, después de dejar a Francesca completamente borracha en el cocktail-bar del hotel, y no antes, cuando, al contemplar el reflejo de la niña en el espejo enmarcado

de la chimenea, se fijó en el bouquet de rosas, el sobre blanco y el estuche azul con las iniciales de un conocido joyero escritas en oro sobre la tapa. Lo tomó entre las manos como si llevara a la jaula a un canario amarillo y con cuidado lo encerró en la caja fuerte. Después leyó la tarjeta y no pudo dormir en toda la noche.

En qué momento había dejado Carol de avergonzarse con la simple

visión del coche de su padre aparcado en la puerta del colegio, con el chófer encorbatado medio dormido al volante, no lo recordaba ni ella misma.

Al principio le pedía que la dejara bajarse al final de la calle; a unos cien metros de la entrada, para que sus amigos no supieran de dónde salía, ni quién le daba el beso de buenos días, el sandwich envuelto en papel de plata, la carterita con los deberes, ni quién no se los

daba. Luego, al enterarse de que todo el colegio sabía lo de su madre, decidió que le importaba un comino lo que pudieran pensar de ella, del Cadillac, del chófer y su corbata. Cuando empezó a notar que del recelo y la envidia habían pasado a mirarla con lástima, dejó de avergonzarse.

Ya no volvió a sentirse culpable por nada. Tenía un caballo, dos perros, una casa en un árbol, un jardín inmenso, un barco de vela,

una playa desierta, un avión blanco y una habitación rosa. Pero nadie le daba, por las mañanas, un sandwich envuelto en papel de plata. Y eso lo justificaba todo.

Por las tardes, los días de lluvia, Carol entraba en el despacho del padre con una bandeja entre las manos chiquitas. Él bebía el café a sorbitos mirándola por encima de la taza. Le daba las gracias: «Gracias, preciosa», un beso, a veces un caramelo. Le sonreía

mientras ella abandonaba la habitación de espaldas, con la bandeja vacía. Él creía que era un juego.

Su abuela Greta se trasladó a vivir con ellos los primeros meses. Detrás de la puerta escuchaba la niña conversaciones de adultos, acaloradas discusiones sobre su futuro. La abuela opinaba que debían enviarla a estudiar a un buen internado de Suiza. Para estar cerca de ella, se haría construir una cabaña a los pies de la

Jüingfrau, donde podrían reunirse en Navidad, bajo la nieve, calentarse las manos junto a la chimenea, aprender a esquiar (el aire puro de las montañas sería sanísimo para la niña), recibir una buena educación, hacer amistades..., ya sabes..., convenientes.

Pero al padre, durante las primeras vacaciones que pasaron dentro de esa cabaña de mil metros cuadrados, a diez mil kilómetros de casa, se le

terminó de congelar el alma, que ya la traía tiritando de Nueva York. Agarró con fuerza la manita húmeda, cálida, tierna, añorada de Carol y no volvió a soltarla jamás. Le buscó un colegio en el centro mismo de Manhattan, al que todas las mañanas la llevaba un chófer con corbata. Le regaló Central Park, unos patines, un barco velero y una playa desierta, toda para ella.

La abuela Greta tuvo que

conformarse con venir de visita cuatro veces al año. Consideraba su deber de madre y de abuela poner un poco de orden en aquel desastre de casa; llenar el armario, la despensa, echar a uno o dos miembros del servicio, que no valían para nada; contratar a una o dos nuevas adquisiciones a las que, indefectiblemente, despedía a la siguiente visita y llevar a Carol a la ópera, al teatro y a sus fiestas benéficas, donde la exhibía

como una obra de arte. Porque la niña era hermosa, como una pintura, como una figura de porcelana, con el cuerpo de la madre, el porte del padre, la delicadeza de la abuela Greta, su elegancia. De museo en museo, de escaparate en escaparate, como una muñequita, a ver quién la compra, cuidado que es muy frágil y puede romperse.

Abandonar la infancia fue cambiar de tienda. Entrar en Valentino, Galiano o

Ralph Lauren y salir convertida en mujer, todo en uno.

Y perderse por un camino señalado por nadie que desembocaba en el retrato de colores desvaídos de su madre, enmarcado sobre el piano. Una mañana, al verse disfrazada de sí misma en el espejo de un probador, tuvo una especie de clarividencia en la que se le apareció su futuro con tanta nitidez que tuvo miedo. Y supo que de ahí en

adelante cada uno de sus pasos estaría encaminado a alcanzar un único fin: llenar el vacío por el que su padre caía sin remedio; suplantar en su cabeza y su alma la presencia fantasmal de Luisa, su madre.

Desde ese momento se propuso seguir a pies juntillas todos los consejos de su abuela. «Ni un grano en la cara ni un gramo en el cuerpo». Renunció a sus gustos, sus diversiones, sus sueños de niña. «No te

quites los tacones ni para dormir». Se prohibió llorar, reír, sentir. Se hizo mayor.

—Greta.

—¡Preciosa! Estaba segura de que eras tú. Son las siete de la mañana, niña. ¿Nunca miras el reloj? ¿A que no te pones el Cartier que te regalé en Navidad?

—Pero si tú no duermes jamás, abuela. ¿Qué más te da la hora?

—¿Te ha dicho Francesca que me llames?

—No.

—Vaya, ¡qué casualidad! Ayer mismo le dije que estaba intentando dar contigo y no había manera. ¿Has vuelto a descolgar el teléfono?

—¡Ajá!

—Bueno, mira, cielo. Esta noche hay una cena benéfica. La organiza Emily, ya sabes, para el cáncer de mama, lo de siempre.

Conscientemente o no, la abuela dejó pasar unos segundos de silencio, tal vez en señal de duelo. Carol

notó que el pulso se le aceleraba, que una mano invisible le apretaba el pecho. ¡Cómo dolía!

—En fin, que papá quiere que vayas en representación de la compañía, porque ha dado un donativo enorme y le van a hacer una mención especial o algo así. ¿Tienes algo que ponerte?

—¿Es de largo?

—Claro. ¡Qué pregunta!

Repasaron juntas el ropero de Carol, sus zapatos,

bolsos, chales, broches. Escogieron el esmalte de uñas, la forma del peinado y el color de sus mejillas. Calcularon los centímetros de tacón, el número de gotas de perfume y hasta el valor de las joyas que llevaría; las contemplaron amontonadas todas sobre la colcha, aquellas joyas que pertenecieron a su madre y que ahora, por derecho propio habían pasado a ser suyas; su única y brillante prueba material de la

existencia de Luisa. A ratos, la abuela le decía: «Recuerda todo lo que representas; no olvides nunca quién eres», y a Carol le dolía el pecho.

—¿Has hecho ya alguna amiga?

—Ninguna.

—Eso está bien. Las amigas son para las feas. Las guapas sólo tienen rivales.

La abuela Greta tenía unas teorías muy curiosas sobre la belleza. Decía que las mujeres guapas o eran

muy listas o muy tontas. Las tontas acababan siempre casándose con un chulo, un hortera o un sinvergüenza. Las listas, en cambio, sabían cómo envenenarle la sangre a cualquier millonario, eran como sanguijuelas. «Nunca te fíes de una mujer. Y mucho menos si dice ser tu amiga. En cuanto te des la vuelta, te clavará las uñas».

—Y dime, Carolina, de lo otro, de lo que hablamos, de lo de reunir tu propia pinacoteca...

—He comprado un cuadro.

—¿Ya?

—El primer día.

—¿Y es bonito?

—No sabes cuánto.

—Pues muy mal, niña.

Los cuadros no son ni bonitos ni feos, sino buenos o malos. Nunca escojas según tus gustos. Asesórate, entérate, aprende, estudia...

—Es de la escuela de Sorolla.

Carol creía que con semejante escudo detendría

los dardos envenenados de su abuela, pero lejos de apaciguarla, aquella frase la puso todavía más furiosa.

—¿Cómo que «de-la-es-cue-la»?

Estas palabras las repitió sílaba por sílaba, haciendo hincapié en las vocales para restregarle mejor su estupidez.

—¿No es, ni siquiera, de Sorolla? ¡Pues sí que tiene que ser bonito, sí!

Cuando colgaba, después de una conversación como

ésa, a Carol le dolían las mandíbulas de tanto apretar los dientes. Abría el minibar, sacaba dos o tres bolsas de cacahuetes y se los comía a puñados; a palo seco. Se sentía entonces tan culpable, tan miserable, tan desequilibrada que no sabía si era por culpa de la abuela o de los frutos secos. Cambiaba los tacones por los patines y se dejaba llevar a empujones por el aire de la calle; estuviera donde estuviera. Le daba igual

Central Park que el Bois de Bologne o que el Retiro, cualquier viento le servía para navegar con la vela al paio.

Deambulaba por los jardines como una vagabunda sin techo, se tumbaba en la hierba, se mojaba en las fuentes, les lanzaba castañas a las palomas confiando en su mala puntería, y si les acertaba, les pedía perdón. Luego volvía, con los patines manchados de barro,

los pies desnudos por el mármol gélido del hall del hotel, llamaba al ascensor y notaba los ojos del recepcionista, el botones y el portero incrustándosele por el cuerpo, manoseándola con dedos transparentes, antes de desaparecer por el pasillo enmoquetado detrás del número de una puerta, descolgar el teléfono y pensar: «No estoy».

2

LA curiosidad estaba pudiendo con Lina, carro arriba, carro abajo del pasillo, sin atreverse a empujar la puerta de la 112 por si encontraba a alguien dentro. Un par de veces apoyó una oreja indiscreta contra la cerradura, pero no escuchó más que el sonido del aire de la mañana

colándose por algún rincón. Por fin, poco después del mediodía, se armó de valor, llamó con los nudillos y, al no hallar respuesta, se decidió a entrar con el carrito por delante.

Había pasado toda la noche en vela recordando la luz de aquel pendiente que, de alguna manera, valía por dos. Y la de aquel otro que brillaba por su ausencia. Con cada vuelta que daba en su maltrecho colchón, más segura estaba de que tendría

que acabar huyendo por culpa de una desaparición en la que ella, por segunda vez en la vida, no tenía nada que ver.

Sin embargo, una vez dentro de la habitación, Lina olvidó por completo todas sus preocupaciones y sus temores. Se sintió de nuevo parte del decorado y decidió levantar el telón para dar paso al segundo acto.

Las rosas yacían muertas sobre la chimenea. Hacía calor y quienquiera que

ocupase aquella estancia, las había dejado morir cruelmente. En lugar de su perfume, se respiraba ahora una suerte de brisa marina, hecha de arena mojada, salitre y algas. Aquel aroma trasladó a Lina muy lejos de allí, a algún lugar dibujado en su imaginación, ya que ella jamás había visto el mar en persona. Cerró la puerta con dos vueltas de llave. Colgó la bata en el palo de la escoba y se metió de cabeza en el vestidor en busca de un

biquini en el que desnudar sus fantasías. Lo encontró enseguida, amarillo y con dos lazadas a los lados, en el segundo cajón de la comodita, justo debajo de la ropa interior. Le quedaba pequeño. Muy apretado de pecho y bastante ceñido a la altura de las caderas, pero suficientemente holgado para tumbarse al sol en esa playa de sueños, o mejor, en esa isla desierta a la que la arrastró la deriva después de un naufragio. Ya veía venir,

allá por el horizonte, la silueta de un velero que acudía en su auxilio. O quizá escuchaba en la distancia, ensordecida por el estruendo del rompeolas, el ruido del motor de un petrolero cuyo capitán, un apuesto portugués, la observaba en este mismo instante, a través de las lentes de sus prismáticos. ¿O era un barco pirata?

Tumbada sobre la espalda, con la cabeza apoyada en las almohadas, a

los pies de la cama, tal y como las había encontrado ella, Lina no podía apartar la vista de aquel cuadro en el que una niña contemplaba el mar.

Puede que se durmiera, puede que no. El caso es que nunca supo cuánto tiempo pasó o si se paró el tiempo, ni qué hora era cuando finalmente salió de aquel estado de paz infinita y recordó que aún le quedaba mucho trabajo por delante. Hizo la habitación lo más

deprisa que pudo, pero al abrir las ventanas se le escapó la brisa del mar.

Recogió del suelo un vestido de tirantes arrugado, una falda larga azul celeste y una camisilla blanca; unas alpargatas de cuña alta, unas sandalias de tacón, el envoltorio de una chocolatina y una bolsa vacía de cacahuetes. Después se paseó por el vestidor como quien camina por un jardín botánico, parándose a contemplar cada

flor, aspirando sus aromas, acariciando sus delicados tejidos, sus colores.

Había trajes de noche bordados con piedras, calados de encajes, con ribetes de piel, con ojales de oro. Faldas de seda, blusas de nada hechas con telas de araña, delicadas lanas suaves como plumas, abrigos de alegres colores, chinchilla rosa, terciopelo verde, altos zapatos con tacón de aguja, sandalias de cristal, perlas, broches, pétalos. Dos baúles

vacíos.

Había un montón de libros tirados por todas partes, fotografías viejas, algunos discos compactos, un par de patines gastados, unas sofisticadas gafas de sol, una polvera sobre el lavabo que contenía todos los colores del arco iris, que se llamaba Coromandel y tenía un espejito sucio donde había sacudido las alas una polilla gris, un frasco de Chanel N.º 5, un elixir de la eterna juventud, un bote de

aceites esenciales que había que agitar bien antes de cada uso, un albornoz envuelto en otro, un magnífico ovillo de toallas desordenadas y un charco de champú en el fondo de la ducha.

Lina era experta en inventarles historias a los clientes. Con un solo golpe de vista era capaz de desvelar sus secretos mejor guardados; desde bajas pasiones a amores eternos. Le bastaba con encontrar un cabello en el baño para

adivinar a ciencia cierta, y sin errar un ápice, sexo, edad, lugar de nacimiento, condición social y deseos íntimos de su dueño.

Al que olvidó su agenda le descubrió los nombres de todas las mujeres que le quisieron mal, y a esa pareja que llegó de madrugada, la noche en que le tocó limpiar los platos rotos, ella, nada más verlos salir del ascensor, les pronosticó un violento final.

Por el contenido de sus

maletas sabía Lina cuántos días se quedarían en el Ritz, si venían por placer o negocios, si dormirían solos o no, si volverían alguna vez o se marcharían para siempre.

Con lo que tiraban a las papeleras encajaba las últimas piezas del puzzle, entretenida en leer facturas rotas, notas de despedida, números de teléfono, e incluso, a veces, ciertas cosas tan privadas que ella, discreta en medio de su

tremenda indiscreción,
fingía no ver o no conocer.

Pero también
comprendía, con cierta
tristeza, que todos los
huéspedes eran aves de
paso; que dejaban sus
historias a medias; que
levantaban el vuelo con el
futuro en sus alas para
terminar de contarlos muy
lejos de allí. Y a muchos, a
la mayoría, ni siquiera
llegaba ella a verlos en
persona. Eran como el mar.

En cambio, esta vez, a la

mujer reciente, menuda y frágil que había convertido la 112 en algo parecido a un hogar, creía conocerla tan bien, que hasta le acertaba los motivos por los que dejó morir las rosas.

«Las flores —pensaba Lina— son como las joyas: nunca cambian de dueño. Pertenecen a aquel que las regala. Y el que las recibe las cuida o no las cuida, dependiendo de si realmente le preocupa que puedan marchitarse. Las joyas..., a

veces un anillo de plata pesa mucho más que un rosario de brillantes».

Se miró la mano vacía. Hasta hacía bien poco, la alianza que la esposaba a Edgar aún le estrangulaba el dedo anular. Cuando llegó el calor, se le hinchó tanto el cuerpo que tuvo que cambiar de talla de zapatos. Un domingo de junio, a escondidas de la tía Elvina, a quien todo este asunto le hubiera parecido de una indecencia intolerable,

consiguió sacarse el anillo a base de jabones y cremas. Durante un tiempo lo llevó colgado del cuello atado a una cadenita que le daba tirones de pelo. Luego lo abandonó en el fondo del cajón de las facturas, el cual procuraba abrir lo menos posible no fuera a ser que le asaltaran las deudas del pasado como campesinos armados en algún camino sin asfaltar.

Estos pensamientos de flores secas y anillos de

plata le recordaron por fin el auténtico motivo de su noche en vela: el pendiente de diamantes.

No aquel que encontró dentro de un estuche en lo alto de la repisa de la chimenea, sino el otro, el que no estaba.

Temblaba. Si se trataba de un robo, ella era sin duda, la principal sospechosa. Sus huellas estaban por todas partes y la gobernanta no perdería la ocasión de acusarla. La policía

descubriría lo del contrato falso; lo del permiso de trabajo hecho a base de engaños; lo de la gran mentira. Y no sólo la mandarían de vuelta a Perú en cuanto cumpliera condena, sino que, además, la volverían a mezclar en líos de joyas. La alcanzaría el hombre de las esmeraldas por mucho que corriera y ya no le quedaría sierra donde esconderse.

Por otra parte, reflexionó Lina, bien extraño era que la

gubernanta no la hubiera mandado llamar todavía. Tal vez aún no se había descubierto el robo. Quizá la dueña del estuche lo guardó sin abrir siquiera, en ese condenado agujero de la pared con cierre acorazado al que llaman caja fuerte.

En cada habitación, dentro del ropero, en una repisa encima de las barras para zapatos, había una. Funcionaban con unas claves de cuatro dígitos que escogían personalmente los

huéspedes y seguramente encerraban en su interior, además de fantásticos tesoros, valiosos secretos que eran, con mucho, lo que más despertaba la curiosidad de Lina. La lástima era que se hallaban siempre cerradas a cal y canto.

Por eso hacía mucho tiempo que había dejado de interesarse por ellas. Pero esta vez se arrodilló delante de la puertecita blindada y se le llenaron los ojos de agua esperando un milagro.

El problema era que no sabía a quién implorar. Al Dios del cielo, al verdadero, procuraba importunarle lo menos posible. Lo imaginaba allá arriba, en su trono de nubes, atendiendo los asuntos más graves del planeta. Tratando de paliar la miseria y el hambre al tiempo que evitaba guerras nucleares y catástrofes naturales. Bastante ocupado debía de andar Dios como para entretenerse en abrir cajas fuertes. Y al otro, al

dios de las cosas tontas, al que unas veces pedía sol y otras lluvia, y otras que no tardara el autobús, que funcionara el calentador del agua o que se le pasara el dolor de cabeza, no le creía Lina capaz de grandes hazañas. Sin embargo, esa mañana, o bien éste hizo un exceso, o aquél se tomó un respiro entre desgracia y desgracia. El caso es que en ese preciso instante, al otro lado de la pared, Emerson García, mexicano,

veinticinco años, seductor involuntario de sonrisa blanca, con su mono de trabajo azul y el maletín con las herramientas bajo el brazo, se detuvo delante de la 112, y al encontrar la llave echada, llamó con los nudillos.

—Servicio de mantenimiento. Vengo a comprobar la caja de seguridad. Favor de abrir la puerta.

Y Lina pensó: «Me enviaron un ángel».

Esta revelación divina de la condición celestial de Emerson, que le fue corroborada después al ver reflejada su angustia en el cristal azabache de los ojos del muchacho, y sentir cómo ésta se disolvía para siempre en una húmeda tormenta tropical, convirtió el cuerpo mortal de Lina en todas las iglesias de Cajamarca y dejó que se le rindiera el alma como a Atahualpa el día en que el Imperio inca dejó de existir.

Por su parte, Emerson recibió en la cara tal bocanada de agua de mar al abrirse la puerta, que creyó ahogarse con las lágrimas de Lina. Su abrazo, desesperado, le cubrió el cuerpo de sal.

Pero todo esto ocurrió en una milésima de segundo, de manera que, aunque ambos notaron que el eje de sus vidas cambiaba súbitamente de hemisferio, no se lo confesaron al otro hasta mucho tiempo más tarde. De

aquel mágico momento sólo recordarían luego tres cosas: el llanto desesperado de Lina, los brazos de Emerson rodeándole la cintura y su voz profunda y suave a la vez, consolándola como a una niña: «Ya pasó, ya pasó».

Después de aquello y durante un tiempo, se conformaron con hacerse los encontradizos en los pasillos y los ascensores. Se aprendieron sus nombres a través de terceros.

En sus fantasías diarias, ataviada unas veces con suave lencería, otras con largos vestidos de noche, Lina sólo era capaz de verle a él reflejado en todos los espejos en los que se miraba. A veces no era más que la sonrisa del gato de Alicia, como una aparición, sin más cuerpo ni sustancia que una boca apenas abierta. Otras veces eran sus ojos los que la contemplaban con descaro a través del cristal de las ventanas o de las cerraduras

de las puertas, y ella se dejaba hacer.

Tampoco olvidarían jamás lo que ocurrió a continuación aquella mañana en la que se abrazaron por primera vez, cuando arrodillados los dos como en un altar, frente a las barras con los zapatos de Carol, Emerson extrajo de su bolsa de herramientas un curioso artilugio con el que llevó a cabo el milagro que puso en marcha, sin él saberlo, el resto de su

historia.

La caja se abrió dejando al descubierto un espectáculo insólito de pirotecnia, en el que perlas y piedras preciosas estallaron en mil colores y mil brillos, encadenándose unos a otros en collares de oro y pulseras de zafiros, ágatas blancas, corales rosas, rubíes rojos y verdes esmeraldas. Había gargantillas, pendientes, sortijas y hasta una tiara que lo coronaba todo y conformaba, con sus

destellos estrepitosos, la gran traca final.

En el epicentro del terremoto descubrieron un estuche azul que encerraba en su acolchado interior un solo pendiente de brillantes. Lina lo sostuvo de nuevo entre el temblor de sus manos. Emerson, sin despegar las rodillas del suelo, sacó de un bolsillo su pañuelo de hilo para limpiar con él la cara morena de esta arrolladora mujer.

—Algún día me

explicará todo esto —le dijo—. Ahorita vuelva a colocar la cajita donde la encontró y le guardo el secreto.

Pero ella no podía apartar los ojos del hechizo en el que estaba atrapada. Su cabeza, mientras tanto, daba vueltas y vueltas alrededor de la órbita de este sol en forma de pera, a sabiendas de que el misterio distaba mucho de estar resuelto todavía. Lo cierto era que seguía faltando un pendiente.

—Hay cosas que es mejor fingir no ver o no conocer —afirmó el chico de pronto.

Y estas últimas palabras de Emerson, pronunciadas como un eco de su propia voz en un cajón de resonancia, fueron las que súbitamente la sacaron del trance, al caer en la cuenta de que su única esperanza descansaba, probablemente, en el fondo de la basura.

Dio un respingo, cerró la caja de un golpe, se

abalanzó hacia el carrito de la limpieza, soltó la bolsa grisácea de su enganche y la volcó sobre la alfombra, como una piñata de la que se derramaron toda clase de porquerías. Volvió a hincarse de rodillas y comenzó a revolverlo todo frenéticamente sin ponerse siquiera los guantes de goma. Al cabo de un rato pareció encontrar lo que buscaba. Se volvió al chico que contemplaba atónito los disparatados movimientos

de ella y con una tarjeta blanca doblada por la mitad entre los dedos le preguntó:

—¿Habla francés?

Como Emerson leía con dificultad incluso el español más básico, Lina tuvo que esperar a que terminara el día y correr como una loca por los pasillos del intercambiador del metro para llegar a tiempo a la tienda de ultramarinos de su calle, que cerraba a las doce en punto, y mostrarle a Faruma, una princesa del

desierto desterrada en
Leganés que todavía
caminaba como pisando
arena, las letras negras de la
tarjeta blanca que aquel día,
ayer mismo, había adivinado
dentro de un sobre junto a
las rosas sedientas y el
estuche azul con las iniciales
de un conocido joyero
escritas en oro sobre la tapa.

—Sí. Está en francés

—Ya sé que es francés,
Faruma. Pero ¿qué dice?

—Dice. —Faruma tenía
porte de reina; las manos

tatuadas y la cabeza envuelta en un paño de seda. Los ojos eran negros, como de cingara, la boca..., hacía siglos que no reía aquella boca—. Dice que con uno no basta.

—¿Que con uno no basta?

—Sí, que no basta, que uno sólo no es suficiente. Y lo firma un tal Hugo. ¿Dónde encontraste esto, Lina, dentro de una galleta de la suerte?

Un poco más allá, a unos

doscientos metros de la tienda de ultramarinos, se arremolinaba la gente a la puerta del locutorio. Como la noche era clara, se habían formado pequeños grupos de personas que compartían soledades y añoranzas y parecía que ninguno tenía ganas de marcharse a dormir. Aquel diminuto establecimiento era como un agujero negro en medio del espacio estelar por el que uno asomaba la cabeza y veía a los suyos, al otro lado

del planeta. Desde allí, a través del hilo telefónico, iban y venían sueños, esperanzas, abrazos y caricias, que antes de alcanzar su destino, al cruzar el océano, siempre se mojaban de llanto. También se enviaban sobres con dinero y todo tipo de paquetes llenos de regalos, ropa o medicinas, y a cambio se recibían cartas, condimentos para el cebiche y ciertas bebidas de pisco.

Delante de Lina una

mujer discutía el precio del transporte hasta su pueblo de un paquete gigantesco en el que, por lo visto, pretendía hacer llegar a su familia una lavadora nueva y un microondas recién comprados. Otra besaba sin parar la fotografía de unos niños, mientras se aferraba al teléfono a pesar de que hacía rato ya que se le había acabado el crédito.

Lina esperaba pacientemente, consciente de que cada cual necesitaba

su tiempo para regresar de aquel viaje sin maletas al que no se podía llevar siquiera el cuerpo. Por fin consiguió ocupar una cabina y descolgar el auricular que apestaba a cebolla. El aliento de Lucecita, en cambio, olía a chicle de fresa.

—Soy mamá, bebe.

—¡Mami!

La niña hablaba poco, en parte porque no le llegaba la voz para desatar el nudo de la garganta, en parte porque Lina llevaba aprendida, cada

vez, una nueva historia con la que llenarle las noches de sueños. Luz Elena creía a pies juntillas todo lo que su madre le inventaba, que residía en una mansión de paredes blancas con altos techos de madera labrada, con un hermoso jardín, un pozo y un estanque con flamencos rosas; que había mandado colgar un columpio de lo alto de un árbol, para que ella pudiera tocar la luna con los pies, y que tenía un caballo negro,

un tesoro enterrado y una lámpara mágica.

—Óyeme, linda, ya pronto me voy a verte. No llores, mira, que hoy extravié un pendiente de diamantes. Estaba bailando en un gran salón lleno de espejos, y no sé cómo se me enganchó en el pelo y al dar la vuelta cayó al piso. Entonces un hombre guapo se agachó y me lo entregó. Era una fiesta divina, al borde mismo del mar. Las olas nos rompían en los pies,

la música sonaba al fondo y en el cielo estallaban los fuegos artificiales como estrellas fugaces de colores. Tengo una amiga que es princesa, ¿te imaginas? Tiene las manos tatuadas y un velo de seda naranja, y una corona de oro...

A veces se cortaba la línea y Lina no se daba cuenta; seguía hablando minutos enteros sin que nadie la escuchara al otro lado del agujero negro. Luego volvía a casa

caminando despacito, pasaba por delante de la tienda de ultramarinos, ya cerrada, con una persiana de acero toda pintada con las firmas de unos chiquillos que no tenían ni nombre, subía la escalera apoyándose en la barandilla de madera vieja, vieja como su tía Elvina, que dormía enroscada en la almohada, y lentamente se dejaba caer en el colchón.

Pero esa noche, al enfilear su calle, alumbrado por la luna, muy cerca del cielo,

vio con toda claridad el humo de un cohete.

—Treinta de septiembre —pensó Lina—, san Miguel.

Y sonrió al recordar que san Miguel era, con Rafael y Gabriel, uno de los tres arcángeles del Señor.

3

I

CUANDO casi nadie podía permitirse el lujo de comprar un auto en el barrio de albañiles en el que nació Emerson, su padre, Néstor García, concibió la peregrina idea de inaugurar un comercio de piezas para

coches; y para llevar a cabo semejante propósito, acondicionó el patio de su casa, levantando un cobertizo destartalado con cuatro palos y un techo de uralita, en cuyo frente instaló un letrero enorme, en el que, con una brocha gorda y en letras mayúsculas, escribió: repuestos garcía.

Por la noche salía de casa sin hacer mucho ruido, cargando con un saco de arpillera que sólo contenía tres o cuatro herramientas de

dudosa herencia paterna, tan oxidadas y retorcidas que no hubieran dado por ellas ni las gracias, de haber querido venderlas. Recorría varias cuadras a pie, sin más luz que la llama oscilante de un candil, sin más compañía que su propia sombra, sin más esperanza que la de encontrar, en algún callejón solitario, un vehículo cualquiera al que poder extraer, con meticulosidad de cirujano, una bujía, una llanta, un manguito o una

pastilla de frenos.

En cuanto llenaba el saco se daba por satisfecho y regresaba arrastrándolo por el suelo, despertando a los vecinos con su orquesta metálica. Nunca se llevaba más que un par de piezas por coche, para no levantar sospechas. De este modo se aseguraba tanto la clientela como la mercancía, la cual pulía, abrillantaba y engrasaba bien antes de colocarla en los estantes de la tienda.

Mientras Néstor García sobrevivía a duras penas con su precario negocio, su esposa, Amalita, paría un hijo detrás de otro, sin inquietarse siquiera por su incierto porvenir. Los alimentaba con la carne de los pollos que criaba en el mismo patio en el que su marido recibía a los clientes y los vestía con la ropa que iban heredando los chicos de los grandes.

Emerson llegó a su casa en sexto lugar, después de

tres varones y dos hembras, y trajo con él, por primera vez en la historia de la familia García, una ambición y unas ansias de progreso desconocidas hasta entonces tras numerosas generaciones de pobres de solemnidad.

A los ocho años empezó a acompañar a su padre durante sus salidas nocturnas, armado con unos alicates viejos y unos guantes de goma. Mientras Néstor se ocupaba de

desatornillar tuercas y extraer fusibles, el niño se internaba en los oscuros callejones en busca de algún trozo de madera o metal y de cualquier cosa abandonada por fea, vieja, rota o inservible, la cual guardaba cuidadosamente en bolsas de plástico y llevaba a casa. Una vez allí les buscaba la utilidad. Construía juguetes, aperos de labranza, cacharros de cocina, llaveros y chismes raros, y los colocaba en un estante

especial, junto a los del padre.

Cuando Emerson cumplió diez años, Néstor renovó el letrero. Escribió: repuestos y objetos de diseño garcía e hijo.

A partir de ese momento, Emerson pasó a ocupar un puesto de gran responsabilidad en la empresa. Con su don de gentes, sus halagos bien medidos y su plática fácil, era capaz de atrapar a los clientes como a insectos

indefensos en una tela de araña. De hecho, visto que el chico se las apañaba mucho mejor que el padre atendiendo el comercio, Néstor se fue volviendo perezoso y lento, hasta que al cabo de unos meses dejó al hijo al frente del negocio y se dedicó a dormir de día todas las noches que durante años pasó en vela desatornillando tuercas.

La instrucción de Emerson en las nociones básicas del funcionamiento

de la empresa fue breve, pero intensa. Y el desarrollo lógico de la misma se produjo enseguida. De las piezas del motor de los coches pasó rápidamente a los aparatos de radio. Y de ahí, en un par de años, al robo del vehículo entero.

Convertido a una edad tan tierna en su propio jefe, con poder absoluto y capacidad de contratación, Emerson fue reuniendo poco a poco una banda de muchachos a los cuales

adiestró en el arte de falsificar documentos, repintar chapas, disfrazar números de serie y borrar pistas.

Al poco, el cartel del cobertizo decía: autos garcía, en letras amarillas sobre fondo rojo, y ya no era necesario que su madre criara pollos.

Hasta que Fito se fue de la lengua.

Fito era un chaval mal llevado; más que prudente, cobarde; más que listo,

charlatán, que se pavoneaba delante de los niños pequeños y se arrugaba cuando se le acercaba uno grande. A Fito le pillaron haciendo un puente en el motor de un Fiat y lo contó todo. Lo del taller clandestino, lo de la banda de García, lo de la tienda de repuestos..., todo. Y luego, en cuanto los policías le soltaron el cuello de la camisa, salió corriendo a avisar a los chicos, con lágrimas en los ojos, a grito

limpio por el barrio. Escaparon como cucarachas, por los agujeros de las alcantarillas, detrás de Emerson, que era el único que sabía nadar. Salieron por una tubería gorda a una plaza donde había mercado y se escabulleron entre la gente para no volverse a juntar jamás.

Con un pasaporte falso y aprovechando un momento de despiste administrativo con motivo del cambio de gobierno, Emerson se

escapó de México en un tren de productos refrigerados. Aún le castañeteaban los dientes cuando llegó a El Paso, con una bolsa de viaje que contenía una muda sucia y las herramientas del abuelo como único recuerdo de la infancia.

En la frontera le apañaron un visado de seis meses para España, país que desde hacía unos años se había convertido en la nueva tierra prometida para la inmigración; un billete de

avión a Madrid y un supuesto contrato como albañil.

En cuanto pisó suelo español se propuso encontrar un trabajo legal, para variar, y empezó a recorrer talleres recitando sus habilidades de memoria. En una esquina de una calle fría le contrataron por horas, para lavar coches y hacer chapuzas, pero viéndose incapaz de salir de pobre de ese modo, se dedicó a dar conversación a los clientes, a ver si

encontraba un negocio mejor. Tuvo suerte. El dueño de un Volvo azul metálico llevaba años intrigado por un ruido en el ventilador, que ningún técnico sabía explicarle.

—¿Es un tiqui, tiqui, tiqui, o un clon, clon, clon? —le preguntó Emerson.

—No. Es más bien un raca, raca, raca —contestó el hombre.

—Entonces es que tiene suelto el catalizador de gases —sentenció el chico.

En cinco minutos estaba zanjado el problema del ventilador y el del futuro profesional de Emerson, que pasó a convertirse en el mecánico de don José Luis Álvarez de los Ríos, gestor de carteras y padre de cuatro hijos adolescentes a los que había que llevar a clase de inglés, al dentista, al colegio, al club de tenis, a visitar a la abuela y a la finca de Segovia.

El hecho de que Emerson careciera de

permiso de conducir se solucionó de la noche a la mañana gracias a un colega del dueño del taller, que era profesor de autoescuela y conocía de sobra a todos los examinadores de Móstoles, pero el problema de su sonrisa blanca, su juventud, sus ojos negros y su piel morena resultó mucho más difícil de arreglar. No llevaba ni tres meses lavando el Volvo cuando don José Luis le llamó a su despacho.

—Emerson, muchacho, pasa y siéntate, por favor.

Emerson se acomodó en una butaca tapizada de cuero negro al otro lado de la mesa de caoba.

—Mira —le dijo sin levantar la vista de unos documentos que tenía delante—. Te voy a dar la receta para lograr un matrimonio feliz. Y no la olvides nunca. La clave es la siguiente: haz en todo momento lo que tu mujer te pida, lo más rápidamente

que puedas.

Emerson le contemplaba con atención desde su butaca y asentía con la cabeza, aunque sin comprender a qué venía aquello.

—Y yo, que llevo veinte años casado con la misma mujer, y de momento no tengo intención alguna de separarme de ella, más que nada por el lío de la mudanza y por el disgusto que se iba a llevar mi madre —añadió—, tengo que pedirte que te vayas.

Ahora sí que el chico no entendía nada.

—Aunque sea injusto, absurdo y no tenga explicación racional, y aunque me haga quedar como un auténtico calzonazos, Emerson, muchacho, sal de esta casa cuanto antes.

Don José Luis abrió un cajón del escritorio y sacó un sobre que contenía tres mil euros. Junto con el sobre le entregó una carta de recomendación para el

director del hotel Ritz, a quien, según le contó a Emerson, una vez le había hecho ganar una pequeña fortuna en Bolsa. Después le abrazó y le dijo:

—Eres un chico listo, honrado y trabajador. Te irá bien en la vida.

Y dio por terminada la conversación.

Por primera vez en todo el tiempo en que estuvo trabajando con don José Luis, Emerson salió a la calle por la puerta principal.

Se sentó en un banco pintado de verde, con el dinero en la mano, sin saber si echarse a reír o ponerse a llorar, que es lo que le pasa a uno cuando se enfrenta a los grandes misterios de la vida. Entonces, sobre su cabeza se abrió una ventana, y de allí salió volando un papel doblado en cuatro, atado con un lazo rojo. Emerson lo recogió del suelo y lo abrió. Era el dibujo de un corazón atravesado por una flecha. En un lado la E y en el otro

la M.

M de Marta, de quince años, de amores de niña. Marta, la que, cuando se subía al coche, le miraba de reojo, la que nunca le dirigía la palabra.

La ventana se cerró de golpe y Emerson echó a andar camino del Ritz con una bolsa de viaje que contenía una muda limpia, un sobre con tres mil euros, un papel doblado en cuatro y las herrumbrosas herramientas de su abuelo.

Hasta el día en que Emerson recibió aviso de fallo eléctrico en el circuito de la caja de seguridad de la 112 y al entrar recibió en la cara tal bocanada de agua de mar que creyó ahogarse con las lágrimas de Lina, no pudo imaginar que el único estropicio que hallaría en ese hotel a partir de entonces sería el de su precaria soledad.

Pero no fue el mexicano quién agitó la dinamita sino

Lina, que, visto que Emerson no se atrevía a dar el primer paso, y después de varios días haciéndose los contradizos en los pasillos y los ascensores, decidió tomar las riendas del romance.

Primero se rompieron los grifos, luego el minibar, el televisor y el termostato del aire acondicionado; después se atascaron los cajones de las cómodas y las puertas de los armarios; dejaron de funcionar los halógenos de

la luz, y por último, se descolgaron los cuadros y las cortinas.

Lina le llamaba y Emerson todo lo arreglaba con sus manos fuertes y ásperas mientras ella le contemplaba embobada.

Si el chico era consciente o no de la intervención de Lina en todas aquellas averías, es otro de esos misterios de la vida que nadie está llamado a resolver. Lo cierto es que Emerson funcionaba como

un doctor: llegaba, arreglaba, volvía a salir y, antes de marcharse del cuarto, hacía siempre el mismo comentario: «Ya pasó, ya pasó».

El martes en el que se cumplía una semana desde su primer abrazo, Lina tomó la decisión más indecente de toda su vida.

Aprovechando que la 112 había amanecido esa mañana revuelta y desordenada, como si alguien la hubiera

abandonado con prisas, y considerando que el que tiene prisa por irse no la tiene por volver, se encerró con dos vueltas de llave, colgó la bata de trabajo del palo de la escoba y buceó por el ropero en busca de algo incoloro, insípido e inodoro que ponerse sobre la piel y que no fuera agua, hasta que encontró una enagua de encaje y pluma blanca, con una lazada en el centro del pecho, por donde abrir una ventana al deseo.

Allí mismo dejó caer una gota de perfume con sabor a caramelo, que le bajó rodando por todo el cuerpo y se fue deshaciendo a medida que la absorbía su calor.

Cuando entró Emerson en la habitación para arreglar el teléfono (cosa extraña, ya que Lina le había llamado desde allí y el aparato parecía funcionar perfectamente), la encontró recostada en la cama, con las cortinas echadas y el océano sobre su cabeza mojándole

el pelo. Las olas rompían en el encaje de su enagua; la colcha, de arena, quemaba por el sol. Y Emerson dejó caer la caja de herramientas sobre la playa.

Mientras la besaba, la amasaba, la revolcaba con él por entre las rocas y las dunas, la arrastraba de la melena y le mordía los muslos, todo lo sumergía en la profundidad de su abrazo, todo lo resumía en dos palabras: «Ya pasó, ya pasó».

Aquella fue la primera vez que Lina y Emerson saborearon el mar. Y nunca hubieran imaginado que supiera tanto a sal.

Cuando despertaron, aún enmarañados y pegajosos, el chico se incorporó levemente y le sopló unas palabras al oído:

—Me dijeron que eras casada.

—Y lo soy —respondió Lina sin abrir los ojos—. Pero no de veras. Sólo en los papeles. En mi boda faltó

Dios.

Emerson la tomó por los hombros:

—Pero, Lina, sea como sea que te casaste, tú le estás engañando a tu esposo. ¿No lo comprendes?

—No, no le engaño. Yo jamás le prometí nada. Nunca le dije que le iba a querer. Me dio diez mil soles para comprarle un huerto a mi papá. Pero ya se los cobró de sobra. Ya no le debo nada.

En los días que siguieron

se quedaron atrapados en el montacargas dos horas, cuatro en el almacén, seis encerrados en la despensa y una noche entera incomunicados en el cuarto de quemadores.

El que entraba a todos esos sitios después de irse ellos recibía invariablemente en la cara tal bocanada de agua de mar que creía ahogarse en su propio espejismo, al encontrar los suelos cubiertos de arena y las paredes llenas de sal.

II

DECÍAN los que les frecuentaban que, desde la marcha de Lina, Edgar no había vuelto a ser el mismo. Hasta la voz le había cambiado, de gallo de pelea a pollo de corral. Que ahora cacareaba, que aleteaba, que se retiraba a la hora de las gallinas.

Una mucama le limpiaba el piso de soledades, pero más que hacerle, le deshacía

la hamaca que amanecía revuelta y sola. Incluso con ella adentro, la hamaca estaba vacía; vacía del olor de Lina, del cuerpo moreno e insinuante al que él mismo inició en el arte de bambolearse cuando aún era muy niña.

Que aullaba por las noches.

Edgar conducía por costumbre, carretera arriba, para recoger a los peones de la fábrica, carretera abajo para depositarlos junto a las

cajas de vidrios. Carretera arriba para volver a Cajamarca y tumbarse a la sombra, carretera abajo para devolver a los hombres, cansados, a la parada de arriba.

De lunes a sábado, los domingos no, Edgar conseguía a duras penas poner en marcha el motor de la furgoneta, que unas veces salía del emparrado a trompicones y otras, las más, se ahogaba antes de arrancar, y entonces, había

que despertar al dueño de la cantina para que le diera un empujón por la cuesta abajo, a cambio de dos cajas de botellas, de las de la fábrica, que Edgar se llevaba sin que le viera nadie.

Antes de marcharse Lina, los días cambiaban de color como las paredes de la casa. Cierto es que no eran más que cuatro, las paredes, pero Lina se ocupaba de adornarlas con estampas, tapices, recortes de revistas, platos de barro cocido y

cuadritos de flores secas, que ella misma arreglaba, pintaba, tejía y colgaba, porque decía que de este modo no había dos días iguales, y que las mismas alubias negras tenían distinto sabor comiéndolas debajo de una postal del Machu-Pichu que del Cristo de los Milagros.

Al año de casados, la barriga de Lina se puso a crecer de manera desmedida. El pecho le dobló de tamaño y el ombligo le dio la vuelta.

Se decidió a usar mandilones blancos de algodón que arrastraba por el piso para ocultar los tobillos hinchados y las nalgas caídas. Y Edgar se acostumbró a dormir solo, para no incordiarla.

La primera noche de aquel enero hizo tanto calor que Lina creyó que se iba a ahogar. Se desnudó de arriba abajo, se empapó el cuerpo con agua fría y se tumbó en la hamaca, con las piernas abiertas y los brazos

cruzados, sobre la cabeza, para poder respirar.

Hacia unas horas que el bebé había dejado de moverse por su vientre con las culebrillas y los empellones con los que solía adormecerse Lina, y había comenzado a empujar desde el interior de su pelvis, presionándole de tal modo los pliegues de la piel, que al rato parecía estar mordiéndola, o quemándola, o llamándole a la puerta.

En sueños, Lina

comenzó a gemir suavemente, a sudar y a suspirar de un modo que a Edgar, que no acababa de quedarse dormido del todo, en parte por el tórrido verano y en parte porque llevaba meses sin acostarse con su mujer, se le contagiaron los calores, y los jadeos de ella, de tal modo, que sin poder remediarlo se lanzó sobre la hamaca, en busca del cuerpo donde se sofocaban todos sus fuegos.

Pero esta vez resultó que

de lo más profundo de Lina brotó de golpe una cascada de abundante agua tibia, con la que no sólo se apagaron las llamas del deseo de Edgar, sino que se extinguieron para varios meses, por el susto de verse calado hasta los huesos y sin saber qué hacer.

—¡Avisa a la comadrona, carajo! —le gritó Lina, que empezaba a desgarrarse, y a sangrar, y a notar que la cabeza del bebé pujaba cada vez más fuerte

por salir de su cuerpo—. ¡Avisa a la comadrona! — volvió a gritar con lágrimas en los ojos, mientras ya no sentía más que dolor.

Edgar echó a correr calle arriba, en busca de la señora Julia, una partera experimentada, que en la última mitad del siglo había dado la bienvenida a este mundo a más de mil niños en la provincia de Cajamarca. Y se la encontró muerta, entre cirios y jaculatorias, con un rosario

de perlas enredado en los dedos de las manos y una mueca, como de burla, que ni el mismo embalsamador consiguió arrebatarse, tras varias horas de trabajo.

Edgar se agachó allí mismo, junto al cadáver, en paños menores, temblando como un niño, y se echó a llorar. A nadie le extrañó, en esas circunstancias, que un hombre hecho y derecho perdiera los papeles ante la muerte, porque la muerte impone.

Mientras tanto, Lina se había bajado de la hamaca y, en cuclillas, miraba aterrada cómo se desangraba. Se palpó con los dedos y notó que el cráneo oscuro de la criatura asomaba ya por en medio de sus piernas. Empujó con todas sus fuerzas según le requerían las oleadas de dolor, agarró con ambas manos la cabeza de su bebé y la giró a la derecha, esperó a un nuevo aviso de su vientre para volver a apretar y entonces

tiró del cuerpo de la niña hacia su pecho, al tiempo que daba un grito animal, y sentía que, a borbotones, junto con agua, sangre y piel, salía su hija amoratada, blanquecina, arrugada, pegajosa, escurridiza, caliente y viva, sobre todo viva.

Se tendió en el piso, boca arriba, con la niña apretada contra el pecho, aún conectada a su cuerpo por un grueso cordón hecho de carne, el cual cortó de un

mordisco y mantuvo bien sujeto entre sus dientes apretados, mientras que con las manos tiraba con fuerza del otro extremo. Aún sintió un último espasmo de dolor mientras salía la placenta, más grande todavía que la misma niña, más blanda, informe y húmeda, como una medusa fuera del mar cuando parece que aún se mueve, y luego se desparrama por el suelo y se hace agua.

Lina se soltó la trenza,

ató con fuerza el cordón con su lazo de hilo y se desmayó.

Así la encontró Edgar horas más tarde, cuando consiguió vencer el susto y bajó por su calle dando tumbos, como un borracho que vuelve a casa alertado por la luz del amanecer. Tumbada sin sentido, sobre el charco de su sangre reseca, con la niña mamándole el pecho, la trenza deshecha y una nube de moscas devorando los

restos del parto.

Luz Elena nació un domingo. El primero de enero de hacía seis años. Ahora Edgar se guardaba los domingos para estar con ella. Los domingos descansaba la furgoneta de hacer siempre el mismo recorrido y en lugar de subir a la fábrica, atravesaba la ciudad blanca por dentro de las callejas adormecidas, cruzando las plazas que a su paso se iban llenando de vendedores ambulantes de

remedios infalibles contra la tristeza, la alopecia o el mal de ojo; de puestos de comida caliente, de tenderetes de ropa usada, de quioscos de frutas, de cestos de pan.

Rodeaba la colina de Santa Apolonia, se internaba por veredas de polvo y arena, muchas de las cuales no conducían a ninguna parte, y sólo se detenía dos veces: una para beber agua en una fuente a la que achacaban curaciones milagrosas y la otra para

comprar dulces en la última estación de petróleo que encontraba en su camino. No llegaba a la casa hasta bien pasado el mediodía y siempre la veía a lo lejos, en el centro de una desolación agobiante, deformada como en un espejo de feria por efecto del calor.

La casa era de una planta, blanca siempre y reluciente gracias a una capa de cal tras otra. Las ventanas tenían barrotes de hierro forjado y persianas de

listones verdes. En la parte de atrás estaba el huerto donde maduraban dos o tres matas de tomate en rama, unos puerros y varias plantas de patatas florecidas. Hacía mucho tiempo que nadie regaba aquella tierra; años desde que, harto de cosechar fracasos como horticultor, su suegro se había entregado en cuerpo y alma a la profesión de borracho, que, en cambio, se le daba de maravilla. De hecho, había sido uno de los bebedores de pisco más

famosos de toda la comarca.

Decían del viejo que de tanto tomar se había vuelto de puro alcohol y que una mañana se evaporó con el sol cuando iba de camino a casa.

Quedó sola Graciela, pues, con el huerto sediento y la casa de cal, esperando a su marido sin abandonar la esperanza, asomada a los barrotes de hierro, con los ojos vueltos al sol. Por eso fue que se quedó ciega sin darse cuenta.

Primero perdió el hilo y le pedía a Luz Elena que le enhebrase la aguja para poder seguir bordando, como Penélope, camisas y ponchos, que los sábados de mercado bajaban a vender al pueblo. Después perdió la orientación, luego la paciencia y, por último, la fe. Se volvió huraña, desconfiada y triste. Se apagó como la luz en sus ojos.

Ahora era su nieta la que miraba al camino

polvoriento con esa ilusión de niña que no sabe de realidades. Por si volvían el abuelo, la madre, la vista de la abuela o la furgoneta destartada del padre. Por si ya era domingo.

Era domingo. Y octubre. La mala hierba crecía lo mismo en el huerto que en las lindes del camino, pero de vez en cuando llovía. La lluvia era una de esas cosas tontas que ponían a Lina de buen humor. En primavera llenaba la casa de flores,

pintaba las paredes de colores, preparaba dulce de melocotón y mermelada de cerezas y se vestía de blanco, se soltaba la trenza, apartaba la mesa y bailaba dando vueltas y vueltas alrededor de Lucecita, que aplaudía entusiasmada.

Por eso, cuando empezaba el buen tiempo, la echaba más de menos que otras veces.

Cuando llegó Edgar, nadie salió a recibirle. La abuela dormitaba en un

rincón del patio con los ojos entreabiertos.

—¡Graciela! —le gritó casi—. ¡Graciela, ya vine!

Y la abuela, sobresaltada:

—¡Virgilio, por fin!
¡Borracho del demonio!

—No soy Virgilio, vieja. Soy Edgar, su yerno.

—¿Qué yerno? Yo no tengo yerno.

—El esposo de Lina, el padre de la bebe.

—Diga entonces que usted es el cobarde que dejó

marchar a mi hija, el canalla que abandonó a la niña en medio de este desierto.

Edgar se agachó y sacó del bolsillo los restos del dinero de la semana. Le puso varios billetes en la palma de la mano y luego le cerró el puño. Ninguno de los dos dijo nada más.

Entró en la casa llamando a la niña.

—¡Luz Elena, bebe!
¡Lucecita!

Y la niña le respondió contenta:

—¡Papi!

Fueron a dar su paseo por el campo. A comprobar si algún duende de los que habitan las higueras había quedado atrapado en las trampas del domingo pasado, a sacar agua del pozo, a ver si esa vez encontraban por fin una pepita de oro, a buscar nidos de pájaro, madrigueras de conejo, huellas de dragón.

—¿Hablaste con mamá?

—le preguntó Edgar a la niña después de un rato.

—Sí, papi, el martes.

—¿Y qué? —volvió a preguntar.

—Está bien. Ya pronto viene a buscarme.

—¿Qué te contó, linda?, ¿qué cosas te dijo?

—Que extravió uno de sus pendientes. Que se le enredó en el pelo y cayó al piso, que un hombre guapo se agachó para dárselo. Que bailaba junto al mar y las olas le mojaban los pies. Que había fuegos artificiales y que tiene una amiga que es

princesa árabe.

Edgar se quedó un momento callado procesando toda aquella información, que a esas alturas había pasado ya por dos filtros: uno, la imaginación de su esposa; otro, la percepción infantil del mundo de su hija, Luz Elena, de seis años, que creía en duendes, dragones, princesas, pepitas de oro, y que no podía saber cómo era el mar, ni podía imaginar cómo las olas le mojaban los

pies a su madre, en Madrid, a más de trescientos kilómetros de cualquier océano.

—¿Un hombre? — preguntó por fin—. ¿Un hombre guapo, te dijo?

—Me dijo que un hombre guapo le entregó un pendiente, sí. Un hombre fuerte, valiente y rico. Muy rico. Un príncipe. Reinó el silencio.

—Papá —continuó la niña—, ¿cuántos príncipes crees que hay en España?

Pero el padre ya no la escuchaba. Se había puesto a caminar, dando grandes zancadas de camino a la casa, con la mano de Luz Elena bien agarrada, dentro de la suya. La niña tenía que correr para seguirle el paso.

—¿Qué sucede, papi?
¿Qué cosa dije?

—Nada, linda —
respondió él entre dientes—.
No es lo que dijiste. Es que
recordé de pronto que me
esperan en Cajamarca.

—¿Quiénes te esperan?

Edgar no respondió. Abrió la puerta de la furgoneta y la cerró de un portazo. Puso el motor en marcha y desapareció por detrás de una nube de polvo, sin más.

Se puso a llover.

Edgar condujo sin mirar el camino. Llevaba los dientes tan apretados que le dolían las mandíbulas. Entró en Cajamarca por el sur de la ciudad y detuvo la furgoneta frente a una casa vieja. Un hombre

insignificante le abrió la puerta.

—¿Cuánto por el auto?
—le preguntó Edgar sin dar más explicaciones.

El hombre rodeó la furgoneta acariciando la carrocería con su mano sucia. Pateó las cuatro ruedas. Abrió el capó. Comprobó el estado del motor, el radiador y la caja de cambios. Olisqueó el interior del vehículo, encendió la radio y calculó la edad del coche por la

numeración de la matrícula.

Por fin dijo:

—Nueve mil soles.

—¡Hecho! —respondió

Edgar sin regatear siquiera.

4

I

EN un pequeño ático de la rué Saint-Martin, de París, Hugo Beneteau se puso a dibujar su propio pie. Le habría pedido a su hermana Pauline que subiera de vez en cuando y posara para él, descalza. A ninguna otra

mujer se habría atrevido siquiera a insinuarle tal cosa. Una mano, tal vez. Pero no un pie. El problema era que Pauline se había subido en un tren, mochila al hombro, con un indeseable mil veces más viejo que ella, y más listo, y con muchos menos pájaros en la cabeza, camino de ninguna parte, hoy aquí, mañana allí.

—¿Verdad que es romántico? ¿No te da envidia, Hugo?

—Me da envidia de él;

de ti, pena.

Así que se había resignado a dibujar su propio tobillo, a carboncillo, con un toque de rosa y azul en vez de sombras, los dedos pequeños y las arrugas de las plantas, éstas que nadie ve y a nadie le importan y que son como las de la cara, sólo que en lugar de reflejar lo que uno ha reído en la vida, muestran lo que ha caminado, lo que pisa y por dónde pisa y también a dónde va y a dónde ha ido.

Si hiciera un molde de arcilla con su huella, seguro que aparecían, en relieve, los adoquines de su calle traspasando la suela del zapato, rumbo al café Bouchons. Aquel pequeño local, abierto a la calle por un toldo de loneta gris, que por la tarde se liaba en un rodillo y se cerraba con una puerta de cristal, se había convertido para Hugo en una especie de refugio contra chaparrones y aburrimientos, contra el olor del aceite frito

del barrio Latino y el de la mantequilla holandesa del Pont Saint-Michel.

Viniendo desde el otro lado del río, había que cruzar por delante de la fachada de Notre-Dame, la plaza de Chatelet y la fuente mágica del Centro Pompidou, atravesar los tenderetes de ropa usada, los puestos de flores, y caminar unos metros por una calle sombría y estrecha, una de las pocas que aún conservaban adoquines en el

suelo. Allí, cerca, muy cerca de la iglesia, estaba el café, con dos mesitas redondas bajo el toldo y cuatro sillas, que alguien se encargaba de recoger cuando sonaban las seis en el campanario de Saint-Martin.

A buen paso, cargando libros y tratados de leyes, una persona más o menos sana, más o menos ágil, podía tardar en llegar al Bouchons, desde la Universidad, unos veinte minutos. Nada diferenciaba

ese café de otros cientos como él, que también tenían toldo y sillas en la calle, y que de pronto surgían de la nada, durante la noche, como champiñones, para desaparecer, con las mismas, poco tiempo después. Por eso, la predilección de los estudiantes por este pequeño local era un misterio inexplicable tanto para ellos mismos como para el dueño, un marsellés de nariz gorda y colorada, que aún no se creía del todo su buena

suerte y por eso trataba a cada uno de sus clientes con un mimo desmedido, como temiéndose que el día menos pensado le abandonarían para siempre. Se sabía de memoria los nombres de cada uno; si éste prefería la leche fría o caliente; si aquel tomaba el café en vaso y con hielo; si el otro con una gota de coñac. Si uno llegaba triste, le ahogaba las penas; si había que invitar hoy a una rubia, mañana a una morena, las invitaba y en

paz; sin irse de la lengua. Si a ése le gustaba cantar, le tocaba la guitarra; si al otro pintar, pues le regalaba las paredes para que se las cubriera de colores, y a uno que le dio por recitar poesía, le cerró el local un martes por la noche, le apagó las luces y le dejó a solas con su inspiración.

Hugo había sido uno de esos estudiantes alborotadores que ahora abarrotaban el café. Llegó una mañana cualquiera, tiró

los libros al suelo, sacó unas ceras del bolsillo y se puso a pintar en el mantel de papel, un retrato tan fiel de la madre del marsellés, sentada como siempre, detrás de la caja, con un ojo puesto en la puerta del baño, el otro en la nevera de los refrescos, que el hijo no tuvo más remedio que enmarcarlo y plantarlo encima del mostrador, como quien cuelga un cuadro de la Dolorosa, presidiendo el lugar, sin más señas que un cartel con el título oficial de

la obra: Madame Pipí, que a la interesada no le hizo ninguna gracia, pero que se resignó a llevar desde ese momento con la cabeza muy alta, todo fuera por el bien del negocio del hijo.

Iba para juez, o al menos eso decía su padre, pero una mañana, asomado a los tejados de su barrio, desde una mirilla del ático, por donde unas veces se colaban y otras se escapaban los gatos callejeros, sintió que el espíritu de algún poeta del

siglo pasado le soplaban al oído que un artista siempre será un artista, por mucho que se empeñe nadie en evitarlo. Que para leyes, mejor las de la armonía, la belleza y la proporción; que para hacerse rico, mejor no haber nacido. Que su sino era morir pobre e incomprendido, tal vez loco, o tuberculoso, o cortarse una oreja, como Van Gogh.

Entonces, en la planta de su pie dibujó un quiebro. Y salió, sin más, camino de

Bretaña, con lo puesto y las vueltas del café en el bolsillo. Se subió a un camión de fruta que le recogió debajo del arco de la Defensa, empapado de lluvia, y le depositó, como al correo, delante de la puerta de la casa de su padre en Cancale.

La casa era de piedra gris, las contraventanas de madera, el jardín de tomillo y lavanda. Una senda de gravilla lo rodeaba todo y desembocaba en un mirador

sobre el acantilado que consistía en un sencillo murete hecho de la misma piedra gris y una barandilla de la misma madera. Desde allí todo era azul, excepto las mejilloneras que de vez en cuando aparecían flotando, entre ola y ola, y una pequeña isla a unas cuatro millas de distancia, que de lejos siempre le había recordado a Nunca Jamás.

Precisamente en esa isla se levantaba la mansión del dueño de una de las más

importantes industrias alimenticias de Francia, un tal Boulanger, el cual, harto de escudriñar el horizonte de París en busca del mar, había decidido comprarse un helicóptero y pagarle un curso intensivo de vuelo a su chófer de toda la vida, quien, a partir de ese momento, cambió su gorra de plato por el casco de piloto, su traje de chaqueta por una cazadora de cuero, y sus ansias de volar por una irremediable añoranza de la algarabía de

las calles del centro de la ciudad.

El empresario, por su parte, se sintió obligado a presentarse de alguna manera ante los habitantes del pueblo, y nada más llegar, organizó una fiesta con orquesta y fuegos artificiales. Los invitados desembarcaron en la isla en pequeñas barcas de pesca, abarrotadas como pateras de inmigrantes, con varias familias a bordo y sin manera alguna de regresar a

tierra hasta el día siguiente. Durmieron sobre los sofás Luis XVI, sobre las alfombras persas, sobre las pieles de oso, sobre las mesas de caoba y hasta tirados por los suelos mientras el señor Boulanger calculaba el coste de levantar un muro todo alrededor de la isla para que nada como esto volviera a ocurrirle jamás. Aquella fue la primera y última vez que las puertas de la mansión se abrieron al público. A partir de entonces, los únicos que

entraban y salían de aquella isla eran el pequeño helicóptero y el sol, cada mañana temprano y cada atardecer.

Hugo se sentó a esperar en el muro, con las piernas colgando sobre el acantilado, en contra del viento. Al fondo, como un remiendo blanco en la sábana azul del horizonte, le pareció ver la vela del barco de su padre: el Cisne Negro, que lo único que tenía de pirata era el nombre, el resto

era de lo más convencional. Como su dueño, predecible hasta el aburrimiento, con todas sus ilusiones puestas en un par de hijos imprevisibles y sin otra ambición personal que la de pasarse la vida trabajando de sol a sol para conseguir comprarse, al cumplir sesenta años, una casa de piedra gris con las contraventanas de madera; un jardín de tomillo y un barco de vela al que dedicar el resto de su tiempo.

—Papá —le preguntaron una vez—. ¿No te cansas de andar y desandar todos los días el mismo camino, del embarcadero a la isla, de la isla al embarcadero?

—Es que, más allá de la isla, no hay más que mar.

Y terco. Cuando se empeñaba en una cosa, no había modo de quitársela de la cabeza. El mismo día que nació Hugo, nada más verlo salir del vientre de su madre y antes siquiera de haber estrenado los pulmones, el

padre sentenció: «Éste será juez». Entonces sí explotó el niño en un llanto estrepitoso, en una rabieta descomunal, y Pauline, que tenía dos años y el futuro resuelto, ya que, por determinación paterna, iba a ser cardióloga, también lloró, un poco por susto y otro poco por solidaridad con su hermano menor.

Desde que tomó la decisión más importante de la vida de sus hijos sin consultar con ellos, todos los esfuerzos del padre se

destinaron a cumplir ese objetivo. De cajero en la pequeña sucursal bancaria de su pueblo natal pasó a ocupar el cargo de comercial en la empresa de uno de los clientes que le descubrió enseguida la capacidad de sacrificio y le pagó el colegio de los niños. Después consiguió un puesto como contable de unos almacenes en Lyon, pero pronto le ascendieron a gerente y luego lo trasladaron a París. Un par

de años más tarde, Pauline y Hugo ingresaron en la Universidad, haciendo realidad de este modo el único sueño de la vida de su padre.

El mismo día que se matriculó Hugo en la Sorbonne, Arnaud Beneteau vendió su casa y compró un pequeño ático en la rue Saint-Martin, junto a la iglesia, cerca de la Universidad, para que vivieran los chicos. En un rincón instaló el piano de su

abuelo, ya que, de todas formas, el único que había encontrado el modo de devolverle la voz, después de cuarenta años en silencio, había sido Hugo. Luego, se jubiló.

Se marchó a vivir a Cancale, porque dijo que allí se comen las mejores ostras del mundo; plantó tomillo y lavanda en el jardín, barnizó las contraventanas de madera y se asomó durante meses al mirador.

Una mañana, por fin,

llegó a un acuerdo con el dueño del Cisne Negro, un velero de diez metros de eslora que si aún no se había hundido en la miseria era únicamente porque las aguas donde estaba varado eran muy poco profundas. Aquél se convirtió en su tercer hijo, el más querido y el más consentido. Al que se dedicó en cuerpo y alma durante los últimos años de su vida. Y el que, a cambio, le pagó todos sus desvelos con grietas en las manos y arrugas en la

piel.

—Pero, papá, tú no has navegado nunca —le preguntaron una vez—.

¿Para qué quieres ese barco?

—Para ver qué hay más allá de la isla —les respondió él sin dejar de lijar la cubierta.

Por detrás de una rocalla asomó el Cisne Negro, que regresaba a casa con todas las velas arboladas. Hugo saludó con la mano antes de comenzar a descender por la escalera excavada en la

piedra por la que se accedía al embarcadero, a sabiendas de que después del abrazo le daría a su padre el mayor disgusto de su historia. «Mejor después del abrazo», pensó, no fuera a ser el último.

—¡Hola, señor juez! — le gritó el padre desde la proa del barco, mientras le lanzaba las amarras.

Desde la ventana de la cocina, la madre no podía escuchar lo que hablaban allá abajo. Pero aun sin

palabras comprendió que la repentina visita de su hijo había tenido un efecto devastador en el ánimo de su marido. Cuando le vio caminando hacia la casa con los hombros gachos y el paso lento, encendió la chimenea con las astillas que, a veces, abandonaban las olas sobre la arena de la playa.

Los dos hombres entraron en la casa, con el silencio instalado entre ambos. El padre veía las

brasas consumirse en la hoguera donde se quemaban sus sueños. De pronto nada tenía sentido: ni la sucursal bancada, ni los almacenes, ni la casa de Cancale, ni el Cisne Negro. Nada.

La madre le puso una manta sobre las piernas y regresó a la cocina. Iba y venía de una estancia a otra sin saber dónde echar el ancla; una copa de coñac para el hombre, un caldo caliente para el hijo.

—Le vais a matar tú y tu

hermana —le recriminó por fin a Hugo—. ¿No podías, por lo menos, darle el gusto de terminar la carrera? Luego, haces lo que te dé la gana. Que quieres pintar, pues pintas. Que quieres viajar, pues viajas.

—Yo no quiero viajar.

—Lo digo por Pauline.

Y otra vez de vuelta al salón con un platito de almendras.

—Pero, Arnaud, no te lo tomes tan a mal —le repetía a su marido—. Dale un par

de años para que espabile. Cuando vea que no se puede vivir del aire, vendrá a darte la razón.

—No vendrá. Mañana, te lo juro, mañana, cojo el barco y me voy a dar la vuelta al mundo. Como lo oyes. Yo solo.

—No digas tonterías.

—Te lo juro. La vuelta al mundo. Yo solo.

Hugo regresó a París en un tren de medianoche.

Dos días después de su marcha, al amanecer de un

martes, el padre se despidió de la madre de sus hijos para siempre, en el embarcadero, llorando abrazado a ella como un viejo sin remedio. El Cisne Negro levó el ancla en el mismo instante en que el pequeño helicóptero del millonario Boulanger abandonaba la isla.

La madre volvió a casa en cuanto el barco se perdió en la lejanía. Pasó la mañana asomada al mirador y la tarde cocinando el bizcocho preferido del padre. Antes de

caer el sol volvió a asomarse al acantilado, totalmente segura de que en medio del horizonte, como un remiendo blanco en el gran azul del mar, vería venir a lo lejos la vela del barco de su marido de vuelta a casa. Y así fue. Cuando el hombre entró en la sala con la cabeza hundida, encontró la chimenea encendida, el café con leche caliente y el bizcocho recién hecho esperándole junto al butacón. Y como cada

noche, su mujer le puso una manta sobre las piernas.

II

A medida que se alejaba de Cancale y de las expectativas paternas, Hugo se sentía más y más libre, más suelto, ligero como el pincel sobre el lienzo, dispuesto, por fin, a convertirse en el irresponsable que siempre quiso ser.

De este modo, caminando sobre acuarelas, entró una mañana en el café Bouchons. Se sentó junto a la ventana a esperar que pasara la vida. Y la vida sucedió de golpe. Entró a desayunar y se sentó justo enfrente, disfrazada de mujer temprana, de ésas que se respiran cuando pasan al lado de uno y uno se las traga, como el humo de los Gitanes que fumaba Dios en la canción de Gainsbourg. Así recostada contra la

pared, con los párpados recién abiertos y la falda alborotada, parecía toda hecha de aire. Tenía los ojos del color del mar cuando se marcha el sol, la misma profundidad, la misma negrura, olas en el pelo, sal en la boca. Daba ganas de beber.

En la ventana de la calle, donde se reflejaban los tejados, vio Hugo, o tal vez lo imaginó, al fantasma que algunas noches le susurraba cosas al oído. Pasó dejando

un rastro de vaho en el cristal y esta vez le guiñó un ojo.

Y aquel fue el segundo quiebro que dibujó en su pie.

Durante semanas, Hugo persiguió a Carol como una sombra por las calles de París deteniéndose en los mismos portales en los que ella se detenía, mirándose en los mismos escaparates, pisando los mismos charcos y recorriendo los mismos caminos. La esperaba horas enteras, como un perro sin

amo, dando vueltas y más vueltas alrededor de la plaza Vendôme, después de que ella desapareciera a través de la puerta giratoria del hotel Ritz. Muchas veces la veía salir más tarde, cuando se encendían las farolas, envuelta en pieles o bordada entera de piedras, y subirse en un Mercedes, en el que la esperaba un chófer con corbata.

Parecía real, pero Hugo se preguntaba si ambos formaban parte de un

hechizo y en qué se convertirían al sonar las doce, porque una noche, una sola noche, escondido detrás del obelisco, la descubrió subida en unos patines muy usados, convertida en bengala, dejando una estela de espuma tras de sí. Comprendió que la magia la había abandonado y le pareció tan frágil como una figura de porcelana a punto de romperse en mil pedazos.

Por las mañanas la esperaba en el café,

acurrucado en un rincón, sin atreverse siquiera a preguntarle su nombre. La escoltaba hasta la Universidad dejando atrás los puestos de flores, los tenderetes de ropa usada, la fuente mágica del Centro Pompidou, la plaza de Chatelet, las torres de Notre-Dame y atravesando el río, por el Pont Saint-Michel, que tantas veces cruzó él solo, sin mirar siquiera a los lados, y que ahora, a varios metros de distancia de Carol,

se le hacía interminable, con su suelo de cemento gris sobre esa zanja abierta por el Sena entre las dos orillas de París con el único fin de separarles.

Comía mal y poco. Dormía solamente cuando veía regresar a Carol al hotel, subida en mil coches diferentes, y despedirse de quienquiera que quedara al volante tratando de sofocar el incendio que ella provocaba. Pero algunas veces no volvía hasta la

mañana siguiente y entonces se quitaba los zapatos y caminaba descalza a través de la puerta giratoria, por donde desaparecía, engullida por el hotel.

Con el paso del tiempo, las arrugas de los pies de Hugo comenzaron a curvarse tomando la forma del cuerpo de Carol, sus pasos sonaban a Carol, el mundo era ella. Ya no existía el mundo.

La rutina, ese cúmulo de circunstancias azarosas que

a veces se repiten para que las personas puedan sentirse menos perdidas en esta vida imprevisible, llevaba a Carol casi todos los domingos hasta lo alto de Montmartre, donde le gustaba terminar el día, dando vueltas alrededor de una plaza sembrada de pintores y artistas callejeros.

Fue una de aquellas tardes de color pan tostado cuando descubrió la sombra de Hugo asomarse y desaparecer por detrás de un caballete.

Se acercó sigilosa, y al encontrarse frente a frente con él, reconoció aquella sombra que durante días y noches la había acompañado por las calles de París a modo de presencia fantasmal. Esa aparición de la que Carol sólo había llegado a atisbar un crujido aquí, un reflejo allá, un gesto familiar en medio de la multitud o la extraña sensación de que alguien, o algo, la observaba de lejos, tomó de pronto cuerpo y

forma al otro lado del lienzo.

Allí, sentado sobre un taburete de madera plegable, con una caja de acuarelas sobre las piernas y un pincel en la mano, había un hombre joven con cara de niño. Tenía el pelo oscuro y los ojos claros, la boca curvada en una sonrisa de pícaro y se mordía el labio inferior con unos dientes grandes y muy blancos. No levantó la vista al sentir el peso de la mirada de Carol en su dibujo. Continuó acariciando la tela

con el filo de su pincel, lentamente, con una suavidad que contrastaba con la dureza de sus dedos largos y sus nudillos fuertes.

Carol se sorprendió de pronto atrapada en medio de la plaza. Aquella brocha la había pintado entera de azul.

Se giró sobre sus talones y bajó deprisa por una calle adoquinada. Huía. Escapaba. Se había contemplado a sí misma, desnuda y azul, reflejada en el cristal de sus gafas de sol.

A partir de entonces, fue capaz de percibir la compañía de aquel loco en cada segundo. Corría los visillos y allí estaba él, esperándola bajo el obelisco. O al otro lado del puente, o detrás de los puestos de ropa, o metido en su cama cuando se iba a dormir. En todas partes estaba él. Hasta en el desdén de sus compañeros de clase.

—Hugo. Se llama Hugo Beneteau. Fue alumno de la Sorbonne. Ya no. Por lo

visto se dedica a pintar. Es un chico bastante raro. Solitario. ¿De qué lo conoces?

—De nada.

—Pues mejor para ti. Es de esos que no tienen dónde caerse muertos. ¿Te llevo a casa?

—Vivo en el Ritz.

En el Ritz. Vigilada día y noche por unos ojos de niño, por la sombra desprendida de un Peter Pan de carne y hueso que la contemplaba mudo, siempre

en la distancia. Que una vez la esperó sentado al piano del Bouchons para tocarla. Con sus dedos largos. Y lo peor de todo: una sombra que, si desapareciera de pronto, se llevaría con ella todo el encanto de París.

—Un don nadie. Un patán. No está a tu altura.

—¿Quién?

—Hugo Beneteau.

—¿Beneteau? No me suena. ¿Qué coche tiene?

Durante semanas, Carol se negó a reconocer la

fascinación que aquel don nadie, aquel patán, ejercía sobre ella. Sólo cuando por enésima vez se sorprendió a sí misma recorriendo la rue Saint-Martin para encontrarse con él, de esquina a esquina del café, sin haber cruzado jamás palabra alguna; sólo entonces, una tarde de junio, decidió terminar para siempre con aquel maleficio.

No volvería más al Bouchons. Recuperaría la cordura y la sangre fría.

Regresaría a su mundo feliz, de yates y fiestas, en el que Hugo no tenía más cabida que en ese remoto rincón del desprecio —un paleta, un patán— y le dejaría atrás, como al paisaje de un cuadro impresionista que de cerca pierde la forma, el color, el sentido. Eso era Hugo. Una impresión pasajera, una visión producida por el efecto alucinógeno de la ciudad de París. Una sombra incapaz de ocultar el sol.

—Tú eres el sol,

princesa. Nadie brilla como
brillas tú. Eres inaccesible,
maravillosa, una diosa.
¿Puedo llevarte a casa?

—Vivo en el Ritz.

—¡Voilà!

Hugo siguió colándose
por los resquicios de su piel
aún varios días. Pero Carol
no levantó más la vista del
suelo, ni permitió que el eco
de sus pisadas la arrastrase
también a ella hacia el café.
Nunca.

Hasta que Hugo se
rindió. Y se sentó a una

mesa vacía, en un rincón del café, perdido en sus desesperanzas, a esperar que la vida le pasase de largo.

El marsellés todo lo veía desde detrás de la barra. Lo comprendía todo y todo lo perdonaba. Hubiera podido llegar a convertirse en un gran confesor, de haber sido creyente o en un famoso psicoanalista, de haber nacido en Argentina.

—Chico, esa niña te va a volver loco —le dijo una tarde sentándose frente a él,

en la misma mesa—. Es de las que no se olvidan ni con whisky.

Después de un rato en silencio, se levantó y volvió a la cocina. Regresó al poco, con un rollo enorme de manteles de papel.

—Mira, Hugo —le dijo —, son tus dibujos. Me daba pena tirarlos a la basura. Los he ido guardando y ya hay más de cincuenta. Quería pedirte permiso para colgarlos en las paredes del Bouchons. Ya sé que esto es

un café, no una galería, pero, en fin... ¿Qué me dices?

El día en que estaba prevista la inauguración de la exposición de los manteles de Hugo en el Bouchons hizo un calor sofocante durante toda la tarde. Los alumnos de la Sorbonne abandonaron el aula más deprisa que otras veces. En medio de una auténtica estampida, Carol atravesó el largo pasillo, bajó por las escaleras de mármol blanco y salió a la

calle a través de una enorme puerta de madera labrada. El edificio pétreo parecía sudar por los canalones del desagüe. Lo dejó atrás, avanzó hasta el final de la calle, torció a la izquierda y bajo el puente, se le apareció el Sena, marrón y pastoso, como el chocolate caliente. Se quedó un momento quieta, dejándose llevar por la corriente, y de pronto, el viento empezó a soplar con tanta fuerza que las copas de los árboles se balancearon

de lado a lado del río dejando caer sus hojas al agua. Los remolinos de arena recorrieron las aceras, las mujeres se sujetaron los vuelos de sus faldas, los puestos de flores perdieron sus pétalos, y Carol sintió que se la llevaba el aire, literalmente, en volandas. Notó que se despegaba del suelo y flotaba, arrastrada por aquel extraño vendaval, hacia el campanario de la iglesia de Saint-Martin, cuyas campanas,

enloquecidas también por el huracán, se habían puesto a repicar.

A las seis en punto estalló la tormenta con un trueno ensordecedor que rompió el cielo. Y el cielo comenzó a caer sobre la cabeza de Carol en forma de gotas de agua que sabían a sal.

Al final de la calle vio que alguien recogía a toda prisa las dos mesitas redondas y las cuatro sillas del café Bouchons y corrió

hacia el lugar al que se había propuesto no regresar jamás. Empujó la puerta de cristal y entró con tal sensación de naufragio que le pareció haber aterrizado en una playa desierta.

El café estaba vacío, las mesas ordenadas, el suelo recién barrido. Alguien silbaba una suave melodía desde dentro del almacén y se escuchaba el tintineo de las botellas al ser trasladadas de un sitio a otro. Fuera arreciaba el temporal, pero

ella se sentía a salvo allí dentro, protegida de algún modo por las cuatro paredes del local que, al llegar, la habían recibido y abrazado como si le perteneciesen.

Carol levantó la vista del charco de lluvia que se estaba formando bajo sus pies y fue entonces cuando los vio.

Notó que de un golpe de fusta se le desbocaba el corazón. Creyó que se había muerto y que era sólo su alma la que contemplaba

atónita aquellas paredes.
Porque en cada centímetro
del interior de aquel café, en
cada esquina, rincón, quicio,
resquicio, arriba, abajo, en
frente, detrás, junto a las
ventanas, sobre la puerta, o
al otro lado del mostrador,
estaba ella y sólo ella. Carol
sentada. Carol de pie. Carol
entrando desde la calle. Las
manos de Carol. Un hombro.
La espalda. Los ojos de
Carol. Carol escribiendo.
Carol leyendo. Carol
tomando café. Carol

mirando por la ventana. El pelo de Carol. Carol dormida. Carol despierta. Carol, Carol, Carol.

Y a los pies de cada dibujo, un garabato en el que se leía, simplemente, Hugo.

El dueño del café se acercó lentamente, secándose las manos en un paño verde que llevaba anudado a la cintura. Cuando estuvo a su altura le dijo casi al oído:

—Esta noche, a las ocho, se sirve un vino,

mademoiselle, invita la casa.
—Y añadió—: Pero el autor,
Hugo Beneteau, llegará a las
seis y media.

Volvió a la trastienda a
por una toalla para
envolverle el pelo, pero
cuando regresó, Carol ya
había desaparecido bajo la
lluvia de junio. En el suelo
del café, donde antes estaban
sus pies, quedaba un
pequeño charco de agua.

Como habían acordado,
a las seis y media en punto
apareció Hugo con una bolsa

de papel en cada mano. Traía las velas con las que iban a iluminar las mesas, unas botellas de champán y un par de kilos de ostras de Cancale que le había enviado su madre con una carta en la que le explicaba lo ocupado que andaba esos días su padre arreglando el tangón, motivo por el cual les iba a resultar imposible asistir a la celebración.

Aún no se había cerrado la puerta detrás de Hugo y ya estaba el marsellés a un

centímetro de su cara contándole que ella, la chica de los cuadros, había entrado en el café hacía un rato, calada hasta los huesos, y que se había quedado de piedra, allí mismo, encima de esa misma baldosa, contemplando en silencio, uno a uno, todos sus dibujos. Que había llegado como una ráfaga de aire y que de la misma manera había desaparecido después, sin decir una palabra.

—Vuelvo a las ocho —

dijo Hugo como toda respuesta, dejando caer las bolsas al suelo.

Y salió corriendo, calle abajo, por delante de la iglesia de Saint-Martin, a través del puente, hasta la puerta del hotel Ritz de París. Y esta vez entró. Y preguntó por ella en la recepción. Y le explicaron que Carol había abandonado el hotel, subida en unos patines, como hacía algunas veces. Y que hoy, además, había pedido un taxi. Le

aconsejaron que pasara al piano-bar, donde podía tomar un té con eclaires mientras la esperaba.

Hugo salió de nuevo a la plaza, buscándola entre la gente. Al otro lado, bajo unos toldos a rayas blancas y negras, los escaparates de la joyería Chaumet exhibían sus magníficas creaciones en cuidadoso desorden sobre unos cojines de terciopelo. Era difícil apartar la vista de aquel muestrario de piedras preciosas que parecían

brillar por debajo del agua. En un rincón, muy cerca del cristal blindado, habían colocado, como por casualidad, un par de pendientes de diamantes, tan delicados y frágiles que Hugo comprendió enseguida que habían sido hechos para Carol.

A las ocho en punto se encendieron las luces del escaparate y los joyeros cerraron las puertas con mil vueltas de llave. Un grupo de turistas se fotografiaron

delante del Ritz apoyados en el capó de un Mercedes con un chófer que bostezaba en su interior y continuaron su paseo, camino de la Madelaine entre bromas. Hugo les siguió calle arriba, en parte porque iban en dirección al Bouchons y en parte porque no soportaba la idea de marcharse de allí completamente solo.

Desde el otro lado de la rué Saint-Martin vio una marabunta indómita que se arremolinaba ante la puerta

del café. A empujones logró escurrirse dentro, donde el espectáculo resultaba aún más aterrador. Mil personas bailaban sobre las mesas y se lanzaban bolas de papel. El griterío era ensordecedor, la capacidad del local había superado por tres veces su límite y el marsellés hacía rato que se había rendido, desbordado por la riada humana, y esperaba con resignación tras la barra la inevitable visita de los gendarmes con la orden de

cierre del local por escándalo público.

El gentío recibió a Hugo como al jefe revolucionario de alguna república bananera, a ritmo de samba. Le felicitaron a voces: «¡Vaya fiesta, tío!». Luego se le tragó la marabunta, se perdió entre la gente, trató de abrirse paso hacia el mostrador, se subió como pudo a la barra y una vez allí, de pie, se puso a gritar como un loco: «¡Fuera! ¡Fuera todos! ¡Largo de

aquí! ¡Sois mierda! ¡Fuera!
¿Me oís? ¡Fuera!».

Una lluvia de bolas de papel cayó sobre Hugo, seguida de un abucheo descomunal. Entonces, Hugo saltó hacia detrás de la barra donde se escondía el dueño, acurrucado bajo el mostrador. Lo sacó de allí como pudo y lo llevó a la trastienda.

—Pero ¿quién es esa gente? ¿Qué es esta locura?
—le gritó al marsellés.

—Son estudiantes —le

contestó temblando, como si fuera a echarse a llorar—. Repartí algunas invitaciones a la puerta de la Sorbonne, y ya ves. Por lo visto hoy terminaba el curso. Por eso han venido tantos. Son estudiantes, Hugo, estudiantes como tú.

—Como yo, no. No tienen nada que ver conmigo.

Permanecieron más de una hora en silencio, sentados en el suelo, rodeados de botellas de

Coca-Cola vacías, cajas de cartón, bolsas de patatas fritas y latas de cacahuetes. Había una bombilla en el techo que colgaba de un cable y también se movía, de lado a lado, como un péndulo a punto de estrellarse contra las paredes. Poco a poco, a medida que se acababa el whisky, la tormenta fue amainando, la calma instalándose de nuevo en el campo de batalla. Y a eso de las diez, después de un rato

de tregua, Hugo y el marsellés se atrevieron a asomar la cabeza por una rendija de la puerta.

El espectáculo era estremeceador. El suelo estaba cubierto de un líquido negruzco en el que flotaban las colillas, junto con las bombas de papel. Había cristales rotos por todas partes, mesas caídas, sillas volcadas, vasos y botellas destrozados, visillos arrancados, ventanas abiertas y un vómito verdoso

junto al baño. Y entre tanta desolación, un solo milagro.

—Mira, Hugo, los cuadros se han salvado.

Hugo pasó la vista por las paredes del café. Era absurdo, imposible, pero cierto. Los manteles pintados con cera, los retratos de Carol, sus manos, su espalda, su pelo negro y ondulado, sus ojos del color del mar cuando se marcha el sol, seguían allí como si tal cosa. Como si no se hubiera desatado una guerra mundial

debajo mismo de ellos. Y eran de papel. Y no tenían una mancha, ni un desgarró, ni una arruga. Nada.

La puerta se abrió de pronto. Entró un soplo de viento y volvió a cerrarse de un portazo. Luego se abrió otra vez, más despacio ahora, casi con cuidado. Y allí, bajo el dintel desencajado, apareció Carol. Carol arrastrando un traje largo de tul rosa y tirantes de perlas, con la espalda desnuda, el pelo suelto, la

cintura a punto de romperse por la mitad, la boca abierta, las manos cerradas, la respiración agitada y los pies descalzos dentro de unas sandalias de cristal. Parecía un cuadro más, enmarcada por la puerta.

Se encontró, sin saber cómo, frente a frente con la sorpresa de Hugo con la guardia baja. Y tal vez por eso, por saberse vencedora antes incluso de declararle la guerra, se atrevió a ser cruel.

—Tú. Tú. ¿Quién te

crees que eres? ¿Crees que no te he visto seguirme como un perro por todas las esquinas de París? ¿Crees que tienes derecho a exhibirme en las paredes de este asqueroso lugar y dejar que tus amigos se emborrachen a mi costa y se burlen de mí?

De pronto se echó a llorar como una niña, con lágrimas auténticas, con todo su cuerpo. Lloraba por las manos, por el cuello, por los hombros. Lloraba

también por dentro de Hugo, por el interior de aquel café, por los manteles de las paredes, por el desastre de las mesas y las sillas, por la noche, por el mes de junio, por las gotas de tormenta que aún resbalaban por el toldo gris.

Hugo se acercó a ella paso a paso, un pie delante del otro, dibujando un nuevo quiebro en las arrugas de sus plantas. Y cuando la tuvo cerca, tan cerca que pudo respirarla, tan cerca que

sintió ganas de bebería, la abrazó con fuerza y se la llevó con él.

Salieron a la calle, avanzaron por la acera oscura, cubierta de adoquines, y subieron en silencio las escaleras viejas de la casa de la rue Saint-Martin hasta el ático. En un rincón había un piano, en el otro una escalera de caracol que subía a los tejados y allí, debajo de las nubes, había un techo de cristal sobre un montón de cuadros, botes de

pintura, sábanas blancas y lienzos vacíos, un caballete, una mesa repleta de tiestos y un taburete de madera. No había más luz que la del cielo de París bajo la lluvia ni más suelo que unas tejas de pizarra centenarias, ni más árboles que las chimeneas, ni más compañía que la de unos gatos callejeros y un fantasma que, a veces, susurraba cosas al oído.

—Si dejas de llorar, te regalo una cosa —dijo Hugo

mientras acercaba el caballete al centro del estudio—. Ven, siéntate aquí.

Carol se dejó llevar hasta una sábana en el suelo. Después contempló inmóvil cómo Hugo se ocultaba detrás del caballete, durante mucho rato, mientras el aire fresco del principio del verano se emborrachaba de óleo y aguarrás. Al cabo de un buen rato, se levantó por fin, con el dibujo de su pie dentro de las sandalias de

cristal.

—Déjalo que se seque antes de guardarlo —le aconsejó. Luego se sentó a su lado y Carol habló por fin.

—Soy Carolina Bouvier la hija de uno de los hombres más poderosos del mundo —dijo—. No creas que puedes traerme a tu casa y seducirme, porque yo soy inalcanzable. Un día me casaré con alguien que esté a mi altura. Y tú verás mi foto en las revistas.

—Claro que sé quién eres —contestó Hugo—. Una vez te vi salir del hotel en patines.

—¿Y qué?

—Pues que sé que eres vulnerable.

Carol calló. Cuando volvió a hablar lo hizo con una suavidad nueva.

—Tengo una abuela que me persigue mejor que tú. Tiene espías por todas partes. Si te asomas a la ventana, verás dos hombres apoyados en alguna farola.

Tal vez, cuando salgas, no tendrás tiempo de darles explicaciones.

—Pues no saldremos nunca más de aquí —replicó Hugo—. Nos comeremos los gatos y nos beberemos el agua de la lluvia. Nos crecerán el pelo y las uñas, como si fuéramos dos náufragos en una isla desierta, y tendremos un hijo al que llamaremos Boy.

Carol sonrió por primera vez.

—Y por las noches

iremos a bailar a los tejados
—dijo.

—Y desapareceremos
para siempre, y seremos dos
fantasmas invisibles —
añadió Hugo.

—Y se olvidarán de
nosotros. Cuando llamen a la
puerta, diremos: «No
estamos» —dijo Carol.

Tumbados con la cara al
cielo, contemplaron el final
de las nubes y el principio
de una noche clara. Con esa
sensación de eternidad que
dejó la tormenta al

esfumarse, se abrazaron sin prisas. Tul sobre hilo, hilo sobre tul. Cuando Hugo cerró por fin los ojos, Carol se acercó a su oído para decirle algo en un susurro. Algo que él no llegó a escuchar.

—Y nuestra historia la contarán en una novela tonta.

Sonaban las once en el campanario de Saint-Martin cuando Hugo oyó que alguien aporreaba la puerta

del ático gritando su nombre. Arropó a Carol con la sábana y bajó por la escalera de caracol. El marsellés, fuera de sí, le pedía que abriera, que traía noticias increíbles.

—Ponte una camisa y acompáñame al café —le dijo—. Te tengo que presentar a alguien. ¡Pero corre, date prisa o se marchará! ¡Vamos, Hugo, estarás de vuelta en un minuto! ¡Vamos!

Tiró con tanta fuerza de

él, que a Hugo no le quedó otro remedio que dejarse arrastrar, a medio vestir y a medio despertar, hasta el Bouchons.

En la puerta había un lujoso coche negro con un chófer esperando dentro. Tenía el motor en marcha, las ventanas tintadas y matrícula extranjera.

Dentro del local se respiraba aún el humo de los cigarros de la noche anterior, pero alguien, tal vez el mismo duende que al llegar

las seis recogía las dos mesas y las cuatro sillas de fuera, había fregado el suelo, colocado los muebles, limpiado la barra y colgado los visillos, de modo que el café, milagrosamente, había recuperado su aspecto habitual.

En una de las mesas del fondo había una mujer muy mayor fumando un cigarrillo. Vestía unos zapatos negros de tacón alto, un elegante traje de chaqueta gris y un collar de perlas que

daba vueltas y vueltas alrededor del cuello de su camisa de seda blanca. Llevaba gafas de sol, a pesar de estar sentada en medio de la penumbra, y los labios pintados de rojo.

Al entrar Hugo se dirigió a él con un extraño acento, entre inglés y alemán, mientras le alargaba la mano derecha.

—Usted es el pintor, ¿cierto? —le dijo en un tono que a Hugo le supo amargo—. Me llamo Greta. Un

amigo me habló de su exposición magnífica, de su talento, de la belleza de sus cuadros, y yo tuve que venir a verlos. Es usted bueno, muy bueno.

Hugo se quedó sin habla. La anciana volvió al ataque:

—Creo que al final me los llevo todos. ¿Cuántos son? ¿Cincuenta y tres? ¿Cincuenta y cuatro?

—Cincuenta y tres — dijo el marsellés.

—Bien. Le doy seis mil euros.

—No menos de veinte mil —respondió rápidamente el marsellés ante el asombro de Hugo, que hubiera aceptado los seis mil sin rechistar—. Valen por lo menos quinientos cada uno.

—No abuse, joven —contestó la anciana—. Quince mil y en paz.

—Dieciocho mil —dijo de pronto Hugo.

Mientras la enigmática mujer abría su bolso para extraer el dinero del interior,

volvió a dirigirse a Hugo, que aún no se creía del todo su buena suerte.

—Tengo entendido que sus padres viven en Cancale, ¿verdad? Yo tengo allí también un buen amigo, tal vez lo conozca usted. Es el propietario de una pequeña isla a unas cuatro millas de la costa. Una excentricidad, cierto, pero ama el arte tanto como yo. Tal vez debería usted ir allá y dibujarle su isla y su mar. Le daría mucho dinero. Al final, el

valor de las cosas depende de lo que cada uno esté dispuesto a pagar por ellas, ¿no le parece?

Le entregó un sobre y salió deprisa, oscilando levemente sobre sus tacones. Desapareció por detrás de los puestos de flores y los tenderetes de ropa usada. El conductor del coche la siguió poco después, una vez que el dueño del café, con ayuda de Hugo, hubo depositado el enorme rollo de manteles de papel en el

interior del maletero.

Y antes de extinguirse por detrás de la esquina el ruido del motor del coche, ya llegaba Hugo al puente sobre el Sena con el dinero en la mano, camino de Chaumet, en cuyo escaparate había contemplado la tarde anterior que de dos pendientes de brillantes nacían los rayos del sol.

Una delicada mujer de largos dedos ensortijados los acomodó en el interior de un

estuche azul que llevaba escritas en oro las iniciales del joyero. Después le acompañó a la puerta, y se quedó mirando con él la extraña manera en la que, al otro lado de la plaza, en la misma puerta del hotel Ritz, una anciana elegantemente vestida de gris empujaba con fuerza hacia un coche a una joven morena que arrastraba un traje largo de tul rosa y tirantes de perlas, con la espalda desnuda, el pelo suelto, la cintura a punto de

romperse por la mitad, la boca abierta, las manos cerradas, la respiración agitada y los pies descalzos dentro de unas sandalias de cristal.

5

I

AQUEL día en que la arrolló el ímpetu del mar por primera vez en su vida, Lina tuvo el detalle de cambiar la sábana inundada por otra recién limpia que sacó del estante de debajo del de las toallas. La enagua la

envolvió en un paño seco con la idea de llevársela a casa para lavarla a mano, no sin tomar antes la precaución de someter a su tía Elvina a la magia hipnótica de la televisión de plasma. Resolvió el desorden al que la tenía acostumbrada la mujer que ocupaba la 112 y salió de allí a toda prisa, con el carrito por delante, los tarros de champú y colonia tintineando más fuerte que nunca.

Carol regresó cuando empezaba a servirse el té con pastas. Después de colgar con su abuela había tomado un taxi que la había dejado en la puerta del parque zoológico. Le apetecía sentirse un poco niña, cogida con fuerza a la mano de su padre, como aquellos primeros inviernos que pasaron a solas, en los que ella imaginaba que crecía de golpe y se convertía en una mujer capaz de ser madre e hija al

mismo tiempo. Patinó sin poner atención a las señales, empezando por los osos pardos y saltándose el delfinario (nada de animales amaestrados), para terminar junto a la jaula de un león dormido al sol.

«Los leones duermen unas veinte horas al día», leyó en un cartel explicativo.

También ella empezaba a notar un enorme cansancio que le subía desde los pies para quedarse alojado en su cabeza, estableciéndose

entre sus pensamientos más íntimos. Había guardado el pendiente en la caja fuerte de su habitación y de vez en cuando lo sacaba, lo dejaba sobre su cama y se echaba a soñar. Soñaba con comer gatos y beber agua de la lluvia, con mandarlo todo a paseo, como decía su abuela. Todo, incluida la abuela misma, la compañía, los recuerdos y hasta el porvenir. Pero luego pensaba en su padre, sentado detrás de la enorme mesa de

su escritorio, sin nadie que le llevara el café en una taza de juguete, sin nadie que diera sentido a su soledad, a sus esperanzas, sin nadie que ocupara un día un despacho contiguo al suyo, que comunicara con su mundo incomprensible.

El león bostezó con sus enormes fauces abiertas y estiró las garras. Carol sintió un frío extraño recorriéndole la espalda. El estómago le enviaba angustiosas señales de auxilio, la cabeza empezó

a dolerle con tanta fuerza que se le nubló la vista.

No encontró un taxi hasta pasado el lago, así que tuvo que patinar entre las prostitutas y los chulos que acechaban medio escondidos detrás de los árboles. Sintió miedo porque notó que las piernas no le respondían. Temió caerse allí mismo y despertarse drogada en un burdel de carretera con las manos encadenadas a la cama. Las mujeres, medio desnudas debajo de unos

fastuosos abrigos de pieles, se le acercaban amenazantes convertidas en lobos feroces, en muertos vivientes de película de miedo, con los brazos extendidos y los ojos vueltos, o así le parecía a Carol, que se esforzaba por pasar entre ellas a toda velocidad sin responder palabra alguna a sus insinuaciones.

Una vez en el hotel se desató los cordones de los patines y atravesó descalza el rellano de la gran escalera

de mármol. La cabeza le palpitaba con tanta intensidad que el dibujo de la alfombra, otras veces azul y amarillo en un enredo geométrico, ahora caracoleaba sobre sí mismo. El pasillo se estrechaba y se movía de lado a lado haciendo que Carol se golpeará con las paredes en los hombros. Le resultaba tan imposible mantener el equilibrio como en esas tardes de marejada, cuando hay que asegurar las puertas

de los camarotes y cerrar las escotillas para que no se enfade el mar. Sintió el mismo mareo, la misma inestabilidad y esa angustia repentina que procede de dentro del cuerpo y no hay manera de extinguir.

Los párpados se le cerraban pesadamente a medida que subía por aquel corredor cada vez más empinado, sudando o temblando según alternaban el calor y el frío. Se tocó la frente y sintió que ardía. Se

sentó en el suelo, se levantó a duras penas, se arrastró hasta la puerta de la 112, que encontró cerrada; la abrió, la empujó, arrojó los patines al suelo y se dejó caer en la cama, sobre la sábana recién lavada que la mujer de la limpieza acababa de remeter bajo el colchón. Una vez a salvo perdió el sentido. Se despertó en el corazón de las tinieblas, pronunciando frases inconexas dirigidas a nadie, empapada, tiritando, suplicándoles agua a las

sombras de las paredes que se habían colado por la cerradura y ahora invadían su espacio, se acercaban, amenazantes y silenciosas, para apretarle la garganta con sus manos húmedas. Respirar, atragantarse, morir. Carol se olvidó de todo, hasta de su nombre.

Al otro lado de la ciudad, mientras amanecía el otoño, una voluptuosa mujer dormía como una auténtica leona salvaje.

Para despertar a Lina hacía falta armarse de paciencia. Las primeras noches en el piso de Leganés, hasta que se acostumbró a los muelles del colchón y al ruido de la calle, las pasó en vela haciendo memoria de su vida, preguntándose cómo diablos había acabado tendida en el suelo, insomne y sola, dentro de un edificio de hormigón a doce mil kilómetros de su casa de cal. Luego, empezó a encontrarle

el gusto a esa ciudad de locos en la que uno podía quedar atrapado en un atasco a las tres de la madrugada, comprar churros antes de acostarse, bailar salsa hasta caer rendido, refrescarse los pies en las fuentes públicas y tumbarse panza arriba en la hierba fresca del parque, ponerse unas gafas de sol y ver caer la lluvia como si no fuera con uno, como si la vida no pasara de ser una telenovela y en ella fuera posible reinventarse hasta el

propio nombre.

A partir de entonces, una vez aclimatada al nuevo escenario, se echó a dormir con soltura, desbordando los límites de su colchón, igual que si no hubiera dormido en años, o al contrario, con la sensación de que toda su existencia hasta aquel preciso instante no había sido más que un largo sueño.

Por las mañanas, la tía Elvina comenzaba por sacudirla enérgicamente, como a los cojines del sillón,

y terminaba por lanzarle el despertador a la cabeza, sin contemplaciones. Lina salía a medio vestir, perdiendo los zapatos por los corredores del metro, con el estómago vacío, las pestañas aún pegadas y una sonrisa boba cruzándole la cara sólo de pensar en qué mujer se convertiría hoy.

Pero las cosas habían cambiado sensiblemente desde que Dios le envió el ángel. Ahora preparaba café antes de marcharse de casa,

cambiaba el agua del florero y compraba chocolate. La tía Elvina no daba crédito.

Aquel domingo primero de octubre, en el mismo instante en el que Edgar, con los celos aporreándole las sienes, levantaba una nube de polvo por un caminito olvidado de la provincia de Cajamarca, Lina y Emerson se quedaron atrapados en el montacargas, dos horas, sin que nadie escuchara sus inexistentes gritos de socorro. Llegaban los

proveedores y tenían que subir a pie por la escalera de servicio cargando pedidos, pero a pesar de sus protestas, no fue hasta el momento de abrirse la lavandería que la gobernanta preguntó por Lina y se encontró con el desconcierto general.

Atando cabos y siguiendo pistas, llegó hasta el ascensor de atrás y golpeó la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —
voceó.

—Sííí —se oyó la voz de

Lina, como de ultratumba—.
Nos quedamos encerrados.

—¿Quiénes son ustedes?

—Lina Sánchez, del
servicio de limpieza, y
Emerson García, de
mantenimiento.

Emerson no paraba de
besarla.

—Tranquilos, ahora
mismo llamamos a un
técnico. Si sienten angustia
respiren hondo y procuren
calmarse. No intenten abrir
las puertas, podría ser
peligroso.

Emerson le levantaba la falda.

—¿Me oye, Lina? ¿Se encuentra bien?

—Sííí —repitió Lina, con una voz tan ahogada que la gobernanta dedujo que le faltaba el aire. Emerson le lamía el cuello.

—Respire profundamente, inspire, espire, ¿me sigue?

—¡Sííí, sííí!

—¡Rápido, un técnico!
¡Esta chica está sufriendo un ataque de claustrofobia!

Los rescataron despeinados y sudorosos, jadeando aún y con las caras coloradas. La gobernanta mandó traer un abanico, grajeas de valeriana de la farmacia y unos vasos de agua fría. Al poco les mandó de vuelta al trabajo, les descontó las dos horas del sueldo y consiguió que de aquel suceso no se volviese a hablar en unos cuantos días.

Lina recuperó tarde el aliento. Aún respiraba

agitadamente cuando entró de una patada en la 112, y la encontró a oscuras, cosa extraña, ya que la joven que la ocupaba solía salir temprano, dejándolo todo patas arriba, la cama deshecha, la ropa arrugada, las toallas tiradas por los suelos y las ventanas abiertas de par en par, los visillos bailando con el aire de la mañana y un metro de ancho por dos de largo de calle colándose por el hueco de las persianas.

En otras circunstancias hubiera salido de allí a toda prisa, pidiéndole perdón a la habitación apagada, perdón al sueño interrumpido, perdón a la puerta mientras se cerraba. Pero esta vez, aturdida como estaba por el «incidente del montacargas», según palabras textuales de la gobernanta, avanzó con el carrito hasta dentro, como caballo por Troya, y no se percató de la presencia de Carol hasta después de

correr las cortinas.

Durante aquella noche en tinieblas, la chica había tratado de llegar al minibar arrastrándose por el suelo, escalando en horizontal la alfombra con las débiles uñas de sus manos, y se había rendido a medio camino, vencida por la fiebre.

Así la encontró Lina, tumbada boca abajo, con los brazos extendidos y los dedos agarrotados, en idéntica postura a la de esos

esqueletos que aparecen de vez en cuando en el desierto a punto de alcanzar su espejismo.

—¡Ay, Virgencita! Resucítamela, que si no me muero, que me muero aquí mismo, que me muero — repetía Lina mientras se acercaba cautelosamente al cuerpo y le daba un puntapié.

Carol sólo consiguió emitir un débil gemido, pero bastó para que la otra reaccionara al fin y la

levantara con cuidado, tomándola con dulzura de los hombros, repitiéndole las palabras mágicas que tan bien le funcionaban a ella para remediar congojas: «Ya pasó, mami, ya pasó».

La tumbó en la cama, le tomó el pulso y la temperatura. Trajo una toalla mojada para ponérsela en la frente, y un vaso con agua caliente en el que disolvió sales de baño, escupió tres veces seguidas y dejó bajo la cama para ahuyentar a los

malos espíritus. Le puso una medalla de una Virgen de Cajamarca al cuello y salió corriendo por el pasillo en busca de ayuda.

Dio con la gobernanta a medio camino entre la planta segunda y la tercera, con una carpeta de cuero negro en la que parecía estar reescribiendo El Quijote, de tanto uso como le daba.

Trotaron juntas de vuelta a la 112.

—Esta niña se muere, Lina. Quédese aquí que

llamo a un médico —dijo mientras salía disparada de la habitación.

Lina acercó una silla a la cama y se sentó en ella tomando entre sus manos ásperas las suaves manos de Carol. En ese momento, por primera vez desde su hallazgo, se paró a contemplar a aquella mujer reciente, casi una niña, que vagamente le recordaba a alguien. Era menuda, morena, delgada en exceso. Tenía las uñas muy blancas,

como el resto de su piel, los ojos cerrados y el pelo ondulado parecía azul. Abrió los párpados un instante y Lina vio el mar. Lo vio reflejado en las pupilas, en la mirada perdida.

Entonces descubrió qué era aquello que le resultaba tan familiar en aquella chica. Sobre el cabecero, sentada de espaldas sobre una roca, el océano retrocediendo después de romper en la playa, bajo sus pies descalzos, una niña de unos

cinco años, desnuda, la piel azul con los reflejos del sol, las trenzas mojadas, casi deshechas, pequeña, frágil como una porcelana a punto de ser engullida por las olas; en el instante antes de romperse, de desaparecer para siempre, estaba ella, la misma persona que ahora, con unos años de diferencia, se ahogaba entre la espuma blanca de la sábana, en la cama donde ayer mismo había descubierto junto a Emerson el sabor del agua

salada.

II

HAY ciertas cosas de las que una madre se da cuenta mucho antes que un padre. Otras muchas, a estos últimos les pasan inadvertidas durante años y sólo son capaces de atisbar sus consecuencias cuando ya es demasiado tarde para remediar nada. Entonces las padecen con cierto

desconcierto y las archivan junto al resto de aquellas cosas incomprensibles que para ellos componen los grandes enigmas del universo femenino.

Por eso, al padre de Carol no le extrañó que su hija despreciara sistemáticamente, mañana tras mañana, el plato de tortitas con sirope de arce que antes devoraba con ansia, ni que rechazara su idea de salir juntos a comer al Cipriani's del Soho, su

restaurante favorito, ni que ya nunca se parara delante de los puestos callejeros de hot dogs y baguets, donde solía engullir de un bocado un par de salchichas con mucha cebolla y ketchup. Creyó a pies juntillas todas las excusas de Carol: que le dolía el estómago, que había cenado demasiado la noche anterior, que no tenía hambre o que ya no le gustaba la comida basura.

Hasta que no llevaban varios días a bordo del Lady

Luisa, y ya alcanzaban a divisar a lo lejos las blancas playas de Punta Cana, y la llamó para que subiera a la cubierta de proa, no se fijó en la carretera que dibujaba su columna vertebral a través de su espalda, ni en las doce costillas que le rasgaban el pecho, ni en la protuberancia de sus hombros y la delgadez de sus rodillas. Nada. La vio con los rasgos vacíos de carne y creyó que su hija, durante los meses que había

pasado en Francia, se había hecho mayor; que había perdido el grosor de sus labios de niña, la redondez de su rostro infantil, y no le gustó, porque pensó que cada día que pasara lejos de él, se iría pareciendo menos a su madre.

Pero aquella mañana caribeña, soporífera ya nada más amanecer, cuando observó que su cuerpo se perdía más allá del biquini rojo, no pudo evitar tratarla como a una chiquilla, no fue

capaz de hacerle la pregunta correcta, ni de idear una estrategia que le devolviera el apetito, como tal vez hubiera hecho Luisa de haber estado viva.

Sólo esperó a tenerla cerca para que le oyera bien y le dijo:

—Hija mía, Carol, pareces una muerta de hambre. Come un poco, engorda un poco, hija, que da pena verte.

Y sólo consiguió espantarla, dejar de verla,

darse cuenta de que ella le evitaba, que siempre se sentaba al otro lado de la mesa, que había dejado de hablarle, de buscarle, de asfixiarle con esa manera suya de quererle tan absorbente, tan celosa, tan egoísta y a la vez tan sincera, tan dulce, tan inocente.

El Lady Luisa tenía sesenta metros de eslora, un camarote inmenso para el armador, otro con bañera de hidromasaje y escotillas en

el frente y seis más para los huéspedes, el mejor de los cuales, forrado de tela de damasco dorado, con dos litografías de La Odisea sobre el diván y una cama doble con cabecero de madera, era el que ocupaba Greta. El que estaba decorado en tonos azules correspondía a Carlos Luna, más conocido como «Charlie Moon» y rey indiscutible del mundo de la moda y la cosmética. El rojo alojaba al matrimonio

Dresde-Lutton, dueños de la mayor compañía de telecomunicaciones del hemisferio norte, y a su lado, en un camarote con dos camas, estaban los Peterson de Finlandia. Carol dormía en el más pequeño, donde aún las sábanas tenían bordados ositos de trapo.

El desayuno y el almuerzo se servían en la segunda cubierta de popa, bajo un gran toldo blanco, con el barco fondeado cerca de la costa. La cena, en

cambio, era mucho más formal, en el elegante comedor interior, de paredes verdes cubiertas de espejos y muebles de caoba, con la música de dos violinistas como fondo, con fuentes y candelabros de plata, y en perpetuo movimiento, el barco enhebrando con un hilo invisible las islas como botones en una infinita camisa azul.

Otros veranos, mientras la abuela Greta y su hijo Tom se ocupaban de los

invitados, Carol pasaba las mañanas en el agua, subida en las lanchas, haciendo esquí acuático o buceando junto al instructor caradura que todos los años acababa enredado en alguna madeja de líos con las azafatas.

En cambio, estos días, Carol salía tarde de la panza del buque, mustia y lánguida, débil y aburrida, y subía a la tercera cubierta para no encontrarse con nadie y poder ver morir las horas, lentas, infinitas,

ojeando alguna revista o algún libro, o abandonándose al sol, como una pequeña salamandra fuera de lugar.

Tom observaba todo esto a distancia, sin atreverse a meter un pie en la nueva burbuja impenetrable en la que su hija nadaba sola, muda, triste e indiferente. Se había sacudido sus preocupaciones la misma tarde de la mañana del biquini rojo, cuando Greta y sus amigos subieron a bordo

del Lady Luisa y recorrieron los pasillos, los camarotes, los salones y las cubiertas, barriendo todos los silencios, todos los espacios vacíos.

Había llamado con los nudillos a la puerta del camarote de la abuela, como siempre que había tenido que encontrar una madre suplente para los problemas de su hija. Y su conversación no había durado más de un par de minutos, mientras Greta

deshacía su equipaje.

—Growing pains —
decía ella, aunque conocía
de sobra los motivos del
desánimo de Carol—. Todas
las mujeres tenemos miedo
de hacernos mayores.
Growing pains, no se lo
tengas en cuenta. Carol ha
dejado de ser una niña, y
ahora no sabe cómo
comportarse; cómo ser
mujer. Se estará haciendo la
interesante.

—Pero no come nada —
objetaba el padre.

—Ya comerá, cuando tenga hambre.

Luego, esa noche, al ver a la niña entrar sonriente en el comedor con un vestido de gasa blanco, ligero, flotando sobre el suelo de moqueta, descalza como todos (los zapatos se dejaban en una gran cesta de mimbre al llegar al barco), y leer el asombro en los ojos de Charlie, en los de Lukas y Sandra, y sorprender el orgullo en los suyos propios, la satisfacción mal

disimulada en los de su madre y la incipiente vanidad en los ojos a veces verdes, a veces azules, pero siempre del color del mar cuando se marcha el sol, de Carol, olvidó todos sus temores y el mundo recuperó su rumbo perdido.

Lo que no sabía era que Greta había tomado ya cartas en el asunto. La abuela no había vuelto a hablar con su nieta desde el corto trayecto que hicieron ambas a finales de junio, en

absoluto silencio, desde el hotel Ritz de París hasta el aeropuerto Charles de Gaulle. Bastó con el desprecio, la tensión de los músculos de su mandíbula, el espesor de la niebla que se instaló entre ambas en el interior de aquel coche y las lágrimas de Carol, el odio helado contenido en sus pupilas, el grito sordo, ronco, ahogado de su boca y la oscuridad de las lentes de sus gafas de sol.

Pero aquella tarde de

principios de agosto, la primera vez que se veían desde entonces, después de la charla con Tom, Greta entró en la cabina de Carol y la encontró echada sobre la cama.

—Una tontería más y le cuento a tu padre lo fácil que te has vuelto —le dijo—. Lo poco que cuesta meterse contigo en la cama. ¡Sal ahí fuera con la mejor de tus sonrisas y no me obligues a romperle el corazón!

A partir de ese momento,

Carol no tuvo otro remedio que disimular su pena. Entró en el comedor levantando pasiones y sin nadie a quien acudir, sin más refugio que la cueva gélida de su propio corazón.

Ya en ese momento había decidido, sin saberlo, convertirse en esclava y dueña al mismo tiempo de su voluntad, y así, se negó todo placer, toda alegría y toda diversión que pudiera distraerla de su decisión inconsciente de ser infeliz.

La dura disciplina que se marcó comenzó por rechazar la comida, y no ya como antes, resultado de su mal de amores, sino de un modo enfermizo y cruel, absoluto y mortal, que le produjo además una tristeza infinita con la que empezó a deslizarse por una peligrosa pendiente.

Había días en los que sólo se alimentaba con una manzana verde. Durante las comidas, se servía siempre ensaladas con las que

jugaba, amontonando en un lado los espárragos y en otro los granos de maíz, y que no probaba nunca. Si alguna vez caía en la tentación de tomar un helado, o un trozo de tarta, o medio entrecot, sentía una angustia abrasadora subirle por el esófago, y se despreciaba por culpable, por débil, por miserable. Entonces pasaba un día entero sin comer, para borrar las huellas de su cobardía.

El espejo se había

convertido en su único aliado, porque sólo él era capaz de devolverle la imagen de sí misma que no le daba miedo ver. Se contaba las costillas con los dedos, se rodeaba la cintura con las manos, conocía al milímetro las medidas de sus muslos, sus caderas, sus pechos, cada día más desinflados, más pálidos, más invisibles.

El peso era su otro amigo. Al que consultaba todas las mañanas y todas

las noches; antes y después de cenar; al ir y al volver del pequeño gimnasio junto al salón de juegos. Y cuando engordaba doscientos gramos, se dibujaba una marca en la palma de su mano, para verla siempre que se llevara algo a la boca y poder dejarla de nuevo en el plato, o tirarla por la borda, o esconderla bajo las hojas de la lechuga.

Lo más asombroso era que, aunque débil, cuanto menos comía Carol, mejor

se sentía. Se comparaba con las modelos de alta costura que aparecían en las revistas de moda, y sonreía satisfecha, por estar aún más delgada que las reinas de la belleza. Más todavía cuando cada vez que Charlie Moon la veía pasar por delante de su tumbona, o lanzarse al mar desde la borda, se la quedaba mirando sin decirle nada, imaginándola ya convertida en el rostro de su nueva campaña publicitaria, o como colofón sobre la

pasarela de su colección primavera-verano, que proyectaba presentar en uno de los salones del Museo del Louvre de París el otoño siguiente.

—Ni lo pienses —le decía Greta, asomándose con él a la baranda de cubierta.

—Sería la nueva Kurkova, fresca, joven, desconocida.

—Ya. ¿A cambio de qué?

—Algo encontraré para

convencer a Tom.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Anda, Charlie, sé bueno y no me hagas reír.

Adelgazó demasiado aquel verano, pero obsesionada con la comida, consiguió olvidar a Hugo, los gatos del tejado y el agua de la lluvia, y no volvió a pensar en él hasta la noche en que, después de dejar a Francesca completamente borracha en el cocktail-bar del hotel, al contemplar el reflejo de la niña en el

espejo enmarcado de la chimenea, se fijó en un bouquet de rosas, un sobre blanco y un estuche azul con las iniciales de un conocido joyero escritas en oro sobre la tapa.

6

I

EL médico se llamaba Diego y llegó en menos de diez minutos acompañado por Francesca. Era un hombre atractivo, con un rostro aún joven bajo una espesa mata de pelo gris marengo. Olía a lavanda,

sonreía por los ojos y no le temblaba el pulso. Vestía con clase, chaqueta de ante azul, pantalón de franela, zapatos ingleses, Hublot en la muñeca, gemelos de esmalte y unas iniciales bordadas en el puño de la camisa. No tenía aspecto de médico. O al menos no el de uno de esos médicos de urgencias que parecen geos, que irrumpen en el lecho del dolor derribando puertas, envueltos en ropas fosforescentes. Lo único que

le delataba era un maletín de ejecutivo negro en el que guardaba el estetoscopio, la linterna, el termómetro y dos o tres dosis de Urbasón con jeringa incorporada.

Se sentó en la cama de Carol y permaneció unos segundos en silencio, quieto, contemplándola. Después dio comienzo un exhaustivo reconocimiento: le tomó el pulso, le abrió los párpados, le iluminó las pupilas con la linterna, la auscultó, le despegó los labios, le

alumbró las profundidades de la garganta, le palpó el abdomen, le dobló el cuello hasta que consiguió tocar el pecho con la barbilla. Por último, la arropó con cuidado y le colocó las manos a los lados del pequeño cuerpo febril.

—¿Es contagioso? — preguntó Francesca desde la puerta del ropero.

—No. Anda, pasa — contestó el doctor con los ojos fijos en el rostro de Carol—. Parece una

faringitis, pero nada grave. De todas maneras, voy a decirle a Ángela que venga a extraerle sangre, la encuentro muy débil.

—Ya se lo dije yo el otro día, que estaba muy delgada.

—Esta niña está escuálida —dijo él sin atender al comentario de Francesca—. Se le marcan todas las costillas. Mira qué brazos, qué codos; se diría que lleva días sin comer.

Lina se había puesto en pie al entrar el médico y

observaba la escena desde un rincón junto a la chimenea. Creía que nadie se había percatado de su presencia allí, así que permanecía en silencio, quieta como un adorno más y sin la más mínima intención de perderse absolutamente nada de lo que ocurriera en aquella habitación, en aquel escenario. De pronto, el doctor se volvió hacia ella.

—Usted es...

—Lina, del servicio de

limpieza —se apresuró a responderle, azorada.

—Es la chica que la encontró —aclaró Francesca.

—Gracias, Lina —dijo el médico—. Ha sido usted de gran ayuda.

—No tiene por qué —contestó ella.

—¿Sería tan amable de traerle a esta niña unas medicinas de la farmacia? —preguntó Diego.

Francesca la miró de arriba abajo. Tenía la bata

arrugada, unos mechones rebeldes escapaban de la cinta que ataba una trenza larga y negra que le llegaba a la cintura; respiraba agitadamente y el pecho voluminoso subía y bajaba rítmicamente, convirtiéndose por derecho propio en el centro de aquel universo unipersonal.

—Eso es trabajo de conserje —dijo secamente la italiana.

—O de enfermera —replicó él—. ¿Estaría usted

dispuesta a ser mi enfermera por unos días?

—Tendrás que hablar con la gobernanta —respondió Francesca por ella antes de dar a Lina la oportunidad de abrir la boca.

—¡Pues vaya problema! —dijo Diego mientras escribía unas recetas en una libreta—, a las gobernantas se las convence rápido.

Lina tomó el trozo de papel que le extendía el médico y salió deprisa, no fuera a ser que aquel hombre

cambiara de opinión.

Antes de desaparecer al galope por el pasillo, alzó la voz para sentenciar desde la puerta:

—A esta niña lo que le hace falta es un buen vaso de leche caliente con yema de huevo y coñac.

Y el médico, divertido:

—Ahórrese el coñac, Lina.

Después de la visita, como la mañana era soleada, Francesca y Diego pidieron que les sirvieran unas

bebidas en el jardín del hotel, donde las hojas verdes de los castaños comenzaban a amarillear.

—Siempre he pensado que tú y yo somos como el positivo y el negativo de una fotografía —dijo Francesca, después de dar un buen trago a su martini.

—Prefiero el positivo —respondió él.

—Tú ya sabes a lo que me refiero. Esa niña podría ser medio hija tuya igual que medio mía.

—Se parece muchísimo a Luisa —dijo él, pensativo—. Los mismos ojos, el mismo pelo, la misma cara de gitana. De reina gitana.

—¿Por qué se fue? Nunca llegaste a contármelo —preguntó Francesca.

—Ni yo lo supe. Se fue, sin más. Ni siquiera se despidió por carta. Un día dejó de responder a las mías y yo, que estaba loco, me fui a por ella conduciendo día y noche, de Ginebra a Jerez. Su hermano Curro me quería

matar. Él era el único que sabía lo nuestro y creyó que Luisa se había fugado conmigo a Suiza, ¡je! —La historia le seguía provocando una carcajada irónica—. Lo siguiente ya lo sabes. Te enteraste antes que yo, lo publicó el New Yorker. Tú misma me enseñaste el recorte.

—Fue una boda de cuento —continuó Francesca—. Y fueron felices y comieron perdices. Y eso que yo no les

auguraba ni un año de matrimonio. Mira, me equivoqué.

—Pues sí, Francesca, te equivocaste. Sólo les separó la muerte.

—Ni eso —respondió ella resignada—. Ni siquiera la muerte.

Se acercó un camarero con la cuenta y Diego ayudó a Francesca a levantarse.

—¿Viste dónde colgó el cuadro? —preguntó ella.

—Sí, sobre el cabecero de su cama, donde siempre

debió estar —contestó él.

—Me costó convencerla para que lo comprara, tuve que esquivar a la abuela. Y mira que se lo vendiste barato.

—Gracias, te debo una —dijo él, mirándola a los ojos.

Después se subieron ambos en el Jaguar verde y desaparecieron juntos con sus historias viejas, compartiendo secretos y soledades.

La enfermedad de Carol

no pasó de ser lo que Diego había diagnosticado: una faringitis aguda, sin más. Sin embargo, los resultados del análisis de sangre le descubrieron una anemia fortísima, lo cual dificultó su recuperación y la mantuvo en cama durante dos semanas.

Para Lina, aquellos días fueron, sin duda, los más felices de su vida. Por una vez, el papel que representaba, vestida de enfermera de pies a cabeza,

bata blanca, zuecos y cofia incluidos, adquiridos en una tienda de uniformes por sesenta euros adelantados del sueldo de octubre, era absolutamente real.

Ella era la encargada de comprar los medicamentos en la farmacia y administrárselos a Carol siguiendo las indicaciones que el doctor le dejaba escritas en una libreta. Ella ventilaba el cuarto, cambiaba las sábanas, acompañaba a la enferma al

lavabo, la ayudaba a bañarse, la empapaba de colonia fresca y le traía flores.

La primera noche la pasó despierta, acariciando las manos de Carol, recordando las otras pequeñas, húmedas y cálidas de Luz Elena; rezando rosarios y contando mentiras para espantar a las sombras que acechaban en los cuatro rincones de la habitación.

Se nombró a sí misma jefa de enfermeras del

Hospital de La Paz, porque le gustaba el nombre y la torre circular del edificio que se veía desde la plaza de Castilla, y porque en una ocasión acompañó a su tía Elvina a Urgencias y la dejó dos horas sola en la sala de espera mientras recorría plantas y pasillos con una bata verde y una mascarilla que sustrajo de la puerta de un quirófano sin que nadie la viera. Visitó enfermos, leyó historiales, repartió calmantes a diestro y

siniestro y se tomó un café de máquina en el cuarto de enfermeras. Luego se enamoró platónicamente de un médico residente sólo porque le dio los buenos días y le dijo señorita, así de fácil. Y no le contó nada a su tía, para quien, cuando por fin volvió a buscarla, la urgencia había dejado de serlo hacía rato.

Sí. Lina era feliz haciéndose pasar por enfermera, dándole órdenes a la muchachita que la

sustituía limpiando las habitaciones, impacientándose con ella y criticando su lentitud, su modo de agarrar la escoba o la manera como pasaba el plumero. Disfrutaba asomándose a la ventana de vez en cuando y dejándose ver así, vestida de blanco, con la cofia y los zuecos con los que tan fielmente suplía la falta de diploma y experiencia.

Tal vez por eso, cuando Carol despertó por fin,

después de otra noche en las tinieblas, Lina mantuvo el engaño durante todo el tiempo que pudo, levantándose de vez en cuando a tomarle el pulso, aconsejándole beber mucho líquido a pequeños sorbos y poniéndole y quitándole termómetros y paños húmedos.

Cuando a primera hora de la mañana Ángela, la analista, le preguntó a qué hospital pertenecía, ella contestó sin dudarlo que a

La Paz, con la misma rotundidad con la que hubiera respondido al jefe de aduanas sobre su nacionalidad, al presidente de Perú sobre sus ideas políticas o al obispo de Cajamarca sobre su credo.

De hecho, durante toda la mañana, Carol se dirigió a ella con respeto de paciente, y hasta la llegada de Francesca, que apareció a mediodía, con las gafas de sol sobre las ojeras, un ramo de rosas blancas en una

mano y un ciclón escondido en el bolso, no descubrió el engaño.

—¿Qué demonios hace esa loca disfrazada de enfermera? —disparó al aire en cuanto Lina salió del cuarto.

—¿Quién? —preguntó Carol aturdida.

—La chica de la limpieza. ¡Pues no se ha colocado hasta una cofia, la muy sinvergüenza! Ahora mismo llamo a una enfermera, que es lo que

debía haber hecho desde el principio, y no hacer caso al ingenuo de Diego, que es un inocente, que siempre lo ha sido, y así le ha ido en la vida. Ya lo dice María Fernanda, que podría haber llegado a donde le hubiera dado la gana, si hubiera aprovechado los contactos de su familia, si hubiera tenido una mínima ambición, un mínimo interés por despuntar. Y luego, lo de no cobrar, que no cobra a nadie, que todo el mundo le

da pena...

—Francesca, no sé de qué me hablas —consiguió articular Carol con dificultad.

—De tu médico, niña, que parece una ONG —se agachó para darle un sonoro beso en cada mejilla y las cuentas de sus collares hicieron un ruido como de cascabeles huecos.

—Dice que estás muy débil —continuó—, que tienes una anemia de caballo, que como no

empieces a comer te ingresa en el hospital y te pone a suero —se detuvo un momento para tomar aire—. Habrá que avisar a tu padre —sentenció. Después sacó un móvil del bolso verde de Valentino—. Mira, he traído el teléfono para que le llamemos juntas. Yo marco y te lo paso ¿Okey?

—Ni se te ocurra, Francesca.

—Pues a tu abuela.

—Tampoco.

—No querrás pasarte

todo el día sola y enferma con la loca de la limpieza disfrazada de chica de la Cruz Roja sentada en esta butaca...

Pues sí, Carol prefería cualquier cosa antes que alarmar a su padre. Además, aquella mujer que le había acariciado la mano y se había pasado la noche entreteniendo sus pesadillas, le había hecho sentirse a salvo, entre rosarios y mentiras en las que una niña pequeña creía a pies juntillas

todo lo que su madre le inventaba: que residía en una mansión de paredes blancas con altos techos de madera labrada, con un hermoso jardín, un pozo y un estanque con flamencos rosas.

—Sólo quiero descansar un poco, Francesca. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La enfermera.

—Creo que Lina, pero te estoy diciendo que no es enfermera, que sólo es la

que limpia.

—Pues dile a Lina que entre, por favor, y no te preocupes más por mí, estaré bien.

II

LINA poseía un cuerpo voluptuoso y una bata dos tallas por debajo de la suya, cuyos botones amenazaban con estallar a la altura del pecho y las caderas. Por debajo del dobladillo

asomaban dos piernas morenas y bien formadas, musculosas y fuertes como sus brazos.

—¿Quién necesita un gimnasio, pudiendo pasar la mañana barriendo y la tarde subiendo y bajando escaleras? —bromeaba sacando bíceps y luciendo gemelos, para hacer reír a Carol.

Luego subía el volumen de la radio y se ponía a bailar salsa, agarrada al albornoz, al que bautizaron

con el nombre de Reinaldo, y dotaron de nacionalidad dominicana, ojos claros, voz profunda y demás atributos menos confesables.

En cuanto llamaban a la puerta, Lina colgaba el albornoz de la percha del cuarto de baño, como si también al otro lado de aquel mundo imaginario cualquiera pudiera descubrir a un hombre sudoroso entre las cuatro paredes de la habitación, y se colocaba la trenza antes de abrir.

A las cuatro en punto corría las cortinas, cerraba los balcones y, con el mando a distancia, encendía el televisor. En menos de cinco minutos, mientras pasaban los créditos de la telenovela, ponía al corriente a Carol de los más de ochenta episodios emitidos ya, demostrando así una capacidad de síntesis asombrosa. Y luego, en cuanto terminaba la musiquilla del principio, se quedaba en silencio absoluto, sólo interrumpido

de vez en cuando por algún comentario grosero dirigido al villano o a la arpía del reparto, que pronunciaba con el mismo desprecio con el que hubiera insultado al árbitro de haberle interesado el fútbol.

Las noches ya no las pasaba en vela, como aquella primera, sino acurrucada en el sofá de terciopelo blanco, envuelta en una manta de cachemir y sintiéndose igual que la maharaní de Kapurtala en

sus mejores tiempos.

—No es necesario que duermas conmigo, Lina, de verdad —le había dicho Carol cuando le hizo efecto el antibiótico—. Puedes irte a casa, descansa, distráete un poco.

—No es sacrificio, mami —le había respondido, melosa, ahuecando los almohadones—. Todo lo que me distrae lo tengo en este hotel. Además, aquí tengo el doble de espacio y la mitad de problemas.

—¿Y tu tía?

—Le diré que me eché un novio.

—¡Un novio!

—Un novio rico que me puso piso y me llevó al Caribe. Se morirá de envidia.

Y se dormía pensando en Emerson y en sus ojos negros, en su mono de trabajo azul y en el maletín con las herramientas bajo el brazo.

Diego, el médico, llegaba puntual todas las

tardes a las ocho en punto y se quedaba un momento en el quicio de la puerta sin atreverse a entrar. Carol le llamaba desde la cama: «¿Doctor?», y él pasaba despacio, parapetado en su maletín de cuero, a veces con la gabardina mojada y el pelo revuelto, a veces con el abrigo colgando del brazo, o con un periódico arrugado y un par de libros a punto de caerse al suelo.

—Un regalo del mar —
le dijo una vez alargándole

un pequeño tomo de no más de un palmo de largo, que tenía dibujada una caracola sobre el título—. Lo escribió Anne Lindbergh, una mujer valiente. Te lo dejo aquí, sobre la arena blanca de tu playa —y lo depositó con cuidado encima de la colcha.

Luego se sentaba en la butaca que Lina desocupaba. Les dejaba a solas mientras trajinaba en el ropero, pretendiendo no escuchar las largas conversaciones con las que los otros dos

acompañaban la caída del sol y luego esperaba al médico en el pasillo, y lo escoltaba hasta el ascensor para acribillarle a preguntas, como se hace en los hospitales, cuando los familiares quieren liberar sus miedos sin que se entere el enfermo.

Los primeros días, Carol y Diego sólo hablaban de síntomas, medicamentos, dolores y remedios, pero pronto comenzaron a charlar sobre cuadros, libros y otras

cosas que Lina no entendía y sobre las que no preguntaba. Poco a poco, sin embargo, a medida que ganaban confianza, sus conversaciones se fueron volviendo más íntimas, y empezaron a tocar asuntos tales como las relaciones humanas, el desengaño, la felicidad y otros temas de interés universal para los que Lina desplegaba oídos parabólicos.

De este modo pudo ir componiendo los capítulos

de un serial en el que tanto Carol como Diego quedaron irremisiblemente atrapados. Y ella, desde fuera, sentada en una butaca de terciopelo blanco, podía encender y apagar a su antojo, para luego comentarlo mientras corría las cortinas, con la misma vehemencia con la que criticaba la telenovela.

—¿Y por qué no tuvo hijos? ¿No quiso, no pudo, no supo? ¿Qué?

—¡Ay!, Lina, yo qué sé.

—Sería culpa de la

esposa. Se casó cuando ya estaba viejita y no le dijo nada. Por miedo a perderle, seguro. Los secretos siempre son por miedo.

—Él también era mayor cuando se casaron.

—Ya, pero los hombres pueden tener hijos bien tarde, mira Antonio Quinn y Marión Brando.

—Y Matusalén.

—¿Quién?

Pasaban los días, remitían los síntomas de la

faringitis y, sin embargo, Carol no mejoraba. Dormía la mayor parte del día, con un sueño pesado y silencioso, vigilado por Lina, que a veces se alarmaba pensando que de esas profundidades no iba a poder rescatarla. Hablaba con un hilo de voz apagada y sus ojos, que habían perdido todo el brillo, parecían hundirse en un cráter, como meteoritos estrellados en la superficie lunar.

La sombra de una sospecha flotaba en el aire desde el mismo momento en que Diego visitó a Carol por primera vez, pero hasta que sus temores fueron confirmados por el servicio de habitaciones y el restaurante del hotel, que nunca, en todo el tiempo que Carol llevaba allí alojada, habían tenido el menor contacto con ella, no se decidió a llevarse a Lina con él a un pequeño rincón compuesto por dos butacas

de orejas y una mesita de mármol que había en un descansillo para nombrarla capitana general de la guerra que ambos declararon a la verdadera enfermedad de Carol.

Después de cada visita, el médico salía con una sonrisa salpicándole los ojos y entornaba la puerta a sus espaldas. Entonces se quedaba serio, junto a Lina, y avanzaban los dos por el pasillo en silencio hasta que, en el rellano de la escalera,

se ponían a cuchichear en voz baja.

—Poca cosa hoy —decía Lina—, apenas un zumo de naranja y media tortilla francesa.

—Así no hay manera —murmuraba él. Y entraba cabizbajo en el ascensor.

Lina cumplía a rajatabla las instrucciones del médico con respecto a Carol: no obligarla a comer. No hablarle jamás de comida. No hacer ningún comentario sobre su delgadez y, sin

embargo, procurar por todos los medios que comiera, que se alimentara aunque fuera mínimamente antes de que su organismo dejara de funcionar por falta de uso. Y al tiempo, devorar delante de ella grandes trozos de pastel y platillos sabrosos. Mojar el pan en salsa, chuparse los dedos, y dejar el plato, como por descuido, sobre la butaca, junto a la cama.

Por lo visto, así pensaba Diego doblegar la férrea voluntad de Carol, que de

manera inconsciente, pero inexorable, la estaba matando de hambre. Suponía que en algún momento la chica acabaría por alargar la mano hacia una patata frita, una onza de chocolate o un trozo de pan, y el bloqueo que sufría desaparecería por fin.

—Llévese la báscula, descuelgue el espejo —le dijo el primer día—. Si no empieza a comer en una semana, me la llevo al hospital.

El día en que vencía el plazo, Lina se ausentó un par de horas y regresó cargada de trastos guardados dentro de una bolsa de papel.

—¡Fiesta brasileira! — exclamó al tiempo que dejaba caer la bata blanca al suelo y destapaba un tanga y un corpiño de lentejuelas color púrpura como único atavío de su extensa geografía.

Sacó de la bolsa limones y ron, azúcar moreno, tortas

de maíz, papas rellenas, chile con carne y dulce de leche en una mezcla pluricultural de ignorancias. Para Carol traía un penacho de plumas de loro verde a juego con una falda hawaiana.

Levantó a la enferma a duras penas de la cama, la disfrazó y la puso a bailar cumbias y ballenatos, sambas, rumbas y algún que otro bolero lastimoso de los que emiten en Onda Latina para poner banda sonora a

los albañiles de la ciudad.

Pero Carol se sentía desfallecer entre los brazos de Lina. No coordinaba sus torpes movimientos. No podía seguir el paso y tenía que sentarse a descansar todo el tiempo.

De pronto, una fuerza extraña, más poderosa que su propia sinrazón, se apoderó de ella y sintió de golpe todo el hambre de varios meses junta. Se levantó de un salto, se abalanzó contra la mesa y

con un temblor que le recorría todo el cuerpo, comenzó a comer con las manos; el chile resbalando por las comisuras de los labios, las papas a mordiscos, el dulce de leche a lengüetazos, como un animal hambriento y arrinconado, y al que no importó la risa de Lina, sumergida en caipirinhas.

La escena tenía un punto de grotesco y otro de locura. De carcajada demente, de manicomio, de brujería, de

rito de iniciación, de travesura idiota, de fumata.

—La gorda y la flaca — dijo Lina entre risotadas.

Y Carol se echó a llorar.

Se sentó en la cama, con la cara entre las manos grasientas, el pelo pegajoso, las costillas marcándosele en el pecho, como barrotes de una cárcel vacía, el pellejo subiendo y bajando, enganchándose con ellas.

Y Lina se sentó a su lado, sin atreverse a tocarla, diciendo en voz baja las

palabras mágicas: «Ya pasó, ya pasó».

El médico llegó en diez minutos, con la corbata en la mano. Daba la impresión de que la ropa se la escogía otra persona, sin tener en cuenta sus gustos, y que él hubiera sido feliz con mucho menos. No fue necesario administrarle a Carol ningún calmante, ya que la encontró dormida, acurrucada en una esquina de la cama, como un bebé, con la respiración entrecortada. A la que tuvo

que atender de urgencia fue a Lina, que del susto había perdido hasta el brillo de las lentejuelas.

—Tranquilícese, Lina — le dijo mientras la acompañaba al sofá y la ayudaba a recostarse sobre los almohadones—. Ya le dije que acabaría por estallar.

—¿Ahora qué hacemos, doctor?

—Ahora la enseñamos a comer de nuevo. Poco a poco, como a un bebé.

Llévela a la calle, que vea el sol. Distráigala.

Y luego, mirando a su alrededor, las plumas y lentejuelas desparramadas por el suelo:

—No le será difícil.

Si la enfermedad de Carol hubiera sido un torrente, aquel día se hubiera desbordado, anegado diques y arrastrado casas. Lo cierto es que después de esa tarde, las aguas fueron volviendo lentamente a su cauce y pocos días después, Lina y

Carol paseaban como dos viejas amigas por el parque amarillo.

Era domingo y los niños se arremolinaban alrededor de los teatrillos de títeres, los malabaristas y los puestos de dulces. Un poco más allá, en el estanque, como coches de choque con remos, las barcas cruzaban de lado a lado.

En la plaza, junto a una fuente circular, un grupo de músicos callejeros tocaba melodías también circulares,

sin principio ni final, con unas flautas fabricadas a base de cañas de bambú atadas con hilos de arpillera y unos extraños instrumentos hechos de arcilla, por donde escapaban silbidos de ave tropical. Lina se paró a escucharlos porque al pasar a su lado le vino a la memoria el olor de la lana de llama y fue como volver de repente a casa, o mejor aún, como encontrarse por casualidad con Cajamarca en el Retiro.

Hacía varios días que no tenía noticias de Luz Elena, de Edgar ni de nadie que perteneciera al otro mundo. Durante un instante se sintió avergonzada por no haberles dedicado ni un solo pensamiento en todo ese tiempo. Pero enseguida, impasible como siempre que la acechaba la culpa, logró apartarla de su lado de un plumazo.

A veces, durante esas primeras noches que pasó en la habitación de Carol en

duermevela, tumbada panza arriba en el sofá de terciopelo blanco, se le venía a la mente la cara redonda y morena de su hija, con los ojos rasgados como los de una niña china, y la llamaba así: «chinita», «mi chinita». Pero esa imagen le hacía daño. Un daño que le provocaba una sonrisa triste, un nudo en la garganta y, enseguida, unas palabras de consuelo que, aun sabiéndolas falsas, funcionaban como un

bálsamo para adormecerle la conciencia. Se decía: «Mejor está allá que acá». Y se lo repetía hasta que la vencía el sueño.

Respecto a Edgar, los recuerdos eran distintos, más claros y más dolorosos. Por eso, en su nueva vida inventada, había tenido cuidado de no dejar abierto el más mínimo resquicio por el que pudiera asomarse él con su aliento aguardentoso y su beso baboso. Ahora, Emerson, el de la sonrisa

blanca, los brazos fuertes y los dedos indiscretos, ocupaba todo su espacio, había desplazado a Edgar de un caderazo al rincón más lejano de su memoria, y allí pensaba olvidarle, bajo capas y capas de sedimento, hasta que su recuerdo se hiciera de piedra o desapareciera convertido en oro negro, sucio y maloliente.

Una gitana se acercó a Carol para ofrecerle un ramillete de hierbabuena.

Era alta, pechugona y llevaba el pelo blanco recogido en un grueso moño sobre la nuca. Tenía los ojos de un intenso azul oscuro y vestía toda de luto, con un sucio delantal y unas alpargatas negras con la suela de esparto.

—Dame la mano y te digo la buenaventura, guapa, que vas a tener mucha suerte —le dijo.

Por un momento los músicos dejaron a un lado los instrumentos y uno de

ellos comenzó a pasar el platillo. La gente se fue dispersando poco a poco, hasta que sólo quedaron Carol, Lina y la gitana. «Anda, bonita, dame algo pa mi niña», pidió mostrando la foto de una chiquilla de unos ocho años, con la cara sucia de chocolate y la misma risa en los ojos que Luz Elena en un día de sol. Lina puso un par de monedas en la mano de la hierbabuena y luego siguió con la mirada la silueta negra de la mujer

durante unos metros en dirección a un templete que quedaba a la derecha del improvisado escenario. Había un grupo de muchachos charlando en un claro, a la salida del túnel que atravesaba la calle por debajo del asfalto. Y emergiendo de allí, con su figura recortándose a contraluz, Lina vio salir a un hombre de mediana estatura que se cubría los ojos con la mano, a modo de visera, para protegerse del sol, y en

su gesto parecía estar
oteando el horizonte en
busca de tierra firme.

La misma tierra que
ahora temblaba bajo los pies
de Lina.

Aquel hombre era Edgar.

7

I

NO eran vuelos clandestinos. Sin embargo, al aterrizar en medio de una noche densa y descender por la escalerilla del avión sin más luz que la de los faros del autobús que les esperaba a pie de pista, los recién

llegados se sentían mucho más lejos de casa de lo que realmente estaban, entrando así, de puntillas, por la puerta de atrás, a una tierra que les recibía como un gigante dormido al que era mejor no despertar.

Ya en la terminal, los pasajeros se amontonaban alrededor de las cintas transportadoras arrastrando por el suelo sus bultos de mano, tirando de ellos como de bolas de preso, y se empujaban a codazos

cuando veían aproximarse las bolsas de loneta, las cajas de cartón y alguna que otra maleta vieja atada con cinchas de cuero.

Todavía en ese momento olía a Perú y los rostros cansados de los viajeros pertenecían a otros montes y a otros valles. España empezaba detrás del control policial.

Edgar presentó su pasaporte a un agente de la Policía Nacional que le miró receloso de arriba abajo.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —le preguntó mientras comprobaba sus datos en un ordenador.

—Llevarme de vuelta a mi esposa —respondió.

—Sólo tiene que contestar si viene por negocios o por placer.

—Vengo a por lo que es mío.

El policía le miró un momento antes de seguir con el interrogatorio. Edgar sólo llevaba una mochila negra colgada a la espalda.

—¿Y el equipaje?

—No traje.

—¿Cuántos días piensa quedarse en España? — continuó el policía.

—Pocos —respondió Edgar, consciente de que empezaba a levantar sospechas.

—Su visado sólo es válido para tres meses. No tiene permiso de trabajo. Si vence este plazo estará usted en situación ilegal y podrá ser detenido y extraditado a su país. ¿Lo entiende?

—Sí, señor —contestó Edgar, que había decidido hablar lo menos posible.

—La dirección que aparece en su hoja de inmigración, ¿a quién corresponde?

—Es la residencia de la señora Elvina Villela, la tía de mi esposa. Me alojaré allá por unos días.

El agente estudió durante unos minutos la información que aparecía en la pantalla y finalmente le devolvió el pasaporte a Edgar sin más

preguntas ni más explicaciones.

—Puede continuar —le dijo.

Edgar pasó por delante de la cristalera y salió a través de unas puertas automáticas que se abrieron haciendo mucho ruido, al llegar él. En cuanto desapareció por detrás de la garita, el policía marcó un número de teléfono.

—¿Inmigración? — preguntó en tono afirmativo —. Te paso unos datos.

Sí. España comenzaba así. Al otro lado de las puertas también había reflejos de Perú en los ojos negros de los niños, en los rostros morenos de sus madres y en las lágrimas de bienvenida. Pero todo lo demás pertenecía ya a otro mundo, de vaqueros ajustados y zapatillas grises, de botas de tacón y ombligos al aire, de piercings en las orejas y tatuajes en la espalda.

En segunda fila se

ponían los hombres de los carteles. Los había con nombres propios o con siglas de empresa. Algunos se acercaban a Edgar y le proponían negocios a cambio de dinero: que si un contrato de trabajo en la construcción, que si una habitación compartida en el centro, que si un seguro médico alternativo, que si un coche de tercera mano. Aquello parecía la Bolsa de Tokio en plena apertura de los mercados.

En un rincón, varias jóvenes rodeaban a otra mayor, rubia y vestida de fucsia, que portaba un cartón con la palabra «Hogarservice» escrita en gruesas letras negras. Muchas de las mujeres que iban llegando se acercaban al grupo y se sentaban sobre sus bultos a esperar junto a las demás.

La rubia le pasó el cartel a una de las chicas y se dirigió a la puerta por la que seguían llegando los

pasajeros del avión.

—¿Buscas trabajo?
¿Trabajo doméstico? —
anunciaba con voz chillona
—. Llevo internas, externas
o por horas, también
matrimonios. Para cuidar
niños, ancianos, para cocina
o plancha, también
hostelería... A comisión, a
comisión —recitaba—.
Setecientos euros al mes,
vacaciones pagadas y
Seguridad Social aparte. Sin
referencias, sin experiencia,
con papeles o sin papeles, a

comisión, a comisión.

Edgar salió a la calle. El aire frío del amanecer de octubre le traspasó la chaqueta. Una ristra de taxis libres con el motor en marcha aguardaba a los clientes en la parrilla de salida.

—A Leganés —dijo Edgar con la puerta entreabierta.

—¿Tú tienes cuarenta euros? —le preguntó el conductor desde el asiento delantero.

Edgar asintió con la cabeza.

—Pues enséñamelos.

El recorrido hasta la casa de la tía Elvina le resultó muy diferente a lo que había imaginado. Ninguna de las avenidas, las plazas y los edificios monumentales de los que hablaban los folletos de las agencias de viaje se cruzaba en su camino. Sólo se dibujaban, como serpientes enredadas unas en otras, anchas autovías circunvalatorias de varios

carriles atestados de coches;
túneles y pasos elevados,
carteles azules y verdes de
letras y números
ininteligibles y edificios
grises que de vez en cuando
se levantaban al final de un
descampado. Por fin
entraron en una urbe de
granito y ladrillo donde las
casas de pisos se
amontonaban como
colmenas y las persianas de
algunos comercios se
empezaban a abrir en
pequeños bostezos

metálicos.

—Cuarenta euros —dijo el taxista, que ni siquiera había encendido el contador —. Y cinco por el equipaje.

—¿Qué equipaje? — preguntó Edgar asombrado.

—¿Voy a la Policía? — amenazó el hombre como toda respuesta.

La casa tenía unos ocho pisos, con más de diez apartamentos en cada uno de ellos. El de la tía Elvina estaba en el quinto, al final de un oscuro pasillo de

baldosas descoloridas.

Edgar llamó a la puerta con los nudillos, sin tener en cuenta la hora, ni el domingo, y un chiquillo se puso a llorar al otro lado del tabique. La vieja salió a abrir con una bata de lana sobre el camisón, los huesos doloridos por el reuma y legañas en los ojos.

—¿Quién es?

—El esposo de Lina. Edgar Sánchez. Sobrino de usted.

Elvina preparó café con

bollos y los sirvió en una vajilla de duralex. Sin razón aparente, sentía un extraño temor hacia ese joven corpulento que había lanzado la bolsa sobre el colchón de Lina como conquistando territorio enemigo. Le dijo todo lo que sabía; se rindió sin ofrecer resistencia porque, al fin y al cabo, la suerte de su sobrina le importaba bien poco.

—Hace dos semanas que no tengo noticias de ella. Se fue a trabajar, como todos

los días, y ya no regresó. Dejó aquí su ropa, su televisor, sus papeles. Al principio temí que le pasara alguna cosa, pero me dije que las malas noticias vuelan. De haber problemas, ya me habría enterado. ¿Un hombre? Tal vez. No lo puedo saber porque ella jamás me comenta nada. Ni lo que hace, ni dónde va, ni a quién frecuenta, ni dónde para, nada. Tampoco tiene obligación de venirme con el cuento de su vida, a mí no

me interesa y no le pregunto. Con que me pague la renta a fin de mes, en paz. Y no. De ningún modo se me queda aquí. Se busca usted una pensión o una habitación, o lo que encuentre, pero en esta casa, no. Bastante tengo ya con Lina y los pájaros de su cabeza. Le permito que deje aquí sus cosas hasta la noche. No más.

La búsqueda comenzó después de un corto descanso en el pequeño sofá junto al radiador. Siguió las

indicaciones de Elvina y se perdió un par de veces en los intrincados túneles del metro, pero consiguió por fin llegar a su destino antes del mediodía. Cruzó la plaza de Cibeles por delante del antiguo edificio de Correos y subió por una calle ancha bordeada de grandes plátanos amarillentos, hasta la esquina donde, majestuoso, se levantaba el blanco Ritz.

Un hombre con librea azul y gorra roja le señaló la

puerta de la entrada de servicio, discreta, nada más girar la esquina a la derecha. Mientras ascendía por la acera de baldosas grises, Edgar empezó a tomar conciencia de su absurda situación: había recorrido más de doce mil kilómetros, vendido el auto y renunciado al alquiler de la casa con el solo propósito de agarrar a Lina y llevarla de vuelta a Perú. Pero ahora, a escasos metros de su objetivo, se daba cuenta de que ya no

había techo adonde volver, ni negocio con que subsistir, y sobre todo, lo más grave, pensó aterrado, era que ya no había marcha atrás. Además, las circunstancias que obligaron a Lina a marcharse de casa, de noche y en secreto, sin tiempo siquiera para despedirse de Lucecita, continuaban siendo las mismas. El gigante ecuatoriano que incomprensiblemente la acusaba de haber robado unas esmeraldas aún

merodeaba por su barrio haciendo preguntas, y mucho se temía Edgar que andaba cerca ya de hallar respuestas. Ni él mismo estaba a salvo. Le diría, lo había ensayado mil veces, que su esposa y su hija habían muerto en un incendio. Le enseñaría las urnas con sus cenizas, le lloraría, le rogaría. Pero, probablemente, nada de esto evitaría que el matón le rompiera la mandíbula ni que le estrujara todos los

otros huesos hasta conseguir exprimirle la verdad. Y luego lo mataría para no dejar huellas. Y encontraría a la niña, y luego a la madre, y el mundo sería un lugar pequeño para esconderse.

Ahora que vislumbraba la puerta a la vuelta de la esquina, empezó a preguntarse si no sería mejor quedarse en España para siempre. Muchos amigos y conocidos suyos habían emprendido el viaje sin retorno, con lo puesto y

poco más. La tierra prometida les abría los brazos y les proporcionaba trabajo, cobijo, alimento y salud. Ninguno había regresado con las manos vacías. Los que volvían, abrían tienda, y los que no, mandaban a buscar a sus familias con la certeza de ofrecerles un futuro mejor.

De momento irrumpiría en la vida de su esposa, la arrastraría de la trenza, si no había otro remedio, y la obligaría a cumplir con su

parte del contrato matrimonial y a hacerle un hueco en su mundo, que, a partes iguales, también le pertenecía a él.

Alcanzó la entrada de servicio en el preciso momento en el que un hombre joven, de amplia sonrisa blanca, que portaba una caja de herramientas en una mano y vestía un mono de trabajo azul, salía del hotel y se dirigía hacia una furgoneta aparcada en la acera de enfrente.

—Perdone —le dijo Edgar—. ¿Sabe dónde puedo encontrar a una mujer, Lina Sánchez, que trabaja en el servicio de limpieza, morena, bonita, con los ojos negros y una trenza larga?

—Sí. Conozco a Lina —contestó Emerson—. ¿Quién pregunta por ella?

—Soy su esposo.

Emerson vaciló un instante antes de responderle, aunque, por la actitud soberbia del otro,

había adivinado de antemano quién era aquel hombretón sucio y desgarrado.

—Ya no trabaja aquí. Hace más de dos semanas dejó el puesto —mintió.

—¿Dijo dónde encontrarla?

—No. Se fue sin más.

—¡Carajo! —exclamó Edgar. Y pateó la rueda del coche que le quedaba más cerca.

Después echó a andar sin rumbo, cuesta arriba, como

un autómata, sin detenerse. Cuando llegó a una calle ancha giró a la izquierda y se encontró de frente con la Puerta de Alcalá. La rodeó vacilante y continuó caminando cuesta arriba hasta que encontró un paso subterráneo que conducía al parque del Retiro, y se introdujo en él porque escuchó la música de una flauta recorriendo su vientre y se sintió atraído por ella como una cobra ante un encantador de culebras.

Salió del intestino de la serpiente a la claridad del día y se cubrió los ojos con las manos para evitar deslumbrarse. Había un grupo de muchachos charlando en un claro, a la salida del túnel. Y un poco más allá, como coches de choque con remos, las barcas cruzaban de lado a lado el estanque. Cerca de una plaza circular, un grupo de músicos callejeros hacían sonar la flauta andina y la gente se arremolinaba a su

alrededor para escuchar el canto de las aves tropicales.

Carol se derrumbó en la cama. Por debajo de la puerta habían deslizado una nota cuyos restos mortales descansaban ahora en el fondo de la papelera. «La fiesta de bienvenida de los Goldman es el jueves a las nueve. Saluda a Victoria en mi nombre». La firma de Greta arañando el papel, rotunda como la de un general en tiempos de guerra, anulaba cualquier

posibilidad distinta a la de llevar a cabo la misión con éxito.

Por su parte, Lina, parapetada tras los visillos, como en una trinchera, vigilaba la calle por la que pronto vio pasar la triste figura de Edgar de vuelta a ninguna parte. Nada más verlo salir del túnel había agarrado el brazo de Carol y la había arrastrado al hotel con el pretexto de evitar mojarse con la lluvia que, según ella, estaba a punto de

caer de un cielo azul añil.

Muchas veces se había preguntado qué ocurriría cuando volviera a encontrarse con Edgar. ¿Le daría un vuelco el corazón y un pellizco las entrañas como le sucedía siempre que divisaba a Emerson al fondo del pasillo? O al contrario ¿sentiría, tal vez, el alivio de no sentir nada?

Sólo sabía, se lo había dibujado repetidamente en su cabeza, que el día del reencuentro, ella le esperaría

de pie, apoyada en la alacena de la cocina, vestida con una falda blanca y esa camisa tan alegre de flores bordadas, la trenza atada con un lazo de seda roja y el pelo perfumado con agua de tomillo, para decirle que ya no había vuelta atrás. Y notaría salir la voz del fondo de un calabozo oscuro, libre por fin, libre.

Pero así no. No en medio de un parque público en esta ciudad en la que Edgar desentonaba tanto como una

gaviota en Huaraz. No en forma de aparición fantasmagórica; de espectro procedente de otro mundo, de otra dimensión, surgido del intestino de un agujero negro. No ahora que sabía lo que era el deseo. No ahora que había saboreado el mar.

En sus fantasías había imaginado odio, amor, remordimiento, repugnancia, cualquiera de estas emociones o todas ellas juntas pero nunca había adivinado que lo que sentiría

al volver a ver a Edgar sería miedo.

Y miedo, exactamente miedo fue lo que sintió. Miedo solamente. Miedo absoluto. Miedo gélido. Miedo visceral. Miedo y nada más que miedo. Pero no un miedo físico, como el que sentía en Cajamarca cuando él regresaba borracho. El de ahora era un miedo que le atravesaba el alma. El terror a perderlo todo y pasarse la vida arrastrando los pies por las

baldosas de barro cocido de su casa, sin más horizonte que el blanco de sus paredes de cal.

Por eso se echó a correr bajo un chaparrón inventado a esconderse detrás de los visillos del Ritz.

Emerson la estaba esperando en el hueco de la escalera, frente al ascensor.

—Señorita Lina —le dijo—, venga un momentito —y la llevó con él al cuarto del teléfono—. Tu esposo anda buscándote, linda. Ve

con cuidado.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dejé pateando coches en la puerta del hotel. Le dije que ya no trabajas aquí.

Lina lo abrazó temblando antes de volver junto a Carol. Conocía bien a Edgar y sabía que jamás se rendiría. Tarde o temprano daría con ella. La encontraría porque la sombra encuentra siempre el cuerpo que le pertenece.

—Yo no quiero ser yo

—dijo Carol de repente.

Lina se apartó de la ventana y se tumbó junto a Carol en la cama. Ambas posaron los pies descalzos sobre la almohada para dejar que el mar les refrescara las plantas. La brisa salada les desordenaba el pelo y la arena caliente les acariciaba la piel de la espalda.

Esa playa figurada, a la que se asomaban por el interior del cuadro de la niña, era su lugar preferido en el mundo. Pasaban horas

echadas boca arriba, mirando las olas romper con fuerza en la orilla, y eran capaces hasta de escuchar los gritos de las gaviotas y las lejanas bocinas de los barcos llegando a puerto.

La cama, con su colcha blanca, las enmarcaba a ellas dos, como la moldura al lienzo, y se convertía en escenario de sus confidencias, reveladas siempre con los ojos cerrados, no les fuera a deslumbrar el sol.

—Yo no quiero ser yo. No quiero ir a esa fiesta. No quiero saludar a nadie, de parte de nadie.

Lina la miró incrédula.

—Pues yo te cambio la vida, ¡ea! Te la cambio sin pensar. Me quedo tus trajes, tus joyas, tus perfumes, tus sábanas, tus toallas. Me lo quedo todo. Fiestas incluidas —la voz de Lina sonaba más aguda que otras veces, las palabras atropellándose al salirle de la garganta.

A Lina le hubiera

gustado dejarse arrastrar por la rabia. Ponerse en pie, lanzar objetos contra las paredes, dar puñetazos a los almohadones del sofá y mirarse en los ojos de Carol mientras le confesaba que a ella los problemas de una niña consentida a la que no le gustan las fiestas le parecían de risa al lado de los suyos. Los suyos sí eran problemas de verdad. De vida o muerte, de añoranza y hambre, de miedo; sobre todo, de miedo. Pero se daba

cuenta de que era injusto enfadarse así con Carol. Estaba furiosa por la inesperada reaparición de Edgar en su vida; nada más. Si no lograba contener su ira, sólo conseguiría perder a la única persona con la que le era posible soñar despierta.

Carol se incorporó sobre los codos y se dio cuenta de que Lina tenía los ojos cerrados, y también los puños, y que los labios le temblaban como a una niña

chica haciendo pucheros.

—Muy bien, pedazo de envidiosa —dijo Carol—. Irás a esa fiesta. Iremos las dos, nos vestiremos de largo y nos moriremos de aburrimiento juntas, si eso es lo que quieres.

Abrió una pequeña agenda de teléfonos y marcó un número.

—¿Ana? Hola
guapísima. Necesito que me
hagas un favor.

Al final de la calle Ortega y Gasset, casi a la

altura de la plaza del Marqués de Salamanca, se encontraba la casa de hormigón en cuyos pies se abría una discreta pero elegante puerta de cristal por la que se entraba al otro mundo. El escaparate de Valentino era un espectáculo maravilloso de pieles y brillos, de altos zapatos dorados, de broches y sedas blancas. Parecía una de esas bolas de cristal que alguien agita para que caiga la nieve.

Y allí dentro, como en

un sueño, Lina se miraba en un espejo de cuerpo entero, transformada por arte de magia, ante los ojos de Ana, la estilizada directora de la tienda que había interrumpido su siesta del domingo para correr a abrirles la puerta, en la sobrina del embajador de Perú en Washington.

—Somos íntimas, ¿verdad, Lina? —parloteaba Carol mientras la otra entraba y salía del probador —. Nos conocemos desde

highschool, cuando su tío Rodrigo estuvo destinado en América. Figúrate, qué encanto el viaje tan larguísimo que ha tenido que hacer desde Lima a Madrid, sólo para verme. ¿Volviste a ver a Reinaldo?

—¿A quién? —

contestaba Lina, mientras acariciaba la suavidad de las muselinas y los encajes, recordando con una media sonrisa los días, no tan lejanos, en los que disfrutaba probándose la ropa de las

dientas del hotel, cosa que a partir de ahora empezaría a darle una vergüenza mortal.

—A Reinaldo. ¿No te acuerdas de él? Aquel dominicano de ojos claros que nos quería engatusar a las dos.

Ahora Lina de rojo fuego, con el escote drapeado y la falda cayendo liviana en amplios volantes hasta el suelo. Ahora de negro, con un hombro al aire y la espalda desapareciendo, sugerente, en un velo

transparente. Luego con una falda de seda estampada que volaba traviesa con cada uno de sus pasos. Ahora envuelta en un fular de visón blanco, después con unos zapatos de pedrería bordada a mano, y, finalmente, radiante, suavizando las redondeces de su cuerpo dentro de un palabra de honor con cola de sirena y una boa de plumas de marabú.

No era una mentira. Era una de las verdades más puras del universo. La

persona que atravesó el cristal del espejo, y luego la puerta junto al escaparate; la que bajó a la calle con una caja de color coral y se sentó en el asiento de cuero del Jaguar; la que se recogió el pelo sobre la nuca y se puso unos pendientes de brillantes y zafiros; la que aprendió a caminar sin vacilar sobre diez centímetros de tacón y se colgó un bolso bordado con hilo de oro de su hombro desnudo; la persona que se salpicó el cuello y las

muñecas con perfume de peonías y jazmín; esa persona no era, ni volvería a ser jamás, la misma Lina que una vez, a unos mil años luz de distancia de esa tarde de otoño, empujaba enérgicamente el carro de la limpieza por el pasillo del Ritz, haciendo temblar los botes de champú y colonia con su caminar bamboleante.

La Embajada de Estados Unidos de América no estaba demasiado lejos del

hotel. Sólo había que enfilear el paseo del Prado y Recoletos, pasar el Ayuntamiento, el palacio de Linares y la Biblioteca Nacional, dejar atrás Cibeles y Colón, donde da comienzo, majestuoso, el paseo de la Castellana, y meterse por debajo del puente de Juan Bravo, que a falta de río caudaloso como el Sena, el Támesis o el Danubio, sirve de nexo de unión entre las dos orillas de una ciudad dividida por el

asfalto.

En la puerta, dos jóvenes uniformados comprobaban la identidad de los invitados, —«Dejen los móviles fuera, por favor»— y señalaban el camino que conducía hasta la residencia de los señores Goldman, el cual había sido iluminado con pequeñas velas cuya luz oscilaba con el aire de la noche.

La jefa de protocolo, una mujer de extraordinaria belleza, vestida con un sobrio traje negro, recibía a

los recién llegados saludándolos por su nombre y dedicando a cada uno de ellos unos minutos de cortesía.

Cuando vio subir a Carol junto a su misteriosa acompañante por la senda rodeada de flores y luces, se apresuró a buscar en la lista el nombre de aquella chica, la única de todos los asistentes de quien no había oído hablar en toda su vida. Había, eso sí, investigado en los archivos de la Embajada

buscando referencias sobre el señor Rodrigo Santo Domingo, el supuesto tío de Lina, y aunque aparecía varias veces nombrado, le había perdido la pista en París, unos quince años atrás. Por descontado, no decía nada sobre la sobrina, morena, voluptuosa y de unos treinta años cumplidos, cuya silueta se aproximaba por el sendero envuelta en plumas de marabú, y a quien, tras la llamada de Carol, el lunes a primera

hora, advirtiéndole de la conveniencia de convidarla a la fiesta, no había tenido más remedio que invitar de mil amores.

La recepción se ofrecía en dos salones. El primero de ellos era muy espacioso y estaba decorado en tonos arena y marfil. Al fondo, junto a un ventanal que daba al jardín, había un gran piano de cola negro del que surgía la melodía de una conocida pieza de jazz. El segundo tenía las paredes

fornadas con tela de seda verde, los sofás de terciopelo en el mismo tono, y una colección fantástica de cuadros pintados por varios artistas contemporáneos norteamericanos.

Se servía un cóctel en bandejas de plata: muslitos de codorniz a la miel, pequeñas crepés de cangrejo, canapés de foie con manzana caramelizada, croquetitas de marisco, bocaditos de mousse de roquefort con mermelada de

frambuesa...

Un hombre mayor se acercó a Lina con una copa de champán en la mano.

—Usted es Lina Santo Domingo, si no me han informado mal.

—¡Mmm! —asintió Lina con la boca llena.

—Soy Alfredo Granados, consejero delegado de INSA, compañero de carrera de su tío Rodrigo —pausa—. No sabe cuánto me alegro de conocer esta noche a una

sobrino suya tan elegante y bonita.

Lina dio un trago a su refresco y tomó aire. Lo cierto es que, aunque desde el domingo anterior no había parado de pensar en la fiesta, en ningún momento se le había pasado por la cabeza que tendría que entablar conversación con los invitados. Ahora se daba cuenta de su falta de previsión. Desconocía el protocolo y no sabía cómo debía dirigirse a las personas

que ocupaban aquel salón. Tampoco le había preguntado a Carol cómo era físicamente su hipotético tío, si estaba casado o no, su edad aproximada, su lugar de residencia y otras cosas que ahora le parecían de vital importancia. Ante su ignorancia total decidió hablar lo menos posible.

—Gracias, muy amable.

—¿Y dónde se encuentra ahora su tío?

—En Perú —aventuró.

—¡Ah!, yo tenía

entendido que vivía en Atlanta.

—Bueno, sí, en Atlanta.

—Pero viaja a Perú a menudo, ¿cierto?

—Sí.

—Y cuénteme. ¿Usted a qué se dedica?

—Yo... soy artista — inventó Lina, y cuando la máquina de invenciones de Lina se ponía en marcha, ya no había marcha atrás—, actriz. Ahora vivo en Los Ángeles. Soy vecina de Julio Iglesias.

—¿Sí? No sabía que Julio Iglesias viviera en Los Ángeles. Creía que residía en Miami.

—Ya, pero también viaja mucho.

—¿Y es usted amiga de los Goldman?

—Bueno, conozco más al hijo, es más de mi edad.

—Pero querida —dijo el hombre—, los Goldman no tienen hijos, que yo sepa.

Lina se lanzó.

—Pues yo diría que sí.

Al cabo de diez minutos,

no sólo había revelado Lina los más íntimos secretos de los Goldman, sino también los de gran parte de sus amigos y conocidos. El que no había sido detenido por prevaricación, había sido pillado in fraganti con su amante en la casa de la playa, y el que no, era adicto a la cocaína o había perdido una fortuna en un casino de Las Vegas.

Alrededor de Lina se fue reuniendo un corrillo de gente ansiosa por consultarle

chismes, como si fuera una de esas brujas televisivas que adivinan el futuro con sólo mirar a la cámara, y ella todo lo contestaba, de todo se enteraba, todo lo sabía.

Mientras Lina se encargaba de desinformar alegremente a aquella mezcla escandalizada de empresarios, políticos y aristócratas, Carol ejercía su diplomacia con toda eficiencia saludando a diestro y siniestro con una sonrisa aprendida y falsa,

fingiendo interés por cuantos se acercaban a comprobar que era cierta la leyenda, que su pelo estaba hecho de olas azules, su piel de arena, sus ojos del color del mar cuando se marcha el sol. A todos, hombre o mujer, dedicaba ella un movimiento fugaz de los hombros, un parpadeo o un giro imperceptible de su cabeza, con los que lograba hechizarles sin remedio, atragantarles las palabras, clavarles los pies al suelo y

hacerles creer, ya en adelante, que aquella era la mujer más bella que verían jamás.

Este poder que la acompañaba desde el mismo día de su nacimiento había convertido a Carol en el instrumento infalible de la estrategia manipuladora de su abuela Greta. La nieta era la mejor embajadora de la compañía en el mundo entero. Todos la querían exponer en el salón de su casa, como a un Picasso de

carne y hueso. Todos querían adornar con ella los parterres de sus jardines, las páginas de sus álbumes. Algunas fiestas se hacían sólo para ella, y no había día en el que faltara la foto de Carol presidiendo la sección de sociedad.

Bajo el embrujo de Carol se habían firmado acuerdos y cerrado negocios, sólo con asir con una y otra mano a cada una de las partes. Ella era hilo conductor, puente colgante, eslabón perdido,

cadena de favores, árbitro imparcial, y siempre, siempre, como la ratita presumida: barriendo para casa.

—Probablemente verás esta noche a Malaika Kum —le había advertido su abuela—. Recuérdale que distribuiremos en Ciudad del Cabo con o sin su permiso. Y que no hemos olvidado lo del mes pasado. Si aparece Orlando le hablas del asunto de Miami y si ves a Rita Harris le dices que irás

encantada a su fiesta de Año Nuevo, pero que, a cambio, ella tiene que venir al barco con su hijo Louis, ya sabes el interés que tiene tu padre en hacer negocios con él.

—Es que no me encuentro muy bien, Greta.

—Tonterías, niña, que tienes veintitrés años. Por cierto, ¿por qué me manda Ana una factura de un vestido de la talla cuarenta y dos? No habrás engordado, ¿verdad?

—No, abuela, será un

error.

—Eso espero. Te veré en Navidad, y si estás gorda, te pongo a dieta. ¿Desayunas leche de soja, como te dije?

Allí estaba Carol, pues, cumpliendo con su deber, de pie junto al piano, dándole a Malaika Kum el peor de los disgustos con la mejor de las sonrisas, unido a una velada amenaza para lograr mantenerle la boca cerrada, al menos hasta que el mercado de su ciudad se tambaleara sin remedio.

De pie y con ganas de tirarse en un sofá y quedarse dormida como las niñas pequeñas en las bodas de noche. Y notar entre sueños los fuertes brazos del padre levantándola por los aires, subiendo uno a uno los escalones de casa para terminar arropada en la cama, con un beso en cada mejilla...

... un beso en cada mejilla.

De pie y de cara a la puerta, como le tenía dicho

Greta, siempre de cara a la puerta, para ver quién entra y quién sale.

Y lo que vio, sorprendida ante el inesperado vuelco de su corazón, fue asomar la doble silueta de una pareja formada por una mujer madura embutida en un vestido largo de seda verde y un tocado de plumas en la cabeza y un hombre atractivo, dueño de un rostro aún joven bajo una espesa mata de pelo gris marengo

que llevaba anudada alrededor del cuello una corbata también verde, a juego con el traje de su mujer. Diego y María Fernanda, por un maravilloso capricho del destino, llegaban del brazo a la fiesta.

Diego, que siempre olía a lavanda, abandonó a su esposa a medio camino entre un grupo de señoras que la absorbió por osmosis en su parloteo líquido y avanzó hacia Carol con una sonrisa

entre las manos.

—Malaika Kum, te presento al mejor médico del mundo —dijo Carol devolviéndole la sonrisa.

—Un placer, doctor, pero le ruego que me disculpe, me está empezando a doler horriblemente la cabeza. Creo que me despediré de Victoria y me iré a casa. Dile a tu abuela que mañana mismo la llamaré por teléfono.

Carol y Diego se

quedaron solos en medio de la gente.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

Y sin una palabra más se retiraron a un rincón donde había dos butacas y una mesita de velador de mármol blanco.

—María Fernanda es muy amiga de Victoria — dijo Diego como excusándose por el simple hecho de estar allí.

—Pues mira qué suerte —contestó Carol.

Un agradable silencio se instaló entre los dos. En medio de toda esa gente, eran los únicos supervivientes de un naufragio, aislados para toda la eternidad, uno frente al otro, mirándose sin decirse nada.

Diego fue el primero en hablar:

—¿Cómo estás?

—Asustada.

—Estuviste muy grave, ¿te das cuenta?

—¡Ajá!

—Algún día me contarás por qué.

El médico se quedó callado. No pensaba volver a abrir la boca hasta que Carol le diera alguna pista sobre las razones de su enfermedad. Él no era psiquiatra, pero estaba convencido de que la actitud de su paciente, su negativa a comer, su inconsciente acercamiento a la muerte, hasta el punto de llegar a acariciarla, tenía un motivo concreto y real. Pretendía,

con su silencio, emplear la misma táctica que le devolvió el hambre: hacerla estallar y conseguir doblegar así su férrea voluntad hasta que, poco a poco, le fuera desgranando la verdad, ya fuera en pequeñas dosis o a modo de tratamiento de choque. Y sin embargo, la verdad fluyó mecánicamente, limpia, clara, con la cadencia del agua de una fuente.

—Diego, tú conociste a mi madre, ¿cierto?

—Sí. Durante un tiempo fuimos muy buenos amigos.

—Pues yo no. Yo no me acuerdo ni de su cara ni de su voz. No me acuerdo de nada. Y sin embargo, yo soy la única que la mantiene con vida. Lo vi en tus ojos el día que te conocí, vi lo mismo que veo cada mañana en la mirada de mi padre, en la de mi abuela, en la de la gente con la que hablo, con la que me encuentro. ¿Tanto me parezco a ella?

—Tú eres más guapa,

Carol. Eres la niña más guapa que he visto jamás — el médico hablaba en voz baja, con el cuerpo hacia delante—. Tu madre, Luisa, tenía los ojos negros y las manos más largas que las tuyas, y era menos alta y más gordita. Cantaba muy bien, bailaba como una artista, y no tenía miedo de nada. Cuando se marchó a América, todos pensábamos que triunfaría en el cine, que se convertiría en una estrella, en una Marilyn

morena y española.

—No en una millonaria excéntrica —apuntó Carol.

—¿Excéntrica?

—Bueno, no es muy normal irse a morir a una casita en medio de una playa y dejar a su marido con una niña pequeña en Nueva York sin decirle adiós, volviéndose loco de tanto buscarla por todas partes.

—Ya. Debió de ser muy duro para vosotros. Pero seguramente ella tomó esa decisión porque consideró

que desaparecer era lo mejor para todos. No quiso que sufrierais viéndola así de enferma. Quiso dejar un buen recuerdo en vuestra memoria.

—Pero consiguió lo contrario —le cortó Carol—. En mi cabeza dejó un hueco vacío, y en la de mi padre, una angustiosa sensación de abandono y soledad que le acompañará toda su vida.

—Y a ti te gustaría ser como ella para hacer feliz a tu padre, ¿no es eso? —

comprendió de pronto
Diego.

—Yo no puedo ser mi madre, Diego. No sé cómo. Hago todo lo que me dice mi abuela. Ella me escoge la ropa, ella me elige los amigos, ella me dicta lo que tengo que decir y lo que no, ella me prohíbe ciertas cosas, me cierra ciertas puertas, a veces me parece que me falta el aire.

—¿Qué cosas te prohíbe, Carol?

Los recuerdos de París

llenaron de pronto los dos salones de recibir de la Embajada de Estados Unidos, se colgaron de las paredes en sustitución de los cuadros, se arrastraron por los suelos cubriendo las alfombras, se convirtieron en el aire que todos respiraron, en el humo de algunos cigarros; se escaparon de las teclas del piano que todos escucharon, de las burbujas del champán, del olor de los centros de flores; recorrieron los

recovecos de las habitaciones barriendo el polvo bajo los sofás, y finalmente, se esfumaron por una ventana abierta al jardín, y probablemente se extendieron por toda la calle, invadieron los portales, las azoteas, se evaporaron y cayeron de nuevo, varios días después, entremezclados con las gotas de la lluvia.

A Carol le hubiera gustado contárselo todo a aquel hombre comprensivo,

gritar el nombre de Hugo con toda la fuerza de sus pulmones, y salir corriendo detrás de los recuerdos que escapaban por la ventana. Pero en el preciso momento en el que sus labios dibujaban una U inmensa, la voz de María Fernanda la salpicó de champán.

—Carolina, guapísima, ya nos había dicho Victoria que te encontraríamos aquí. Veo que ya estás bien. Enséñame ese vestido maravilloso que llevas.

Carol se levantó a saludarla y giró en redondo para mostrarle el vestido blanco con la espalda al aire.

—Claro —continuó—.

A las niñas tan jovencitas y tan delgadas como tú todo os queda fantástico, pero a los vejestorios como yo nos visten de largo y parecemos brujas. ¿De qué hablabais los dos tan misteriosos? ¿Del cuadro?

—Justo —se apresuró a contestarle Diego. Después le acercó una silla a su

rincón—. Le decía que, aunque no está firmado, se le atribuye a uno de los discípulos de Sorolla, un tal Martín-Sinde, que debió de pintarlo hacia 1950. Lo compró mi padre en una subasta hace un montón de años y me lo dejó en herencia al morir. Siempre le tuve mucho cariño a esta pintura, no sé por qué. Quizá porque me recordaba a la cala de Sa Conca, en S'Agaró, donde íbamos en verano de pequeños.

—Has hecho muy buena compra —añadió María Fernanda—. No sabes la de pretendientes que tenía el dichoso cuadro. Todo el que lo veía quería llevárselo. Un amigo de Diego llegó a ofrecerle una millonada. Y Diego, nada. No sé por qué le ha dado por venderlo ahora.

Diego iba a responder alguna cosa, pero las palabras se le quedaron heladas en el paladar cuando vio a Lina entrar en el salón

vestida de Valentino. Carol, que había cometido el imperdonable error de dar la espalda a la puerta, no tuvo tiempo de evitar el susto que se llevó su amiga al encontrarse cara a cara con el doctor.

—¿Lina? —consiguió articular Diego, que no podía creer lo que veía.

—Sí. Lina Santo Domingo, la sobrina del embajador de Perú — contestó Carol a toda prisa.

—¿Os conocéis? —le

preguntó en otro tono María Fernanda, sin apartar los ojos del voluptuoso cuerpo que se aproximaba hacia su rincón.

—Sí. Les presenté en el hotel. Lina vino a visitarme cuando estaba enferma — mintió Carol—. Es un encanto.

Para cuando se dio cuenta de quiénes eran los compañeros de mesa de Carol, Lina estaba demasiado cerca del grupo como para darse la vuelta y

desaparecer sin ser vista.

—Doctor... —empezó a decir con la poca voz que le salió con esfuerzo de sus encorsetados pulmones.

Diego se puso en pie. A él nunca le temblaba el pulso y siempre olía a lavanda.

—Encantado de volver a verla, Lina —dijo—. Le presento a mi mujer, María Fernanda.

Y tanto Carol como Lina respiraron aliviadas, conocedoras de que su secreto estaba a salvo detrás

de la sonrisa de los ojos del médico.

La fiesta se prolongó todavía un par de horas. Cuando calló el piano comenzaron a sonar las cuerdas de una guitarra española y un cuadro flamenco se adueñó del centro de aquel salón. «Tu madre bailaba como una artista». Las palabras de Diego llamaban a la puerta de su memoria, los recuerdos olvidados. «¿Tú no bailas, niña?», le

preguntó alguien. Y ella negó con la cabeza: «Yo no sé bailar», confesó por fin, y al hacerlo, notó que de alguna manera, sin ella saber cómo, se había abierto un agujero entre los barrotes de su jaula por el que empezaba a entrar el aire de la calle.

8

I

POR aprobar el examen de ingreso en la Facultad de Medicina, sus padres hicieron traer directamente de Italia, dentro de uno de sus camiones de distribución, un Ferrari amarillo, recién nacido, con

el que dieron a Diego una de las mayores alegrías de su corta existencia.

La funda era roja, terminada en un elástico que se adaptaba como un guante a las curvas del coche y que tenía impreso, en rojo y negro, el escudo del caballo de carreras. Aquel bólido subía la cuesta de las Perdices a ciento cincuenta, armando un escándalo terrible que hacía temblar del susto a las sillas y mesas de las terrazas y de envidia

mortal a todos sus ocupantes.

El verano del 74, con sus colores rechinando en esa grimosa mezcla de marrones y naranjas, de cuellos picudos, faldas largas y pantalones acampanados, conviviendo en discordancia con las últimas minifaldas tableadas y botas de caña alta que aún salían de las profundidades de algunos armarios, y el coche amarillo que alcanzaba los cien por hora en cinco segundos

quedarían impresos en la memoria de Diego como telón de fondo de una historia de amor y abandono que destrozaría su juventud y luego su madurez y que le condicionaría para siempre, incapacitándole de por vida para ser feliz.

La señora viuda de Frieiro, en un tarjetón con letras en cursiva, invitaba a don Diego Quirós a la fiesta de puesta de largo en sociedad de su hija María Fernanda, que se celebraría

el día 6 de julio, en el jardín de su casa de S'Agaró, en Playa d'Aro.

La madre de Diego mandó el esmoquin al tinte y le acompañó a encargarse una camisa nueva al sastre, con grandes chorreras, como se llevaba entonces. Dos semanas después le despidió con un apretado beso en la frente, mientras le entregaba las llaves de la casa de verano advirtiéndole que no hiciera nada en esta vida de lo que pudiera arrepentirse.

Su padre, con el ruido del motor de fondo, le metió una fortuna dentro de un bolsillo del pantalón y según le vio desaparecer por detrás del seto envuelto en una nube de humo, le gritó: «¡No corras!», sin esperanza alguna de que Diego le oyera, aunque de haberle oído, tampoco le habría hecho el menor caso. Sus tres hermanas, las niñas, se conformaron con verle partir desde la ventana de la nursery que daba a la calle

Serrano, suspirando y sin saber por qué.

Condujo de Madrid a Barcelona en cinco horas justas, sin parar siquiera a echar gasolina, con la radio encendida, unas gafas de sol con los cristales verdes sobre los ojos azules y un polo Fred Perry blanco pegado al respaldo de cuero del asiento. Los últimos kilómetros de curvas sobre la Costa Brava los recorrió despacio, saboreando el olor de los pinos y el salitre. El

sol de cara, el mar a un lado y toda la vida por delante.

Conocía muy bien la casa de María Fernanda porque eran de la misma edad y de la misma pandilla que muchas tardes se reunía a tocar la guitarra y la armónica a la sombra de un sauce del jardín. María Fernanda y sus hermanas cantaban a tres voces, canciones chilenas muchas de ellas, ya que de allí había regresado su abuelo antes de la guerra, hecho un

millonario y dispuesto a comprarse S'Agaró entero.

Luego, la fortuna tuvo que repartirse entre sus doce hijos, a partes iguales, y al padre de María Fernanda, ingeniero de caminos y dueño de su propio imperio inmobiliario, le correspondió aquella casa excesiva, levantada en el centro de una parcela inmensa, la cual, de no haber muerto él tan joven, hubiera acabado invadida de chalets unifamiliares, adosados o

pareados, de paredes de granito y tejados de pizarra, como versiones en miniatura de aquella mansión descomunal.

La noche del 6 de julio, los barrotes de acero de la verja que rodeaba todo el perímetro de la finca habían perdido ese aire amenazador con el que espantaban a los merodeadores y habían sido iluminados con más de trescientas antorchas que ahora, en cambio, les hacían parecer las velas de una

gigantesca tarta de cumpleaños.

Había que dejar el coche aparcado en la rotonda frente a la entrada principal, con cuidado de no estropear los rosales, y subir la escalera de piedra, por debajo de la columnata cubierta de flores, alumbrada también con diminutas bombillas blancas traídas de Inglaterra. Bajo el dintel de la puerta, la señora viuda de Frieiro junto a sus tres hijas, María Pilar, María

del Mar y María Fernanda, vestidas todas de blanco, recibían a los invitados que se acercaban a saludarlas boquiabiertos ante aquel despliegue de luces y flores, y de camareros con pajarita, y botellas de champán y bandejas de plata, y mesas sobre la hierba vestidas de gala, y orquesta junto a la piscina, y esculturas de hielo, y fuentes de colores, y cisnes en el lago.

María Fernanda estaba locamente enamorada de

Diego desde el día de su Primera Comunión, cuando treparon juntos a lo alto del sauce y se quedaron allí, escondidos en la frondosidad de sus ramas, quietos y en silencio toda la tarde, mientras los mayores se volvían locos buscándolos por todas partes.

Se había hecho el vestido pensando en él. En qué cara pondría al verla por fin convertida en mujer, con los hombros desnudos, el lazo de terciopelo negro bajo

el pecho, y zapatos de tacón.

—No te quites la capita, nena, que esta noche sopla el viento de mar.

Pero llegaba Diego, en un Ferrari amarillo.

—¡Qué guapa estás, María Fernanda!

—¿Bailamos luego, Diego?

Y sí, bailaron mucho, el uno frente al otro, con las rodillas dislocadas, y el cuerpo de lado a lado, moviendo mucho el cuello, con los ojos cerrados y la

boca abierta. Pero cuando se atenuaron las luces y la orquesta empezó a tocar lento, Diego se escabulló como pudo porque María Fernanda era simpática, y la noche corta.

Al otro lado del jardín habían colocado unos bancos donde un grupo de unos veinte chicos y chicas hacían corro alrededor de tres jóvenes y dos guitarras. Eran hermanos; dos muchachos de pelo negro y engominado, con sendos

caracolillos largos
acariciándoles la nuca, que
se habían quitado las
chaquetas, desabrochado y
remangado las camisas, y
tocaban una sevillana,
acompañados por las palmas
de su hermana, por su voz
prodigiosa, por el parpadeo
de sus pestañas y el
movimiento de sus muñecas,
que eran abanicos en los que
se enredaba el aire.

Y al garbí ellos le decían
poniente y les florecían las
buganvillas, los geranios y

los claveles, y se les escapaban las eses traviesas de la boca. Y la boca de esa mujer morena estaba hecha de fuego; sólo de verla, abrasaba.

—Son de Jerez de la Frontera —le sopló alguien al oído—. Los padres tienen bodegas, y campo. Creo que crían toros de lidia.

—¿Y cómo se llama la niña?

—Luisa, la niña se llama Luisa.

Luisa me da su risa, y su

amor de madrugada.

Se le quebraba la cintura. Los brazos alcanzaban las estrellas y su falda volaba con el viento, contra el viento, dejando ver sus pies descalzos.

Un amor en cada puerto, cuatro esquinas de la mar, ay de la mar, y cuatro amores marineros que me salen a esperar.

Ahora quieta. Un último giro de muñeca. Un golpe seco en la panza de la guitarra. El pecho subiendo

y bajando, la falda agarrada con la mano izquierda y una sonrisa torera en sus labios incandescentes.

—¡Y no tiene novio! — decía el mayor de los hermanos como final feliz de un cuento de hadas.

Luisa echó a andar aún sonriendo por una parte oscura del jardín, desde donde bajaba una escalera de piedra, que desembocaba en una cala escondida a un lado de la playa de Sa Conca.

Para llegar a la arena había que atravesar un arrecife puntiagudo, refugio de cangrejos y erizos de mar, contra el que de niño le habían advertido infinidad de veces, y precisamente por eso, Diego había llegado a aprender mejor que la tabla del siete. Mil veces había sentido el dolor de aquella roca porosa en las plantas de los pies y también sabía del peligro de quedar atrapado sin remedio al otro lado, a poco que se enfadara el mar.

De hecho, le extrañó mucho que Luisa conociera aquella escalera, abandonada desde que nacieron las niñas y la viuda ordenara construir una nueva, la principal, al otro lado del jardín.

La siguió sin hacer ruido, en parte por curiosidad y en parte porque se dio cuenta de que sin ella, la fiesta, la noche el garbí, el Ferrari amarillo, la carrera de Medicina; la vida, en fin, había dejado de valer la pena.

Luisa se remangó la falda y atravesó las rocas de puntillas, en perfecto equilibrio, sin tambalearse, a pequeños saltitos, como si quemaran, antes de dar un brinco y caer de pie sobre la arena.

Diego se agachó tras una piedra grande.

Luisa se acercó a la orilla. Abandonó sus zapatos en la arena y caminó despacio mientras la engullía el mar.

Diego la vio desaparecer

en el centro de la oscuridad, la cabeza primero, los dedos chiquitos al final. Y contó los segundos que pasó sin verla, como no dejaría de contarlos ya nunca más.

El tiempo que estuvo Luisa bajo el agua le pareció eterno. Tanto, que empezó a temer que se hubiera ahogado, y se puso en pie, dispuesto a lanzarse en su ayuda. Pero entonces surgió ella, el agua blanca recorriendo su piel morena, con la luz de la luna a su

espalda, el pelo empapado,
la risa en la boca:

—Está que quita el
sentío.

Y levantó la vista a la
vergüenza mortal de Diego.

—Baja, hombre, que no
muerdo.

Se sacudió el agua del
pelo, la blusa se le pegaba al
cuerpo, se acomodó en la
playa y le miró como si
bañarse vestida y sentarse
empapada a charlar con un
extraño resultara lo más
normal del mundo, como si

no fuera la primera vez que Diego veía algo así en toda su vida, como si después de aquello, uno pudiera recuperar el habla, bajar tranquilamente a la playa sin tropezarse con las rocas, sentarse a su lado y pensar en otra cosa, mientras encendía un cigarrillo tratando de disimular cuánto le temblaba el pulso.

Fumaron a medias, casi en silencio, delante de una pequeña hoguera, escuchando el ir y venir del

mar que poco a poco fue devorando la arena hasta dejarlos encerrados en su abrazo líquido, cálido, protector, al otro lado del mundo.

Antes de apagarse el fuego, Diego conocía ya el sabor del fino, el olor de los jazmines que trepaban por las rejas del balcón de Luisa, el nombre de su yegua, el sonido de las saetas al pasar la Soledad por los naranjos de San Miguel, el color de los limones del árbol del

patio de la calle Medina, la dulzura de las uvas de La Viña, y la de los melocotones, la añoranza del mar en el colegio interno de Sevilla, la suavidad de la arena de la playa de El Puerto, la algarabía de la Feria, el calor del verano, el gusto de los molletes con aceite, las puntillitas fritas, las tortillas de camarones, a encontrar el punto del gazpacho, a diferenciar los vientos, a catar vinos, a bailar flamenco, a distinguir

un toro bravo de uno manso, a admirar al más grande de la torería, a saber cuándo sacar el pañuelo blanco, y cuándo ponerse en pie, y cuándo dar la vuelta, y cuándo agarrar de la cintura y cómo acabar el baile, muy tieso, muy quieto, muy dueño, muy gitano.

Al amanecer, cuando el sol les secó las plantas y el agua se fue retirando poco a poco dejándoles en libertad, regresaron por la escalera de piedra al jardín de María

Fernanda y pasaron por debajo de su ventana, sin saber que ella, detrás de las cortinas, les veía salir de la casa, introducirse en el coche y alejarse de su vista, en un segundo amarillo, que duró lo que un relámpago, atravesando veloz por el centro de su esperanza.

—¡Písalo, písalo! — gritaba Luisa en el asiento del copiloto para que Diego derritiera la goma de los neumáticos en las curvas de la carretera de la costa. Y

cerraba los párpados para que no le entraran los rizos en los ojos.

—A las doce me voy para Jerez —le dijo frente a la cancela de la casa de sus tíos, donde aún dormían sus hermanos—. Si te apetece escribirme una carta pon el nombre de mi hermano Curro en el sobre, no sea que me la esconda mi madre.

Se despidió sin un beso, pero le pasó la mano por la nuca antes de irse y la dejó allí un momento,

acariciándole como se acaricia el cuello de un caballo, dándole un par de palmadas detrás de las orejas enhiestas, porque así se le calma, se le quiere, se le somete, se le domina, se le encierra en la cuadra dejándole sin otra cosa en la cabeza que la obsesión por salir de nuevo a galopar por la marisma.

II

DIEGO escribió la carta, pero jamás la echó al correo. En cambio, decidió ir a llevársela él mismo un par de semanas más tarde, cuando su madre andaba ocupada cubriendo los muebles con sábanas blancas, sin decírselo a nadie, sin pensar siquiera una excusa para explicar después los mil kilómetros en el contador del Ferrari. Llegó de noche y se alojó en el Caballo Blanco porque era el único hotel de Cádiz

del que había oído hablar a sus padres alguna vez. Se durmió tarde, dudando si su decisión era o no la correcta, dando vueltas y vueltas entre las sábanas húmedas de la cama, una humedad cálida que le envolvió completamente hasta que le venció el sueño.

Por la mañana desanduvo el camino hasta la ciudad de Jerez y dejó el coche en la Alameda Cristina.

La calle Medina era

ancha y las gitanillas colgaban de los balcones. La casa era enorme, amarilla, «del color del albero de los ruedos», le había explicado ella, y las ventanas estaban cubiertas de rejas. Rejas de hierro forjado, para no dejar entrar, ni salir, solamente para asomarse apenas a la vida, agarrada a ellos como a barrotes negros disfrazados de jazmines blancos.

La puerta era de madera maciza, de dos hojas tan grandes que no se abrían

más que para dejar salir algunos domingos el coche de caballos de los abuelos. Una más pequeña, recortada en un lado, fue la que se le entreabrió cuando golpeó en la aldaba y preguntó por Luisa.

Desde la oscuridad del portal, por el que asomaba al fondo la luz de un patio verde, de macetas y fuentes, una mujer mayor, toda vestida de luto, con medias oscuras sobre las piernas flacas a pesar del calor, le

dijo que la señorita Luisa y su familia se habían ido a La Viña a pasar el verano, que la casa estaba tan desierta como la calle, como el colmado, como la alameda.

Que La Viña estaba en un alto, a quince kilómetros de allí por la carretera de Sanlúcar, y que al padre de la niña no le iba a hacer gracia ninguna que un desconocido anduviese llamándola por el nombre de pila. Que estas cosas había que hacerlas bien; poquito a

poco, como antiguamente, paseando la calle, pidiendo permiso, encontrándose en misa, con paciencia, con buena letra.

Luego le olvidó en la puerta sin decirle adiós y le cerró los visillos en las narices.

No se dio por vencido hasta que recorrió los quince kilómetros que llevaban a la finca. Le divirtió esa costumbre de levantar puertas en medio del campo, sólo para atravesar una

endeble verja de alambre, de la que partía un camino de arena por donde no se aventuró a meter el coche. Lo dejó a la sombra de un olivo y comenzó a caminar con el sol quemándole la frente.

Fue entonces cuando empezó a sentirse pequeño, absurdo, ridículo, con la camisa empapada de sudor y nada en el bolsillo. Y no por Luisa, a quien habría ofrecido todo su cuerpo, toda su alma, todo su

orgullo, sino por su padre, el hombre que gobernaba sobre los árboles, los caminos, los sembrados, los viñedos, los toros bravos que pastaban, tan amenazantes como indiferentes, al otro lado del camino.

Se lo imaginaba a caballo por los campos de trigo, como le había descrito Luisa: severo, estricto, recto y serio.

¿Qué le diría, si no tenía más que vergüenza? ¿Que algún día, en el futuro

remoto, si Dios no lo remediaba, él llegaría a ser médico? ¿O que tenía un Ferrari aparcado debajo de un olivo?

¿Sería suficiente con hablarle de la fortuna de su familia, del esfuerzo de otros, de su propia suerte heredada, o aquel caballero del Sur, que había plantado las viñas con sus propias manos, le exigiría a él también que demostrara algo de valor?

Toda su juventud se le

vino encima y allí mismo se juró volver, pero esta vez con la cabeza bien alta, armado de triunfos, con el derecho indiscutible de robarle a Luisa. Llegaría a ser el mejor cirujano de España y del mundo. Regresaría con el futuro en sus manos, con el poder de salvar vidas, con el éxito escrito en la cara.

Trabajaría duro, terminaría la carrera y luego la especialidad, y abriría su propia clínica, y daría

conferencias, y le nombrarían catedrático, presidente del Colegio de Médicos, ministro de Salud Pública.

Diego se dio la vuelta y tiró la carta al mar.

Durante los siete años que pasó de clase en clase, de biblioteca en biblioteca, sin descansar un solo minuto, se ganó el respeto de sus profesores, que le consideraban un joven prometedor, serio, responsable y estudioso,

mientras que los alumnos, sus compañeros de nervios y noches en vela, le llamaban empollón repelente y niño pera.

Nunca se metió en líos, ni de mujeres ni de política, aunque, injusta e inocentemente, le tocara escapar corriendo alguna vez delante de los grises o de alguna compañera de clase que no comprendía su falta de interés por nada que no fueran los libros, los laboratorios, los enfermos y

los hospitales. Nunca se desvió del camino que emprendió pasada la puerta de La Viña del padre de Luisa; un camino recto, sin baches ni curvas, que le hizo candidato apetecible para el ejército, la política, el sindicato de médicos, y la mayor parte de las madres de jóvenes casaderas del barrio de Salamanca, que se tomaban a mal su negativa a participar en todos los guateques, puestas de largo, fiestas de cumpleaños y

demás reuniones sociales a los que le invitaban con insistencia y que él rechazaba con el pretexto de los estudios, las prácticas, las guardias de noche o los turnos de día.

Cuando terminó la carrera y los cursos de especialización, el catedrático de Anatomía le llamó a su despacho y le pidió que cerrara la puerta y se sentara, que tenía algo muy interesante que proponerle.

—Nos ofrecen un puesto de residente en el Hospital Austen, de Medicina avanzada, de Suiza.

Diego quedó mudo, adivinando lo que venía a continuación.

—Tendrías que pasar allí al menos tres años, pero volverías convertido en uno de los grandes. ¿Qué te parece?

—No sé qué decir...

La escultura ecuestre del padre de Luisa recorriendo los trigales le vino a la

mente incómodamente
superpuesta a la de la propia
Luisa saliendo del mar, con
el agua blanca resbalando
por su piel morena.

—Di que sí, hombre, di
que sí. ¿Tienes novia?

—No.

—¿Te necesitan en casa?

—Tampoco.

—Pues no se hable más.

Diego firmó al pie de un
documento en el que se
comprometía a un montón
de cosas escritas en letra
pequeña, sentenciando su

voluntaria e irremediable esclavitud.

Después se subió en su Ferrari, un poco menos brillante, un poco menos amarillo de lo que estaba siete años antes, y condujo distraídamente, pensando en el futuro, contento, porque ya sólo faltaban tres inviernos para volver, como en un tango, en el que en lugar de veinte, diez años no serían nada, y febril la buscaría, la nombraría, la raptaría, la poseería porque

al fin la merecería y nadie podría negarle ese derecho.

El coche le llevó a donde quiso; pasada la ciudad universitaria, por debajo de los grandes álamos de las avenidas de los colegios mayores, hasta el límite entre Rosales y la Casa de Campo, sin ser Diego consciente del rumbo ni el destino de su viaje.

A la derecha de la carretera estaba la puerta del Club de Campo, al que pertenecía desde antes de

nacer y uno de los pocos lugares que frecuentaba cuando no estaba de exámenes, ni de guardia, ni agotado. Le gustaban sus caminos entre árboles, el olor a limpio en medio de la ciudad y el verde del campo de golf, casi siempre vacío, ya que no era un deporte tan a la moda como el tenis o la hípica. Solía acercarse a las cuadras a acariciarles el lomo a los caballos y a recrear las escenas que Luisa le grabó en los recuerdos,

sin haberlos vivido más que en sueños. Y así la contemplaba al galope por la playa, salpicando agua y arena, bañándose de sal, con la melena al viento, del mismo color que la crin de su yegua, vestida de blanco, con una falda larga de volantes, porque a Luisa no la imaginaba en pantalones, ni con el pelo más que suelto, sobre la espalda desnuda.

Había un campeonato de saltos aquel día. Las gradas

del hipódromo estaban llenas a rebosar y por el micrófono se nombraba a los participantes antes de cada ejercicio. Diego se sentó en el único sitio que encontró libre, muy arriba, donde las caras se perdían en un garabato y los cuerpos parecían todos iguales.

Pero entre las voces de la gente escuchó a alguien nombrarla, contempló el porte de su yegua y vio caracolillos negros escapando del casquete.

Entonces sintió otra vez la quemadura de aquel relámpago amarillo penetrándole el cráneo, derritiendo su cerebro, deteniendo el latido de su corazón, encogiéndole el estómago, vaciándole los pulmones, paralizando sus piernas, sus manos, su razón.

Era ella, Luisa, a lomos de una yegua castaña, saltándose por encima todos sus plazos y sus sacrificios. Poniéndolo todo en marcha de repente, como un tiovivo

que llevara años esperando que alguien lo inaugurara, con el mismo vértigo, la misma sensación de mareo, de inestabilidad, y a la vez, con la misma música de verbena y las risas de todos los niños que volvieran de nuevo a la vida después de un largo letargo de oscuridad, tristeza y soledad.

Entró en la cuadra detrás de ella, con miedo a espantar aquel fantasma del deseo, que ahora acercaba su cara a la de la yegua, para darle un

beso en el hocico mientras dejaba caer algunos rizos negros sobre las crines del animal.

—¡Hola, Luisa!

—¡Hola!

—¿Te acuerdas de mí?

—No.

—Nos conocimos...

Luisa le miró de frente.

Las manos crispadas agarrando con fuerza las riendas de cuero.

—... hace siete veranos

—dijo, terminando la frase que él había dejado a

medias.

—Entonces te acuerdas
—un chasquido de
esperanza sonó junto a su
VOZ.

—No. No sé quién eres
—sentenció ella.

Se quitó el casquete en un gesto salvaje, desafiante casi, y el resto de su melena se derramó sobre sus hombros. La yegua levantó las orejas, pateó el fondo de la cuadra y resopló, con la misma rabia con la que Luisa contenía su propia

furia.

Claro que recordaba a Diego. Letra a letra de su nombre. Había esperado en vano aquella carta que nunca llegó. Primero con la impaciencia de quien da por hecho que la felicidad sólo es cuestión de tiempo. Luego con la cara larga de las esposas que aguardan despiertas al marido que no llega. Después con incredulidad, con extrañeza. Y finalmente con rencor, con la sensación de haber

caído en alguna trampa para tontos. ¿Cómo podría olvidarlo? ¿Cómo olvidar lo fría que estaba la reja del balcón?

—Soy Diego, Diego Quirós. Y lo sabes de sobra.

Le tendió la mano, la arrastró con él hasta la entrada del Club, donde había aparcado el coche, y la atrapó dentro, con el mismo mimo con el que hubiera apresado una mariposa única, exótica y delicada, sin más motivo que el de

contemplarla embobado, sin más ambición que la de disfrutar de los segundos que durara su encuentro para luego dejarla volar en libertad.

Y ella sola se metió en aquella jaula amarilla, que en su memoria era de oro macizo. Viajaron por la carretera nueva que llevaba al Valle de los Caídos y subieron por unos montes espesos, de árboles verdes, hasta una colina vacía de gente, desde la que

contemplaron la noche caer sobre la lejana ciudad de Madrid.

El despecho de Luisa hizo que Diego le diera diez besos por cada uno que le debía. Y que se atreviera a acariciarla adivinando de antemano los pliegues de su piel, localizando una a una las señales de sus dedos sobre el cuerpo moreno, tantas veces recorrido en sueños, enredándose en sus rizos, en sus piernas, en sus manos. Durmiéndose sobre

aquel pecho que había llegado a ser su cama, húmeda y cálida, como la de la primera y última madrugada que pasó entre las sábanas del Caballo Blanco. Y despertándose después para encontrarla a su lado, sin esfumarse como él había temido, confundida con las sombras del bosque o desvanecida para otra eternidad de siete años, siete noches, siete minutos.

Y lo más extraño de aquella madrugada fresca de

verano, a más de trescientos kilómetros de la costa, fue escuchar entre los pinos el ir y venir del mar, y sentir en lo más profundo de sus bocas el inconfundible sabor del agua salada.

9

I

LA invitación decía: «A las doce en punto, carruajes». Cinco minutos antes o después de la medianoche, los salones se fueron vaciando poco a poco de gente, y aunque a Carol no le resultó fácil arrancar a

Lina del suelo en el que parecía haber echado raíces, finalmente consiguió empujarla fuera e introducirla de nuevo en el Jaguar donde el chófer dormitaba con la radio encendida.

—Al hotel, por favor — dijo Carol.

Luego se quedó mirando a Lina, aún envuelta en plumas de marabú, con la luz de las farolas de la Castellana iluminándola desde la calle, y el

pensamiento perdido en algún lugar lejano, a medio camino entre el paraíso y la realidad.

Llevaba algunos días esperando la ocasión para decirle lo que ya era evidente, y sin embargo, no se había atrevido a hacerlo hasta ahora por compasión, por pena, porque no quería ser ella quien le descubriera a estas alturas que los hechizos no duran eternamente. Que vienen con fecha de caducidad en el

fondo del envase y que el suyo estaba a punto de echarse a perder. Esa noche, las dos de largo, las dos princesas gemelas de un mismo cuento de hadas, había llegado el momento de hablar.

—Lina, ya estoy bien.

¿Sabes?

—Sí, mami. Ya pasó — respondió la otra algo extrañada.

—Lo digo porque creo que es hora de seguir yo sola.

Ya estaba. No había sido tan difícil después de todo.

—¿Quieres que me baje del auto? —preguntó Lina.

—No, Lina —Carol comprendió que su amiga no se estaba enterando de nada —. Digo que ahora ya no te necesito como cuando estuve enferma. Que debes volver a tu casa, y yo, seguir adelante con mi vida.

Lina no supo qué decir. Carol continuó.

—Me has ayudado muchísimo. Te has portado

conmigo como la mejor de las amigas y no querría perderte por nada del mundo. Por favor, no pienses que soy una desagradecida, Lina, pero no me parece adecuado que sigamos compartiendo la habitación. No vas a dormir en un sofá todo el invierno.

—Tienes razón — contestó Lina con cierta resignación en la voz—. Perdóname, linda, estaba tan a gusto que me olvidé de todo. Ahorita mismo recojo

mis cosas y me marchó.

—No, Lina —protestó Carol—. No tiene por qué ser esta misma noche. Es tarde. Habrán cerrado el metro. Quédate al menos hasta mañana.

—No —dijo Lina—. Mejor ahorita.

—Pero ¿vendrás a desayunar conmigo?

—Claro. Si gustas.

—¿Todos los días?

—Sin faltar uno solo.

—¿Y a ver la telenovela?

—No me la perdería por nada.

El Jaguar se detuvo frente a la puerta del Ritz y un mozo les recibió con un gracioso golpecito en la gorra. Las dos mujeres subieron del brazo por la escalera sin esperar siquiera a que llegara el ascensor. El chófer comenzó a trazar el giro alrededor de la frondosa rotonda de abetos frente al hotel, con las luces largas del coche dadas. Entonces, entre las ramas verdes de los

árboles descubrió, oculta por las sombras, la siniestra silueta de un hombre de mediana estatura, sucio y desgarrado, acechando desde la oscuridad.

Detuvo el vehículo, entró a grandes zancadas en el hall del Ritz y preguntó por el jefe de seguridad, el cual resultó ser un joven de traje oscuro cuya única señal de identidad era un diminuto auricular escondido en el interior de la oreja izquierda. Le habló de la sombra entre

las sombras y se quedó observando desde dentro cómo el otro atravesaba la calle, penetraba en el bosquecillo y salía con el merodeador agarrado por el cuello de la camisa. También lo vio desaparecer después, por detrás de la esquina, camino de la puerta de servicio, sin mediar palabra con el individuo aquel, que avanzaba a trompicones, dando camballás, con el paso inseguro de los borrachos y

de los locos. O peor, el de los cuerdos que lo han perdido todo.

—Dígame su nombre.

—Edgar Sánchez.

—Número de pasaporte.

—Un millón setecientos ochenta y cuatro mil quinientos siete. ¡Quiero ver a mi esposa!

—¿Quién es su esposa?

—Lina Sánchez, señor, empleada del servicio de limpieza.

El agente de seguridad no sabía quién era Lina.

Tampoco de haberla conocido la hubiera dejado a merced de este sujeto. Se limitó a ofrecerle un café caliente y a advertirle que si volvía a encontrarle escondido entre los abetos no tendría más remedio que dar aviso a la Policía. Luego le acompañó a la calle y le despidió con una palmada en los hombros.

—Siempre son las mujeres —concluyó mientras contemplaba la derrota en el paso cansino de

Edgar, y volvió al hotel. Una vez dentro, recogió la taza en la que había sorbido Edgar la bebida caliente y la introdujo en una bolsa de plástico con cierre hermético que llevaba en el bolsillo.

Emerson hacía guardia una noche de cada cuatro, turnándose con el resto de los miembros del servicio de mantenimiento. No le gustaban demasiado aquellas largas jornadas en vela, luchando contra el sueño y el aburrimiento, sin más

aliciente que el de reparar algún grifo que goteaba o algún termostato, de tanto en tanto. Sólo desde que Lina dormía entre los muros del Ritz soñando despierta con las olas del mar, Emerson había aprendido a esperar aquellas guardias con verdadero placer, anticipando las agradables consecuencias de pasar ambos la noche bajo el mismo techo. Y de este modo fue como agotaron el deseo que les abrasaba por

dentro, primero encerrados durante cuatro horas en el almacén y luego seis más en la despensa sin salir siquiera a tomar aire.

Emerson, con su sonrisa blanca y sus ojos negros, lo veía todo. Lo entendía todo mejor que nadie. Y además, sabía callar.

Había admirado el cuerpo de Lina dentro del vestido de seda, había transformado sus dedos en plumas de marabú para poder acariciarle la espalda,

se había hecho aire para alborotarle el pelo, y como buen ángel de la guarda, la había esperado despierto, para verla volver sana y salva a casa. Había contemplado desde lo alto de un balcón del tercer piso el hallazgo de Edgar borracho entre los castaños. Y le había visto alejarse primero, para regresar más tarde al mismo lugar, arrastrándose como un vagabundo sin voluntad. Sabía que desde lo más

negro de la noche, Edgar vigilaba la puerta del hotel, presto a saltar sobre su presa como un ave nocturna, así que se propuso no abandonar su puesto de observación hasta la mañana siguiente.

Pero no tuvo que esperar tanto. Pocos minutos después de la llegada de Carol y Lina al hotel, la puerta rodó con una vuelta y media para expulsar con un beso giratorio el cuerpo moreno y bamboleante de

Lina, embutido en un apretado vaquero azul. Aquella visión inesperada actuó como un muelle que hizo saltar a Emerson por los aires, del balcón al interior de la habitación vacía, y bajar de tres saltos los tres pisos de escaleras, para terminar con un brinco en el centro exacto del mármol blanco del hall del hotel. A través de la ventana entornada había visto salir a Edgar de entre las sombras de la rotonda, con los puños

apretados a los lados de su cuerpo vacilante. Y a Lina, de espaldas, despidiéndose del mozo de la entrada, ajena al peligro que se le venía encima.

Consiguió empujar la hoja pesada de la puerta, agarrar a Lina del brazo y correr con ella a esconderse en la cálida oscuridad del cuarto de calderas, cuyas llaves había duplicado en secreto, por si se presentaba la ocasión de encerrarse allí con ella a escuchar el latido

de las cañerías.

Pasaron la noche entera fundidos en un abrazo húmedo que les acunó hasta que domaron el susto. Pero se hizo de día y el ruido del motor del ascensor les despertó con una fuerte sacudida.

—No debes regresar a la casa, Lina, o tu esposo te encontrará.

—Me encontrará de todas maneras.

—No, Lina. Vendrás conmigo. Entre los dos nos

pagaremos una pensión y yo no me separaré de ti jamás.

Lina contempló el cuerpo de Emerson cubierto de bruma, los ojos empañados, y de nuevo sintió miedo. Miedo porque había notado bien cerca de su cuerpo los brazos largos de Edgar. Miedo porque no es lo mismo enfrentarse a una mujer que pelearse con un hombre; que para eso se hicieron los cuchillos y las pistolas. Miedo porque ahora Emerson estaba en

peligro. De muerte.

—Pero tengo que recoger mi televisor de plasma —fue lo único que se le oyó decir a Lina.

Y lo dijo porque en su peculiar proceso mental la idea de la pensión a medias, a pesar de todo, se le había aparecido como la mejor opción. Si estaba sucia, ella le sacaría brillo. Si era oscura, ella encendería velas en todos los rincones, y si olía a coliflor hervida, como huelen todos los patios de

vecinos del centro de Madrid, ella compraría rosas y jacintos, quemaría incienso y sándalo, y abriría la ventana, si es que había ventana, para que entrara el aire de la calle y el agua de la lluvia. Para la cama, cosería una colcha de retales y pondría todas las noches un bombón sobre la almohada, «igual que hacemos en el hotel». En un rincón colgaría la foto de Lucecita con su vestido bordado y en la pared del

fondo instalaría su pantalla plana...

—Sí. Voy por mi pantalla plana.

II

EL silencio de la escalera, la oscuridad del patio y la aparente quietud de la casa de la tía Elvina contrastaban con el bullicio de la calle: el tránsito de los camiones, el ruido de las obras, el chirrido de las ruedas de los

autobuses y las bocinas de los coches. Lina subió peldaño a peldaño, evitando pisar allí donde la madera crujía, tratando de cobijarse en la penumbra de las esquinas y sin atreverse siquiera a respirar, por temor a encontrar la cara desencajada de Edgar acechando desde dentro de las sombras. Por fin llegó al quinto piso, únicamente iluminado por la poca luz que llegaba desde la calle a través del hueco de la

escalera.

Pegó la oreja a la puerta y sólo escuchó el eco de su propio miedo. Esperó aún unos minutos, antes de decidirse a introducir la llave en la cerradura, girarla y empujar con fuerza, para encontrar la casa revuelta, vacía, fría, abandonada y con una intensa sensación de resaca en las paredes torcidas. La tía Elvina, con los restos de su reuma, se había esfumado y su sitio había sido ocupado por el

desorden maloliente de
Edgar.

Lina atravesó de
puntillas el estrecho pasillo
que llevaba al único
dormitorio del piso. Sobre la
cama deshecha estaba él,
dormido boca arriba como el
lobo de Caperucita. Por un
instante se preguntó si su tía
estaría amordazada dentro
del armario, y en qué
momento aparecería el
leñador disfrazado de
Emerson, decidido a
salvarla, pero aquello no era

un cuento, más bien una pesadilla, y Edgar ya abría los ojos, ya saltaba tras ella, ya le daba alcance, ya la arrinconaba en una esquina de la sala, ya le respiraba su aliento sobre la cara.

—¿Dónde te escondes, mami? Ya creí que jamás volvería a verte. Pero acá estás, ya viniste, a encontrarte conmigo. Ahorita me cuentas con quién andas, y luego te arrastras pidiéndome perdón. Y tal vez yo te perdone, y tal

vez no.

—¿Qué hiciste con Elvina? —respondió Lina, con la respiración agitada.

—Elvinita se fue a casa de sus primas a pasar la noche. Mira qué linda que me prestó el piso.

—No te creo. —Las lágrimas salpicaban en el suelo.

—¿Lloras, Lina? ¡Qué llanto de cocodrilo, mamita, con lo mala que has sido! Pero ya se terminó. Te regresas conmigo a

Cajamarca, a buscar a la bebe y de vuelta para acá. Los tres, como debe ser. Tú con tu hombre, a cuidar de tu familia, a portarte bien.

—¿Y de qué vivimos, Edgar, de qué vivimos?

—Vivimos de lo que yo traiga a la casa. Acá nadie se muere de hambre.

La presión de los brazos sobre los hombros de Lina cesó por un instante, justo lo necesario para liberarse de ellos con un rápido movimiento y salir corriendo

hacia la puerta abierta. Edgar la siguió furioso, con zancadas de gigante, hacia la escalera oscura, que se deslizaba en espiral hasta el suelo duro, el suelo frío, allá abajo, en el centro de la nada.

El ruido que hizo el cuerpo de Lina al caer por aquel acantilado fue el de los barcos a la deriva cuando se estrellan contra las rocas y se despedazan en mil astillas.

Emerson la vio venir de lejos. La esperaba junto a la puerta de servicio con el sobre del adelanto en una mano y su caja de herramientas en la otra. Observó su caminar vacilante, una ligera cojera en el pie derecho y un brazo más desmayado que el otro balanceándose a destiempo. Luego reparó en la ropa hecha jirones, el ojo ennegrecido y el hilo de sangre reseca que le

asomaba por la boca en forma de sonrisa siniestra.

—¡Qué fue! —gritó mientras corría a abrazarla. Pero ella no hablaba. Caminaba con la mirada fija, como un muerto viviente que aún conserva el horror de su tortura en la retina de su único ojo abierto.

Emerson se manchó los labios de rojo antes de conseguir sacarse el pañuelo del bolsillo. La besaba como quien besa a una niña pequeña, con la esperanza de

aliviar su dolor a fuerza de cariño y repitiéndole en el oído: «Ya pasó, ya pasó».

Después de un rato, volvió la pregunta, ahora más interrogativa que exclamativa:

—¿Qué fue?

Y Lina respondió en voz baja:

—Me caí por la escalera.

La introdujo en el hotel cuando nadie miraba y subió por la escalera de atrás, a esconderla en el cuarto de calderas. La tumbó sobre las

mantas, al calor de las tuberías, y le dijo que iba a buscar agua y algodón. Luego salió al pasillo por la pequeña puerta disimulada en la pared que utilizaba el personal de servicio; giró en la curva de la alfombra azul y se detuvo a tomar aire frente a la 112.

Llamó con los nudillos y esperó con el corazón al galope que aquella mujer temprana, casi una niña, hubiera tenido tiempo de hacerse mayor.

Carol abrió sin preguntar. En el lugar de Lina, con los pies sobre sus huellas, había un hombre joven, atractivo y seductor, con lo que podría haber sido una sonrisa blanca si una infinita pena en los ojos negros no le hubiera delatado.

—¿Qué desea?

—Servicio de mantenimiento. Vengo a revisar el minibar.

—¿El minibar? —repitió Carol algo extrañada. Había

una mancha de sangre en el cuello de su camisa.

—Escuche —continuó Emerson al ver el miedo reflejado en su cara—. Es por Lina, tiene problemas.

Carol abrió la puerta del todo.

—¿Emerson?

—Sí. Emerson García.

—¿Qué ha pasado?

Emerson se sentó en una silla. Carol permaneció en pie. Tuvo tiempo de contemplarle, derrumbado como jamás le hubiera

imaginado. Hasta entonces sólo le había podido atisbar a través de los cuentos de Lina, y le había sentido a veces, persiguiéndolas por los pasillos, escondido tras las cortinas, vigilándolas de lejos, confundido con las paredes, pero fuerte siempre, alerta, en guardia, valiente y protector.

Físicamente, la descripción de Lina no le pareció desacertada. Era verdad lo de los ojos negros y los brazos fuertes. El

hecho de que careciera de alas de ángel era una de las cosas que se podían esperar.

—El esposo de Lina llegó de Perú —dijo cuando le volvió la voz.

—¿Qué?

Nunca, jamás, desde que conocía a Lina, le había hablado de Edgar. Luz Elena parecía haber nacido por generación espontánea, fruto de su absoluta vocación para la maternidad, pero nada hacía pensar que Lina hubiera necesitado de la

intervención de un marido para concebir a su hija.

—Su esposo, el padre de la niña.

Por un momento ninguno de los dos dijo nada. Luego, Emerson volvió a hablar.

—Creo que la pegó.

Se le quebró la voz. Se cubrió la cara con las manos. Pero continuó.

—Necesita que la vea un médico.

—¿Dónde está? — preguntó Carol, alarmada.

—La acomodé en el cuarto de calderas.

—Tráigala aquí enseguida. Ya me ocupo yo de llamar al doctor.

Las cortinas dejaban pasar una oscuridad tamizada, pesada y lenta, que cubría el cielo del cuadro de negros nubarrones. Llovía sobre el cuerpo magullado de Lina.

Carol ocupaba la butaca, intercambiando el papel de enferma por el de loca que tan bien había interpretado

la otra hasta el mismo día anterior. Se levantaba, le ponía una mano sobre la frente, le acercaba el vaso con agua a los labios rotos y se volvía a sentar, con la mano de Lina dentro de la suya.

Si cerraba los ojos podía ver, con una mezcla de espanto y rabia, la escena de la escalera por la que caía Lina igual que un pelele, golpeándose con cada escalón, rompiéndose una costilla, abriéndose una

brecha en la cabeza, retorciéndose las piernas, a saltos y volteretas, dando piruetas de payasa, mientras un demente, en lo alto, reía a carcajadas, desde las gradas de su miserable circo particular.

Y luego, él mismo, con una gigantesca escoba, la barría fuera, y la dejaba tirada en la acera, como a una cucaracha pisoteada.

Diego la había atendido allí mismo, le había vendado un brazo al cuerpo y le había

cosido la herida de la nuca con puntos adhesivos. Luego había firmado el parte médico y se había sentado con Carol y Emerson en el sofá blanco, entre cojines de terciopelo color sangre. El problema era grave, les había dicho. Si aquel animal había sido capaz de hacerle esto a Lina, quién sabe qué podría ser lo próximo. Decenas de mujeres morían cada año a manos de sus parejas, les había explicado. Había que actuar rápido o un

día aparecería su nombre en alguno de esos trágicos titulares.

—Lo primero es convencer a Lina de que presente una denuncia en comisaría —concluyó.

—¿Contra su propio esposo? —preguntó Emerson, incrédulo.

—Es la única manera de protegerla.

—Yo hablaré con ella — la voz de Carol sonó firme y clara.

Algo en el color de sus

ojos había cambiado. Ahora parecía que el sol empezaba a levantarse por detrás de sus pupilas. Amanecía por fin en la playa y mientras se hacía de noche al otro lado de las cortinas.

Se habían quedado solas, dos mujeres a la vez, mano a mano, mirando a la vida de frente.

Lina se despertó algo aturdida.

—¿Qué hora es? — preguntó como si tuviera prisa.

—Descansa, Lina. ¿Qué te importa qué hora sea?

—Tenía que encontrarme con Emerson a las tres. ¿Qué hora es?

—Emerson te esperará todo el tiempo que haga falta. No te preocupes por eso. Él te trajo aquí. Te quiere muchísimo.

—¿Dónde está? —
continuó angustiada—. Edgar lo va a matar.

Eso era. Toda la preocupación de Lina era Emerson. Despertarse

vendada, amoratada y remendada en la cama de Carol no le había causado la menor extrañeza; parecía que era algo que le ocurría con frecuencia. En cambio, la seguridad de Emerson, el peligro que le acechaba, el miedo a quedarse sin él, superaba con creces el temor a perder todo lo demás, incluida su propia vida.

Carol comprendió enseguida cuál era la mejor manera de conseguir que Lina hablara con la Policía.

—Tú eres la única que puede evitar eso —le dijo—. Denunciándole.

—¿Denunciar a Edgar? ¿Yo? ¿Por qué motivo? —respondió Lina con aparente asombro.

—Pues por malos tratos, Lina. Mírate, estás destrozada. ¿No te das cuenta? —la otra la contemplaba asombrada. Carol llegó a pensar que Lina estaba acostumbrada a que Edgar la pegase y la insultase; quizá para su

amiga todo esto era lo normal.

—¿Por caerme por la escalera? —preguntó vacilante.

—No, Lina. Debes reconocerlo. Es duro, injusto, humillante, triste, pero es cierto. Edgar te maltrata, probablemente lleva años haciéndolo. No puedes quedarte callada.

Lina la miraba con los ojos tan abiertos como podía. Carol continuaba con su discurso.

—Y si lo que te pase a ti te da igual, piensa por un momento en la gente que te rodea. ¿No acabará Edgar pegando a tu hija, igual que te pega a ti? Y a Emerson, el amor de tu vida, ¿no crees que lo encontrará? ¿Qué te imaginas que hará cuando lo tenga delante? No vas a estar sola —siguió—. Nos tienes a Diego y a mí. Los dos podemos testificar en tu favor. Nos creerán, ya lo verás. Él es un médico muy respetado en su profesión y

yo, bueno, por una vez utilizaré para bien toda la influencia de mi familia. Conozco mucha gente importante que puede ayudarnos.

Lina callaba.

—Vamos, Lina, denúncialo. Es tu obligación.

Lina se incorporó con un gesto de dolor. Se pasó la mano que no tenía vendada por la cara hinchada, se tocó la herida de la nuca, recorrió los vendajes de las costillas y trató de mover las piernas

amoratadas.

Por fin, después de un corto silencio, habló:

—¿Qué le ocurrirá a Edgar?

Y Carol sonrió.

La comisaría de Rafael Calvo tenía un cuartito de espera entrando a la derecha, que más bien parecía la antesala del quirófano; la gente relatándose sin el menor pudor sus problemas con la justicia, como quien cuenta con pelos y señales su última intervención

médica.

En un rincón, escondida tras los cristales tintados de sus gafas de sol, Lina disimulaba como podía el dolor de su costado mientras escuchaba la terrible historia de una mujer que había sido atracada en plena calle por una pandilla de adolescentes. Carol estaba sentada a su lado, rellenando un formulario y, al contrario que su amiga, trataba inútilmente de cerrar sus oídos a las tragedias ajenas,

en parte por vergüenza y en parte porque de pronto se había sentido tan sola como el primer día que pasó sin su madre.

Un policía de uniforme las acompañó a un despacho común y les pidió que se sentaran al otro lado de su ordenador.

—Bueno —les dijo sin apartar los ojos de la pantalla—, díganme qué ocurrió.

Lina se lanzó por una pendiente escurridiza, tan

inclinada como la escalera por la que aquel hombre, su marido, aunque en ese momento no parecía él, sino un personaje siniestro, brutal y agresivo, enorme como sus puños peludos, maloliente, furioso, la había empujado con todas sus fuerzas, y ella, al caer, aún había sentido la presión de sus dedos en la espalda, el impulso que la había catapultado al primer rellano y el escozor de su nuca, el crujido de sus huesos y la risa de él, como

un aplauso macabro al final de la función.

—Entonces —inquirió el policía—, ¿la empujó por la espalda?

—Sí, señor.

—Pero usted se dañó la nuca.

—Eso es. Mire —Lina se levantó la trenza para dejarle ver la cicatriz.

—Ya —continuó él—. Es que me parece raro que no cayera usted de cara.

Lina se quedó helada. Pero inmediatamente habló

Carol.

—¿Qué importa cómo cayó? Lo cierto es que esta mujer ha sido agredida por su propio esposo, que la estaba esperando con la intención de pegarla, que no es la primera vez ni será la última si usted no actúa rápido. Para eso está la Policía, para proteger a la gente, ¿verdad?

—Sí, señorita. Pero también es mi obligación investigar los hechos.

—Ya estamos —dijo

Carol, transformándose de pronto en una Pankhurst del siglo XXI—. Vaya país de machistas, España.

Lina asentía en silencio y miraba a Carol con admiración. Jamás hubiera imaginado tanta valentía en esa niña que hasta el día anterior mismo parecía querer escapar por un agujero de la pared, o hacerse invisible, o desaparecer para siempre. La nueva Carol era una mujer fuerte, vehemente e

impetuosa, capaz de enfrentarse al mundo con un cuchillo entre los dientes.

En cambio, ella estaba hundida. Sentía la angustia en forma de arcada subiéndole por la garganta y se veía pequeña, desamparada, transformada en parásito del árbol que era Carol ahora.

No dijo una sola palabra en todo el camino de vuelta al Ritz. Tan sólo se atrevió a rogarle al dios de las cosas tontas que le borrara los

recuerdos de la mente porque no podía soportar la idea de volver a ver la cara de Edgar en lo alto de la escalera, gritando su nombre: «¡Lina, Lina, Lina!», mientras ella caía, caía y caía, después de escurrirse de sus manos de mantequilla, que no habían sido capaces de sujetarla cuando dio el traspiés. Culpa suya, por ser tan flojo. «!Flojo, flojo, que son todos iguales, los de esos países!», decía la gobernanta con toda

la razón del mundo. Culpa
suya por rogarle que no se
fuera, que cuidara de él y de
la bebe, que regresara a su
vida miserable. Culpa suya
por correr detrás de ella por
el pasillo como un cobarde,
como un baboso, como un
llorón. El lobo convertido en
cordero.

¿Que por qué cayó de
espaldas? Ojalá hubiera
caído de cara para no verle
llorar cuando la levantó del
suelo, cuando la llenó de
besos y dijo que iba a llamar

a la ambulancia. Así no habría tenido que sentir cómo le ardían las entrañas con este arrepentimiento maldito.

Y enseguida, la excusa para el remordimiento, la expiación del pecado, la tranquilidad del alma. Sí. Ella era la víctima. La que se rompió en pedazos, la que se murió por dentro. Y él su verdugo. La hubiera o no la hubiera empujado por aquella escalera del demonio.

Sólo un detalle la desazonaba: lo fácil que había sido traicionarle.

Al parecer, la Policía fue diligente. Aquella misma tarde detuvieron a Edgar y le tomaron declaración. Luego lo pusieron a disposición judicial y el magistrado lo dejó libre a la espera del juicio. Le advirtieron que no tratara de escapar, que no volviera a acercarse a su mujer y que no se metiera en más líos o acabaría en la cárcel. Cuando salió a la

calle después de dos días encerrado, la luz del día le quemó los ojos. Se volvió al agente que le escoltaba y con la voz ronca le preguntó:

—¿Pero fue ella, ella en persona, la que me acusó?

Y el policía le respondió con una palmada en la espalda.

10

I

EN el horizonte, por fin, la Costa Esmeralda. Hugo llevaba el timón desde las tres de la madrugada mientras su padre, Arnaud Beneteau, dormía en el camarote de proa con la ropa puesta. Habían aprovechado

el viento sur que por fin comenzó a soplar la noche anterior después de casi veinte horas en calma total. Habían subido la mayor y la génova y ahora navegaban a unos seis nudos, sin motor.

Estaba a punto de romper el día. Hugo se preparó una taza de café caliente y se abrigó todavía un poco más. Hacía frío, y se acercaba esa hora en la que el mar se empieza a separar del cielo.

Igual que el principito en

su pequeño asteroide, él se sentía terriblemente solo. Invisible también como un punto blanco en el blanco infinito. Y como aquél, se sentaba todas las tardes a contemplar cada atardecer desde la cubierta de su barco. A descubrir una y otra vez el color del mar cuando se marcha el sol. Y a recordar, como en un sueño, el azul de los ojos de Carol. Pero también veía amanecer acunado por las olas, y según se iluminaba el agua,

él se despedía poco a poco de un color imposible, que inútilmente había tratado de encontrar en los tarros de pintura y que era lo único que le quedaba de ella.

Nunca se había sentido más ridículo que aquella mañana de junio al otro lado de la plaza Vendôme. Ni más absurdo, ni más patético.

Enamorarse de Carol del modo como él lo había hecho, mirándola sólo a ella, sin reparar en su propia

figura de necio, de patán, que vista a su lado daba la risa; sin escuchar la voz de su padre burlándose a gritos de esos aires de grandeza con los que había despreciado todos sus años de sacrificio para convertirse en el artista más fracasado de la historia, poniéndose gafas de ciego para no ver la realidad.

La había adorado, sí. Pero con la misma estupidez con la que algunos idiotas se mueren de amor por las

actrices de cine. No comprenden que cuando uno se acerca demasiado a las estrellas se acaba quemando. Se deslumbra. Se descubre bajo esa nueva luz, tan pequeño, tan insignificante, y se da cuenta de su mediocridad.

—¿Qué te creías, eh?

¿Qué te creías?

Hugo pasó dos meses encerrado en su buhardilla escuchando el repiquetear del agua de la lluvia sobre las tejas de pizarra. Quiso

pintar de memoria un último retrato. Pero los ojos...

Era imposible recrear con el pincel el color de aquellos ojos que le miraban vacíos desde el lienzo. Huecos, blancos, secos.

Cuando amainó la tormenta, la primera tormenta de septiembre, asomó la cabeza cual caracol por el pequeño portal de la rue Saint-Martin y se dejó llevar, corriente abajo, hasta la puerta misma del café donde el marsellés, como

cada tarde, recogía las cuatro sillas y las dos mesitas de fuera, con el cuerpo arrugado, el gesto de dolor de siempre, y una mano en los riñones.

Se miraron como si hubieran pasado cien años desde la última vez. El marsellés tomó la iniciativa. Abrazó a la ruina en que se había convertido Hugo después de sesenta días sin ganas de comer. Le preparó un croque-monsieur que retiró antes de que la

plancha se calentara del todo y se lo sirvió a toda prisa, no fuera a ser que Hugo se muriera de hambre en el Bouchons, o se deshiciera en cenizas, o saliera volando por una ventana abierta, convertido en nada.

—Oye, Hugo —le dijo mientras se enfriaba el sandwich—, había pensado ofrecerte el puesto de ayudante, aquí, en el café, hasta que te hagas famoso y eso. O hasta que te salga un trabajo de verdad.

—Te doy pena, ¿eh? —
respondió Hugo con voz
carrasposa.

—No, chico. No es eso.
Es que me quedó un
sentimiento de culpa, que
cada vez que me miro al
espejo me dan ganas de
abofetearme.

—Tú no hiciste nada
malo. El iluso fui yo.

—Además, cada día me
duele más la espalda —
continuó el marsellés
haciendo como que no le
había oído—. De verdad,

necesito ayuda. A cambio, te regalo las paredes. Puedes hacer con ellas lo que quieras.

Con las paredes hizo Hugo un Nueva York sin Carol. Un Manhattan con altos edificios de oficinas, taxis amarillos, portales recónditos, calles de asfalto y un corazón de selva con un estanque llamado Jacqueline.

Cuando le puso la luz al farol de la Libertad, reunió el valor suficiente para

cruzar por delante de la Madeleine y regresar a aquella plaza en la que siempre se sentía un poco perro; esta vez, con el rabo entre las patas.

Pasó unos minutos al otro lado del hotel, delante del escaparate de Chaumet, y cuando llegó por fin junto al obelisco, avanzó con una decisión nueva.

En el mostrador de recepción estaba el mismo hombre de la última vez. Procuró disimular su

angustia cuando preguntó por ella, pero no pudo evitar que le temblara un poco la voz al pronunciar su nombre.

—Veamos —dijo el recepcionista al consultar el ordenador—. La señorita Bouvier dejó el hotel hace tres meses. Lo siento.

Abandonó la búsqueda y pareció perder todo interés en aquel extraño joven de aspecto intrigante al que, sin embargo, estaba seguro de haber visto antes en alguna

parte.

—Pero ¿no dejó ninguna dirección donde poder enviarle una cosa? —Hugo sonaba desesperado.

—Aunque la hubiera dejado, no podría facilitarle esa información —el hombre hablaba con aspereza, pero sus ojos, en cambio, dejaban al descubierto un ápice de piedad en el fondo de sus pupilas.

—Por favor —suplicó Hugo.

El recepcionista dudó un instante. Luego volvió al ordenador y tecleó unas palabras con mucha prisa. Sin levantar la vista de la pantalla habló en voz baja.

—Hay una posibilidad... remota —le dijo—. Si se aloja en algún hotel de nuestra cadena, podríamos dar con ella.

—¿En cualquier parte del mundo?

—¡Ajá!

Con el ceño fruncido contempló los datos sin

decir nada, hasta que, de pronto, miró a Hugo de frente y disparó:

—España.

Aquella noche el brillo de los diamantes no le dejó cerrar los ojos. Sacaba los pendientes del estuche y los movía de lado a lado o los encerraba entre sus dedos, o los metía en la boca para sentir su suavidad, su dureza. Se despedía de ellos, como lo hubiera hecho de Carol de haber podido. Porque sabía que después de

esa noche, no volvería a verlos jamás.

Los envolvió con cuidado y escribió una larga carta que no era otra cosa que la declaración de amor de un tonto y se encaminó a la oficina de correos, decidido a olvidar a Carol para siempre. Pero una vez allí, sentado en una silla de linóleo esperando su turno, sintió el deseo de liberarlos, o más bien, de secuestrarlos, como si, de esa manera, pudiera dejar sin resolver del

todo aquella fantasía.

Los separó, desbarató el par, guardó uno en el bolsillo y el otro lo acomodó en el estuche azul con las iniciales del joyero escritas en oro sobre la tapa. Luego, en un trozo de papel blanco, escribió una nota de loco, de asesino en serie, de chantajeador, de obseso, de anónimo con firma: «Uno solo no es suficiente».

Un solo beso. Una sola noche. Un solo amanecer. Un pendiente solo, como un

solo idiota, como un solo zapato de cristal, toda la vida en busca del otro, para poder ser, por fin, uno solo de verdad.

Desde ese mismo instante, Hugo se dedicó en cuerpo y alma al último retrato de Carol. Recordaba cada poro de su piel, cada esquina de su geografía; cada montaña, cada meseta y cada depresión; cada planeta, cada estrella y cada constelación de su sistema. Podía dibujarla de frente y

de espaldas, sentada, asomada al balcón, o tumbada sobre la sábana blanca del estudio. Pintaba sus manos y sus pies, las olas de su pelo, la sombra de sus pestañas, el olor de su cuerpo, el sonido de su voz y las caracolas de su risa. Pero nunca jamás, nunca, encontró aquel color, el mismo del mar cuando se marcha el sol, de los ojos de Carol.

Pasaba las noches en el café y los días en la plaza de

los artistas de Montmartre, junto al Sacre-Coeur, con las puntas de los dedos heladas, vaho saliéndole de la boca y frío en lo más profundo de sus huesos. Boceto tras boceto, limosna tras limosna, y ni un momento de serenidad que no estuviera ocupado por ella y por un azul que sólo existía en tres lugares de este planeta también azul: en la mente de él, en los ojos de ella y en el interior de una cueva excavada en las rocas

de una costa lejana y azul.
Azul esmeralda.

Hasta que el primer día de noviembre, después de la misa de difuntos, se apareció en Cancale con cara de muerto y llamó a la puerta del padre sin más disculpa que una vena de locura azul en relieve sobre la sien. Llevaba la caja de las pinturas en una bolsa, junto al dibujo de Carol con los ojos ausentes y un pendiente de diamantes envuelto en periódico. Le dijo: «Padre,

vengo a por el barco», y Arnaud Beneteau, el convencional, el hombre previsible hasta el aburrimiento, el que nunca había llegado a superar las cuatro millas que le separaban de la isla de Boulanger por un miedo inconfesable a la inmensidad del océano, se subió a bordo sin decir palabra y soltó amarras hacia lo desconocido.

La primera noche salió a cubierta mientras Hugo

pilotaba y se sentó a su lado, detrás del timón, a escuchar el silencio del que todos hablaban y a descubrir que era mentira. Que justamente de noche venía el viento a componer música de velas con crujidos de madera, que las olas chocaban contra el casco y se rompían con más ruido que en la misma playa, que los mástiles se lamentaban, los obenques gemían y los winches lloraban. Que lo único callado de veras era su hijo

Hugo, con la mirada perdida en algún lugar más allá del horizonte.

Hasta que, por fin, se recortó en el horizonte la silueta insinuante de la Costa Esmeralda.

Las primeras luces del día se reflejaban en la tierra como sombras chinescas que hacían aparecer poco a poco, al principio en forma de manchas, luego dibujando pequeñas figuras redondas, los tejados de las casas deshabitadas. Era casi

diciembre, apenas amanecía y ya empezaba a atardecer, sobre aquellas rocas y aquellas calas que se llenaban de enormes yates al llegar julio.

Ahora, en cambio, el embarcadero de Cala Di Volpe alojaba tan sólo unos cuantos barcos menores, los que pasaban allí el invierno, lejos de las aguas cálidas del Caribe, al que emigraban los grandes en cuanto empezaban a volar los cormoranes de vuelta a

África.

Pasaron por delante sin hacer ruido y continuaron su camino hacia algún lugar, un poco más allá, donde, premeditadamente o no, el viaje llegaría a su fin.

En la barriga del Cisne Negro, Arnaud dormía mecido por las olas, dejándose llevar por los silencios de Hugo y su extraña manera de escudriñar el mar. No se despertó cuando el hijo soltó el timón y corrió a proa para

descubrir, en el interior de una cueva, aquel azul que se le escapó como los gatos, por el tejado de la rué Saint-Martin. El azul Carol; origen y destino de todos sus viajes. Y estaba allí mismo, agazapado, esperándole. Le llamaba con cantos de sirena, lo engullía con ansia, con hambre.

Hugo se lanzó al agua de cabeza.

Al caer se le llenó la boca de sal. Sentía la carne entumecida por el frío, las

olas llevándolo arriba y abajo, estrellándolo con las paredes de roca de aquella gruta que era prisión y al tiempo libertad.

Libre al fin de todo dolor que no fuera el de su cuerpo helado, libre del continuo martilleo de sus sienas, del abandono, la desilusión, libre por fin de la realidad hecha de colores que, al fin y al cabo, se pueden reproducir con un pincel y unos botes de pintura. Lleno, sumergido y emergido, al

ritmo del ir y venir del mar,
del azul imposible,
irrepetible; impregnado de él
hasta la médula de los
huesos, el vacío de los
pulmones, el interior de su
boca cubierta de sal y la niña
de sus ojos. ¡Cómo escocía!
Como vinagre en las heridas,
ese azul que lo era todo. Por
arriba, por los lados, por
debajo.

Otro firmamento,
monocromático, sin
estrellas, ni luna, ni nubes
que empañen la noche, sin

tormentas, sin una calle oscura como la de Saint-Martin, sin un tejado donde los gatos esperan que alguien los atrape y se los coma, para sobrevivir en un mundo en el que sólo existe el agua de la lluvia, las seis en el campanario, las cuatro sillas y las dos mesas frente al café, las paredes pintadas, el recuerdo, cada vez más lejos, de un sueño por cuyas pupilas naufragaba ahora Hugo y que a medida que pasaba el tiempo se tornaba

más negro y amenazador, desesperanzado y fatal.

El ruido metálico del ancla despertó a Arnaud Beneteau que soñaba con su jardín de lavanda y tomillo. Subió a cubierta y respiró el aire húmedo y frío de la mañana. Contempló la costa rocosa, los acantilados, las pequeñas cavidades horadadas por el mar, y el espantoso espectáculo de su hijo Hugo, desapareciendo ante sus ojos en el interior de un agujero que le

devoraba con la boca abierta
cubierta de espuma.

—¡Hugo! ¡Hugo!

No podía hacer otra cosa
que gritar su nombre.
Moriría de frío, se ahogaría
sin remedio si obedeciera al
impulso de saltar tras él y
rescatar su cuerpo.

—¡Hugo, vuelve!

Pero ya no le oía nadie.

II

EN algunas zonas del Perú,

el fenómeno de los secuestros rápidos estaba tan a la orden del día, que a nadie extrañó la noticia del rapto de la pequeña Luz Elena Sánchez al regresar a casa un domingo después de misa. De hecho, la crónica del suceso no pasó de ocupar diez o doce líneas en la tercera interior de un periódico local. Decía el diario que doña Graciela Vargas, abuela de la niña, la había esperado en vano durante horas antes de dar

parte a la Policía y que la búsqueda por los campos de los alrededores había resultado infructuosa hasta la fecha. Una de sus compañeritas de la escuela fiscal había contado que un hombre muy grande y requetenegro las había seguido por la vereda, que al torcer ella hacia su barrio le había visto acercarse a Luz Elena para hablar con ella, que llevaba botas de guerrillero a finales de noviembre, sombrero de

Panamá y anillos en los dedos. Que seguro era rico, extranjero y que sólo de verlo daba miedo.

A la única que le desconcertó de verdad la desaparición de su nieta fue a Graciela, pobre como las ratas de los vertederos, casi ciega y sola en la vida, quien, incapaz de encontrarle una explicación económica a su desgracia, sufría pensando en el horrible destino de la niña, la cual probablemente a esas

horas habría pasado a engrosar las cifras de jovencitas vendidas en el mercado de almas blancas o, peor aún, estaría ya criando malvas en alguna acequia, después de haber satisfecho con ella, el monstruo que se la llevó, sus más tenebrosas perversiones.

Lo que nadie, ni Graciela, ni la Policía, ni las colegialas de su clase, ni el director del periódico local, se podían figurar era que, en ese preciso momento, Luz

Elena, con el pelo rasurado como el de un chico, vestida con un pantalón y una gorra de visera, atravesaba el Atlántico en el asiento 24B del Jumbo de Iberia al que se había subido de la mano de un hombre que le había prometido llevarla con su madre.

—¿Puedo pedir un vaso de agua a la azafata?

—Bueno. Pero recuerda que te llamas Ricardito y que yo soy tu papá.

Y Lucecita sonreía

pensando en la sorpresa que iba a llevarse su mami cuando la viera aparecer en Madrid para pasar juntas la Nochebuena.

El contraste entre la vieja y húmeda pensión del barrio de Callao donde se había instalado junto a Emerson y el glamoroso esplendor del hotel Ritz se hizo aún más evidente ante los ojos admirados de Lina, aquella primera mañana de diciembre nada más entornar

la puerta de servicio y asomarse al hall. Durante la noche, sin estorbar el sueño de los huéspedes, el espíritu de la Navidad había irrumpido de puntillas y en silencio, adoptando la apariencia humana de batallón de duendes vestidos de verde con el nombre de una famosa floristería impresa en el mono de trabajo, y se había introducido por pasillos y corredores, salones, comedores y por todos los

rincones del hotel, dejando a su paso una estela de lucecitas blancas, estrellas diminutas y brillantes, guirnaldas doradas, flores de pascua, ramas de tejo, muérdago en las esquinas y velas sobre las chimeneas, olor a bengala y a musgo recién arrancado.

Y en el centro mismo del salón, donde otras veces lucía el gran tibor de porcelana repleto de rosas, orquídeas o peonías, ahora se levantaba un inmenso

abeto de cinco metros de altura coronado por una estrella de cristal de Murano, de la que descendían en cascada las bolas de ámbar, las mariposas de colores, los pajarillos de porcelana y los festones que brillaban con los destellos de centenares de bombillitas engarzadas en una delicada red de hilo de oro.

En cada puerta, una corona de acebo; en cada mesita, un arreglo floral hecho de pinas coloradas,

lazadas de terciopelo rojo, cirios encendidos, y bajo el árbol, sin más techo que las ramas entrelazadas del abeto, un pequeño nacimiento de madera tallada con la mula y el buey, los magos de Oriente, san José y María, el ángel de la Anunciación, el pesebre y el chiquito Niño Dios.

Había a quien todo esto sumía en un estado de infinita tristeza, sólo de imaginar lo lejos que quedaban sus seres queridos

de estas luces. Otros, en cambio, se sumergían de cabeza en el ambiente navideño, prendían bolitas encarnadas en el tirante del delantal y silbaban villancicos mientras hacían sus tareas. A este segundo grupo pertenecía Lina, dispuesta a encontrar calor en las primeras Navidades blancas de su vida, una vez hubo convencido a Emerson de que la acompañara a la sierra para ver la nieve de cerca.

Y qué tontería, nunca imaginó que estuviera tan fría, ni tan húmeda, ni que se aplastara al pisotearla, ni que se pudiera meter en la boca y saborearse, ni que tuviera gusto a resina, ni que se deshiciera tan rápido entre los dedos de las manos.

—Ya sólo me queda el mar —le había dicho al oído.

—Yo te llevo, linda —le había respondido él con un beso en la oreja helada.

De vuelta en el

cuartucho oscuro de la pensión, habían ahuyentado la nostalgia a base de abrazos y se habían propuesto construir una bola de Navidad en la que sólo hubiera lugar para ellos dos.

Lina se quedó con el espumillón que fue encontrando en las papeleras, las cintas de los regalos y los papeles de envolver y fabricó con ellos adornos, pantallas para sus lámparas y guirnaldas para las cuatro esquinas de su

mundo.

A un universo de distancia de esta realidad se hallaba Carol, que a medida que Lina se encendía, ella se apagaba pensando ya en su inminente vuelta a casa. No se asomaba a la ventana para no ver los árboles del Retiro vacíos de hojas, y hacía días que había dejado de salir al jardín por las mañanas con el abrigo puesto y una taza de té de fresas caliente entre las manos. A esos desayunos de antes a veces la

acompañaba Lina, con el chaquetón de plumas sobre la bata de faena. Se sentaban las dos en el último escalón de piedra y charlaban en medio del patio donde en verano se colocaban las mesas. Así, sin los muebles, el jardín parecía encogerse bajo las ramas desnudas de los plátanos de sombra.

Fue una de esas mañanas de confidencias compartidas cuando Lina escuchó por primera vez el nombre de Hugo. Salió de la boca de

Carol seguido de una cascada de historias polvorientas por el desuso. A medida que entre las dos sacaban brillo a los recuerdos, Carol reía o lloraba, suspiraba, temblaba, sentía.

Al principio, Lina intervenía con exclamaciones y comentarios semejantes a los que se le escapaban cuando veía su telenovela, pero poco a poco fue comprendiendo que la mejor respuesta a la

confesión de Carol era el silencio. Callada recorrió las calles de París, el puente sobre el Sena y la plaza Vendôme. Sin hablar subió las escaleras de la casa de la rue Saint-Martin hasta el ático. Muda asistió a la única noche clara, sobre la sábana blanca. Y no dijo una palabra cuando imaginó las uñas de los dedos de Greta clavándose en el brazo de su nieta, el sonido del motor del coche desapareciendo por la rue Chambón y la

soledad de Hugo, como la de un perro sobre la tumba del amo, volviéndose loco de pena.

—¡Regresa a París, pues! —le dijo de golpe, sin poder aguantar por más rato las ganas.

—Tú no lo entiendes, Lina —respondió ella—. No puedo volver. No puedo.

En algún lugar de su memoria residía aún la estampa negra de la casa de South Hampton, la desolación que flotaba en

aquellas paredes incluso años después de la muerte de su madre. Los hombros caídos de su padre, sus pisadas en la arena, alejándose de ella. Esa manera nueva de mirarla, como quien contempla una fotografía vieja, con los ojos húmedos, y esa certeza de ser la culpable de sus lágrimas, de no saber qué era mejor, si quedarse allí sentada, en la playa, o salir corriendo detrás de él y no volver a soltarse de su mano.

Nunca, nunca jamás, haría llorar a ese hombre que ya había sufrido el infinito. Ella sería su escudo, su recuerdo, su refugio. Desde aquellas tardes de café en la bandeja de su despacho, en las que él contemplaba el retrato de Luisa en el rostro de Carol, se había propuesto vivir en el sitio de su madre, suplantándola, ocupando su espacio en el pasado, el presente y el futuro. No le daba más disgusto que el de salir de vez en cuando a

respirar fuera de esa pecera en la que se había convertido su vida con él. Pero ni siquiera entonces, en esas ocasiones de libertad limitada, podía Carol escapar al control de su abuela Greta, la cual andaba siempre ojo avizor, asegurando a través de su pequeña marioneta sin hilos la felicidad del hijo.

«De ti depende, de ti», le tenía dicho.

Esa misma mañana, Carol se perdió en los

detalles. Sobre la colcha recién estirada de su cama, bajo las olas del mar que rompían en el cuadro de la niña a sus espaldas, le mostró a Lina sus dos tesoros. Desenrolló el pequeño dibujo de su pie y lo contempló un momento antes de abrir el estuche azul en el que guardaba el pendiente de brillantes. Lo sacó con cuidado y lo contempló al trasluz.

—Si yo fuera Cenicienta —le dijo—, éste sería mi

zapato de cristal.

Pero hacía días que no salían al patio a contar secretos. Cuando Lina llegaba al hotel se encontraba la puerta de la 112 aún cerrada. Sin dudarlo la abría con su llave maestra y le preguntaba a la oscuridad:

—¿Duermes todavía?

Y una voz ronca le contestaba:

—Déjame. ¿No ves que estoy hibernando?

Esos días tristes le

hacían pensar en Lucecita, más sola ahora que nunca, desde que al lunático de Edgar se le ocurrió salir en su busca, cegado por los celos y sin pensar en las consecuencias.

Le decía a Carol: «Ya me contagiaste la nostalgia, niña consentida».

Y corría a buscar consuelo en los brazos fuertes de Emerson, que siempre la recibía con sensación de rompeolas.

La mañana en la que

amaneció el hotel con el muérdago colgando por los rincones, Lina se cuidó mucho de no hacer ruido con el carrito al acercarse a la puerta de Carol. Imaginaba que en aquella habitación, igual que en el jardín del gigante egoísta, la Navidad habría decidido pasar de largo; ahora, lo que realmente le apetecía era canturrear villancicos por los pasillos y no estaba dispuesta a soportar melancolías.

Sin embargo, cuando se vio delante de la 112, no pudo evitar que su mano hiciera girar la llave en la cerradura. Entró como una corriente de aire llevándose por delante todas las tonterías, despertó a su amiga y la obligó a salir con ella al rellano de la escalera para que viera los adornos, a pedir champán de desayuno, a que se pusiera el abrigo, que la acompañara a dar un paseo hasta el estanque y que no mirara atrás.

—Gracias por encarnar todo lo que yo quisiera ser —le dijo Carol al volver—. Hasta nuestros nombres se complementan: Yo, Carol; tú, Lina.

—Sí —respondió la otra —, pero tú llevas la parte elegante del nombre, la primera parte, y yo lo que sobra.

Aquella tarde, al recordar esta conversación, Lina sintió unas enormes ganas de contarle a Luz Elena que había pisado

nieve, que ya las calles se habían llenado de luces, que en lo alto del abeto había una estrella de cristal de Murano, y que por tercera vez en la vida, había sostenido los rayos del sol entre las manos.

Mientras marcaba los números y esperaba línea calculó que hacía semanas que no hablaba con la niña. En Cajamarca haría calor, un calor inimaginable a este otro lado del planeta. Allá, de siempre, la Navidad había

tenido sabor a mango y papaya fresca, a cielo estrellado y noche clara.

—Lina al aparato —dijo cuando notó que alguien descolgaba a doce mil kilómetros de allí.

—¡Hija de mi vida, por fin llamaste! —le respondió la voz de Graciela, ahogada en angustias—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Elvina tiene un disgusto grandísimo, te anda buscando por todas partes...

—Ya, mamá —le cortó

ella—. Ahorita ya no vivo donde la tía. Puede decirle que estoy bien. Déjeme hablar con la bebe.

—Para eso mismo te busca Elvina. A la niña se la llevaron hace una semana...

—¿Que se la llevaron? ¿Quiénes? ¿A dónde? — Lina no pudo evitar que en lugar de preguntas de su garganta salieran alaridos.

—¡Cálmate, hija! —trató de tranquilizarla Graciela gritando aún más fuerte que ella—. Hemos tenido

noticias. La bebe está bien.
No es a ella a la que quieren.

—¿Entonces a quién, eh,
a quién?

—Te quieren a ti.

Por la cabeza de Lina
atravesó un pensamiento
único, de color verde
esmeralda, con acento
ecuatoriano y manos de
gigante, con sombrero de
Panamá y botas de
guerrillero. No le cupo la
menor duda. El momento de
rendir cuentas había llegado.

—Debes ponerte en

contacto con un hombre que dice llamarse Juan en un número de teléfono que tiene Elvina. Sobre todo, no vayas a la Policía. No le cuentes a nadie lo que ocurre o pondrás en peligro a Luz Elena. ¡Date prisa!

En cuanto colgó con su madre, sin dejar de temblar, Lina llamó a casa de Elvina. La anciana sonaba aterrORIZADA al otro lado del hilo, hablaba casi en susurros, como si no le quedara aire en los

pulmones después de haber llorado días enteros.

—Edgar se instaló en la casa y la Policía no lo deja marcharse de acá hasta que no lo llamen a declarar al juzgado por la denuncia que le pusiste. ¡Valiente estúpida fuiste! Me tiene de criada: «Elvina esto, Elvina lo otro», y venga a beber. Pasa todo el día borracho, ensucia todo, los vecinos protestan del ruido y el escándalo...

—¡Tía Elvina, no me cuente milongas! —

respondió Lina en un grito desesperado—. ¿Qué hay de la bebe? ¡Dígame dónde está la bebe!

La mujer le relató en voz baja que días atrás había recibido la llamada de un hombre cuyo nombre, según dijo él mismo, era Juan, y que le había salido con el cuento de que había secuestrado a Luz Elena. Al no dar crédito a la historia, el hombre le había puesto a la niña al teléfono.

—¿Y qué dijo? ¿Estaba

asustada? ¿Estaba herida?

—No. Nada de eso. Estaba muy contenta, la pobre, creía que venía a pasar la Nochebuena con ustedes, con sus padres. El hombre la trata bien. Luego, la voz del hombre le había dado un número de teléfono para que Lina se pusiera al habla con él.

—Dijo que nada de policías. Que el asunto era entre ustedes dos y nadie tenía por qué enterarse.

—¿Se lo contó a Edgar,

tía Elvina?

—No me atreví.

—Hizo muy bien. Muy bien.

Los segundos que pasaron desde que Lina acertó a marcar el número del ecuatoriano hasta que recibió respuesta al otro lado del teléfono se le hicieron eternos. Tuvo tiempo de atreverse a molestar al Dios de veras, al que se ocupa de los casos graves, las epidemias, las catástrofes y las guerras. ¿Qué mayor

emergencia que ésta, en la que estaba en juego la única luz de su vida? Le lloró, le juró, le suplicó. Le prometió que ya nunca más volvería a pedirle nada, aunque de sobra sabía que no podía ofrecerle a cambio otra cosa que su alma miserable y que no valía un chavo, la condenada.

—Lina Sánchez, Lina Sánchez —gruñó en tono de desprecio el hombre que respondió a su llamada—. Buena la hiciste, Lina

Sánchez, robándote la mercancía. ¿Creías que no te encontraría? ¿Que me iba a quedar de brazos cruzados mientras tú te gastabas lo que me pertenece?

—Yo no robé nada. El Sendero nos asaltó —trató de explicarse ella con un hilo de voz.

—¡A otro perro con esos huesos, mami! —ahora sonaba burlón—. Me debes veinte mil euros, al cambio. Más intereses. ¿Cómo piensas devolvérmelos? ¿O

prefieres que me los cobre con tu hija? ¿Eh?

—Por favor —suplicó Lina.

—Te doy veintitrés días, uno por cada mil. Tú verás si pasas la Nochebuena con la niña o sin ella. Vuelve a llamarme cuando juntes el dinero.

Después de colgar, Lina se quedó inmóvil durante mucho rato. No podía pensar, ni hablar, ni respirar. Una náusea inmensa, del tamaño de un tsunami como

los que arruinaron las costas de Tahití, se le derramó por el estómago y no pudo evitar las arcadas, las lágrimas ni el terror.

Pero cuando salió de la cabina, aún temblando, y la encargada del locutorio, como de costumbre, le preguntó por la niña: «¿Qué tal tu hija?», ella, mientras se sorbía las lágrimas, respondió:

—Ya muy pronto voy a verla.

11

I

VOLVER era una sensación agridulce. Más dulce ahora, cobijada por el abrazo cálido de su padre, que la esperaba a pie de pista como quien dice, dentro de su chaqueta de lana verde.

Y no había olor más

querido que el de su colonia de siempre, ni mayor suavidad que la de sus mejillas recién afeitadas, ni voz más auténtica, ni palabras más hermosas que aquellas cuatro: «Ya estás en casa», ni un mejor modo de tomar tierra.

—¿Y las maletas?

—Sólo traigo esta bolsa, papá.

—Ya. Lo justo para diez días.

—Eso —Carol respondió con una mueca a

los pucheros de su padre—. Y no me hagas chantaje emocional, míster Bouvier, o me vuelvo por donde he venido.

Con una mano alrededor de sus hombros y otra arrastrando aquel bolso de viaje por el suelo del JFK, padre e hija respiraron baguel callejero antes incluso de salir al frío de diciembre. En la puerta estaba el Mercedes coupé con la capota puesta —«hay que ver, a quién se le ocurre

venir en este coche a cinco bajo cero»— y con una enorme cinta de celofán roja toda alrededor del auto.

—¿Cipriani's o McDonalds?

—Cipriani's, papá. ¿Has olvidado que ya no soy una niña?

—Tú vas a ser siempre una niña, mi niña, aunque seas una viejita y no se te encuentren los ojos detrás de las arrugas.

Una cena a la luz de las velas, una corta caminata

por el borde del parque, de regreso a casa, una conversación ligera y alegre, un reconocerse en los ojos del otro —«parece que has engordado un poco, hija, da gusto mirarte»— y luego un café caliente, en bandeja de plata, frente a la chimenea, bajo el retrato de Luisa, que también se alegraba de volver a verla.

Una cama pequeña, unas paredes de color rosa, los mismos libros de siempre, la caja con los recuerdos de

mamá: la barra de labios, el clavel seco, la carta que de tanto leer hacía tiempo que había dejado de tener sentido, las dos piedras blancas que Luisa, al final, apretaba entre sus manos para espantar el dolor, y la fotografía, con el mar de fondo y Carol sonriendo, con ese gesto inocente y absolutamente feliz.

Sí. Ya estaba en casa.

Cuando se despertó por la mañana y preguntó por su padre, le dijeron que había

salido temprano, así que Carol se encaminó a la Quinta Avenida en busca de un buen regalo que poner a echar raíces bajo el árbol. Recorrió librerías de viejo, tiendas de anticuario, la planta baja de Tiffanys y la alta de Bloomingdales. Finalmente se sentó exhausta frente a la pista de hielo del Rockefeller Center.

En uno de los lados se levantaba el gran abeto al que todos los años, a modo de ceremonia inevitable, la

llevaba Tom de niña, para presenciar el mágico momento del encendido. Recordaba aquellas ocasiones aún con el frío entre los huesos, pero no el momento en que dejó de pedir el mismo y único deseo de siempre: «Que vuelva mamá».

Y luego el chocolate caliente, las luces de las calles y de las tiendas, que parecían irse iluminando a su paso, la gran escalera para alcanzar el tejado de la

casa y llenarlo de colores, los copos de nieve, el mundo al otro lado de la ventana, el beso de buenas noches, y la puerta del salón entreabierta, donde papá tomaba un coñac, sin ganas de irse a la cama, con la mirada perdida entre sus recuerdos.

Era, tal vez, esa mirada empañada la que enturbiaba la estampa, o puede que fuera la llegada de Greta con sus baúles a cuestas, lo que rompía las bolas de cristal de su árbol imaginario. La

abuela se instalaba entre Tom y su hija y no dejaba colarse ni un soplo de aire entre los dos.

Confeccionaba menús y listas de invitados, se deshacía de todo aquello que le desagradaba, ya fueran muebles o personas; decidía, opinaba, compraba, ponía, quitaba, ordenaba. Enviaba a Carol al fondo de un armario, como si fuera un trasto viejo, y luego, la descolgaba de la percha para exhibirla en Nochebuena,

convertida en porcelana, y disfrutar contemplando el orgullo en los ojos de Tom, y la envidia en los del resto de los invasores de su intimidad.

Todos los años, la abuela organizaba una cena de gala en la que se reunía «la flor y nata de la alta sociedad», como escribían las crónicas del día siguiente, a la que no faltaba político, banquero, hombre de negocios, artista o estrella del show business que se preciara. La fiesta de

Pascua, la gala de Nochevieja y el crucero de Año Nuevo por el Caribe eran las tres ocasiones más esperadas del «todo Manhattan». Había quien hubiera estado dispuesto a matar a cambio de recibir una invitación al corazón de la residencia Bouvier.

Y en medio de aquel torbellino, Carol, con sus ojos de mar y su pelo de olas, era la perla dentro de la ostra.

Por eso, no recordaba la

Navidad con alegría, ni con tristeza, ni con melancolía, ni con esa mezcla de miel y limón en los labios que saborea el grueso de la humanidad al abrir los regalos, sino con una sensación de angustia difícil de explicar.

—No creas que a mí me divierte pasar estas fiestas entre extraños —le había explicado en cierta ocasión Greta, al arreglarle el lazo del vestido—. Lo hago de tripas corazón, porque creo

que ésta es la única manera de evitar que tu padre se ponga triste, acordándose de tu madre.

Pero la sonrisa que le cruzaba la cara al conseguir reunir, año tras año, a la gente más influyente del mundo en su salón, esa carcajada ensayadamente espontánea, ese rubor en las mejillas, ese deshacerse de gusto como el hielo de la escultura del comedor, esa felicidad, en fin, mal disimulada, no era fingida,

no podía ser falsa, no era como la suya, que se borraba en cuanto no la miraba nadie. Seguro que no se transformaba en lágrimas al despuntar el día y escuchar a su padre llamándola a gritos desde el otro lado de la pared.

Sentada ante la pista de hielo del Rockefeller Center, los recuerdos tenían un ritmo circular y veloz; como el de los patinadores que allá abajo, giraban y giraban, igual que la bailarina de su

caja de sorpresas.

—¡Sorpresa! La voz de Tom frenó la caída de Alicia por el agujero infinito.

—¡Vaya susto, papá! — exclamó Carol—. ¿Cómo sabías que...?

—Te conozco, niña consentida.

Niña consentida. Así era como la despertaba Lina por las mañanas en el lejano Madrid. Por un momento, Carol pensó en la parte de sí misma que había dejado atrás; la alocada, la

soñadora, la alegre y divertida Lina que siempre llevaba gafas de sol en los días de lluvia. Así se presentó a despedirse; con gafas de sol, el 20 de diciembre, a cinco grados de temperatura y a punto de echarse a nevar. «No te me vayas a poner a llorar, niña consentida, que te mira Dios. ¡No querrás que se enfade!... »

Y la que al final lloró como una niña fue ella, al desenvolver el enorme

regalo que tenía Carol escondido debajo de la cama: una televisión de plasma, de cuarenta pulgadas, «para ver el último capítulo de la novela y contármelo en cuanto termine». ¡Cómo le quedaron los ojos de grandes, hinchados y colorados tras los cristales negros de sus lentes!

—¡No mires los regalos!
—dijo tapándole los ojos a su padre con las manos y escondiendo las bolsas

debajo del banco.

Pasaron un rato en silencio, siguiendo con la mirada los movimientos de los patinadores. El aire salía de sus bocas en forma de humo, las puntas de los dedos empezaban a dolerles. Pero ninguno de los dos parecía dispuesto a moverse, por miedo a romper aquella vitrina. Tom fue el primero en hablar:

—Nunca he querido a nadie tanto como te quiero a ti. Y por muchas vueltas que

dé la vida, puedes estar segura de que nunca, jamás podré amar a nadie tan fuerte.

Carol se volvió hacia él con cierta sorpresa. Pensó que cosas como las que acababa de escuchar sólo se dicen en voz alta cuando algo terrible está a punto de ocurrir. Besó a su padre con fuerza en la mejilla y luego, en tono de broma, le dijo:

—No te estarás muriendo, o algo así, ¿verdad?

—¡No! —Tom no pudo evitar reírse a carcajadas.

—Entonces, ¿a qué viene esa declaración de amor, viejito? —a veces le llamaba viejito, cuando echaba a correr y él no podía alcanzarla o cuando se despedían en los aeropuertos y Tom se quedaba muy quieto, con los hombros caídos diciéndole adiós con la mano.

—Necesito estar muy seguro de que sabes que te quiero.

—Lo sé. Lo sé de sobra. Lo sé de siempre, papá. ¿Qué pasa?

—Y también sabes lo mucho que amé a tu madre. Que si hubiera podido me habría muerto con ella.

Dejó que su padre le agarrara la mano y él se aferró a ella con fuerza. Carol sintió un escalofrío al notar el calor de aquella mano. Ardía, abrasaba. A pesar del frío de diciembre.

—Pero, bebé, la vida sigue. La vida pasa, y nos

hacemos mayores. Mírate, Carol, tú misma lo dices. Ya no eres una niña, y cuando encuentres tu camino yo no quiero ser un obstáculo.

—¡Un obstáculo! ¡Qué tontería! No digas cosas de viejo, papá.

—Desde el día que murió Luisa tú has sido todo mi mundo. Todo mi horizonte —continuó él, como si no la hubiera oído.

—Y tú el mío.

—Ya. Pero eso no es sano. Para ninguno de los

dos. Tú no eres ella. No eres tu madre, por mucho café que me traigas en la misma bandeja que Luisa. Por mucho que tengas olas en el pelo, tú eres tú. No ella.

A Carol se le llenaron los ojos de bruma.

—No podemos seguir fingiendo que aquí no ha pasado nada. Que tú ocupaste su sitio cuando ella faltó y en paz.

—¿Y qué quieres que haga, papá? ¿Qué? —Carol tenía ganas de gritar.

—Quiero que te enamores como me enamoré yo de tu madre. Como un tonto, como un loco. Sin pensar en nada ni en nadie. Sin escuchar las advertencias de la gente, sin permitir que otras personas se entrometan en tu mundo, sin mirar las crónicas de sociedad, sin atender a los murmullos a tus espaldas.

—Un día me tienes que contar cómo os conocisteis mamá y tú. Para que pueda entender lo que me dices —

le interrumpió Carol.

—La conocí en una fiesta. Ya lo sabes.

Su tono sonó cortante por un momento.

—Sí, pero no es eso a lo que me refiero.

Era cierto. Tom y Luisa se conocieron en una fiesta del Spanish Institute en Nueva York. Ella bailaba como una diosa, hablaba con mucha gracia, tenía olas en el pelo. Todo eso, de tanto oírlo, lo tenía Carol grabado a fuego en el cuero de su

piel. Pero, por qué tanto misterio, tanta prevención, tanto chismorreo alrededor de un romance, al fin y al cabo tan corriente, que terminó en boda, y en aburrida y duradera felicidad.

—Es que tu madre no era, lo que se dice, un buen partido. Probablemente todo el mundo esperaba otra cosa de mí.

—Ya. Una niña bien.

—Eso.

—Sobre todo, la abuela

—dijo Carol.

—Bueno, creo que ella hubiera preferido que me quedara soltero para poder cuidar de mí toda la vida.

Ahora fue Carol la que estalló en carcajadas.

—A veces me parece que tampoco le hace gracia que yo me ocupe de ti. Me trata como a una rival, como a una usurpadora; como si fuera una extraña en mi propia casa.

—Así también se comportaba con tu madre. Y

me temo que con cualquiera que se atreva a acercarse demasiado a mí.

Otra vez se instaló el silencio entre los dos. El viento gélido comenzó a soplar. Procedente del otro lado del mundo, traía un ligero recuerdo de sal y arena y escocía un poco en el azul de los ojos. Tom temblaba junto a Carol. Ahora era ella la que sentía un extraño calor recorriéndole el cuerpo.

—Conocí a alguien —su

voz salió casi inaudible, e inmediatamente se arrepintió de haber hablado.

Pasó un eterno instante.

—¿En qué se parece a mí? —preguntó Tom.

—En nada de nada.

—Entonces, perfecto.

Invítale a cenar para que yo pueda espantarle.

Empezó a nevar. Padre e hija se levantaron lentamente de aquel banco y caminaron del brazo, de vuelta a casa, por delante de los escaparates iluminados

de la Quinta Avenida, por el
borde del parque,
recorriendo una distancia
larga como la vida, lejana
como la muerte,
desconcertante como el
futuro y cierta como el color
del mar cuando se marcha el
sol.

II

HABÍA una pajarera en el
balcón con un canario
amarillo encerrado dentro.

Un cuervo negro de pico curvo y ojo cruel lo acechaba día y noche desde el tejado. Ella, apiadándose por fin del preso, abrió la jaula y le dijo: «Eres libre. ¡Vuela!».

Así se sentía Carol en medio de la fiesta de Nochebuena, como el canario de aquel relato, con la puerta abierta de par en par y una incomprensible sensación de vértigo devorándole las entrañas.

Padre e hija se habían

regalado mutuamente la libertad y ahora no sabían bien qué hacer con ella. La abuela Greta arrastraba el peso de sus cadenas de fantasma por las estancias de la casa, deteniéndose de vez en cuando a husmear en los corrillos. Tenía una asombrosa capacidad para saltar de una conversación a otra sin perder la hebra. Decía: «Un tapiz consta de tantos hilos que no puedo resignarme a seguir uno sólo», frase que leyó en un

libro de Clarice Lispector e inmediatamente asumió como leitmotiv de su propia existencia. Llevaba un vestido largo engarzado de perlas con el que parecía flotar entre la gente, y tenía su pelo dorado, entreverado de mechones de plata, recogido en un moño bajo sujeto por un pasador de brillantes.

De pronto, algo llamó poderosamente su atención. Tanto que, por una vez, tuvo que pedirle a Edith

Lancaster que volviera a contarle lo del supuesto hijo secreto de Harry Goldman.

—Te aseguro, Edith, que es mentira —afirmaba Carol aguantándose la risa al recordar el origen de tales rumores—. Conozco perfectamente a la persona que inventó el chisme. Pero ¡ah!, como decía mi madre, se dice el pecado, pero no el pecador.

—Pues yo te digo que cuando el río suena... ¿Tú qué crees, Greta?

—¿Sobre qué?

—¡Sobre lo de los Goldman, cielo!

Pero Greta parecía ausente. Tenía la mirada concentrada en el centro del salón, y su voz se escapó con ella cuando dijo:

—Carolina, ¿me acompañas un momentito a la cocina, a ver qué pasa con el champán? —Y luego, como excusándose—: Es que la doncella es nueva, ya sabes. Nos perdonas, ¿verdad, Edith?

Muchas veces se llevaba a su nieta a un aparte. En unas ocasiones para dictarle las frases que debían salir de su boca, en otras para colocarle un lazo o darle la vuelta a un colgante; otras, las menos, la requería para que investigara alguna cosa, como esta noche.

—Entérate de quién ha invitado a Vivian Crane. Desde luego, yo no he sido —le dijo.

Si de sus ojos pudieran dispararse rayos y truenos, a

la tal Vivian ya le habría estallado encima una tormenta.

—Mírala, qué descarada, haciendo como que no se da cuenta de que se le cae el tirante. Pues que no te engañen, niña, todas las mujeres saben por dónde les llega la falda. ¡Anda, ve a salvar a tu padre de las garras de esa rapaz! ¿A qué esperas?

Carol aguardó un instante antes de interrumpir la animada conversación de

Tom y Vivian. Se adivinaba entre ellos una complicidad antigua, de otras noches y otras fiestas, en su risa, en su manera de mirarse, en la naturalidad con la que Tom rozaba el brazo de ella con la mano en la que sostenía el licor, y la serenidad con la que ella la dejaba allí, sin apartarla, mientras, casi imperceptiblemente, se le iba erizando la piel.

Por fin se acercó a ellos, impulsada por los empellones que le lanzaba la

abuela desde su estratégico rincón.

—¡Carol, preciosa! Te presento a Vivian Crane — dijo sin dejar de mirarla, y luego, añadió en voz baja, como en secreto, pero dirigiéndose más a la atractiva morena de ojos verdes que a su hija—: Es la que más manda en el MOMA.

—Encantada —Carol le tendió la mano.

—Llevas un vestido muy bonito, muy... español.

Carol había entrado casi por casualidad en una tienda de la calle Claudio Coello y se había enamorado sin remedio de aquel diseño de flores y volantes, de flecos y faralaes. Esa noche, hasta se había enredado una rosa en la melena.

—Gracias.

Vivian sonrió, y temiendo que corría el peligro de empezar a sobrar en la escena, dijo:

—Yo voy a arreglar este tirante que se me ha soltado.

Vuelvo enseguida.

Tom se llevó a Carol al despacho y cerró la puerta detrás de ellos, dejando que, al otro lado, la mirada inquisidora de la abuela se estampase contra la madera y resbalase por ella cual clara de huevo, viscosa y blanda.

Se quedó en pie, frente a su hija.

—La abuela quiere saber quién ha invitado a Vivian Crane —recitó Carol, aunque la respuesta, ahora,

le parecía obvia.

Tom guardó silencio. Aquello no era la confesión de un crimen, ni la mentira de un marido infiel, ni la excusa de un traidor. Sin embargo, allí delante, aturdida y asustada, sin atreverse a mirarle a los ojos, Carol le pedía cuentas.

—A Vivian la has invitado tú —fue la contestación del padre. Luego se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Y te doy las gracias,

hija —le dijo, y a Carol le pareció que aquella era la primera vez en toda su vida que la llamaba así: hija.

En cuanto Tom salió del cuarto, Carol se sentó en la butaca de cuero negro donde su padre pasaba horas y horas revisando documentos, manteniendo interminables conversaciones telefónicas con sus empresas de Europa, o contemplando embelesado el retrato de Luisa, que esta noche, encerrada en el marco de plata, sonreía con

una tristeza nueva, como si de repente alguien le hubiera dicho a la cara que llevaba quince años muerta.

Carol cobijó la fotografía entre sus brazos y lloró porque se dio cuenta de que a partir de esa noche no volvería a ser capaz de asegurar si la libertad era un regalo o un castigo.

Cuando después de un rato dejó a Luisa en su sitio, ya había tomado la decisión de no volver a olvidarla jamás. Bajó de los estantes

más altos los viejos álbumes de fotos, aquellos que a su madre le encantaba coleccionar porque decía que los recuerdos eran como las mariposas, que sólo se dejaban ver un instante, en verano, antes de echarse a volar, y que, por eso, había quien las conservaba en formol, para poder disfrutarlas también en invierno.

«Ahora es invierno, mamá», dijo Carol sin mover los labios.

Y se puso a pasar las hojas de sus olvidos, una tras otra.

Así se vio, pequeña y feliz posada sobre los hombros de Tom o revoloteando entre sus padres por un camino de arena, o batiendo sus alas de colores en el embarcadero de los Hamptons. Y en cada página de su niñez había una frase escrita en español que parecía la bendición de un hada: «Serás guapísima». «Serás feliz».

Pasaba la vida por delante de sus ojos como en cinemascopio, a veinte mil leguas de aquella fiesta de salón, chardonnais y banalidades que se celebraba al otro lado de la puerta, cuando llegó hasta la última fotografía del último álbum y la vio.

Carol no pudo evitar que un escalofrío estremeciera todo su cuerpo de arriba abajo al encontrarse cara a cara, por segunda vez, con aquella niña que un día se le

apareció colgada en la pared de la biblioteca de Diego Quirós y fue como mirarse en un espejo mágico capaz de reflejar mariposas en invierno.

Sentada de espaldas sobre una roca, el mar retrocediendo después de romper sobre la playa, bajo sus pies descalzos, desnuda, la piel azul con los reflejos del agua, las trenzas mojadas, casi deshechas, pequeña, frágil como una porcelana a punto de ser

engullida por las olas; en el instante antes de romperse, de ahogarse, de desaparecer para siempre, vista y no vista, «check in, check out», una niña de unos cinco años aleteaba de miedo al saberse atrapada en el frío absoluto.

Carol contemplaba atónita la misma playa en la que todas las noches desde que llegó a Madrid se tumbaba a dormir, la misma espuma que la salpicaba de agua y sal cada mañana y no entendía nada.

Y nada tenía sentido. Y se le había venido abajo el rompecabezas. Y todas las mariposas se habían desprendido de sus alfileres y volaban libres, y se escapaban por la ventana. Y fuera hacía un frío absoluto.

Y entonces sonó el teléfono. Una voz aguda, triste, demasiado aguda, demasiado triste para ser Nochebuena, atravesaba de orilla a orilla el océano Atlántico, persiguiendo a duras penas el nombre

absurdo de Francesca
Ventura:

—Por favor, por favor,
¿me escucha? Necesito
hablar con la señorita
Carolina. Soy Francesca,
tengo algo muy urgente que
decirle. ¿Con quién hablo?
¿Me escucha?

Carol cerró el álbum y lo
dejó caer sobre la alfombra.
Algunas fotografías se
despegaron y se
desparramaron por el suelo
del despacho.

—¡Hola, Francesca! —

consiguió articular Carol.

—Carolina, cielo, ¿eres tú?

—Eso creo.

—Mira niña —la avasalló la italiana—. Siento tener que darte malas noticias, sobre todo esta noche, ¡feliz Navidad!, por cierto, pero he pensado que querrías enterarte de lo que ha ocurrido rápido, si no, no vas a poder llegar a tiempo...

—¿A tiempo de qué?
Francesca, no me asustes.

—Aquí son las seis de la madrugada, niña, si no fuera importante no estaría levantada.

—¿Pero qué ha pasado?

—Pues eso, cielo, no llores —Francesca se echó a llorar y Carol la imaginó enjugándose los ojos sin quitarse las gafas de sol—. Que al final, Diego se ha muerto.

Un cristal se resquebrajó dentro de la cabeza de Carol, le temblaron las piernas y se le cayó el teléfono al suelo

con las cinco letras de Diego aún colgando del hilo. ¿Qué pasaba esta noche que todo su mundo se derrumbaba a su alrededor? ¿Cómo iba a morirse Diego, si Diego era inmortal? ¿Qué hacía Vivian Crane en medio del salón? ¿Cómo se convirtió en pintura su fotografía de niña? ¿Con qué derecho colgaba de la pared del fondo de la biblioteca de O'Donnell? Y ¿quién, maldita sea, quién había dejado en libertad a todas

sus mariposas?

Cuando por fin recogió el auricular de entre las fotos y se lo acercó al oído, Francesca se había disparatado, como siempre, y se había puesto a hablar sin parar, pero sólo atinaba a decir incoherencias, palabras encadenadas sin orden ni concierto, balas de fogueo, fuegos artificiales:

—No quería que nadie lo supiera, ya ves, siendo médico, nunca dejó de fumar, aunque, eso sí, lo

hacía a escondidas de María Fernanda, por eso no la dejaba entrar en la biblioteca. Yo le regañaba, pero no me hacía caso, me decía: «No necesito una madre». Y yo pensaba, no, una madre no. Tú lo que necesitas es una hija. Y entonces apareciste tú, y se encariñó contigo. Hasta dejó el tabaco unos días. Pero, niña, llevaba mucho tiempo muñéndose, no se pueden arreglar las cosas en unos días. Yo le decía: «Opérate,

no seas tonto». Y él: «Tonto no, lo que soy es médico y sé hasta dónde puede llegar la Medicina». Porque no se quería morir en un quirófano, eso no. Él quiso morirse mirando al mar. Y mira, lo consiguió. Convenció a María Fernanda para ir a pasar las Navidades en la Costa Brava. ¡Figúrate, qué barbaridad! ¡Con el frío, la humedad y lo vieja que es esa casa! Que yo estuve allí un verano y casi me entierran, que se colaba la

tramontana por las grietas de las paredes. Total, que se lleva a María Fernanda, la pobre, a pasar frío, los dos solos ¿Quién va a ir a allí en invierno? Y le da un infarto, claro. Y la ambulancia que no llega, y María Fernanda, que sale corriendo a buscar ayuda. ¡Descalza, niña, descalza! Ya no tenemos edad, está con gripe, en cama. Con su marido de cuerpo presente, en la habitación de al lado, y ella sin poder moverse, con

cuarenta de fiebre. Aquí viene la gente a dar el pésame y me lo da a mí, como si yo fuera la viuda. Así estoy, niña, toda de negro, con lo poco que me gusta a mí el negro. ¡Qué asco!, ¡y zapatos planos! ¡Me duelen tanto las piernas! Voy a la habitación donde está Diego y le digo: «¿Lo ves?, ¡te lo dije! ¡Estarás contento! No podías morirte en el hospital, como todo el mundo, y que los amigos te velaran en el

tanatorio. No. Tú en casa, como si estuviéramos en el siglo pasado». Luego, niña, ¡la gente que viene!, parece que reparten premios. Ayer salió la esquila en los periódicos y esto se llenó de indigentes, de pobres de solemnidad, de fulanas, de gitanos... He tenido que colocar a unos en el salón y a otros en la biblioteca, porque también han venido las hermanas de Diego y los amigos de María Fernanda, que son todos condes y

marqueses, y no vamos a mezclar las churras con las merinas, como tú comprenderás. El entierro no puede ser hoy, que es Navidad y domingo, así que será mañana lunes por la mañana, a las nueve, fíjate que horror, que a lo tonto, a lo tonto, lleva muerto desde el viernes. ¡Como hubo que traerlo desde Gerona!... ¡Ocho horas de viaje! A ver si para el lunes María Fernanda se encuentra un poco mejor, porque a mí me

va a dar algo. Total, niña, que como sólo quedan veinticuatro horas te he querido avisar ya, porque he pensado que si no te acuestas y cuando te levantes ya no tienes vuelo para llegar a tiempo. Si es que quieres ir al entierro, claro, tú verás. Te lo digo porque creo que a él le hubiera gustado despedirse de ti, por cómo se encariñó contigo y eso. Si no, también habrá un funeral en enero, en los Jerónimos, no sé

todavía que día...

—Voy, Francesca —la interrumpió Carol cuando la otra, por fin, hizo una pausa para tomar aire.

—¿Qué?

—Que voy para allá. Esta misma noche, si puedo, o mañana temprano. Gracias por avisarme. Gracias.

Cuando colgó el teléfono se agachó y despegó la fotografía del papel adhesivo. Luego apagó la luz y salió del despacho cerrando la puerta a sus

espaldas. ¿Quién —se preguntó apretando la foto entre sus dedos crispados—, quién ha decidido de repente que ya no soy esta niña? Cruzó el salón, entró en su habitación color rosa, sacó la bolsa de viaje del armario y se fue por la puerta de la cocina, sin hacer ruido. Nunca se había sentido tan huérfana. Entonces, en el reloj del comedor sonaron las doce campanadas y la abuela Greta, del brazo de Tom, inauguró el baile.

12

I

A través de la maleza, así se llegaba a la playa. A veces se le enredaban las patas a la yegua y daba un traspiés, pero Luisa se aferraba a las crines, sin soltar las riendas, y se mantenía firme sobre su montura vieja. Luego, al

alcanzar la arena, salía la Rumba al galope hasta más allá de la espuma, sin miedo al agua que las empapaba a las dos, hasta que, después de un rato, reculaba y se sacudía, y se ponía de patas, y relinchaba, y volvía a emprender la carrera, salpicando a su paso arena y sal.

No había un alma en aquella playa. Sólo las huellas de las gaviotas que el viento borraba enseguida, y las de la Rumba, que se las

llevaba el mar. Tampoco había casas más acá del pinar, ni barcos más allá de Cádiz. Soplaban el poniente, más fresco ahora que se acababa septiembre que en los primeros días del verano, cuando todavía madrugaban los pescadores.

«Dentro de poco habrá que ir empezando a pensar en la vuelta», decía todos los años su madre el último día de agosto, harta ya de tanto campo, de tanta viña y de tanta soledad. Pero de allí no

se movía nadie hasta que los echaba el frío, ¡bendito frío!, de las primeras noches de otoño. Entonces se abrían de nuevo los balcones de la calle Medina y se podaban las gitanillas, se sacudían los colchones y la vida volvía a renacer al otro lado de la reja.

—Y tú, Luisa, este invierno, ¿qué? —le preguntaba la tía Margara con la labor a medias.

—¡Digo! —aseveraba la madre.

—Pues ya veremos —
respondía ella, mirando a
Suiza. Las cartas de Diego
se amontonaban en el cajón
de su mesita, cansadas de
tanto doblarse y desdoblarse.
En ellas se recogía la vida
del hospital de Ginebra, el
desamparo de sus calles
extrañas, la profundidad de
los lagos, la majestuosidad
de las montañas, las ganas
de verla, las ganas de verla,
las ganas de verla.

Y todas las tardes, Luisa
en la playa y Diego en la

azotea del hospital, miraban a la vez como se marchaba el sol.

—Pero con gafas negras, no se te quemem esos ojazos azules, chiquillo.

—Y en cuanto vuelva, nos casamos.

—Eso lo dirás tú.

Luisa se quedaba aún un rato más sentada en la arena, hasta que casi se hacía de noche, hasta que encendían el faro del puerto, dibujando caminos con el dedo, enterrando las manos y los

pies bajo la superficie de la playa. Luego montaba en la Rumba y regresaba al paso, al paso, al paso, por entre los pinos y los eucaliptos, camino de La Viña, donde siempre que llegaba tarde la esperaban sus hermanos mayores, Curro y Josele, con el motor del coche en marcha. «¡Hay que ver con la niña, otra vez igual!»

Pero esta tarde fresca, de casi otoño, mientras el sol se le escapaba al día, Luisa se palpaba el ombligo a través

de la camisa. Era imposible que allí dentro, bajo la piel, hubiera ocurrido un milagro. Era imposible. Y a la vez, era tan cierto que casi era capaz de escuchar un latido lejano, pequeño, recién nacido, meciéndose al compás de su propia marea.

Lola. La iba a llamar Lola. La iba a llevar con ella al fin del mundo, para enseñarle el lugar donde moría el sol. La iba a acunar entre sus rizos hasta que se quedara dormida, y si no le

venía el sueño, le iba a cantar, le iba a llenar la cara de besos, las manos de lluvia, el pelo de flores, porque Lola iba a brotar al romper la primavera. Iba a respirar tanto aire para Lola que la niña iba a nacer soplando vendavales, iba a mirar tan fijo el mar, que se le iban a volver los ojos del color de la tarde sobre el agua.

Luisa se tumbaba en la playa, con el pelo enmarañado por el viento, y

dejaba que las olas le mojaran la punta de los dedos. Se estremecía. Rodaba sobre su pequeño cuerpo de cristal, sobre la cintura que a veces se le quebraba al bailar y que, ahora, poco a poco, se iría transformando en cuna, en nido, en mundo, en universo, en vida. Se enterraba, como las tortugas, que dejan sus crías en la arena y confían en que el instinto los devuelva al mar.

Se enterraba porque

querría que las cosas fueran así de fáciles. Que uno pudiera entregar la existencia así, sin más; dejarla metida en un agujero en la arena y despreocuparse. Y regresar en unos meses para llevarla de la mano a casa: «Esta es Lola —les diría—, mi niña». Y entonces alguien pondría un plato más a la mesa.

Pero no. No sería tan sencillo. Su milagro era sólo un milagro a medias. Un milagro-vergüenza. Un

milagro más vergüenza que milagro.

Como el de Begoña, la del perfume, que se tuvo que ir de la casa de la calle Medina sin despedirse de los niños, sin dejar la ropa lavada, ni planchada, ni doblada en el armario, sin recoger siquiera su frasco de pachulí, ése que le valió el título, el que le trajo Manuel de Ceuta, cuando se marchó a la mili; ése que se iba gastando poquito a poco por detrás de sus orejas sin que

nadie lo sintiera, ni lo besara, ni lo extrañara cuando estuviera lejos. Begoña, la que vieron en la distancia una tarde de feria, barriendo el suelo de las casetas con un niño colgando de la teta y no se acercaron a saludar.

Un milagro a medias.

Así que esta tarde fresca, de casi otoño, Luisa agarró al toro por los cuernos. Se puso en pie, tomó las riendas y emprendió el camino de vuelta con el sol de color

melocotón escondiéndose entre las olas de su pelo.

Hablaba con Lola, que aún no tenía respuestas, y con la Rumba, que no las tendría jamás. Y con la Virgen del Rocío, que se apareció en una marisma, y con la de la Soledad, que sabía lo que es sentirse sola, y con la del Amor y Sacrificio, porque a veces se sufre tanto por querer de veras...

Caminó hasta donde crecía el lentisco y cuando

saltó a lomos de la yegua había tomado ya la decisión más dolorosa de su corta biografía. Se llevaría a Lola con ella, sí. A los confines del mundo. Comenzarían las dos a vivir al tiempo. Desde cero. Y no mirarían jamás atrás, como las tortugas.

Amaba a Diego. Pero hasta el sonido de su nombre la torturaba. Diego, dos punzadas de dolor. La sola presencia de Lola bajo su piel, tan sorprendente, misteriosa, fascinante y

asombrosa; Lola había transformado sus encuentros y desencuentros en el argumento de una novela del género tonto. ¡Se habían visto dos veces!, ¡por Dios, dos: Diego! En cuanto sus padres supieran que esperaba un bebé la obligarían a casarse con él. La llevarían a Madrid a llamar a la puerta de la casa de Serrano, a pedir cuentas, a exigir respuestas, a vengar agravios. Los padres de Diego los harían pasar al

salón, echarían la llave y los visillos, sacarían de un cajón el talonario —que es como se arreglan estas cosas, dirían, como personas civilizadas—, y su padre se levantaría y les rompería el cheque en las narices, se marcharía dando un portazo, olvidándola a ella en el sofá, a merced de las miradas de los otros, de sus preguntas y sus dudas, de sus insinuaciones. —«¿Cómo podemos estar seguros de que el niño es de Diego?—,

de sus sospechas, sus miedos, sus decepciones».

¿Y Diego? Con el mundo en sus manos, sus aspiraciones. Con el Premio Nobel en la vitrina de sus sueños, en la cúspide de esa pirámide del éxito a la que ella, seguro, subiría a rastras, si no se quedaba en la base, mareada de vértigo, de sólo pensarlo. Nunca le devolvería su libertad, nunca sus tardes al galope, sus macetas de geranios, sus paseos por la alameda, sus

veinte años. Diego la encadenaría a sus rodillas, la llevaría de lastre el resto de su vida, calle Serrano arriba, calle Serrano abajo, por mucho que le pesara, aunque ya no hubiera nada más que Lola entre los dos.

Acabarían odiándose, tarde o temprano. Y cuando tal vez ella quisiera regresar a su playa, él reclamaría a la niña, y se la quedaría en prenda. Y entonces, seguro, ya no podría soportar la soledad. La encontraría allá

adonde fuera; escondida en los ojos interrogantes de la gente de la calle Medina, en los chismorreos de la plaza, en los corrillos de costura, manchando las paredes encaladas, echando a perder el poco aire que respirara. Se volvería vieja mirando al mar, echaría raíces allá donde la hierba no crece y acabaría secándose, pudriéndose por dentro y por fuera.

—No, Rumbita. No, Lolilla. Eso no va a pasar —

repetía, y le rodaban las lágrimas por la cara.

Luisa guardaba en el colchón la herencia secreta de su abuela Pía. Una tarde de invierno, tres o cuatro años antes de morir, la llamó a su cuarto y le pidió que la llevara de paseo a la calle, que quería enseñarle una cosa. Salieron las dos a resolver misterios: Pía, con las piernas cubiertas por una manta de lana, y Luisa, con el abrigo inglés empujando la silla de ruedas de su

abuela hasta el convento de las Carmelitas de la calle Larga.

Las hicieron pasar a un locutorio pequeño donde ardía un fuego de adorno, incapaz de vencer al frío y la humedad que se metía por dentro de la ropa y de los zapatos. Ambas temblaban a la par cuando, por fin, apareció una mujer de entre las sombras. Iba vestida con un hábito marrón hecho de saco del que extrajo dos manos llenas de sabañones.

Se sentó en el suelo, tras las rejas, en la penumbra, y sonrió con una dulzura tal que la habitación se caldeó de pronto y se iluminó, y se llenó de paz.

—¡Pía, querida! ¿Es ésta tu nieta Luisa de la que tanto me hablas? —preguntó sin dejar de sonreír. Su voz sonaba como la corriente del agua entre los cantos y su risa como campanitas de cobre.

—Ésta. Mi Luisa.

La abuela Pía tenía

veinte nietos; y todos eran suyos: mi Curro, mi Lolo, mi Consuelo... Pero Luisa era especial; porque ella misma la había traído al mundo, con sus propias manos, y la había bañado, y criado con biberones cuando su madre tuvo la hemorragia y todos creían que se iba a morir. Porque tal vez ella también creyó que moriría y en su corazón había adoptado ya a aquella niña como propia, como un regalo tardío de Dios, que no

le mandó más que hijos varones, siete.

—Acércate que te vea, Luisa. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Sí. Te pareces muchísimo a tu abuela, cuando chica. ¿Tú también bailas tan bien como ella?

—Tú eras la que bailaba bien, Pilu, digo, hermana Rosario —respondió la abuela por ella—. A ti te hacían corro, no a mí.

Las dos mujeres enhebraron una

conversación a la que Luisa asistió en calidad de espectadora, sobre una niñez compartida hecha de risas y bailes, que a veces se transformaba en música, o en oración. Para Pilu, el mundo ya no giraba como antes. El mundo se había detenido y en su memoria las personas no habían envejecido, pero ella tampoco. Conservaba una piel tersa, suave seguro, bajo la vestimenta y la toca.

—Se está apagando el

fuego —dijo la abuela después de un rato largo— y no le hemos explicado a Luisa a qué ha venido.

La hermana Rosario, en el mundo Pilu, introdujo una mano en el hábito y sacó un paquete hecho con papel de seda. Se lo alargó a la abuela y ésta lo desenvolvió ante los intrigados ojos de su nieta.

—Este anillo, niña —le dijo—, es para ti. Nadie sabe que lo tengo, ni dónde está. Pero el día que yo me

muera, quiero que vengas y se lo pidas a Pílu.

En la palma de su mano, en el temblor de su mal pulso, Luisa vio por primera vez el anillo de la abuela Pía. Tenía un solo brillante, grande como un garbanzo, y en su interior, aunque aquella tarde no lo supo, sino mucho después, cuando ya la abuela había muerto y ella recibió el aviso de las Carmelitas, llevaba inscrito un nombre: Rafael, que no era el nombre del abuelo

Federico.

Pía se llevó el secreto a la tumba, Pilu a los rosales del convento y Luisa al interior de su colchón de lana porque al volver a casa, las dos en silencio por la calle Larga, la abuela sólo abrió la boca una vez y fue para decirle:

—Yo ya no tengo edad de cambiar las cosas, pero a ti a lo mejor te resuelve la vida algún día.

Y ninguna de las dos volvió a sacar el tema jamás.

Ahora sí. Ahora había que sacar de nuevo el tema, de las tripas de aquel viejo colchón. Había que regresar a Sevilla, a buscar cualquier cosa olvidada en el colegio. Había que pedirle al cochero que la recogiera allí mismo, en la puerta, en una hora. Había que salir corriendo por las callejas empedradas e internarse en Triana, y recordar el camino a la casa de Fausto Ordóñez, que compraba oro y plata sin hacer preguntas.

Luego había que encerrarse en su cuarto a romper las cartas de Diego, y secarse después los ojos, y pintarse bien la raya. Y comprarse un billete de tren para Madrid, y una vez allí, uno de avión a Nueva York, donde todo lo vigila la estatua de la Libertad desde un pedestal muy alto.

La última noche que Luisa pasó en La Viña, cuando apagó la luz, escuchó a través del muro que comunicaba su

habitación con la de sus padres, la voz de su madre que decía: «Habrá que ir empezando a pensar en la vuelta».

Y se echó a llorar como nunca antes imaginó que podría hacerlo, sólo de calcular todos los años que tendrían que pasar antes de poder regresar a casa.

II

EL príncipe Boris Vladimir,

cuyo reino había dejado de existir varios años antes de su nacimiento, continuaba utilizando un título que en la República Federal de los Estados Unidos de América no tenía más sentido que el de hacer bonito en las tarjetas de visita que él repartía a diestro y siniestro en cualquier reunión social que aconteciera en la Gran Manzana.

Había encontrado una manera sofisticada y digna de ganarse la vida, sólo con

añadir en dichas tarjetas, al final del apellido, las siglas PR, en inglés «Public Relations», aunque, según él mismo confesaba en la intimidad, jamás imaginó la cantidad de besos al aire que tendría que dar a lo largo de su carrera.

Además de su labor como organizador de eventos, dictador de modas, encumbrador de snobs, manantial de chismes y leñador de árboles caídos, Boris era la persona que se

escondía tras el seudónimo de «Cicerone» en la famosa columna de sociedad del New Yorker, donde, amparado por su identidad secreta, aprovechaba para despellejar vivas a las mismas personas a las que invitaba, adulaba, besaba y abrazaba a diario.

Cuando aquella tarde llamó a la puerta de la Academia de Baile de Amelia Heredia, en el cuarto derecha del número 20 de la calle 73, la propia Amelia

salió a recibirle perdiendo los zapatos por el camino.

—A ver, que alguien le traiga una copita de jerez al caballero —dijo a voz en grito mientras ayudaba al príncipe a quitarse la gabardina—. Sherry, your royal highness? —le dijo en un andaluz perfecto.

Luego lo acompañó al aula grande, la del espejo al fondo, y lo sentó en la única silla de toda la escuela, la que usaban por turnos el guitarrista y el cantaor.

Entonces, las doce bailaoras entraron vestidas de vivos colores, con el pelo engominado y las castañuelas enredadas en los dedos, y pasaron por delante de él tiesas como soldados, sin volver la vista.

—Un, dos, tres y...

El salón se llenó de volantes al aire, alas de flamenco, duendes a lunares, furiosos taconeos, desafío en las miradas, dulzura en las cinturas, arte. Al final del baile, el príncipe seleccionó

a cuatro de las chicas:

—The girl in red, the one in white, the one in blue and the pretty one — concluyó.

—¿Cuál? ¿Luisa? — preguntó Amelia.

—La bonita, sí — confirmó Boris apuntándola con el dedo.

En cuanto la directora de la academia salió de nuevo al pasillo para acompañar al príncipe a la calle, las escogidas se pusieron a dar saltos de alegría. Sólo Luisa,

que acababa de firmar un contrato por tres meses como sustituta de una profesora enferma, se quedó callada sin saber a qué venía aquella algarabía.

—Sonríe, chiquilla —le dijo una de sus compañeras —, que te ha tocado la lotería nada más llegar.

—¡Eso! ¡Ha sido llegar y besar el santo! —completó otra.

Hasta que no regresó Amelia no consiguió enterarse Luisa de cuál era

su gran suerte. Al parecer, una importantísima asociación de millonarios y empresarios de origen hispano, afincados en Nueva York y reunidos bajo el nombre de Spanish Institute, celebraba su entrega de premios anual con un baile universalmente famoso en el que, este año, se contaría nada menos que con la actuación del cuadro flamenco de la Academia de Amelia Heredia.

—Y a ti, guapa, te toca

ensayar.

Los ensayos eran agotadores. Luisa se levantaba con náuseas y se acostaba destrozada, sin ganas ni tiempo de nada, pero al menos, de este modo, tampoco había lugar para la tristeza, la añoranza o la autocompasión. Compartía una habitación diminuta en Brooklyn con una de las profesoras de la academia, una portorriqueña bajita y culona, muy divertida, de la que enseguida se encariñó

aunque la veía poquísimos, y con la que se comunicaba casi siempre a base de mensajes prendidos de un imán en la nevera: «¡Qué cielo, Nacha, me hiciste la cama!» o «¡Encontré guayabas en el mercado!».

Después de dos semanas de trabajo, Luisa andaba a rastras y le dolían los brazos, las piernas y la espalda, pero por fin había llegado el gran día.

Su vestido blanco de lunares azules —«niña, estás

echando tripita. Ponte el blanco, que disimula un poco»— estaba colgado de la lámpara, listo para la ocasión. Nacha la ayudó a vestirse —los zapatos, lo último— como si fuera una novia. Un beso en la cara, una palmada en la espalda y un suspiro cuando se cerró la puerta, fabricado con las ganas de ir con ella, o de ser ella.

La gente de Nueva York, acostumbrada a todo tipo de modas y actitudes, no podía

evitar voltear la cabeza cuando se cruzaba con Luisa, camino del Waldorf Astoria, y no por culpa del vestido, que sin duda era espectacular, sino del oleaje de su pelo y la profundidad abisal de sus ojos negros.

En el lujoso comedor del hotel, los invitados ya estaban sentados a las mesas y los camareros, más de un centenar, ya se encaminaban hacia ellas con las bandejas en la mano. Desde detrás de la cortina por donde Luisa

contemplaba el espectáculo, aquella escena, con su mezcla de voces y violines, el ruido del cristal y de la plata y el brillo de tanta seda, tantos diamantes, tantas velas encendidas, parecía una ilustración extraída de un relato de la Viena imperial. En aquella mezcla de personajes de esmoquin y vestido largo reconoció Luisa a algunos de sus ídolos del cine y la canción, como Antonio Quinn o Alain DeIon, que

conversaban animadamente con unas espléndidas mujeres de amplios escotes.

Amelia Heredia, temblando como una hoja, daba órdenes a diestro y siniestro entre bambalinas:

—Tú, niña, cuando acaben los tanguillos, te acercas a la mesa veintisiete, ésa de ahí —dijo señalando una mesa redonda en la que Luisa creyó reconocer a Elisabeth Taylor—, y sacas a Paco Rabanne a bailar una sevillanita.

—¿A quién?

—¡A Paco Rabanne,

Luisa, parece mentira! Ése de la barba, el que está sentado junto a la chica del vestido de plástico. Es un modisto famosísimo. De San Sebastián.

—Y siendo vasco, ¿usted cree que sabrá bailar sevillanas?

—Hombre, aquí saber, saber, no sabe nadie. Tú dile cuándo tiene que cruzarse y en paz.

Luisa estudió durante

unos minutos la mesa 27. En efecto, Elisabeth Taylor con sus ojos color esmeralda, su pelo negro, cardado hasta el imposible, y sus manos largas, fumaba un cigarrillo prendido al final de una pipa. A su derecha estaba el tal «Paco», cuya cuidada barba y sus cejas espesas lograron intimidar a Luisa a pesar del nombre. A su izquierda, junto a una belleza vestida de rojo, que tenía el cuello más largo que había visto en su vida, y un

moño caoba en lo alto de la cabeza, había un hombre joven. Llevaba un clavel en la solapa, y sobre la nuca, lo que parecía un caracolillo moreno.

Ese hombre se le metió a Luisa entre las dos cejas, le anidó en la frente y le llenó la cabeza de pájaros. Tanto que cuando bajó del escenario, se acercó a la mesa sin titubear y le alargó la mano a él, sin dejar de mirarle fijamente con esos dos ojos que estaban

sumergidos en el agua negra del fondo de un pozo. Lo condujo a la plaza, le dio vueltas y más vueltas con el capote de su falda blanca, lo tentó, lo sometió, lo arrinconó contra las tablas como al toro moribundo, y la puntilla fue un beso, lanzado al aire al terminar la faena.

Luego lo dejó volver a su sitio, herido de muerte, donde lo recibieron como a un héroe, entre aplausos y brindis. La única que no

levantó su copa fue la mujer de rojo.

De nuevo tras el telón, Amelia estaba furiosa.

—¡El de la barba, estúpida, te dije el de la barba!

Pero sus compañeras la sonreían por detrás de la espalda de la directora, y le guiñaban el ojo, y luego, cuando la otra se fue, le tocaron las palmas.

—¡Hay que ver la suerte que tienen algunas!

—¡O lo listas que son!

Tom Bouvier, el hombre que, vacilante, siguió los pasos de baile, giró cuando ella le dijo y la agarró de la cintura cuando Luisa se lo ordenó —aunque, según le confesaría más tarde, en aquel momento tenía la sensación de estar profanando un templo—, era el mejor partido de América.

Recién cumplidos los treinta y uno, hacía diez que había heredado el imperio de su padre, un magnate del petróleo que lo engendró a

los setenta y ocho y murió inmediatamente después de semejante hazaña.

Físicamente se parecía más a su madre, austríaca de nacimiento, en lo esbelto, la claridad de su piel y sus ojos color miel. En cambio, el pelo negro y rizado procedía de Texas, igual que sus manos grandes y un ligero acento sureño, que renacía después de cada verano en el rancho.

Tom era guapo, joven y rico. Las mujeres

revoloteaban a su alrededor como abejitas de dulces agujones. Alguna había que conseguía, de vez en cuando, dar en el blanco. Por eso se había ganado fama de conquistador, aunque él aseguraba que no era sino una víctima inocente de las malas artes femeninas.

La chica de rojo era italiana. Les habían fotografiados juntos saliendo de un restaurante y el rumor de sus amoríos se había extendido tan rápido como

prende la mecha de una bomba. Esta noche, dicha bomba haría explosión en cuanto los paparazzi revelaran las instantáneas tomadas en esta fiesta.

—Ésa es la madre, Greta Bouvier —le explicó una de sus amigas espiando con ella a través de una rendija abierta en la cortina—. Más estirada que el palo de una escoba. Y ésa, la que está sentada a su lado, se llama Francesca Ventura, ya ves, vaya nombre. Parece que es

su novia, o algo así.

Luisa se fijó en aquella mujer madura a la que se le estaba atragantando la copa de champán como respuesta a algún comentario que acababa de hacerle el príncipe Boris Vladimir. Ambos miraban hacia la mesa en la que la otra mujer, la italiana, sonreía a duras penas mientras que Tom, ajeno a la conversación, permanecía inmóvil, ausente, con la vista perdida en algún lugar muy lejano,

al que se había escapado hacía un rato y del que ya no regresaría jamás.

Aquellas fiestas nunca terminaban mucho después de la medianoche. Poco antes de las doce, los Cadillac y los Rolls comenzaban a invadir las aceras y a mezclar sus humos con el vapor de las alcantarillas, disputándose los lugares más cercanos a las puertas del hotel. Fotógrafos y curiosos se arremolinaban al otro lado

de la calle armados con cámaras de flashes cegadores.

Luisa se despidió del resto de sus compañeras frente a la verja de Central Parle y comenzó a caminar despacio, dejándose guiar por las luces rojas de los semáforos y las de los faros de los coches. Acababa de pasar por delante del escaparate de Tifannys cuando alguien la llamó desde el interior de un descapotable.

—¿Necesita auto?

Tom Bouvier se había detenido a pocos metros de ella y la sonreía con las manos en el volante. Hablaba español con un gracioso acento de Puerto Rico que le hizo pensar inmediatamente en Nacha, su compañera de piso, con la que tanto se reía de sus prevenciones con respecto a los hombres, sobre todo hacia los ricos.

—Nunca le tomes afición a un rico. Los ricos

son los peores, mami. Ésos te dejan tirada, como a una perra en cuanto los complaces.

Luisa no se acercó. Permaneció quieta en la acera, conteniendo la respiración mientras comprobaba, con el rabillo del ojo, que la italiana se había desenhebrado, por un momento, del brazo de aquel hombre.

De pronto sintió una punzada de dolor en el vientre, tan intensa, que se le

dobló el cuerpo sobre las rodillas y supo que se iba a desmayar. Un grito ahogado salió de su boca justo en el momento en el que cayó de bruces sobre el cemento. Cuando recuperó el sentido, estaba recostada en el asiento del coche de Tom y él atravesaba las calles a la velocidad del rayo, con el viento estampándose contra el parabrisas.

—¿A dónde me lleva?

—¡Al hospital!

—¡No!

A Luisa le aterrizzaba la idea de ingresar en uno de esos fríos hospitales de los que tanto había oído hablar. No tenía seguro médico, ni dinero, ni permiso de trabajo. Nada. Las dos semanas que tuvo que pasar en Madrid, alojada en un pequeño hotel del centro a la espera del visado, habían acabado con una buena parte del dinero que sacó por la venta del anillo. El billete de avión le costó una fortuna.

Además, si alguien

descubría que estaba en estado, la echarían de la academia. La sermonearían por poner en peligro el embarazo y la humillarían por ser madre soltera. Ni siquiera Nacha había sospechado que Luisa, todas las mañanas, se embutía en una faja bien apretada antes de salir de casa.

—Páreme aquí mismo.

No me pasa nada.

Tom detuvo el coche.

—Si de verdad está bien, déjeme al menos que la lleve

a su casa. Una mujer bonita no debe andar sola a estas horas. Esta ciudad es muy peligrosa.

—Nunca se sabe de dónde viene el peligro — respondió Luisa, altanera.

—¿Lo dice por mí? Yo sólo quería asomarme otra vez al abismo.

—¿Qué abismo? — preguntó ella, y nada más cerrar el interrogante comprendió que había caído en la trampa. Y que la trampa era pegajosa y dulce,

y cálida como una noche de agosto, suave como la voz que se la tendía, y tan fascinante como la cara y la cruz de una moneda de dólar embrujada.

—El de tus ojos.

Condujeron durante un par de horas. Dejaron atrás primero los humos y luego las luces de la gran ciudad. A Luisa le impresionaba la amplitud de la autopista, lo altos que eran los árboles, lo oscura que estaba la noche y que no recordaba nada que

no tuviera que ver con Tom, su clavel en la solapa y el caracol de su nuca.

—¿A dónde vamos?

—A escondernos.

El escondite se recortaba por debajo de una luna redonda que iluminaba la casa como a propósito. La fachada era de madera blanca, el tejado de pizarra y a la entrada había un jardín de hierba verde y recién segada que terminaba en una rotonda frente a la baranda. Al otro lado, por una vereda

de arena se llegaba a la playa, desierta, donde el océano Atlántico golpeaba el suelo con rabia, con envidia, con celos de amante despechada. La playa, en cambio, los acogía como una vieja amiga y los invitaba a pasear descalzos por la orilla. No volvieron.

Carol nació en Long Island a solas con Tom y Luisa, sus padres, mientras Greta echaba las cuentas y se tiraba de los pelos y Francesca se aficionaba al

martini y a la soledad.

—Se llamará Carol, como mi abuela, que dio la vuelta al mundo en avioneta —dijo Tom con la niña en brazos, mirándose por primera vez en el azul del mar Mediterráneo.

—Y será feliz —dijo Luisa—. Como yo.

13

I

AL cementerio de La Paz, por favor. Carol entró en el taxi con su bolsa de viaje por delante. Eran las ocho de la mañana y la oscuridad, algodónada de nubes negras, se negaba a abandonar la calle. Los cristales del coche

seguían empañados con el aliento del último noctámbulo, o madrugador, solitario, que acababa de dejar atrás una noche cualquiera, sin nombre, sin fecha.

—¡Feliz Navidad! —El conductor ajustó el retrovisor para lanzar una sonrisa directamente a los ojos de Carol—. Vaya sitio, ¿eh? El cementerio.

—Ya.

La mirada de aquel hombre, su olor, el del

cigarro mal apagado, el del cuero sobado de la tapicería, el calor, ¡el calor!, de la calefacción al máximo. Todo le producía náuseas. Y aquellos ojos, subrayados de ojeras, la estaban escudriñando desde el espejito, metiéndosele en las llagas, hurgándole en el dolor.

No lo soportaba. Abrió la cremallera de la bolsa y sacó las gafas de sol. Tras sus cristales negros, el negro de la madrugada, el de la

suciedad del taxi y el de su propia sombra se diluyeron por fin como el cacao en agua tibia.

El retrovisor le devolvía una imagen distorsionada de sí misma; un poco disfrazada de Lina, con aquellas gafas. Por un instante revivió el momento en el que Lina, al rasgar el papel de regalo con el que Carol había envuelto la pantalla plana, se había quedado paralizada y sin habla, y sólo los dos

lagrimones que se escurrieron por debajo de sus lentes dieron fe de que seguía viva. Sonrió al recordar el abrazo, los saltos de alegría, y esa manera tan suya de darle las gracias:

—Toma mami, para los días de lluvia —le había dicho la peruana quitándose las gafas de la cara y poniéndoselas a ella—. Para que te acuerdes de tu Lina, que ya no le van a hacer falta más estas gafas tan negras.

—¿Para los días de lluvia, loca? —le dijo Carol riendo.

—Sí, señorita. No te rías. Al sol hay que mirarlo de frente.

Ahora que no amanecía comprendía Carol el sentido de sus palabras.

—A veces el aguacero cae hacia dentro —le había dicho.

—¡Encima se pone a llover! —protestó el taxista con voz de fastidio—. Por si no bastara con este frío,

encima, a llover.

Pero su voz llegaba lejana, tamizada por un filtro imaginario, el de las esperanzas de Lina, que, de alguna manera, seguían atrapadas tras los cristales y la montura de concha de aquellas gafas de sol de segunda mano.

El coche fúnebre con los restos mortales de Diego hizo su aparición a eso de las nueve y media, cuando ya era de día y la lluvia empezaba a cristalizar en

aguanieve. Era un furgón alargado repleto de flores y coronas que hubo que ir bajando pacientemente, hasta que por fin pudieron extraer la caja.

María Fernanda lloraba serena abrazada a una de sus hermanas, la que sostenía el paraguas. Vestía de luto riguroso, pero se notaba que la muerte de Diego la había pillado por sorpresa, porque su ropa, siempre hecha a medida, le colgaba ahora sin gracia sobre un puñado de

huesecillos que daba la sensación de estar a punto de desmoronarse.

El cortejo se desplazó en bloque hacia lo que parecía un jardín. Allá, en el centro, un profundo agujero excavado en la tierra les esperaba ya con la boca abierta.

Francesca tenía razón. La comitiva estaba formada por una amalgama de criaturas diversas que daban al conjunto una apariencia realmente extraña. Había

jóvenes de color como los que venden costo a la salida del túnel del Retiro, mendigos y borrachos, y hasta un par de gitanas gordas con sendos ramitos de hierbabuena en las manos. Pero también había hombres con abrigos de buen paño y mujeres con cuellos de visón. Carol los siguió en silencio, sin atreverse a levantar los ojos de la hierba, y se quedó en pie, bajo la lluvia fría, algo apartada del grupo. Una voz

a sus espaldas la hizo sobresaltarse de pronto.

—¡Carolina, guapa, no me acordé de mandarte el coche al aeropuerto! — Francesca siempre hablaba demasiado alto. Algunas personas se giraron con gesto de disgusto.

—Hola, Francesca — susurró Carol.

—¿Cómo está tu padre? ¿Recibió la caja de vino que le envié? Espero que le guste, es un rioja muy caro. El que bebe el Rey, por lo

visto.

Al notar que Carol le respondía con el silencio más absoluto, siguió con la mirada la dirección de la cara de ella.

—¡Pobre María Fernanda!, ¿verdad? — comentó—. Viuda a los cincuenta. La peor edad. Además, fíjate, está estropeadísima. Flaca, arrugada y vieja. Le tiembla hasta la barbilla.

—Ya —le cortó Carol—. Es que, por si no lo

recuerdas, está enterrando a su marido. ¿Cómo quieres que esté?

—¡Ay, niña! Pues no sé. Podía haberse peinado un poco.

—¡Chiss!

Alguien las chistó desde el fondo. Carol se colgó la bolsa del hombro y comenzó a caminar cabizbaja hacia el aparcamiento. Francesca la siguió unos pasos por detrás.

—¡Oye, Carolina! Espérame un poco, ¿quieres? —los tacones de

las botas de piel se clavaban en el césped al andar—. No te vayas a marchar sin despedirte de María Fernanda. Me ha preguntado por ti esta mañana. Me ha dicho que tiene que hablar contigo. Hoy. A las once. En su casa. ¿Me oyes?

Carol se volvió.

—Yo también tengo que hablar con ella. Pero a solas. Le dices que la espero allí, ¿okey?

La biblioteca de Diego seguía tal y como Carol la

recordaba. Aunque en los últimos dos meses había estado muchas veces en la casa de O'Donnell, tantas que se había terminado por acostumbrar a las cortinas de damasco, los flecos de los tapices y el eco de sus pisadas sobre el suelo de madera, jamás había vuelto a entrar en aquella estancia en la que vio por primera vez el cuadro de la niña.

La boiserie lacada en blanco con sus libros encerrados tras los cristales

y la enorme mesa del centro en la que aún se amontonaban los últimos ejemplares de aquella colección infinita seguían allí, como aquel día, como si todavía esperaran que las ásperas manos de Diego los acariciaran de nuevo. En cambio, en la pared de atrás, en lugar del cuadro, había ahora un pequeño marco de fotos, tan pequeño que no alcanzaba a esconder el cerco gris que había dejado el lienzo.

Antes de abrir las puertas correderas y verlo con sus propios ojos azules había adivinado Carol lo que encontraría allí. Se acercó, lo descolgó y lo desarmó sobre la mesa. Despegó el cristal, sacó la fotografía y la contempló un momento sin atreverse a darle la vuelta.

Una copia descolorida de aquella imagen con la que Luisa puso fin al último álbum de su vida volvió a temblar entre sus manos.

Era ella. Carol de niña.

Y el mar rompía sereno sobre las rocas mojándole los dedos del pie.

Por detrás del retrato reconoció enseguida la letra picuda de su madre. La misma letra que llenaba de montañitas primero y de palabras después, cuando aprendió a leer, aquella carta en la que le dejaba dicho todo lo que la quería, y que la estaría acompañando siempre, estuviera donde estuviera, para que nunca se olvidara de ella, de Luisa,

con el puntito redondo y hueco sobre el palito de la i, como un flotador, como un beso, o un donut. La misma letra.

«Seis de julio de 1987, Carol en tu playa».

—¿No te acuerdas cuando estuvimos en España con mamá? —le decía su padre a veces. Y ella no lo recordaba—. Que la recorrimos en coche. De norte a sur, y tú tenías cinco años, y ella ya estaba enferma, y se liaba aquellos

pañuelillos de lunares en la cabeza. Que yo la llamaba «gitana», «reina gitana», y ella se ponía colorada. ¿No te acuerdas? —nada—. Pues conociste a tus abuelos, pero les hablabas en inglés. Y te subiste en una yegua y comiste melocotones de los árboles —nada—. ¿No te acuerdas? —nada.

Carol cerró las puertas de la biblioteca a su espalda. Pensó que aquello era todo. O que al menos ahora sabía tanto como Diego. Que tal

vez la duda fuera suficiente. Y entonces, como decía Lina, empezó a lloverle por dentro.

Poco después sonó el timbre de la puerta y Manuel se apresuró a abrir. Entró María Fernanda, aún sujetándose del brazo de su hermana, que la acompañó al salón donde la esperaba Carol. Se abrazaron largamente, contagiándose las lágrimas, y luego se sentaron las dos frente a frente ante la chimenea.

—Has vuelto de Nueva York. Eres un cielo.

—No digas eso. Sabes que no podía faltar. ¿Cómo estás?

—Pues mal. Muy mal. Muerta de miedo. No sé qué voy a hacer sin Diego. Ojalá estuviera ahora aquí, conmigo, para consolarme... ¡Qué tontería acabo de decir! —María Fernanda soltó aire por la nariz, en lugar de la risa que pretendía.

Se quedaron las dos un

momento en silencio. Manuel entró con una bandeja y dos vasos de agua y los dejó en la mesita que las separaba.

Cuando volvió a salir, María Fernanda habló de nuevo. Más entera ahora, como haciéndose cargo de repente de su nueva soledad. Como si hubiera recordado sin más que había que ponerse manos a la obra.

—Tengo mucho que hacer. Papeles, escrituras y documentos. Me queda esta

casa y la de mis padres en Gerona. Lo demás no vale nada. Diego no tenía más dinero que el que llevaba en el bolsillo, y eso si no se lo daba al primer pobre que se lo pedía. ¿Ves? Tengo miedo.

—No te preocupes, María Fernanda. Si te encuentras en un apuro sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—No, cielo, no —la corrigió ella moviendo de lado a lado la cabeza—. No

te he llamado para eso. Venderé la casa de la playa. No necesitaré nada. Te he pedido que vinieras por otra cosa. ¿Tú sabes lo que es un legado?

—¿Un legado? —
respondió Carol, perpleja.

—Un legado es cuando alguien le deja en herencia alguna cosa a otra persona. A otra persona que no es su heredera natural.

—Sí, María Fernanda. Sé lo que es.

—Bien. Pues resulta que

Diego, en su testamento, te deja una cosa.

—¿A mí? —Carol no podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—Sí. A ti —María Fernanda dudó un momento antes de volver a hablar—: Mejor te lo enseño —dijo por fin mientras se levantaba.

Estaba al fondo del garaje, aparcado en un lugar privilegiado, sin más compañía que la de un Porsche Carrera de color

negro al otro lado de la columna. Aún vestía aquella funda roja con el escudo del caballo impreso en el centro, remetida bajo la carrocería. María Fernanda la retiró con sus propias manos, con un movimiento rápido, y el Ferrari amarillo del 74 apareció de repente, como el conejo de la chistera. «¡Tachan!», el eco de la voz de Diego resonó en los oídos de Carol y se deshizo en pedazos al golpearse con las paredes del garaje.

María Fernanda
acariciaba el auto como si
fuera una persona, como si
fuera él. Parecía estar
oyendo también aquel grito
de prestidigitador a sus
espaldas: «¡Tachan!».

Carol la miró sin decir
nada. Se colocó sobre los
ojos las gafas de sol de Lina
y en medio de aquella
escena en blanco y negro
apenas logró distinguir la
sombra gris del coche bajo
la lluvia.

Después de comer se

despidieron con un abrazo largo, en el portal de la casa, cada una conocedora de los secretos de la otra. Cada una, de alguna manera, dueña de un pedazo del misterio del mismo hombre.

—María Fernanda, dime, ¿quién pintó el cuadro? —le había preguntado Carol en la sobremesa, mientras la otra se llevaba a la boca una pequeña taza de un café muy negro.

—Claro, el cuadro — había contestado María

Fernanda algo sorprendida —. ¡Qué pronto has descubierto que no tiene nada que ver con Sorolla! La verdad, preciosa, si realmente quieres saberla, es que Diego se lo encargó a un artista callejero que conoció en el parque. Como comprenderás —le dijo—, valor material no tiene ninguno, aunque estoy convencida de que encerraba algún secreto. Diego estaba obsesionado con él. Pasaba horas y horas

contemplándolo en silencio. Lo siento, Carol —concluyó por fin—. No sé qué interés tenía en vendértelo precisamente a ti. A mí me extrañó una barbaridad que de repente le diera por deshacerse del dichoso cuadro. Pero si ya no lo quieres —añadió—, tráemelo que te devuelvo el dinero que pagaste por él. Lo entiendo perfectamente.

—No, María Fernanda, me lo quedo —había contestado Carol con

rotundidad—. Mi abuela dice que el valor de las cosas depende de lo que cada uno esté dispuesto a pagar por ellas, y créeme, para mí ese cuadro es una ganga.

Carol recorrió a pie la escasa distancia entre la casa de Diego y el hotel Ritz. Llevaba al hombro la pesada bolsa de viaje y sobre los ojos azules, las negras gafas de sol. El conserje se ofreció a subirle la bolsa a la habitación, pero ella rechazó su ayuda. Estaba deseando

llegar a casa, tumbarse en su cama, con los pies en las almohadas, y pasarse el resto del día sentada en las rocas, contemplando el mar. En cuanto se quitara los zapatos y se soltara el pelo, iba a llamar a Lina a través del teléfono interior. Necesitaba poner en orden sus pensamientos.

Su vida —reflexionó— empezaba a parecerse tremendamente a una de aquellas telenovelas de las que tanto se reía cuando las

veían juntas. Pero Lina no. Lina nunca se las tomaba a broma. Ella decía que la realidad superaba siempre a la ficción, que lo había leído en una revista seria. Y que para dar fe de lo que pensaba, no había más que mirar la página de sucesos del periódico. Luego se ponía a sí misma como ejemplo.

—Yo —le decía—, que todavía no he cumplido los treinta, tengo a dos hombres peleándose por mí. Ya ves.

Y además, me persigue la mafia.

—¡Toma ya! —se burlaba Carol—. ¡Nada menos que la mafia!

El pasillo dibujaba una curva con el vértice delante mismo de la puerta de la 112. Carol sacó la llave del bolso. Nunca había sentido que un lugar le pertenecía tanto como aquella habitación de hotel. Empujó la puerta y el gusto a arena mojada y a agua de mar la recibió como siempre,

refrescándole la cara. Allí seguían las dos ventanas, la alfombra roja, el sofá blanco, el espejo enmarcado en oro sobre la chimenea. A la derecha, la sala de baño; a la izquierda, el ropero.

El ropero.

Había una botella de cerveza en el suelo del ropero. Carol frunció el ceño. Alguien había dejado una botella de cerveza vacía tirada en el suelo del ropero. Se agachó para recogerla. Entonces lo vio.

La pequeña caja fuerte, situada en una repisa encima de las barras para zapatos, estaba abierta. Tan abierta como la boca de Carol. Y en su interior, en lugar de los tesoros que custodiaba, sólo encontró el brillo de la ausencia de sus joyas. Temblando acarició las paredes acolchadas de la hendidura de la pared. Estaba vacía, blanca, hueca, seca. Las perlas y piedras preciosas que solían estallar en mil colores al abrir la

puertecilla, encadenándose unas a otras en corlares de oro y pulseras de zafiros, ágatas blancas, corales rosas, rubíes rojos y verdes esmeraldas; las gargantillas, pendientes, sortijas y hasta la tiara que lo coronaba todo y conformaba, con sus destellos estrepitosos, la gran traca final del espectáculo, todas ellas, habían desaparecido. En el agujero negro ya no quedaba nada.

II

LINA siempre llamaba desde el mismo locutorio, uno muy próximo al piso de la tía Elvina, en Leganés. Pero desde que vivía con Emerson en la pensión de Callao, no había vuelto por allí. Cuando la tarde del primero de diciembre le entraron aquellas ganas raras, que más que ganas eran ansias premonitorias o comunicaciones telepáticas

con su familia de Perú, de telefonar a casa, en lugar de dirigirse al establecimiento más cercano, decidió subirse al metro y recorrer los interminables intestinos de la ciudad.

«Santa María, la más lejana, la más devota», le habría dicho su madre si la hubiera visto, o si no hubiera tenido cosas mucho más importantes que decirle. Y a Lina le hubiera dado lo mismo porque a ella, lo que le apetecía de veras era pasar

por delante de la ventana de Edgar e imaginar que él la miraba desde dentro. Por eso caminaba ligera, bamboleándose con un ir y venir parecido al de las olas del mar. A la vuelta pensaba presentarse en la tienda de Faruma y ponerla al día de su culebrón particular. Tal vez le compraría unos aguacates y le daría una sorpresa a Emerson.

Pero la Lina soñadora y sonriente que atravesó la puerta saludando a voz en

grito, como si entrara en el casino de su pueblo, como si fuera a invitar a todo el mundo a una ronda de pisco, desapareció en algún recodo del hilo de alambre que llevaba su voz de vuelta a casa.

Después de colgar el auricular, la persona que descorrió la cortinilla de la cabina era alguien que físicamente se le parecía un poco a Lina, pero que por dentro había empezado a pudrirse ya en el jugo bilioso

de su propia angustia. Veintitrés días. Veintitrés escalones desde el portal al primer piso de la pensión. Veintitrés años, los que Lina tenía cuando nació Luz Elena en medio de un charco de sangre, en el suelo embarrado de su casa de Cajamarca. Y veintitrés mil euros, los que valía ahora la vida de su hija.

El cuartucho que compartía con Emerson se le apareció más pequeño y húmedo que nunca y el

gemido de la puerta al abrirse le sonó como un lamento antiguo y fantasmal. Tiró de la cuerdecita de la que prendía una bombilla, en el centro del techo. Ni siquiera las luces navideñas conseguían ya levantarle el ánimo, sobre todo porque desde su estrecho ventanuco no se veía más que la tenebrosa profundidad del patio. El bullicio de las calles comerciales, de las plazas encendidas, de los árboles iluminados y hasta la

estrella de cristal de Murano que la había deslumbrado esa misma mañana quedaban tan lejos de allí como su casita de Cajamarca o la arena de esa playa que Emerson le había prometido recorrer juntos.

Ahora todo se reducía a un número: el veintitrés.

Veintitrés capítulos de su telenovela particular, los años de Carol, el plazo imposible, el peso del alma.

Lloró hasta que se le acabaron las lágrimas. Le

quedó sensación de vértigo y dolor de huesos. La claridad que bajaba del techo, inmóvil, vacilaba un poco, o cambiaba de intensidad según se encendieran o se apagaran otras lamparillas iguales en otros techos de otros cuartos como el suyo.

De tanto mirar aquella bombilla los ojos empezaron a escocerle. Cerró los párpados con fuerza, contuvo el aliento y así permaneció un buen rato, hasta que de repente, en el

centro mismo de aquella oscuridad rojiza, se hizo la luz.

Lina, impulsada por un resorte invisible, se quedó sentada de un salto a los pies de la cama. Asustada por su propio pensamiento se llevó una mano a la boca abierta. Acababa de aparecérsele, entre las sombras, el resplandor del pendiente de brillantes. Aquel que aun antes de conocer a Carol había sostenido entre sus manos temblorosas. El que

volvió a acariciar el día que rogó al cielo que le enviara un ángel y éste le respondió con un Emerson de carne y hueso. El pendiente que, según Carol, era como el zapato de cristal de Cenicienta.

Sólo que Carol no era Cenicienta. Carol era la niña consentida. La que tenía todo y no valoraba nada. La que había nacido con la vida resuelta, sin plazos, sin problemas. Sin tener que elegir entre la vida y la

muerte, Edgar y Emerson,
Perú y España, Luz Elena y
Carol.

En cuanto abrió una
rendija en aquella caja de
Pandora de sus intenciones,
los vientos más perversos
comenzaron a escaparse de
allí dejando a su paso un
olor fétido que lo envolvió
todo, incluida su devoción
por aquella chica que, del
mismo modo que había
descorrido el telón de sus
sueños de mar y olas, de
esplendor y lujo, volvería a

cerrarlo para siempre, el día menos pensado, en cuanto le entraran ganas de regresar a Nueva York a pasearse en su coche, a navegar en su barco, a comprarse vestidos caros en Oscar de la Renta, o brillantes en Tifannys. Carol, la que sólo con chasquear los dedos podía bañarse entera en oro. En oro negro.

Poco a poco se le fue desatando el nudo que le oprimía las vísceras. Había visto la luz al final del túnel.

Se había imaginado su mano abriendo con cuidado la puertecita blindada de la caja fuerte, extrayendo una a una todas aquellas joyas maravillosas y guardándolas bajo las toallas de su carrito de limpieza. Se había imaginado la mano chiquita y tierna, cálida y húmeda de Luz Elena agarrada con fuerza a su propia mano. Se había imaginado el tacto de la arena al pisarla con los pies descalzos, y hasta el estremecimiento de su piel

al mojarse con el agua fría del mar.

Todo eso se lo había imaginado, y el placer de sus sentidos agarrotados había barrido lejos, muy lejos de allí, tan lejos como el suelo de su casa de Cajamarca, aquella amistad que hasta entonces había ido creciendo entre ella y Carol y que ahora no era más que una pompa de jabón deshaciéndose en el aire.

Cómo si no acallar una conciencia estúpida y

machacona que estaba venga a recriminarle sus mejores ideas. «No le robo a una amiga, conciencia, sino a la niña consentida; la que mañana, cuando vea que se han llevado sus joyas, se comprará otras todavía mejores. La que se olvidará de Lina nada más cerrar la puerta de la 112, la que me puso Dios delante para salvarme la vida. Dios lo ha querido, conciencia, no yo. Dios».

Con todo y con eso, lo

que encontró Emerson al llegar esa noche a la pensión fue a una Lina disuelta en llanto tirada de cualquier manera sobre la cama. A duras penas consiguió desentrañar los episodios de aquella historia de esmeraldas, traficantes, secuestros y chantajes.

Hasta para un hombre como él, la trama resultaba excesiva.

—No te creo, Lina. Esta vez ya no te creo —le dijo sentándose a su lado y

acariciándole el pelo.

—Veintitrés días,
Emerson, veintitrés —
lloriqueó ella como toda
respuesta.

Se volvió hacia su
abrazo y lo encontró vacío.
Emerson había dejado caer
los brazos marchitos a los
lados de su cuerpo y la
contemplaba con la cabeza
ladeada, con cara de perro
abandonado.

—Ni en veintitrés años
seríamos capaces de reunir
tanto dinero, linda. Ni

aunque fuera cierto lo que me cuentas. No podríamos hacer nada.

Lina lo miró desconcertada. Ante sus propios ojos, por segunda vez en su corta vida, otro hombre se le derrumbaba al menor temblor de tierra y de nuevo veía cómo sus escombros iban a parar al mismo saco, el de los cobardes, que estaba lleno de los pedazos de Edgar. Por un momento, Lina notó pasar una ráfaga de odio

arañándole el pecho. ¿Cómo que no había nada que hacer? ¿Se quedaría Emerson de brazos cruzados mientras la vida de Luz Elena pendía de un hilo tan fino como la cuerda de la bombilla?

—¿Cómo que no, Emerson? —bramó—.

¿Cómo que no?

—¿Qué pretendes? —se defendió él—. No podemos llamar a la Policía. Somos inmigrantes sin documentos, por si no lo recuerdas —su

voz sonaba áspera.

—¡No hablo de la
Policía, huevón! —
respondió ella con la boca
espumosa.

—¿De qué, pues?

—El día que nos
conocimos... —comenzó
ella, y Emerson no la dejó
terminar.

—¡Estás loca! ¡Has
perdido la razón! —gritó
fuera de sí—. ¡Planeas
robarle a tu amiga!

—¡Chiss!

El sonido de su

pensamiento transformado en palabras la había hecho estremecerse. Una cosa es lo que uno imagina y otra muy distinta lo que escucha en voz alta o encuentra escrito en un papel.

—Carol no es mi amiga —sentenció.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y quién te defendió cuando tu esposo te empujó por las escaleras, pues? ¿Eh? ¿Quién te acostó en su cama y te curó las heridas? ¿Quién te regaló un vestido que vale miles de

soles?

Lina tardó en responder:

—Dinero no le falta —
contestó por fin, bajando la
VOZ.

—¡No tienes vergüenza!
—le escupió Emerson a la
cara.

Lina se echó a llorar de nuevo, como una niña con rabieta. No sabía qué era lo que más le dolía, si las palabras de Emerson o la imagen de Carol saliendo del probador de Valentino.

—No somos unos

delincuentes, Lina —
continuó él—. Ahora somos
gente trabajadora y honrada,
tenemos esta casa, un buen
puesto, un lugar en la vida.
No lo echemos todo a
perder.

En su memoria brotaron
de pronto unas letras
amarillas escritas sobre
fondo rojo: autos garcía.
Aquellos tiempos habían
quedado atrás. La escuela de
la vida había cerrado sus
puertas al público, y ahora
sus alumnos, con el título

colgado de la pared, debían labrarse un porvenir. Pensó en Fito y en los muchachos, en qué habría sido de todos ellos. El barrio se le apareció como un pueblo del Lejano Oeste, polvoriento e irreal. Hacía tiempo que sus ambiciones dormían el sueño de los justos. Él había despertado de madrugada y todo su mundo había quedado reducido a esto: una pensión, una caja de herramientas y una mujer que se le agarraba como si el

Universo entero estuviera a punto de desplomarse bajo sus pies.

—Entonces no vas a ayudarme a salvar a mi hija, ¿cierto? —dijo Lina, sacudiéndole los cimientos, y a Emerson le sonó a ultimátum.

—No de este modo. Busquemos otra manera.

—¡No hay otra manera! ¡Quedan veintitrés días!

—Pero no le vamos a robar a tu amiga.

—¡No es mi amiga! —

gritó Lina por segunda vez. Y salió dando un portazo a la calle fría.

No volvió a ser la misma. De la noche a la mañana, Lina se transformó en una mujer mucho más vieja de lo que jamás había sido, huraña y callada.

A Emerson apenas le hablaba cuando llegaba a la pensión y con Carol disimulaba como podía. Un único pensamiento ocupaba su cabeza por entero: Luz Elena. El resto había dejado

de interesarle. Se sentía sola y desamparada, sin nadie a quien acudir, sin otra manera de recuperar a su hija que con aquel plan rastrero que cada día iba tomando forma detrás de los cristales negros de sus gafas de sol.

Lo más duro fue entrar una tarde en la 112 y encontrarse con la sorpresa del regalo envuelto en papel de seda escondido bajo la cama.

—Es para ti —le había dicho Carol, entusiasmada

—. Para que te acuerdes de mí cuando veas la novela.

Y Lina, sobrecogida, había abierto el paquete para descubrir en su interior una pantalla de televisión más grande todavía que la que colgaba de la pared del piso de la tía Elvina. Con qué cara la recibió Emerson aquella noche. Qué silencio más acusador el que la dirigió mientras la observaba colocar el aparato frente a la cama y con qué desprecio le respondió ella, al recordarle

que quedaban sólo dos semanas para el final de la cuenta atrás.

Después de aquellos días, Lina comprendió que la magia había llegado a su fin. Los poderes sobrenaturales de Emerson García se habían volatilizado, sus alas se habían roto y el príncipe se había transformado en rana.

Tomar la decisión de abandonarle no fue tan dolorosa como ella creía. Ni se le abrieron las carnes, ni

el suelo dejó de sostener sus piernas firmes. Nada.

Al colocar en la pequeña maleta de lona la fotografía de Luz Elena, Lina se dio cuenta de que toda su ropa cabía ahí dentro. El resto de sus cosas seguían criando polvo en el piso de Leganés, junto al marido despechado, que de repente había dejado de ser solamente marido para recuperar su puesto de padre. Al fin y al cabo, Edgar también quería a la bebe. Siempre la había

querido. Más que a su vida.

Dejó el equipaje junto a la puerta y dedicó una larga mirada a aquella miserable habitación que había sido su casa. Le apenó su aspecto descuidado y sucio. Antes de deslizar su llave por debajo de la puerta, Lina hizo la cama. Con la mano extendida acarició su superficie, hasta que no quedó una sola arruga. El roce de la manta azul de lana sobre la vieja sábana le hizo pensar en Emerson, en su

piel áspera y en su calor. Manta sobre sábana. A Lina le pareció que eran ellos dos los que se estaban queriendo por última vez. Ahuecó las almohadas y las apoyó contra la pared que hacía las veces de cabecero. Regó las plantas que crecían dentro de unos envases de yogurt en el alféizar de la ventana que daba al patio y salió dando la espalda al único hogar que jamás hubo compartido con un hombre que la amara de veras.

Subida en un oscuro vagón de metro se sentía igual que un gusano, horadando el subsuelo de la ciudad, camino del sucio agujero en el que aún la aguardaba su colchón, como una prisión inevitable. La tía Elvina la recibió envuelta en su bata de dormir. Tenía los ojos hinchados y el pelo revuelto. La dejó entrar sin decir nada, sin protestar ni siquiera un poco. Parecía que ya todo le era indiferente, que se había

dado por vencida.

—Ahí tienes al borracho de tu esposo —le dijo, señalando la puerta entreabierta del diminuto cuarto de estar.

Edgar tenía una pinta aún más descorazonadora que la de la propia Elvina. La barba le crecía salvaje, como la de un náufrago, sobre la barriga redonda que subía y bajaba al ritmo intermitente de su respiración salpicada de ronquidos. La pierna

derecha se había escurrido del sillón al suelo, destapando un calzoncillo grisáceo, la única prenda de vestir de aquel cuerpo grosero, y la mano derecha aún sujetaba entre los dedos una botella vacía y pegajosa.

Lina cubrió el espectáculo con una manta y se sentó en una silla a esperar que amaneciera.

—Nunca supiste cuidar de nosotras —le diría cuando despertara— y ahora todos estamos en peligro. Tú

tienes la culpa. Ahora tu obligación es arreglar las cosas. ¡Levántate! ¡Demuestra que eres un hombre, y no un cobarde!

Entonces él escucharía la vieja cantinela resonando en su resaca: «¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!».

Y aquello bastaría para poner en marcha los engranajes de su cabeza miserable.

Edgar sí reaccionaría. Se dejaría caer hasta el fondo mismo del abismo, se lanzaría al vacío sin mirar

abajo, sólo con el empujón de esa frase: «¡Cobarde, eres un cobarde!», que le había perseguido desde el mismo día del nacimiento de Luz Elena.

Todo sucedió tal y como Lina había planeado. Convenció a Edgar de su hombría con un solo beso y la falsa promesa de volver a su lado. El resto fue mucho más sencillo.

El veintidós de diciembre, jueves, entraron los dos a las cinco de la

madrugada por la puerta de servicio, aprovechando que a esa hora el personal de cocina se ocupaba de almacenar el pan del día en la despensa y subieron en el montacargas hasta la tercera planta, sin que a nadie le extrañara la presencia de Lina en el hotel.

Exactamente donde esperaban encontrarle estaba Emerson, acostado sobre un camastro en el cuartito donde descansaba a ratos las noches que tenía guardia.

Edgar le agarró por la frente. Su aliento apestaba a alcohol, su cuerpo rezumaba un olor agrio, a sudor reseco. En la mano derecha empuñaba un cuchillo de cocina que todavía conservaba restos de perejil.

—¡Óyeme, chivo, o cooperas o te abro el vientre!
—le advirtió.

Emerson se incorporó trabajosamente, soportando el peso del corpachón del otro sobre el suyo. Mientras sus ojos se acostumbraban a

la luz, buscó con la mirada el perímetro conocido del cuerpo de Lina entre las sombras. No tuvo problema en dar con ella, quieta en el quicio de la puerta, sin atreverse a mirarle de frente.

—Tú jamás me matarías,
Lina —dijo Emerson
dirigiéndose sólo a ella y
haciendo como si Edgar no
existiera.

—Pero yo sí, y con
mucho gusto —replicó
Edgar amenazante,
rozándole ya la ropa con el

filo del cuchillo.

Bajaron los tres muy juntos hasta el segundo piso por la escalera de servicio. Recorrieron los escasos metros de alfombra hasta la 112 y finalmente Lina abrió la puerta con la llave que llevaba colgada de un cordón al cuello. Entonces Edgar empujó a Emerson al suelo y se colocó a sus espaldas para poder vigilarle mientras abría la caja fuerte con la misma herramienta con la que la abrió por

primera vez. Luego, Lina se arrodilló, introdujo una mano en la hendidura y a puñados fue trasladando todo su contenido al fondo de una bolsa con cremallera. Por último salieron a toda prisa, pero sin hacer ruido, y regresaron al cuartito de Emerson junto al montacargas. Todo el asunto no les había llevado más de cinco minutos.

Sólo un detalle desazonaba a Lina: lo fácil que había sido traicionar a

Carol. En cuanto este pensamiento atravesó su mente, recordó que otra vez, no mucho tiempo atrás, había sentido una inquietud parecida carcomiéndole las entrañas, pero que en aquella ocasión, en el asiento de atrás del coche de Carol, la puñalada se la había llevado Edgar, el mismo que ahora amenazaba a Emerson con el cuchillo de las verduras.

—Ustedes dos están locos de remate —protestó Emerson, sudoroso—. Los

descubrirán. Acabarán en la cárcel.

—De momento el único sospechoso eres tú — respondió Edgar, que aún le tenía agarrado con fuerza de un brazo—. Tus huellas están por todas partes. Las nuestras no —añadió mostrándole los guantes de limpieza que cubrían sus manos y las de Lina.

Lina, que hasta entonces había guardado silencio, habló por fin. Sus ojos iban de uno a otro hombre.

—Emerson, debes huir
—dijo—. Carol no regresa
de Nueva York en diez días.
Hay tiempo.

—¡Vayámonos ya! —le
cortó Edgar.

Lina continuaba mirando
a los ojos de Emerson. No
podía soportar el reflejo de
su propia mezquindad en el
centro de las pupilas de
aquel hombre bueno.
Tampoco el eco del sonido
del nombre de Carol
rebotando en las paredes de
su maldita conciencia.

En ese momento, Lina dio un respingo, como si de pronto hubiera recordado alguna cosa esencial. Se volvió hacia Edgar y dijo:

—Debo volver a la habitación. Olvidé mis gafas de sol.

—¿Qué gafas de sol ni qué carajo, Lina?

—En el ropero. Mis gafas de sol —Lina hablaba como una autómatas—. Ahorita vuelvo. Mientras tú lo atas a la tubería, yo voy y vengo dijo, y salió como un

cohete por el pasillo.

Entró en la 112 consciente de que aquella sería la última vez que empujaba la puerta del escenario de su película. Hubiera querido despedirse mejor de aquellas paredes en las que se había proyectado su vida durante los últimos meses, pero comprendía que no quedaba tiempo para nada más que para aquello que había venido a hacer.

Se arrodilló delante de la caja fuerte. Abrió la

cremallera de la bolsa donde estaban las joyas de Carol y sacó el pendiente de diamantes. El sol.

Con cuidado lo dejó en el suelo, como si se le hubiera caído por descuido. Luego extrajo de la bolsa un botellín de cerveza. El mismo que le despegó de las manos a Edgar el día de su regreso a casa de la tía Elvina. El mismo que había conservado en el cajón de su mesita junto con la factura de la luz, el teléfono, el gas,

el alquiler y la carta del sinvergüenza que le apañó un contrato falso. Por último, con un pañuelo blanco, limpió cada rincón del ropero, cada esquina de la puerta y cada milímetro del suelo, con una maestría tal que hasta la propia gobernanta la habría felicitado de haberla visto.

Salió por la puerta giratoria de hotel Ritz, dedicándole una sonrisa triunfal al portero de noche.

—¡Adiós, Gabriel —le

dijo—, me voy de vacaciones!

—¡Feliz Navidad! —
respondió él medio dormido desde el fondo de la conserjería.

Lina notó el viento frío de diciembre empañándole los ojos cuando contempló la fachada blanca y los toldos azules al otro lado del paseo del Prado. «Gabriel — pensó al darse la vuelta—, otro arcángel». Y desapareció por una calle estrecha que desembocaba

en la Gran Vía.

I

¡HUGO, vuelve! Arnaud Beneteau gritaba con desesperación desde lo alto de la cubierta de su barco. La bruma del amanecer se mezclaba con sus lágrimas de impotencia y caían al mar. Sal, al fin y al cabo, sal

disuelta en sal.

Hacía un frío total que se metía por las uñas. Las olas rompían contra la boca de la cueva azul que pronto se cerraría como la gruta de Alí Baba, haciendo prisionero a Hugo en su interior.

Aunque no era un hombre joven, ni ágil, ni siquiera un buen navegante, Arnaud se tragó la propia lluvia y saltó a popa. Abrió el tambucho, extrajo las dos escotas de repuesto y anudó los dos extremos entre sí.

Después enganchó la punta en el salvavidas y se lanzó con él al agua. Si se hubiera parado a reflexionar, probablemente no habría sido capaz de tomar aquella decisión. Porque no era una decisión cualquiera. Era un suicidio.

El mar tocaba ya con las puntas de sus dedos de espuma el dintel de la abertura, así que Arnaud tuvo que bucear al interior. Allí la oscuridad resultaba tenebrosa. Sólo cuando

retrocedía el agua la cavidad se iluminaba débilmente, luego volvía a hacerse de noche.

En uno de aquellos momentos de claridad, Hugo apareció ante los ojos de su padre. Flotaba boca arriba, como un balandro a la deriva, golpeándose la cabeza, la espalda y las costillas contra las piedras del fondo, dejándose mecer como si estuviera hueco.

Arnaud lo ató con fuerza al salvavidas y le rodeó el

cuello con un brazo. Con el que tenía libre se agarró a la roca para impulsarse, pero un golpe de mar se lo llevó por delante zarandeándole contra la pared. Se hirió en un costado y notó brotar la sangre caliente, mucho más caliente que el agua. A esta temperatura ya los músculos comenzaban a entumecerse y cada vez resultaba más difícil controlar sus movimientos.

Después de dar varias brazadas a la desesperada,

Arnaud comprendió que estaban a punto de perder la vida. Desaparecerían los dos en algún recodo de aquella costa. Las gaviotas se encargarían de despellejar sus cuerpos inertes y al cabo de los días aparecerían varados en alguna playa, como las ballenas que, sin que nadie entienda por qué, abandonan la seguridad del océano y van a morir a la arena.

De pronto, sobre las olas de aquel mar hambriento,

apareció la quilla del barco abriéndose paso hacia ellos. La dirección del viento había cambiado y ahora soplaba furioso, contra corriente, contra toda lógica y todo pronóstico. Desde allá abajo, la distancia a cubierta se veía imponente, gigantesca, monstruosa. Arnaud dejó de nadar y comenzó a tirar del cabo hasta que rodeó todo el casco.

El cuerpo inconsciente de su hijo Hugo, a flote

gracias al salvavidas, se le echaba encima, como si quisiera aferrarse a él, como si fuera aún un niño y buscara refugio en los brazos de su padre.

No podía rendirse.

Era verdad que si echaba la vista atrás su historia resultaba tan anodina, aburrida y corriente, que de haber tenido nietos, no habría tenido nada que contarles. Pero, eso sí, habría podido decirles con orgullo que Arnaud

Beneteau no se había rendido jamás. Su única aventura había sido la de sacar a su familia adelante, la de ofrecerles un futuro a todos. No. No podía terminar así, vencido por el único y definitivo fracaso de su vida.

Con ese pensamiento como bandera, Arnaud se soltó del cabo y subió como pudo por la escalerilla de popa. Cayó al suelo agotado. A la desesperada consiguió arrastrarse por la cubierta y

amarrar la escota a la que había anudado el salvavidas en un winche automático.

Detrás de un ruido mecánico, Hugo fue alzado del agua como un monigote y arrastrado hasta la bañera. Ahí quedó tendido junto a su padre, desmayados los dos, mientras, milagrosamente, un sol radiante secaba sus cuerpos magullados y los devolvía a la vida.

Aquella noche, detrás del humo del café, Hugo y Arnaud mantuvieron el

silencio más esclarecedor de sus vidas. Nunca menos palabras contaron tantas verdades.

Cuando comenzó a soplar el viento y Hugo se preparó para levar anclas, Arnaud se puso en pie, agarró con fuerza aquel timón que jamás antes se había doblegado a su voluntad y gritó desde lo más profundo de su alma: ¡Rumbo a casa! Y Hugo recogió amarras con una sonrisa en la cara, porque

para él ya no había otra casa que aquella con ojos de mar y olas en el pelo.

Sentado en la proa con el viento de frente, Hugo buscó el pendiente de diamantes en el desorden de sus bolsillos. Durante todas aquellas noches tristes en el viejo París, acompañado por el lamento de los maullidos de su tejado, él lo contemplaba a la luz de la luna. Pero era una luna de ciudad, empañada de nubes de humo, disimulada por el

brillo de tantas otras luces encendidas para paliar ausencias, espantar soledades o para poner en marcha los engranajes de la urbe dormida. Allí los diamantes eran sólo eso, cristales empañados, y por muchas vueltas que le diera a aquel pendiente impar, en el skyline de París no hallaría el modo de recuperar a Carol.

Ahora la luz era otra. La costa serpenteaba con sus ojos entrecerrados,

quedándose atrás, incapaz de atraparles ya. El rumbo era, por primera vez desde que partieron de Cancale, casi dos meses atrás, un rumbo fijo, previamente establecido sobre una carta náutica, con escuadra y cartabón, una línea recta entre dos puntos distantes, aunque mucho más distantes a la ida que a la vuelta.

La misma determinación con la que Hugo había trazado aquel camino sobre el papel era la que les guiaba

esa noche. Bajo el resplandor de las estrellas de diciembre, no las que contempló junto a Carol, sino otras, las del otro lado del mundo, sacó el pendiente del bolsillo y lo apretó con fuerza dentro de su puño cerrado.

Regresaría a París. Se despediría de su padre, que por dos veces le había regalado la vida. Le dejaría allí, entre los tallos verdes de tomillo y lavanda, o subido en el Cisne Negro,

capaz de superar ahora ese miedo al horizonte que su madre embadurnaba de azúcar y mantequilla.

Y le dejaría atrás, como a su propia cobardía que ya dormía el sueño de los justos en el fondo del mar, en algún rincón de la Costa Esmeralda.

Se presentaría ante Carol aunque tuviera que enfrentarse al mundo para alcanzarla. La rescataría del ropero, o del probador en el que estuviera presa, y se la

llevaría con él a piratear por los siete mares.

O le ofrecería un trozo de cielo, el agua de la lluvia y la promesa de hacerla rica. Multimillonaria. Aunque jamás pasara de ser un pequeño artista, gigante en su pequeñez, y a ella sólo le quedara un par de pendientes de brillantes, como recuerdo de todo aquello que jamás la hizo sonreír. Eso serían. Dos pobres de solemnidad. Solemnemente felices.

—Lo sabía. Sabía que volveríais por Navidad.

La madre los esperaba envuelta en un chal de lana. Llevaba días sin apartarse un minuto de la ventana de la cocina, dejando que se le quemaran los pasteles. Y aunque no lo decía, aunque jamás lo hubiera reconocido, empezaba a creerse lo de la vuelta al mundo.

—¿Y el señor Beneteau, señora Beneteau? —le preguntaban los vecinos, extrañados de verla tanto

tiempo de brazos cruzados, mirando al mar.

—Bien, gracias. Se ha ido con Hugo a dar la vuelta al mundo.

—¿La vuelta al mundo, señora?

—Eso dijo. Pero no tardarán en volver, ya lo verá. Estarán en casa antes de Navidad.

Como si celebrara su regreso, el pequeño helicóptero del señor Boulanger despegó de la isla a unas cuatro millas de

distancia del embarcadero de Cancale. Pasó por encima de sus tres cabezas haciendo un ruido como de abanico y levantó tanto viento que del moño prieto de la madre se escaparon varios mechones de pelo negro.

—¡Qué extraño! —dijo ella—. Hacía semanas que Boulanger no salía de casa. Nos preguntábamos si estaría enfermo.

—Pues ya ves. Parece que hoy todo vuelve a la normalidad.

—No, papá —dijo Hugo siguiendo con la mirada el vuelo del aparato en dirección a París—. Hoy empieza todo.

II

PERO mientras Hugo salía a flote, Carol se hundía sin remedio en el suelo encharcado de su habitación.

—¡No toque nada, señorita Bouvier, subimos enseguida!

Ni queriendo habría podido moverse del sitio. Estaba paralizada. Sus últimas energías las había agotado en el esfuerzo sobrehumano de avanzar hasta el teléfono y llamar al jefe de seguridad del hotel. Ya escuchaba las pisadas de dos hombres aproximarse por el pasillo. Ya sus puños en la puerta. Ya se veía a sí misma desde fuera, proyectada en una pantana de cine, o en el humo de un sueño, levantarse de la cama

y abrirles. Y escuchaba sus voces, en estéreo, en dolby sourround, darle los buenos días, como si nada.

Los dirigió con la mirada, sin abrir la boca, hacia el ropero. En él entraron los dos con aire circunspecto.

—¿Esa botella es suya?

—No.

—Podría ser una pista.

—Sí.

—Manchego, llame a la Policía. Pero que entren por detrás.

A partir de ahí, las conversaciones se entremezclaron aturdiendo a Carol. Dos policías de paisano, uno viejo, el otro joven, llegaron a los pocos minutos y llenaron el ropero de polvos blancos.

—Nada. No hay más huellas que las de la botella de cerveza. Qué extraño. Por lo visto se puso guantes para abrir la caja y se los quitó para tomarse un trago.

Mientras hablaba el viejo, el joven había extraído

una linterna de un maletín, y de rodillas examinaba el suelo, palmo a palmo.

—Mire lo que he encontrado —dijo con el pendiente de brillantes en la mano—. Un pendiente. Se les habrá caído. ¿Es prueba?

—No sé. Mira a ver si hay huellas.

Carol estaba sentada en el sofá de terciopelo blanco, ante un vaso de agua que no pensaba beber y junto a los dos agentes de seguridad a los que no pensaba

responder, por muchas preguntas que quisieran hacerle.

—¿Puede describir las joyas que se han llevado? ¿Las tiene fotografiadas? ¿Las tiene aseguradas? ¿Qué valor calcula que puedan alcanzar? ¿Había algo más aparte de joyas en la caja: documentos, dinero, algún objeto de valor? ¿Quién, además de usted, conocía su contenido? ¿Sospecha de alguien en particular? ¿Quiere que avisemos a

alguien?

—A Lina. A Lina Sánchez. Trabaja en el hotel, en el servicio de limpieza. Llámennla, por favor. Es mi amiga.

Pero Lina no atendió a su llamada. La gobernanta acudió en su lugar con la carpeta negra. Traía la cara lívida, la respiración agitada y las carnes meneándose de arriba abajo.

—De vacaciones —decía mientras consultaba sus papeles—. Hasta

mañana no vuelve y no sé cómo dar con ella. Ya no vive donde siempre, con una tía suya. Por lo visto se mudó hace unos días a una pensión. Con un hombre. Ya sabe cómo es esta gente... ¿No creerán que ha sido Lina, verdad? ¡La muy sinvergüenza!

¡Qué sola se sentía Carol en medio de todos esos desconocidos! Quería morder, gritar, patalear, arañar. Quería levantarse de un salto de la butaca y

romperle el vaso en la cabeza a aquella mujer, y luego, pisotearla cuando cayera al suelo.

—¡Lina no ha sido! — gritó todo lo fuerte que pudo —. ¡Lina no ha sido! ¡No ha sido! —y se puso a llorar con la cara escondida tras un cojín.

—Señorita, tómese un tranquilizante. ¿Quiere Valium? —le preguntó la gobernanta.

—¡No! ¡Lo que quiero es que salgan todos de mi

cuarto! ¡Déjenme sola!
¡Márchense todos!

Uno a uno fueron saliendo de la habitación, despacio, muy despacio y mirando al vacío. La gobernanta delante pálida y sofocada, abanicándose con la carpeta. Luego los agentes de seguridad escoltándola, caminando hacia atrás y mascullando algo que tenía que ver con la nula responsabilidad del hotel, la conveniencia de utilizar la caja fuerte de la recepción

en casos como éste y que estaban dispuestos a colaborar con la Policía en todo lo que fuera necesario. Finalmente se marcharon también los dos policías, tras recoger sus cosas, sacudir sus manos del polvo blanco y entregarle a Carol un formulario de denuncia.

Antes de cerrar la puerta con cuidado, uno de ellos, el viejo, pareció dudar un instante. Abrió el maletín que llevaba colgando y sacó un pequeño objeto de una

bolsa de plástico.

—Tenga —le dijo a Carol como en secreto—. Esto se ha salvado. Puede quedárselo, no hay huellas.

Carol levantó la cara del cojín. No podía creer lo que estaba viendo. El pendiente de brillantes que Hugo le había dejado —nunca supo cómo, nunca lo preguntó— sobre la chimenea, dentro de un estuche junto con aquella intrigante nota, que más parecía la solución de un jeroglífico que una

declaración de amor, estaba allí, colgando de los dedos de un policía que la miraba con cara de pena. Se balanceaba y emitía destellos de colores, como la lámpara de cristal del techo de su habitación de Nueva York. Y en su superficie pulida y reflectante, de espejo, aparecía sonriente el rostro inconfundible de su Lina del alma. Porque ahora ya no había duda: había sido Lina.

Lina la fantástica, la que

vivía confinada en la torre de cristal de una telenovela, la única capaz de llevárselo todo y dejarle el pendiente en prenda. Lina la romántica. Lina la ladrona. Lina la arpía, la falsa, la traidora. Lina la que siempre tuvo bien claro cuánto iba a reportarle aquella supuesta amistad. La que por fuera se sorbía los mocos al despedirse de ella y se carcajeaba por dentro sólo de imaginar lo lejos que iba a llegar con aquella fortuna

entre las manos.

Creía que la conocía bien, pero sabía tan poco de ella que sentía escalofríos. Un teléfono móvil que no daba señal. Una pensión en el barrio de Callao, sin dirección, ni número. Un marido y un amante, que tal vez no eran sino dos compinches de sus delitos. Un nombre, Lina, que igual podía ser otra mentira. Como que nunca había visto el mar, como que jamás había escuchado el sonido

de las olas rompiendo contra las rocas. Todo mentira.

Y una única verdad: que otra vez se habían reído de ella. De la niña consentida, la niña tonta que aún creía en los cuentos de hadas, la que en cuanto se quitaba la armadura la herían de muerte. Primero Tom, ahora Lina.

Cuánta razón tenía la abuela Greta: «Desconfía, niña, desconfía. Que eres una presa fácil. No dejes que se te arrime la gente, niña.

La gente que no tiene tanto dinero como tú. ¡En guardia, tonta! ¿No ves que sólo quieren aprovecharse de ti?».».

Levanta un muro alrededor de tu casa y de tu jardín. Rodéate de guardaespaldas, de asesores, de abogados, de perros de presa, de cañones, y catapultas, si hace falta. No bajes la guardia. Aíslate como el millonario en su atolón. Entra y sal en helicóptero de tu fortaleza.

Cierra la cancela, echa la llave. No te fíes de nadie, niña, de nadie.

Pues eso haría.

Encerrarse en su concha de caracol y no salir más.

Escaparse a algún lugar solitario e inaccesible.

Convertirse en la ermitaña que fue su madre, Luisa, a la

que nunca comprendió mejor que ahora. La que

huyó de España, de Nueva York, de la vida, de Tom, de

la niña Carol. Abandonarlo todo sin decir adiós.

Desaparecer para siempre; vista y no vista, «check in, check out», por el pasillo enmoquetado de un hotel que es como el océano Atlántico; el único lugar del mundo donde, a ratos, las cosas pesan menos, flotan, se disuelven, se van.

Imaginó a Luisa con la piel marchita dejándose mecer por las últimas olas de su vida, allá en su escondite de los Hamptons, donde nadie supo ir a buscarla. Sola en lo más profundo de

su caracola escuchando el mar abandonar su playa lentamente, lentamente, lentamente.

Cuando encontraron su cuerpo menudo, un bulto apenas, entre las sábanas blancas del dormitorio, llevaba varios días muerta, pero aún conservaba entre sus manos una carta para Carol, otra para Tom, un clavel seco y dos piedras blancas, las que al final apretaba muy fuerte para espantar el dolor.

En aquella carta hacía memoria de su vida. Hablaba de balcones enrejados cubiertos de jazmines. Del olor del limonero en flor que daba frutos todas las lunas, de su querida madre y de su tía Margara, la que cosía camisones de ganchillo; de Curro y Josele, del coche de caballos, de la calle Medina, de la yegua Rumba, del viento de Levante, de la abuela Pía y de su secreto.

Su secreto inconfesable.

Que la abuela guardaba un anillo de compromiso entre los muros del convento de las Carmelitas de Jerez. Que tenía un solo brillante, grande como un garbanzo, y que en su interior, aunque Luisa no lo supo entonces, sino mucho tiempo después, cuando ya la abuela había muerto y ella recibió el aviso de las monjas, llevaba inscrito un nombre: Rafael, que no era el nombre del abuelo Federico. Que al volver a casa, las dos en

silencio por la calle Larga, la abuela sólo había abierto la boca una vez y fue para decirle:

—Yo ya no tengo edad de cambiar las cosas, pero a ti a lo mejor te resuelve la vida algún día.

«Para eso sirve el dinero, Carol, para cambiar las cosas —decía Luisa en su carta—. No ambiciones riquezas, no vivas sólo para ganar más y más. No seas en eso como tu padre. Imítale en su bondad, su

grandiosidad, su capacidad de amar por encima de todo. Pero ten siempre presente que hay muchas cosas en la vida que no se consiguen sólo con dinero. La salud es una de ellas. La felicidad es otra. Sé valiente y aprende a luchar con armas que no sean de oro».

Otro regalo del mar. Aquella carta de Luisa decía lo mismo que Anne Morrow Lindbergh en el libro que le trajo Diego cuando estuvo enferma. Exactamente lo

mismo. Diego y Luisa. Los dos lo mismo.

Carol apartó la vista del pendiente y paseó su mirada azul oscuro por la habitación. Sobre la cama quedaba el cuadro de la niña desnuda, con las trenzas bailando al viento y la carne reflejando el agua. No tenía nada. Ni ropa siquiera. Pero vista desde atrás, daba la impresión de ser feliz. Absolutamente feliz de espaldas al mundo. De cara al océano.

—Las joyas de mamá.

Todas.

—¡No es posible, hija!

—Como lo oyes.

—¿La tiara también?

—Todas.

—¿Hay alguna pista?

—Unas huellas, en una botella de cerveza.

Pertenecen a un extranjero; un peruano que por lo visto era el marido de una mujer del servicio de limpieza del hotel. Un tal Edgar Sánchez. Tiene una denuncia por malos tratos. La mujer, Lina,

ha desaparecido, se teme que con las joyas, o con el dinero que hayan sacado de malvenderlas en el mercado negro.

—Puede que algún día las encuentren. El hombre acabará confesando a quién se las vendió.

—No, papá. Dice que es inocente. Que su esposa lo traicionó, que ha escapado con el amante, un mexicano, Emerson, que también trabajaba en el hotel. La policía lo anda buscando

pero por lo visto es un hombre muy escurridizo. En México robaba coches.

—La INTERPOL se ocupará. Tarde o temprano los pillarán y los meterán en la cárcel. Tú tranquila. Las piezas más valiosas estaban aseguradas.

—Ya. Pero no es el valor material lo que siento. Es que esas joyas eran lo único que me quedaba de mamá.

—A mamá las joyas le traían sin cuidado. Se quejaba porque le pesaban

mucho. En realidad sólo se las ponía para contentar a la abuela, que cuando venían las visitas les decía entre dientes: «No sabe ser millonada». Y me parece que a ti también te pesaban demasiado. Creo que a partir de ahora te regalaré flores.

—Tienes razón, papá, tú siempre la tienes. Pero yo me equivoco siempre. ¿Sabes?, fui tan tonta que dejé que esa mujer, Lina, la ladrona, me engañara. Creí que era mi amiga y le conté

toda mi vida. Le hablé de nosotros, de nuestra casa, nuestro barco, hasta le enseñé..., ¡qué vergüenza, papá!, hasta le enseñé las joyas.

—¿Sabes lo que dice tu abuela Greta? Que en arca abierta, el justo peca.

—Eso. Por eso a ella no la engañan nunca.

—Es que tu abuela perdió la inocencia hace mucho tiempo. En cambio, tú, Carol, nunca has dejado de ser auténtica. Y ésa es

una de las cosas que más me gustan de ti.

—¿Qué crees que pensará Lina de mí? ¿Qué soy una tonta, una ingenua?

—O que le has resuelto la vida.

—Una vez me dijo que le perseguía la mafia y yo me lo tomé a risa.

—Pues ahí lo tienes. Tal vez estaba metida en algún lío.

—Ya. Y sale de uno para meterse en otro peor. Como la pillen, papá, como la

pillen, le van a caer muchos años. Me lo ha dicho el inspector de Policía.

—Bueno, esa sería otra historia.

—Otro capítulo. Lina se cree que la vida es una telenovela.

—En cierto sentido, así es. Muchas telenovelas entrecruzadas, unas enredándose en otras hasta formar un argumento fabuloso, universal. Unas vidas dependiendo de otras para poder seguir adelante.

Unas que terminan donde otras comienzan. O que salen al encuentro, o que se escapan.

—¿Sabes, papá? Me están entrando unas ganas de volver a Nueva York... Tengo la sensación de que aquí ha terminado el serial entero.

—Sí, Carol. Ven a casa.

—Pero antes necesito resolver algo. En París.

Cuando colgó el auricular, se levantó del sillón y corrió las cortinas.

Tras los cristales, la Navidad anidaba de nuevo en las copas de los árboles. Los chiquillos cruzaban hacia el parque montados en sus triciclos relucientes.

En un rincón, junto a la ventana, estaban sus viejos patines.

Carol se alejó del hotel con un giro de tiovivo en la puerta. Remontó la cuesta hasta la calle ancha y bulliciosa en la que cientos de personas entraban y salían de otras tantas tiendas

y enfiló hacia la plaza de la Independencia, porque después de hablar con Tom, como aquella mañana a la sombra del Rockefeller, se sentía así, independiente, libre, ligera, lista para echarse a volar, como un globo sin lastre, hasta más allá del estanque del Retiro. Sentía el viento gélido abofeteando su cara. Las lágrimas se hacían aguanieve antes de caer al suelo, y cuando por fin se estrellaban contra el asfalto,

aún no sabían qué tipo de lágrimas eran ni a quién pertenecían: ¿A Luisa? ¿A Diego? ¿A Lina? ¿A Carol?

15

I

UN bólido de carreras, con los pistones resonando como el Charles de los Rolling, olor a cuero viejo y el sol de frente. La autopista larga y ancha, atravesando los campos dormidos de color cobrizo y algunos árboles

aquí y allá, con las copas cubiertas de nieve blanca rindiéndose a la mañana.

El volante del Ferrari resbalaba suavemente entre las manos de Carol, que más que agarrarlo, lo acariciaban con el mimo de quien doma a un pura sangre. Era de madera pulida, igual que la palanca de cambios. Negro vetado de ámbar, así era el corazón del caballo. Y amarillo limón, amarillo fuego, amarillo relámpago y sol; el color de las plumas

del canario libre, así era su piel.

Rodaba veloz sobre el asfalto e iba dejando atrás todas esas cosas que uno va perdiendo por los caminos sin darse cuenta.

Lejos quedaban Madrid y el estanque del Retiro, la casa de O'Donnell con sus cortinas de damasco y sus alfombras persas, la risa de Lina desde dentro del ropero, la vida al otro lado de los cristales ahumados de sus gafas de sol.

«Al sol hay que mirarlo de frente», le había avisado ella. Por eso conducía con los ojos desnudos, sin dejarse deslumbrar por la intensidad de su luz.

El maletero era pequeño. Aquel coche no se había diseñado pensando en grandes equipajes. Pero había espacio de sobra para guardar las pocas cosas que Carol había decidido salvar de su naufragio. Un cuadro, unos patines muy gastados, un bolso de viaje con lo

justo para diez días —«el resto, los dos baúles, los vestidos de fiesta, y todos los zapatos que encuentren por mi habitación, se los envían a Francesca Ventura. Díganle que se los quede. Que se los regalo. Seguro que ella sabe valorar todas esas cosas»—, y un estuche azul con las iniciales de un conocido joyero impresas en oro sobre la tapa, en cuyo interior dormía un único pendiente de brillantes, con el que ir casa por casa, en

busca del pie al que perteneciera semejante zapato de cristal.

Esa mañana frente al ropero, después de quitarse la ropa, desnuda, descalza, Carol había vuelto a ser Carol y no había podido evitar sentir un poco de frío recorriéndole el cuerpo, al verse así, en cueros, reflejada en los cristales de las ventanas, por los que a veces se colaba el sol y otras la lluvia y otras, solamente, el aire de la calle que se

empeñaba en bailar con los visillos, sin reparar en su desnudez.

Y fue entonces, por primera vez en su vida, cuando se descubrió de carne y hueso, libre al fin de todas aquellas cadenas de oro a las que estaba atada; de todos esos lazos de seda que la amordazaban y de esos altos tacones de aguja con los que se clavaba al suelo, que la impedían avanzar, moverse, volar, vivir.

—Para ti, Lina. Para ti los trajes, las joyas, los perfumes, las fiestas, las pretensiones, las expectativas, las conveniencias. Y para mí la libertad. Las noches en vela, las madrugadas, las sábanas blancas, el agua de la lluvia y las olas del mar. Para mí un tejado donde los gatos maúllen, un piano que llore, una escalera alta desde donde se contemple París.

Cerró con un rápido movimiento la cremallera de

su bolsa negra y salió de la habitación sin mirar atrás.

Al llegar a París por carretera, la ciudad apareció de golpe, al otro lado de un recodo de la autopista, como un campo sembrado de luciérnagas y con la torre Eiffel en el centro, horquilla luminosa, junto al río que serpenteaba peinando las calles con la raya en medio.

Así, mirándola desde arriba, la urbe resplandecía y atrapaba, como la luz a las moscas, y Carol se sumergió

en ella desde arriba para convertirse en una de sus mil estrellas. ¡Qué secreto: en París las estrellas no estaban en el cielo, sino en las avenidas, en las plazas, en los jardines, y en los farolillos con los que se adornaban los bateaux-mouches! También al final de diciembre, en las bombillitas que se enredaban en los árboles de los Campos Elíseos para que la Navidad se pasease por debajo.

Carol giró a la izquierda

por delante del Chatelet y callejeó un poco hasta la estrecha rué Saint-Martin. Hubiera preferido llegar de puntillas, sin hacer ruido, sin llamar la atención, pero el motor del coche rugía con fuerza y su voz resonaba desde el fondo de la calle. Algo apurada, Carol lo aparcó sobre la acera y decidió hacer a pie el resto del camino.

Ahora eran sus pasos en los adoquines los que llenaban de ecos las paredes

de la iglesia, y luego, un poco más allá, aterrizaron ante la entrada del café Bouchons.

Al pasar por delante se detuvo un momento. La puerta se abrió violentamente y por ella salió una pareja de la mano. Luego volvió a cerrarse de un portazo. Había sido sólo un segundo, pero bastó para que Carol recreara en su mente todo un conjunto de sensaciones que se entremezclaron haciéndola

estremecer: el olor a café caliente, el de la plancha chisporroteando mantequilla, el sonido de alguna música en vivo, el de algunas voces antiguas y el humo de los Gitanes escapándose a la calle como por una chimenea. En sólo un instante revivió aquella noche de tormenta en la que parecía que un terremoto lo había echado todo por tierra, las mesas, las sillas, los cristales y los restos de la fiesta salvaje de la que Hugo

emergió para ponerla a salvo.

Recordó la escalera oscura y el tragaluz al que se asomaban los gatos, y el trozo de cielo por el que se colaban las nubes. Y volvió a ver una sábana blanca sobre el suelo de madera, y respiró de nuevo olor a disolvente y a pintura fresca.

Luego se contempló a sí misma, como en un espejo, arrastrando aquel traje largo de tul rosa y tirantes de perlas, con la espalda

desnuda, el pelo suelto, la cintura a punto de romperse por la mitad, la boca abierta, las manos cerradas, la respiración agitada y los pies descalzos dentro de unas sandalias de cristal.

Al volver a la realidad se descubrió distinta. Le pareció que los últimos meses habían transcurrido en un abrir y cerrar la puerta el Bouchons. «Check in, check out». Vista y no vista. O que, con un certero toque de varita, un hada madrina

había transformado su carroza en calabaza y su vestido en harapos para poder ir al baile de los indigentes.

La nueva Carol era un millón de años luz más sabia que aquella niña que temblaba de arriba abajo calada hasta los huesos bajo el dintel desencajado de la puerta. Un millón de dólares más pobre. Un millón de deseos más llena. Le diría a Hugo: «Aquí me tienes, mendigando besos». Y tal

vez él los encontrara todos tirados por algún rincón.

Avanzó más decidida ahora que se había visto las manos vacías y llamó con ellas hasta hacerse daño en los nudillos.

No hubo respuesta.

Volvió a golpear la puerta del ático, con más fuerza cada vez y por fin, con un quejido, se abrió una grieta en la pared y la cara adormilada de una mujer medio desnuda se asomó al descansillo.

—¿Quién llama? —dijo con voz ronca dirigiéndose a Carol con el ceño fruncido.

Carol notó los veintitrés gramos de su alma cayendo pesadamente ante sus ojos. Se sintió ridícula allí quieta sin haberse parado a pensar, ni por un momento, que Hugo podía haberla olvidado. ¿Cuántos pies, cuántos, habría tenido tiempo de retratar en su ausencia?

—Perdón —dijo Carol con la garganta seca—, me

he equivocado de piso.

Y escapó corriendo a trompicones escalera abajo.

—¿Qué te creías, eh?, ¿qué te creías? —repetía, cruel, una voz que era mezcla de Greta y Lina—. ¡Qué criatura tan patética! ¡Súbete al coche y vete en busca de tu vida, antes de que se te haga tarde!

Salió a la calle oscura y se echó a correr sin mirar atrás. Tampoco veía lo que tenía delante. Sólo que la engullía una materia negra e

incierto, que no llevaba a ninguna parte. Corrió por su interior hasta que el tremendo golpetazo que sintió al chocar con alguien la obligó a detenerse. Como en sueños, escuchó un sonido que enseguida identificó como procedente de la garganta profunda del marsellés: «¡Maldita sea! ¡Mi pobre espalda!».

El hombre había caído de bruces sobre la mesa y las dos sillas que estaba a punto de recoger. En el

campanario de la iglesia dieron las seis. Carol acudió en su ayuda. En cuanto el dueño del café se volvió hacia ella, la sorpresa se dibujó en su cara:

—Voilà!, la petite amie d'Hugo! ¿De quién huyes, niña?

—Desolée! —dijo Carol, que ya empezaba a correr de nuevo.

—¡Vuelve! ¡Debes ver una cosa!

Los pasos de Carol sonaron más apagados.

—Creo que ya he visto bastante —contestó desde un par de portales más abajo.

—¿Eso crees? Pues dime, niña, ya que lo sabes todo, ¿dónde está Hugo?

Se detuvo.

—¿Yo cómo voy a saberlo? —respondió sin darse la vuelta.

—Porque salió a buscarte hace más de dos meses y aún no ha regresado.

—¡Ah!, ¿sí? —replicó Carol, sarcástica—. Pues

pregúntele a la mujer que vive con él.

—¿A quién? —preguntó el marsellés—. Hugo vive solo. Siempre solo.

—Pues a mí me ha abierto la puerta una chica.

—Habrá sido Pauline, su hermana. Llegó a París hace un par de semanas. Por lo visto ha estado viajando por ahí, con un hombre mayor. Pero le salió rana a la pobre chica. Bebía demasiado. Ahora pasa el día entero encerrada en el ático. Dice

que no piensa volver a salir jamás. Yo le dejo comida delante de la puerta para que no se muera de hambre.

Carol se giró en redondo. El hombre había abierto la puerta del café y una extraña luz salía de dentro. Entró como si no hubiera remedio. Paseó la vista por las paredes y contempló asombrada un Nueva York en el que se descubrió ausente. Un Manhattan con altos edificios de oficinas, taxis amarillos, portales

recónditos, calles de asfalto
y un corazón de selva con un
estanque llamado
Jacqueline.

—¿No me pintó esta
vez?

—Por lo visto no
encontró los colores.

Se sentó en la mesa del
fondo, en el mismo rincón
en el que pasaba las tardes al
salir de la Sorbonne, rodeada
de bulliciosos estudiantes,
músicos arruinados y algún
que otro fantasma olvidado.

Sobre la barra aún

reinaba Madame Pipí, lo mismo que ante la puerta de los cuartos de baño, fiscalizando con la mirada y sometiénolo todo a su control, a su gobierno en la sombra, mientras el hijo, obediente, atendía sudoroso las mesas, ahora que no tenía a nadie que le echara una mano.

Carol se llevó a los labios una taza de té humeante. Sintió el líquido amargo derramarse por su garganta y el vapor le entró

por los ojos obligándola a parpadear.

La puerta se abrió con la misma rapidez que sus pestañas y allí, quieto en la entrada, en la mella que de pronto había aparecido en el corazón de Manhattan, vio entrar a Hugo, dibujándose a contraluz entre los vapores de las alcantarillas.

Parecía un náufrago con el pelo largo y la ropa vieja, descolorida por el hambre del mar, pero llevaba en la cara una sonrisa torera, en la

mano un pendiente de brillantes y, bajo el brazo, un papel enrollado con los ojos de Carol pintados de azul. Azul cielo, azul noche, azul esmeralda, turquesa y coral. El azul que le había devuelto la esperanza y que no era otro que el color del mar cuando se marcha el sol.

II

AÚN no amanecía cuando Lina se despidió para

siempre de aquel hotel de paredes blancas y toldos azules que también parecía decirle adiós desde el otro lado de la plaza. Se coló, como el viento frío de diciembre, por una calleja estrecha y antigua que desembocaba cerca de la Gran Vía. Los portales permanecían aún cerrados y los pequeños comercios: una tienda de ultramarinos, una mercería, una librería de viejo, un coqueto café, dormían todavía tras los

cristales de sus escaparates adornados de espumillón.

La calle se llamaba Libertad, como una premonición, como una promesa. Libertad, vaya ironía de nombre para alojar un secuestro.

—¿Reuniste ya el dinerito, Lina Sánchez? Te recuerdo que mañana vence el plazo.

—Déjame hablar con mijita. Ponía al aparato.

—No.

—¿Y cómo sé que sigue

viva?

—Porque te lo digo yo. Tráeme el rescate y lo compruebas.

—Pues a dónde.

—Calle Libertad, cuatro. Segundo izquierda.

Todos los portales del viejo Madrid se parecen. En todos crujen las maderas y los escalones resbalan. Suelen tener la barandilla barnizada y las paredes alicatadas de baldosas blancas y azules. Por las mañanas huele a guiso de

repollo, por las tardes a
aceite frito. De vez en
cuando, uno se cruza en la
escalera con una mujer
mayor que sube, a duras
penas, con el carrito de la
compra y le falta el aire. Y
en el segundo, en un piso de
renta antigua, vive una
anciana que alquila
habitaciones baratas y los
vecinos se quejan porque
dicen que la casa se llena de
inmigrantes y que un día se
van a encontrar a la vieja
muerta y descuartizada

dentro de un armario de su alcoba.

No hay portero. Hace tiempo que lo sustituyeron por un botón que hace un ruido de maracas y que no se queja de las horas, ni hay que pagarle a fin de mes. Tampoco limpia el patio ni saca la basura, así está el descansillo de descuidado. Pero las puertas son de madera noble y los balcones todavía conservan un señorío de tiempos mejores y los que viven aquí,

algunos, aún los recuerdan. Cuando esta calle era de las elegantes y la gente bien no vivía más allá de Neptuno.

En la puerta del segundo izquierda había un Sagrado Corazón de plata y un timbre que al girarlo con el dedo sonaba a máquina oxidada.

El ecuatoriano en persona abrió inmediatamente. Como si llevara horas sentado en el sofá del recibidor esperando a Lina. Entonces, sólo entonces, al sonreír, dejó al

descubierto una mella en la dentadura.

—¿Perdió los dientes, Juan?

—Por tu culpa, Linita.

—Vengo por mi hija.

—Pues ya sabes. El dinero o no hay trato. Lina metió la mano en el bolsillo del chaquetón de plumas y sacó aquella tiara que iluminó de pronto toda la estancia, hasta los ojos del hombre y su sonrisa mellada.

—Ahorita devuélvame a

la niña.

Luz Elena era un ángel. Llevaba el pelo corto, a lo garçon, negro azabache, como el de Lina. Vestía un camisón corto de algodón de color blanco y sus piernitas flacas asomaban bajo la tela como las antenitas de un caracol.

Corrió a esconderse en los brazos de su madre y la apretó con fuerza, como si temiera que fuera a escaparse de nuevo. Luego le dijo algo al oído. Algo

como que la quería muchísimo y que ya nunca volvería a separarse de ella.

Y a Lina le cayeron las lágrimas por la cara mientras la besaba por todas partes y la tocaba, y la achuchaba, y la acariciaba. La levantó en vilo. La dejó en el suelo. La miró de arriba abajo. Le dijo:

—¡Bebe, cómo has crecido! ¡Ya tantito me alcanzas!

Le pidió que se vistiera y recogiera sus cosas y la vio

desaparecer por el pasillo estrecho.

—Le ofrezco un negocio, Juan —le dijo entonces al ecuatoriano—. ¿Cuánto por dos pasaportes y dos boletos al Caribe? Hicieron cuentas sobre la mesa de la cocina.

A Lina le bastó con una sortija de brillantes para comprar la esperanza. El resto del tesoro pesaba como un recién nacido —todo y nada— en el interior de su gabardina. Amanecía lento

sobre los tejados de Madrid.

—Mami, cuéntame un cuento.

—Claro, mi vida. La niña viajaba recostada en el regazo de su madre. El taxi que las llevaba al aeropuerto avanzaba adormilado por el carril derecho de la autopista, y los aviones cruzaban el cielo dejando a su paso carreteras de nubes rectas.

—En un pueblo chiquito cerca de Cajamarca nacen las mujeres más hermosas

del Perú. Su tez blanca y sus ojos claros, enmarcados por el negro azabache de sus cabellos incas, rememoran tiempos antiguos, mágicos, que hoy casi no se recuerdan. De allá, bebe, de allá proceden las hembras de nuestra familia. Valientes, fuertes y libres. Como tú y como yo. Un poco brujas y un poco hadas. Capaces de darle la vuelta al mundo. ¿Te hablé de mi casa de piedra con las grandes columnas, con el jardín de

hierba sembrado de flamencos, con el árbol del que cuelga un columpio que llega hasta el cielo? Se lo queda papá. Allá te aguarda para que cuando regreses lo encuentres tan hermoso como ahora.

—¿Y nosotras a dónde vamos, mami?

—A ver el mar, linda, a ver el mar.

Epílogo

EL hotel se llamaba Sandals y estaba lleno de parejas recién estrenando amores. Tenía menos clase que su querido Ritz, pero, a cambio, el camarero del beach club conocía a la perfección el secreto de la pina colada.

Lina se llevó a los labios una copa de balón por la que escurría la escarcha, con una

sombrillita de colores en el borde, y sintió caer por su garganta sedienta una cascada helada de líquido dulzón, tan rico para el olfato como para el gusto. Le recordó remotamente al aroma de una crema hidratante que alguna vez debió de probar sin permiso de su dueña, en una de aquellas mañanas de fantasías. Ni en sus mejores sueños había imaginado Lina final más feliz para su novela.

Un poco más allá, entre la playa y el horizonte, Luz Elena levantaba un castillo de arena, su cuerpecito moreno salpicado de sal.

Y la saludaba, a cada poco, como si también a ella le resultara inconcebible estar viviendo en una nube de algodón de azúcar.

Lina la contemplaba desde el otro lado de sus lentes oscuras, bajo las alas de una pamelita de paja, sin más vestimenta que un biquini amarillo. En la mano

con la que sujetaba el vaso lucía un anillo de oro. Alrededor del cuello, un grueso collar de perlas, y colgando de sus orejas dos pendientes de brillantes.

—¿Su nombre, señora?

—Carolina, Carolina Sánchez. Pero puede llamarme Carol.

—Es un nombre muy bonito. ¿Me dice su número de habitación, por favor?

—Con gusto señor: la ciento doce. Y cuando termine esta bebida me trae

otra, por favor.

De tanto en cuanto, Lina posaba los pies desnudos sobre la arena. Enterraba sus dedos bajo los granillos cálidos y al levantarlos sentía un cosquilleo subirle por la pantorrilla. ¡Qué mejor amante!

Se levantaba, caminaba contra la brisa, acariciaba la cabeza de la niña al pasar a su lado y continuaba avanzando, un poco más, hacia la tierra húmeda de la orilla. Notaba entonces que

todo su cuerpo se estremecía al contacto con el agua clara y azul, ni fría ni caliente, como corresponde al mar Caribe, que la abrazaba, la empapaba, la manoseaba con el ir y venir de sus olas de espuma. Lina se sumergía hasta el cuello —aún no había tenido tiempo de aprender a nadar— y abría la boca para saborear ese regusto a sal que nunca supuso tan fuerte, tan intenso, y que permanecía en su garganta mucho rato,

hasta que lo empujaba al fondo de su cuerpo con un nuevo trago de pina y ron.

Disfrutaba especialmente remojando sus cabellos negros, ahora casi ondulados, y dejándolos secar al sol para, inmediatamente después, volver a zambullirse entera, en aquel inmenso abrazo líquido.

Podría decirse que a ratos, sobre todo al caer la noche, le parecía sentir, aunque remotamente, cierta

añoranza de Emerson. Pero ya su efecto calmante lo suplía el mar, y sus brazos fuertes, y el roce de su áspera piel, que recordaba, vagamente, al de la arena que quedaba en los zapatos, no eran más que fantasmas de otros tiempos.

También de vez en cuando se le aparecía el espectro de Carol vestida de gasas y tules. Con aquellos ojos suyos de un azul muy intenso, que se la quedaban mirando fijamente desde el

gran azul, entre la playa y el horizonte. Y ella apartaba rápido esa imagen de su vista para no permitir que el remordimiento se pasease por sus entrañas desbaratándole la felicidad.

—¿Y cuánto tiempo piensa quedarse con nosotros, señora Sánchez?

—¿Cuánto es el máximo?

Atrás quedaba el terremoto que había reducido su reciente historia a cenizas. Los escombros

habían ido sedimentando, unos sobre otros, de manera que Cajamarca había quedado allá, en el fondo, bajo varias capas de recuerdos, aplastada por Madrid, el robo y la huida.

No se cansaba Lina de mirar el mar. Tal vez no se cansase nunca. Algunas tardes, sin embargo, se quedaba sola en la playa, cuando ya todos los clientes se estaban vistiendo para la cena y esperaba a que el sol se hundiera en el infinito.

Entonces, sólo entonces, al marcharse el sol, le parecía descubrir en el horizonte un color que la inundaba también por dentro y que la ponía triste. Cuando notaba que le temblaban los labios y que los ojos se le llenaban de sal, Lina sacaba de una cesta de paja el cofrecito negro donde guardaba sus gafas de sol. Se asomaba un instante al reflejo de su cara en los cristales. Se arreglaba el pelo, se limpiaba las

lágrimas idiotas con el reverso de la mano y se colocaba las lentes sobre los ojos.

En medio de esa escena en blanco y negro apenas lograba distinguir la sombra gris de los ojos de Carol bajo la lluvia.